

DESPUÉS DE LA MUERTE



*Léon
Denis*

CURSO
espirita.com

**DESPUÉS
DE LA
MUERTE**

LÉON DENIS

DESPUÉS
DE LA
MUERTE

EXPOSICIÓN DE LA DOCTRINA DE LOS ESPÍRITUS

Solución Científica y Racional de los problemas de la vida y de la muerte

Naturaleza y destino del ser humano

Las vidas sucesivas

Semper ascendens

Título original: *Après la Mort* (1889)

© Copyright Thierry Mariscal por la traducción

© Copyright Rubí Martínez por la revisión

© Copyright de esta edición cursoespirta.com & libroespirta.es

<http://cursoespirta.com>

info@cursoespirta.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso por escrito del editor, al amparo de la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

1ª Edición, septiembre 2017

ISBN: 978-1975959999

A los nobles y grandes Espíritus que me han revelado el misterio augusto del destino, la ley de progreso en la inmortalidad, cuyas enseñanzas han fortalecido en mí el sentimiento de la justicia, el amor a la sabiduría, el culto del deber, cuyas voces han disipado mis dudas y apaciguado mis penas; a las almas generosas que me han sostenido en la lucha, consolado en la prueba y que han elevado mi pensamiento hasta las alturas luminosas donde reside la Verdad, dedico estas páginas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
---------------------	----

PRIMERA PARTE

CREENCIAS Y NEGACIONES

1— LA DOCTRINA SECRETA — LAS RELIGIONES	17
2— LA INDIA	29
3— EGIPTO	45
4— GRECIA	53
5— LA GALIA	65
6— EL CRISTIANISMO	77
7— MATERIALISMO Y POSITIVISMO	103
8— LA CRISIS MORAL	117

SEGUNDA PARTE

LOS GRANDES PROBLEMAS

9— EL UNIVERSO Y DIOS	131
10— EL ALMA INMORTAL	153
11— LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS	159
12— EL OBJETO DE LA VIDA	165
13— LAS PRUEBAS Y LA MUERTE	171
14— OBJECIONES	177

TERCERA PARTE

EL MUNDO INVISIBLE

15—LA NATURALEZA Y LA CIENCIA	183
16—MATERIA Y FUERZA—PRINCIPIO ÚNICO DE LAS COSAS	187
17—LOS FLUIDOS—EL MAGNETISMO	191
18—FENÓMENOS ESPIRITISTAS	197
19—TESTIMONIOS CIENTÍFICOS	201
20—EL ESPIRITISMO EN FRANCIA	218
21—EL PERIESPÍRITU O CUERPO FLUÍDICO	228
22—LOS MÉDIUMS	234
23—EVOLUCIÓN ANÍMICA Y PERIESPIRITUAL	242
24—CONSECUENCIAS FILOSÓFICAS Y MORALES	246
25—EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA	250
26—PELIGROS DEL ESPIRITISMO	254
27—CHARLATANISMO Y VENALIDAD	258
28—UTILIDAD DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS	262

CUARTA PARTE

EL MÁS ALLÁ

29—EL HOMBRE—SER PSÍQUICO	266
30—LA ÚLTIMA HORA	270
31—EL JUICIO	276
32—LA VOLUNTAD Y LOS FLUIDOS	280
33—LA VIDA EN EL ESPACIO	288
34—LA ERRATICIDAD	292
35—LA VIDA SUPERIOR	296
36—LOS ESPÍRITUS INFERIORES	308
37—EL INFIERNO Y LOS DEMONIOS	314
38—ACCIÓN DEL HOMBRE SOBRE LOS ESPÍRITUS INFERIORES	318
39—JUSTICIA—SOLIDARIDAD—RESPONSABILIDAD	322
40—LIBRE ALBEDRÍO Y PROVIDENCIA	328
41—REENCARNACIÓN	332

QUINTA PARTE

EL CAMINO RECTO

42—LA VIDA MORAL	338
43—EL DEBER	344
44—FE—ESPERANZA—CONSUELOS	350
45—EL ORGULLO—RIQUEZA Y POBREZA	356
46—EL EGOÍSMO	364
47—LA CARIDAD	370
48—PACIENCIA Y BONDAD	378
49—EL AMOR	384
50—RESIGNACIÓN EN LA ADVERSIDAD	388
51—LA ORACIÓN	400
52—TRABAJO—SOBRIEDAD—CONTINENCIA	408
53—EL ESTUDIO	414
54—LA EDUCACIÓN	418
55—CUESTIONES SOCIALES	422
56—LA LEY MORAL	430

RESUMEN	432
----------------	------------

CONCLUSIÓN	436
-------------------	------------

INTRODUCCIÓN

He visto, tendidas en sus sudarios de piedra o de arena, las ciudades famosas de la antigüedad: Cartago, la de los blancos promontorios, las ciudades griegas de la Sicilia, la campiña de Roma con sus acueductos destrozados y sus tumbas abiertas, las necrópolis que duermen su sueño de veinte siglos bajo la ceniza del Vesubio. He visto los últimos vestigios de ciudades remotas, hormigueros humanos en otro tiempo, hoy día ruinas desiertas que el sol de Oriente calcina con sus caricias abrasadoras...

He evocado a las multitudes que se agitaron y vivieron en aquellos lugares. Las he visto desfilas ante mi pensamiento, con las pasiones que las consumieron, sus odios, sus amores, sus ambiciones desvanecidas, sus triunfos y sus reveses, humo arrebatado por el sople de los tiempos. He visto a los soberanos, jefes de Imperios, tiranos o héroes, cuyos nombres han sido proclamados por las trompetas de la historia y que el porvenir olvidará. Pasaban como sombras efímeras, como repugnantes espectros que se embriagan de gloria por el espacio de una hora, y a quienes la tumba llama, recibe y devora. Y he dicho para mí: *he aquí a donde vienen a parar los grandes pueblos, las imponentes capitales.* Algunas piedras

amontonadas, cerros sombríos, sepulturas sombreadas por escuálidos vegetales entre cuyas ramas lanza su queja el viento de la noche. La historia ha consignado las vicisitudes de su existencia, sus pasajeras grandezas, su caída final, pero la tierra lo ha sepultado todo. ¡Cuántas otras de las cuales nos es desconocido hasta el nombre! ¡Cuántas civilizaciones, cuántas razas, cuántas ciudades grandiosas, yacen para siempre en la profundidad de los mares, en la superficie de los continentes sumergidos!

Y me preguntaba: ¿para qué esa agitación de los pueblos de la Tierra? ¿Para qué esas generaciones sucediéndose como las capas de arena que las olas traen sin cesar para cubrir las capas que las han precedido? ¿Para qué esos trabajos, esas luchas, esos sufrimientos, si todo se detiene en el sepulcro? Los siglos, esos minutos de la eternidad, han visto pasar reinos y naciones, y nada ha quedado en pie. ¡La esfinge lo ha devorado todo!

¿A dónde se dirige el hombre en su carrera? ¿A la nada o a una luz desconocida? La naturaleza eterna y sonriente rodea con sus esplendores los tristes despojos de los imperios. En ella nada muere más que para renacer. Leyes profundas, un orden inmutable, presiden a sus evoluciones. ¿Será el hombre, con sus obras, el único destinado al olvido y a la nada?

La impresión producida por el espectáculo de las ciudades muertas, la he vuelto a sentir más aguda ante los fríos despojos de mis deudos, de aquellos que han compartido mi existencia.

Un ser que os es querido va a morir. Inclinado hacia él, con el corazón oprimido, veis extenderse lentamente sobre sus facciones la sombra del más allá. La luz interior no arroja ya más que pálidos y

trémulos fulgores, se debilita más aún, luego se apaga. Y ahora todo cuanto en ese ser atestiguaba la vida, esos ojos que brillaban, esa boca que profería sonidos, esos miembros que se agitaban, todo está velado, silencioso, inerte. ¡No hay ya más que un cadáver en ese lecho fúnebre! ¿Qué hombre no se ha preguntado la explicación de este misterio y durante la lúgubre velada, en esa solemne entrevista con la muerte, ha podido no pensar en lo que también a él le espera? Este problema nos interesa a todos, pues todos estamos sujetos a la misma ley. Nos importa saber si en tal momento termina todo, si la muerte no es más que un sombrío reposo en el aniquilamiento, o es por el contrario, la entrada en otra esfera de sensaciones.

Pero en todas partes surgen problemas. En todas partes, en el vasto teatro del mundo, dicen ciertos pensadores, reina como soberano el sufrimiento. En todas partes el aguijón de la necesidad y del dolor espolea la desenfrenada danza y el terrible vaivén de la vida y de la muerte. Por todas partes resuena el grito de angustia del ser que se precipita en la vía que lleva a lo desconocido. Para él la existencia no parece ser más que un perpetuo combate; ¡la gloria, la riqueza, la hermosura, el talento, reinados de un día! Pasa la muerte, siega esas brillantes flores y sólo deja los marchitos tallos. La muerte es el punto de interrogación que tenemos sin cesar ante la vista, la cuestión primordial a la cual se enlaza a innumerables cuestiones, cuyo examen ha sido la preocupación y la desesperación de las edades, la razón de ser de multitud de sistemas filosóficos.

A pesar de tantos esfuerzos del pensamiento, estamos aún envueltos en la oscuridad. Nuestra época se agita en las tinieblas y en el vacío y busca sin encontrarlo un remedio para sus males. Los progresos materiales son inmensos, pero aun en el seno de las

riquezas acumuladas por la civilización, es posible morir de privaciones y de miseria. El hombre no es ni más feliz ni mejor. En medio de sus rudos trabajos, ningún ideal elevado, ninguna noción clara del destino le sostiene ya. De ahí provienen sus desfallecimientos morales, sus excesos, sus rebeliones. La fe del pasado se ha extinguido. El escepticismo y el materialismo la han reemplazado avivando con su soplo el fuego de las pasiones, de los apetitos y de los deseos. Estamos amenazados por convulsiones sociales.

A veces, atormentado por el espectáculo del mundo y las incertidumbres del porvenir, el hombre eleva sus miradas hacia el cielo y le pregunta la verdad. Interroga silenciosamente a la naturaleza y a su propio espíritu. Le pide a la ciencia sus secretos, a la religión sus entusiasmos. Mas la naturaleza le parece muda, y las respuestas del sabio y del sacerdote no bastan a su entendimiento ni a su corazón. Y sin embargo hay una solución a esos problemas, una solución más grande, más racional, más consoladora que todas las ofrecidas por las doctrinas y las filosofías modernas, y esta solución descansa en las bases más sólidas que puedan concebirse: estas son el testimonio de los sentidos y la experiencia de la razón.

En el mismo momento en que el materialismo ha llegado a su apogeo y esparcido por todas partes la idea de la nada, una creencia nueva, apoyada sobre hechos, aparece. Ofrece al pensamiento un refugio donde al fin encuentra el conocimiento de las leyes eternas de progreso y de justicia. Le produce un florecimiento de ideas que se creían muertas, estando sólo adormecidas y se anuncia una renovación intelectual y moral. Doctrinas, que fueron el alma de pasadas civilizaciones, reaparecen bajo más amplia forma, y

numerosos fenómenos, desdeñados por largo tiempo, pero de los cuales ciertos sabios vislumbran por fin la importancia, vienen a ofrecer una base de demostración y de certeza. Las prácticas del magnetismo, del hipnotismo y de la sugestión, más aún, los estudios de Crookes, Russel Wallace, Paul Gibier, etc., sobre las fuerzas psíquicas, suministran nuevos datos para la solución del gran problema. Se abren abismos y se revelan formas de existencia en centros que ya nadie se cuidaba de observar. Y de estas investigaciones, de estos estudios, de estos descubrimientos, se desprenden una concepción del mundo y de la vida, un conocimiento de las leyes superiores, una afirmación del orden y de la justicia universales muy idóneas para despertar en el corazón del hombre, a la par de una fe más firme y más ilustrada en el porvenir, un sentimiento profundo de sus deberes y un verdadero amor a sus semejantes, capaces de transformar la faz de las sociedades.

Esta es la doctrina que ofrecemos a los investigadores de todas clases y categorías. Ha sido ya divulgada en numerosos volúmenes. Hemos creído que debíamos resumirla en estas páginas bajo una forma distinta, en consideración a los que están cansados de vivir como ciegos, ignorándose a sí mismos; de aquellos a quienes no satisfacen ya las obras de una civilización material y de mera apariencia y que aspiran a un orden de cosas más elevado. Y más especialmente aún para vosotros, hijos e hijas del pueblo, trabajadores cuya senda es áspera y difícil la existencia, para quienes el cielo es más negro y más frío el viento de la adversidad, para vosotros ha sido escrito este libro. No hallaréis en él toda la ciencia—el cerebro humano no podría contenerla— pero puede ser un grado más hacia la verdadera luz. Al probaros que la vida no es una ironía

de la suerte ni el resultado de una casualidad estúpida, sino la consecuencia de una ley justa y equitativa, al abriros las perspectivas radiantes del porvenir, dará un móvil más noble a vuestras acciones, hará lucir un rayo de esperanza en la noche de vuestras incertidumbres, aliviará la carga de vuestras pruebas y os enseñará a no temblar ante la muerte. Abridlo con confianza, leedlo con atención, pues emana de un hombre que, por encima de todo, quiere vuestro bien.

Posible es que entre vosotros haya muchos que rechacen nuestras conclusiones, sólo un corto número las admitirá. ¡Qué importa! No estamos buscando el éxito. Un solo móvil nos inspira: el respeto, el amor a la verdad. Una sola ambición nos alienta. Quisiéramos que cuando nuestra gastada envoltura vuelva a la tierra, nuestro Espíritu inmortal pueda decirse: mi paso en este mundo no ha sido estéril si he contribuido a calmar un sólo dolor, a iluminar una sola inteligencia en busca de la verdad, a fortalecer una sola alma vacilante y afligida.

PRIMERA PARTE

CREENCIAS Y NEGACIONES

1

LA DOCTRINA SECRETA

LAS RELIGIONES

Cuando se echa una mirada de conjunto al pasado, cuando se evoca el recuerdo de las religiones desaparecidas, de las creencias muertas, una especie de vértigo se apodera de nosotros al contemplar las sinuosas vías recorridas por el pensamiento humano. Lenta es su marcha. Parece complacerse al principio en las sombrías criptas de la India, en los templos subterráneos de Egipto, en las catacumbas de Roma y en la media luz de las catedrales. Parece preferir los sitios oscuros, la atmósfera pesada de las escuelas, el silencio de los claustros a la luz del cielo, a los libres espacios, en una palabra, al estudio de la naturaleza.

Un examen ligero, una comparación superficial de las creencias y de las supersticiones del pasado, conduce inevitablemente a la duda. Mas si levantamos el velo exterior y brillante que ocultaba al vulgo los grandes misterios, si penetramos en los santuarios de la vida religiosa, nos hallamos en presencia de un hecho de considerable importancia. Las formas materiales, las ceremonias extravagantes de los cultos, tenían por objeto impresionar la imaginación del pueblo. Detrás de estos velos, las religiones antiguas aparecían bajo un aspecto muy distinto. Revestían un carácter grave y elevado, tan científico como filosófico.

Su enseñanza era doble; exterior y pública por una parte, interior y secreta por otra y, en este caso, reservada solamente a los iniciados. Esta última ha podido ser reconstituida recientemente después de perseverantes estudios y de numerosos descubrimientos epigráficos¹. Desde entonces, la oscuridad y la confusión que reinaban en las cuestiones religiosas se han disipado, la luz ha producido la armonía. Se ha adquirido la prueba de que todas las enseñanzas religiosas del pasado se enlazan, que en su base se encuentra una sola y misma doctrina, doctrina transmitida de edad en edad a una serie no interrumpida de sabios y de pensadores.

Todas las grandes religiones han tenido dos aspectos, uno aparente y otro oculto. En éste está el espíritu, en aquél la forma o la letra. Bajo el símbolo material se disimula el sentido profundo. El brahmanismo en la India, el hermetismo en Egipto, el politeísmo

¹ Véanse las obras de Max Müller; St. Yves d'Alveydre' *La Mission des Luifs*, Ed. Schuré, *Les Grands Initiés*.

griego, y también el cristianismo, presentan en su origen ese doble aspecto. Juzgarlas por su lado exterior y vulgar, es juzgar del valor moral de un hombre por sus vestidos. Para conocerlas, hay que penetrar el pensamiento íntimo que las inspira y constituye su razón de ser. Del seno de los mitos y de los dogmas hay que desprender el principio generador que les comunica fuerza y vida. Entonces se descubre la doctrina única, superior, inmutable, de la cual las religiones humanas no son más que adaptaciones imperfectas y transitorias, proporcionadas a las necesidades de los tiempos y de los lugares.

La idea que se tiene, en nuestra época, del Universo y de la verdad es absolutamente exterior y material. La ciencia moderna, en sus investigaciones, se ha limitado a acumular el mayor número posible de hechos y a desprender de ellos las leyes consiguientes. Ha obtenido así maravillosos resultados pero, de esta manera, el conocimiento de los principios superiores y de las causas primeras será siempre inaccesible para ella. Ni aun las causas segundas puede percibir. El dominio invisible de la vida es más vasto que el que abrazan nuestros sentidos; allí reinan las causas de las que sólo vemos los efectos.

La antigüedad tenía una manera enteramente distinta de ver y de proceder. Los sabios del Oriente y de Grecia no desdeñaban estudiar la naturaleza exterior, pero muy especialmente en el estudio del alma y de sus potencias íntimas era donde descubrían los principios eternos. El alma era para ellos como un libro donde se inscriben en caracteres misteriosos todas las realidades y todas las leyes. Por medio de la concentración de sus facultades y por el estudio meditativo, y profundo de sí mismo, se elevaban hasta la Causa sin

causa, hasta el principio del cual derivan los seres y las cosas. Las leyes innatas de la inteligencia les explicaban el orden y la armonía de la Naturaleza, como el estudio del alma les daba la clave de los problemas de la vida.

El alma, creían ellos, colocada entre dos mundos, el visible y el oculto, el material y el espiritual, a los cuales observa y penetra, es el instrumento supremo del conocimiento. Según su grado de adelanto y pureza, refleja con mayor o menor intensidad los rayos del foco divino. La razón y la conciencia no tan sólo guían nuestros juicios y nuestros actos, sino que son también los medios más seguros para adquirir y poseer la verdad.

La vida entera de los iniciados estaba consagrada a estas investigaciones. No se contentaban, como en nuestros días, con preparar a la juventud por medio de estudios prematuros, insuficientes, mal digeridos, para las luchas y los deberes de la existencia. Los adeptos eran escogidos y preparados desde la infancia para la carrera que debían seguir y luego se les conducía gradualmente hacia las cimas intelectuales desde donde se puede dominar y juzgar la vida. Los principios de la ciencia secreta les eran comunicados en una medida proporcionada al desarrollo de su inteligencia y de sus cualidades morales. La iniciación era una refundición completa del carácter, un despertar de las facultades dormidas del alma. El adepto no tenía participación en los grandes misterios, esto es, en la revelación de las leyes superiores, mientras no hubiese logrado apagar en él el fuego de las pasiones, reprimir los deseos impuros y orientar las aspiraciones de su ser hacia el bien y la belleza. Entonces entraba en posesión de ciertos poderes sobre la naturaleza y comunicaba con las potencias ocultas del Universo.

Los testimonios de la historia tocante a Apolonio de Tiana y a Simón el Mago, los hechos supuestos milagrosos realizados por Moisés y Cristo, no permiten ninguna duda sobre este punto. Los iniciados conocían el secreto de las fuerzas fluídicas y magnéticas. Este dominio, poco familiar a los sabios de nuestros días, a quienes parecen inexplicables los fenómenos del sonambulismo y de la sugestión contra los cuales luchan por su impotencia en conciliarlos con teorías preconcebidas¹, este dominio, la ciencia oriental de los santuarios lo había explorado y poseía todas sus claves. Encontraba en él medios de acción incomprensibles para el vulgo, pero de los cuales nos darían fácilmente la explicación los fenómenos del Espiritismo.

En sus experiencias fisiológicas, la ciencia contemporánea ha llegado hasta el umbral de ese mundo oculto conocido de los antiguos y al que rigen leyes rigurosas. Hasta ahora no se ha atrevido a penetrar en él francamente. Mas ya está próximo el día en que la fuerza de las cosas y el ejemplo de los audaces la obligarán a ello. Entonces reconocerá que no hay en esto nada de sobrenatural, sino, al contrario, un lado ignorado de la Naturaleza, una manifestación de las fuerzas sutiles, un aspecto nuevo de la vida que llena el infinito.

Si del dominio de los hechos pasamos al de los principios tendremos, por de pronto, que volver a trazar las grandes líneas de la doctrina secreta. Según ella, la vida no es más que la evolución en el tiempo y en el espacio del Espíritu, única realidad permanente. La

¹ Véase *Sugestión mental*, de Ochorowitz.

materia es su expresión inferior, su forma mudable. El Ser por excelencia, origen de todos los seres, es Dios, triple y uno a la vez, esencia, sustancia y vida en quien se resume todo el universo. De ahí procede el deísmo trinitario que de la India y de Egipto ha pasado, encubierto, a la doctrina cristiana.

Ésta ha convertido en personas a los tres elementos del Ser. El alma humana, partícula de la gran alma, es inmortal. Progresa y asciende hacia su autor a través de numerosas existencias alternativamente terrestres y espirituales, y por medio de un perfeccionamiento continuo. En sus encarnaciones corporales, constituye el hombre, cuya naturaleza ternaria, cuerpo, periespíritu y alma, orígenes respectivos de la sensación, del sentimiento y del entendimiento, es un microcosmos o pequeño mundo, imagen reducida del macrocosmos o gran Todo. Por eso al interrogarnos en la soledad, estudiando y desarrollando nuestras facultades latentes, podemos encontrar a Dios en lo más profundo de nuestro ser. La vida universal tiene dos fases: la involución o descenso del Espíritu en la materia por medio de la creación individual, y la evolución o ascensión gradual por medio de la cadena de las existencias hacia la Unidad divina.

A esta filosofía iba unido todo un manojito de ciencias: la ciencia de los Números o matemáticas sagradas, la Teogonía, la Cosmogonía, la Psicología y la Física. En ellas, el método inductivo y el experimental se combinaban y se comprobaban formando un conjunto imponente, un edificio de proporciones armónicas.

Esta enseñanza descubría al pensamiento horizontes capaces de dar vértigo a los Espíritus mal preparados. Por eso se la reservaba

para los fuertes. Si la vista del infinito turba y enloquece a las almas débiles, fortifica y engrandece a los valientes. El conocimiento de las leyes superiores les comunica la fe ilustrada, la confianza en el porvenir, el consuelo en la desgracia. Este conocimiento inspira benevolencia hacia los débiles, hacia todos aquellos que se agitan aún en los círculos inferiores de la existencia, víctimas de las pasiones y de la ignorancia. Inspira tolerancia para todas las creencias. El iniciado sabía unirse a todos y orar con todos. Honraba a Brahma en la India, a Osiris en Menfis, a Júpiter en Olimpia, como a imágenes debilitadas del Poder Supremo, director de las almas y de los mundos. Así es como la verdadera Religión se eleva por encima de todas las creencias y no maldice a ninguna. La enseñanza de los santuarios había producido hombres verdaderamente prodigiosos por la elevación de miras y el poder de las obras realizadas, un número selecto de pensadores y hombres de acción cuyos nombres se encuentran en todas las páginas de la historia. De allí han salido los grandes reformadores, los fundadores de religiones, los ardientes sembradores de ideas: Krishna, Zoroastro, Hermes, Moisés, Pitágoras, Platón, Jesús y todos aquellos que han querido poner al alcance de las multitudes las verdades sublimes que constituían su superioridad. Han arrojado a los vientos la semilla que fecunda las almas. han promulgado la ley moral inmutable, siempre y en todas partes semejante a sí misma. Pero los discípulos no han sabido guardar intacta la herencia de los maestros. Muertos éstos, su enseñanza ha sido alterada y hasta completamente desfigurada por alteraciones sucesivas. La mayor parte de los hombres carecía de aptitud para percibir las cosas del Espíritu, y las religiones perdieron pronto su sencillez y pureza primitivas. Las verdades que aportaban han desaparecido bajo los detalles de una interpretación grosera y

material. Se ha abusado de los símbolos para impresionar la imaginación de los creyentes, y pronto ha quedado la idea madre sepultada y olvidada bajo el símbolo. La Verdad es comparable a las gotas de lluvia que oscilan en la extremidad de una rama. Mientras permanecen suspendidas, brillan cual puros diamantes a los rayos del sol que, tan pronto tocan la tierra, se confunden con sus impurezas. Todo cuanto nos viene de arriba se mancha con el contacto terrestre. Hasta al seno de los templos ha llevado el hombre sus pasiones, sus codicias, sus miserias morales. Por eso en todas las religiones, el error, don de la Tierra, se mezcla con la verdad, don de los cielos.

Muchas veces se ha preguntado si la religión es necesaria. La religión¹, bien comprendida, debería ser un lazo uniendo a los hombres entre sí y uniéndoles por un mismo pensamiento al principio superior de las cosas. Existe en el alma un sentimiento natural que la lleva hacia un ideal de perfección en el cual identifica el Bien y la Justicia.

Si este sentimiento, el más noble de todos cuantos puedan experimentarse, estuviese iluminado por la ciencia, fortificado por la razón y apoyado en la libertad de conciencia, llegaría a ser el móvil de grandes y generosas acciones. Pero mal interpretado, corrompido y materializado, ha llegado a ser, con harta frecuencia, gracias a la teocracia, un instrumento de dominación egoísta.

La religión es necesaria e indestructible, pues tiene su razón de ser en la naturaleza misma del ser humano cuyas aspiraciones elevadas

¹ Del latín *religare*, enlazar, unir.

expresa y resume. Es también la expresión de las leyes eternas, y, bajo este punto de vista, debe confundirse con la filosofía a la cual hace pasar del dominio de la teoría al de la práctica dándole vida y actividad.

Mas para ejercer una influencia saludable, para volver a ser un móvil de elevación y de progreso, debe la religión despojarse de los disfraces con que se ha revestido a través de los siglos. Lo que debe desaparecer no es su principio, sino los mitos oscuros, las formas exteriores, el culto, las ceremonias. Debe evitarse confundir cosas tan diferentes.

La verdadera religión no es una manifestación exterior, es un sentimiento, y en el corazón humano es donde se halla el verdadero templo del Eterno. La verdadera religión no podría reducirse de nuevo a reglas ni a ritos mezquinos. No necesita ni sacerdotes, ni fórmulas, ni imágenes. Le importan poco los simulacros y las formas de adoración y sólo juzga los dogmas por su influencia sobre el perfeccionamiento de las sociedades. Abarca todos los cultos, todos los sacerdocios, se eleva por encima de ellos y les dice: ¡La Verdad está más alto que todo esto!

Debe comprenderse, sin embargo, que no todos los hombres se hallan en estado de alcanzar estas cimas intelectuales. Por esto son necesarias la tolerancia y la benevolencia. Si el deber nos incita a apartar a los buenos Espíritus de los lados vulgares de la religión, hay que abstenerse de arrojar la piedra a las almas dolientes y llorosas, incapaces de asimilarse nociones abstractas, y que en su fe sencilla encuentran apoyo y consuelo.

Mas puede asegurarse que el número de los creyentes sinceros disminuye de día en día. La idea de Dios, en otro tiempo sencilla y grande en las almas, ha sido desnaturalizada por el temor del infierno y ha perdido su poder. En la imposibilidad de elevarse hasta lo absoluto, ciertos hombres han creído necesario adaptar a su forma y a su medida todo cuanto querían concebir. Así es como han rebajado a Dios a su propio nivel, prestándole sus pasiones y sus debilidades, empequeñeciendo la naturaleza y el universo, y descomponiendo en diversos colores el rayo de oro de la verdad bajo el prisma de su ignorancia.

Las claras nociones de la religión natural han sido obscurecidas a capricho. La ficción y la fantasía han engendrado el error, y éste, estancado en el dogma, se ha levantado como un obstáculo en el camino de los pueblos. La luz ha sido velada por aquellos que creían haberla recibido en depósito, y las tinieblas en que querían sumergir a los demás se han apoderado de ellos y los han envuelto. Los dogmas han pervertido el sentido religioso y el interés de casta ha falseado el sentido moral. Como consecuencia ha venido un cúmulo de supersticiones, de abusos y de prácticas idólatras cuyo espectáculo ha hecho caer a tantos hombres en la negación.

Pero ya se anuncia la reacción. Las religiones, inmobilizadas en sus dogmas como las momias en sus vendajes, cuando todo marcha y evoluciona en torno suyo, ahogadas bajo sus envolturas materiales, agonizan. Han perdido ya casi toda su influencia sobre las costumbres y la vida social, y están destinadas a morir. Pero, como todas las cosas, las religiones no mueren más que para renacer. La idea que los hombres se forman de la verdad se modifica y se engrandece con el tiempo, y por esto las religiones, que son

manifestaciones temporales, vistas parciales de la eterna verdad, deben transformarse tan luego han terminado su obra y no responden ya a los progresos y a las necesidades de la Humanidad. A medida que ésta adelanta en su camino, necesita nuevas concepciones, un ideal más elevado, y los encuentra en los descubrimientos de la ciencia y en las intuiciones crecientes del pensamiento.

Hemos llegado a un momento de la historia en el que las religiones caducas se hundan y se prepara una renovación filosófica y social. El progreso material e intelectual llama al progreso moral. Un mundo de aspiraciones se agita en la profundidad de las almas haciendo esfuerzos para tomar forma y salir a la luz. Las dos grandes fuerzas, imperecederas como el espíritu humano, del cual son atributos, el sentimiento y la razón, fuerzas que hasta el presente habían sido hostiles perturbando a la sociedad con sus conflictos y sembrando por todas partes odio, confusión y discordia, tienden por fin a reconciliarse. La religión debe perder su carácter dogmático y sacerdotal para adquirir el científico. La ciencia saldrá de las profundidades materialistas para iluminarse con un rayo divino. Está próxima a surgir una doctrina idealista en sus tendencias, positiva y experimental en su método, apoyada en hechos innegables. Y sistemas en apariencia opuestos, filosofías contradictorias y enemigas, el Espiritualismo y el Naturalismo entre otras, hallarán en ella un terreno de reconciliación. Síntesis poderosa, abrazará y enlazará todas las diversas concepciones del mundo y de la vida, rayos quebrados, fases diversas de la verdad.

Será la resurrección, bajo una forma más completa y accesible a todos, de la doctrina secreta que la antigüedad conoció, el

advenimiento de la religión natural que renacerá sencilla, sin cultos ni altares. Cada padre será sacerdote en su familia, enseñará y dará el ejemplo. La religión se manifestará en los actos, en el deseo ardiente del bien. El holocausto será el sacrificio de nuestras pasiones, el perfeccionamiento del espíritu humano. Tal será la religión superior, definitiva, universal, en cuyo seno se confundirán, como los ríos en el océano, todas las religiones pasajeras y contradictorias, causas demasiado frecuentes de divisiones y destrozos en la humanidad.

2

LA INDIA

Hemos dicho que la doctrina secreta se encontraba en el fondo de todas las grandes religiones y en los libros sagrados de todos los pueblos. ¿De dónde viene? ¿Cuál es su origen? ¿Quiénes fueron los primeros hombres que la concibieron y la transcribieron luego? Las Escrituras más antiguas son las que resplandecen en los cielos¹. Esos mundos estelares que a través de las noches silenciosas despiden sus tranquilos resplandores, constituyen las Escrituras eternas y divinas de que habla Dupuis. Los hombres las han consultado sin duda mucho tiempo antes de escribir, pero los primeros libros en que se halla consignada la gran doctrina, son los Vedas. Es el molde donde se ha formado la religión primitiva de la India, religión enteramente patriarcal, sencilla y pura como la existencia del hombre exento de pasiones, viviendo una vida serena y fuerte al contacto de la espléndida naturaleza del Oriente.

¹ Los signos del Zodiaco.

Los himnos védicos igualan en grandeza y en elevación moral a todo cuanto el sentimiento poético ha engendrado de más bello en la sucesión de los tiempos. Celebran a Agni, el fuego, símbolo del Eterno Masculino o Espíritu Creador; Sôma, el licor del sacrificio, símbolo del Eterno Femenino, Alma del Mundo, sustancia etérea. En su unión perfecta estos dos principios del Universo constituyen el Ser supremo, Zyaus o Dios.

El Ser supremo se inmola a sí mismo y se divide para producir la vida universal. Por eso el mundo y los seres, procedentes de Dios, vuelven a Dios por una evolución constante. De aquí nace la teoría de la caída y de la reascensión de las almas, que se encuentra en Egipto y en Grecia.

El sacrificio del fuego resume todo el culto védico. Al amanecer, el jefe de la familia, a un tiempo padre y sacerdote, encendía la llama sagrada en el altar de tierra, y con ella subía gozosa hacia el cielo azul la plegaria, la invocación de todos a la fuerza única y viva que encubre el velo transparente de la Naturaleza.

Mientras se consume el sacrificio, -dicen los Vedas-, los Asuras o Espíritus superiores, y los Pitris, almas de los antepasados, rodean a los asistentes y se asocian a sus oraciones. De modo que la creencia en los Espíritus remonta a las primeras edades del mundo.

Los Vedas afirmaban la inmortalidad del alma y la reencarnación:

Hay en el hombre una parte inmortal; ésta es, ¡Oh Agni!, la que debes calentar con tus rayos e inflamar con tus fuegos. ¿De dónde ha nacido el alma? Las unas vienen hacia nosotros y se van, las otras se van y luego vuelven.

Los Vedas son monoteístas, las alegorías que se encuentran en cada página disimulan apenas la imagen de la gran causa primera, cuyo nombre, rodeado de santo respeto, no podía ser pronunciado bajo pena de muerte. En cuanto a las divinidades secundarias o *devas*, personificaban los auxiliares inferiores del Ser divino, las fuerzas de la naturaleza y las cualidades morales.

De la enseñanza de los Vedas dimanaba toda la organización de la sociedad primitiva, el respeto a la mujer, el culto de los antepasados, el poder electivo y patriarcal. Los hombres vivían en paz, libres y felices.

Desde los tiempos védicos hubo ya anacoretas o *rishis* que pasaron su existencia retirados en la vasta soledad de las selvas y en las orillas de los ríos y los lagos. Intérpretes de la ciencia oculta y de la doctrina secreta de los Vedas, poseían ya esos misteriosos poderes transmitidos de siglo en siglo, de los cuales gozan aún los *faquires* y los *yoguis*. De esta cofradía de solitarios salió el pensamiento creador, la impulsión primera que ha hecho del brahmanismo la más colosal de todas las teocracias.

Krishna, educado por los ascetas en el seno de los bosques de cedros que se extienden al pie de las nevadas cumbres del Himalaya, fue el inspirador de las creencias hindúes. Esta gran figura aparece en la historia como la del primero de los reformadores religiosos, de los misioneros divinos. Renovó las doctrinas védicas apoyándolas en la idea de la Trinidad, y en la del alma inmortal y sus renacimientos sucesivos. Después de haber sellado su obra con su sangre, abandonó este mundo dejando a la India esta concepción del Universo y de la

vida, este ideal superior, con el cual ha vivido durante millones de años.

Esta doctrina sagrada se ha esparcido por todo el mundo, con diferentes nombres, por las varias emigraciones que han salido de la India. Esa tierra sagrada no es tan sólo la madre de los pueblos y de las civilizaciones, es también el foco de las más grandes inspiraciones religiosas. Krishna, rodeado de un grupo de discípulos, iba de ciudad en ciudad difundiendo su enseñanza:

El cuerpo, decía él¹, envoltura del alma que tiene en él su morada, es una cosa finita, pero el alma que lo habita es invisible, imponderable y eterna.

La suerte del alma después de la muerte, constituye el misterio de los renacimientos. Lo mismo que las profundidades de los cielos se abren a los rayos de las estrellas, así las profundidades de la vida se iluminan al fulgor de esta verdad.

Cuando el cuerpo está disuelto, cuando vence la sabiduría, el alma remonta el vuelo a las regiones de los seres puros que tienen el conocimiento del Altísimo. Cuando domina la pasión, el alma viene de nuevo a habitar entre aquellos que están apegados a las cosas de la tierra. De igual manera el alma oscurecida por la materia y la ignorancia, es atraída de nuevo por el cuerpo de los irracionales.

Todo renacimiento, feliz o desgraciado, es la consecuencia de las obras practicadas en las vidas anteriores. A las mismas causas deben atribuirse las distinciones que se observan entre los hombres: unos son ricos, otros pobres; unos están enfermos, otros gozan de buena salud;

¹ *Baghavat Gita*, traducción de Emilio Burnouf, G. Schlegel y Wilkins.

DESPUÉS DE LA MUERTE

unos nacen en ínfima condición, otros en rango elevado; unos son dichosos, otros desdichados. Nada de esto es efecto de la casualidad, sino el resultado de las virtudes y de los vicios que han precedido al renacimiento.

Pero hay un misterio más grande aún. Para llegar a la perfección, es menester conquistar la ciencia de la Unidad, que está por encima de la sabiduría. Hay que elevarse al Ser divino, que está más alto que el alma y que la inteligencia. Este ser divino está también en cada uno de nosotros:

En ti mismo llevas un amigo sublime a quien no conoces, pues Dios reside en el interior de todos los hombres, pero pocos saben encontrarle. El hombre que hace el sacrificio de sus deseos y de sus obras al Ser de donde proceden los principios de todas las cosas y por quien el Universo ha sido formado, obtiene por este sacrificio la perfección, pues aquel que encuentra en sí mismo su dicha, su alegría, y también su luz, es uno con Dios. Entérate pues; el alma que ha encontrado a Dios, está libre del renacimiento y de la muerte, de la vejez y del dolor, y bebe las aguas de la inmortalidad.

Krishna hablaba de su propia naturaleza y de su misión en términos que conviene meditar. Dirigiéndose a sus discípulos:

Yo y vosotros, decía, hemos tenido varios nacimientos. Los míos sólo por mí son conocidos, pero vosotros ni siquiera conocéis los vuestros. Aun cuando yo no esté ya, por mi naturaleza, sometido a nacer o a morir, siempre que la virtud declina en el mundo y dominan el vicio y la injusticia, entonces me hago visible, y así me manifiesto de edad en edad para la salvación del justo, castigo del malo y restablecimiento de la virtud.

Os he revelado los grandes secretos. No los digáis más que a aquellos que pueden comprenderlos. Vosotros sois mis elegidos, veis el término, la multitud no ve más que un corto trecho del camino¹.

Con estas palabras quedó fundada la doctrina secreta. A pesar de las alteraciones sucesivas que tuvo que sufrir, continuó siendo el manantial de vida donde, en el retiro y el silencio, bebieron los grandes pensadores de la antigüedad.

No era menos pura la moral de Krishna:

Los males con que afligimos a nuestro prójimo nos persiguen como la sombra al cuerpo. Las obras inspiradas por el amor de nuestros semejantes, son las que pesarán más en la balanza celeste. Si frecuentas a los buenos, tus ejemplos serán inútiles; no temas vivir entre los malos para atraerlos al bien. El hombre virtuoso se asemeja al árbol gigantesco cuya sombra bienhechora da vida y frescura a las plantas que le rodean.

Su lenguaje era sublime cuando hablaba de abnegación y de sacrificio:

El hombre honrado, al caer bajo los golpes de los malos, debe hacerlo como el sándalo que, cuando se le derriba, perfuma el hacha que lo hiere.

Cuando los sofistas le pedían que les explicase la existencia de Dios, les respondía:

Tan sólo el infinito y el espacio pueden comprender el infinito. Sólo Dios puede comprender a Dios.

¹ Baghavad Gita, passim.

Decía también:

Nada de cuanto ES puede perecer, porque todo cuanto ES está contenido en Dios. Por esto los sabios no lloran ni a los vivos ni a los muertos. Porque jamás yo he dejado de ser, ni tú, ni ningún hombre, y jamás dejaremos de ser, nosotros todos, más allá de la vida presente¹.

Respecto a la comunicación con los Espíritus:

Mucho tiempo antes que se despojen de su envoltura mortal, las almas que no han practicado más que el bien adquieren la facultad de conversar con las almas que las han precedido en la vida espiritual (svarga)².

Esto es lo que los brahmanes afirman aún en nuestros días con la doctrina de los Pitris. En todas las épocas la evocación de los muertos ha sido una de las formas de liturgia.

Tales son los principales puntos de la enseñanza de Krisna, que se encuentra en los libros sagrados que se conservan en el fondo de los santuarios del sur del Indostán.

En el principio, los brahmanes calcularon la organización social de la India sobre sus concepciones religiosas. Dividieron la sociedad en tres clases, según el sistema ternario. Mas esta organización fue degenerando paulatinamente en privilegios sacerdotales y aristocráticos. La herencia impuso sus límites estrechos y rígidos a las aspiraciones de todos. La mujer, libre y considerada en los tiempos

¹ *Mahabarata*, trad. H. Fauche.

² Baghavat Gita.

védicos, se convirtió en esclava, y, de sus, hijos, no supo hacer más que esclavos como ella. La sociedad quedó vaciada en un molde implacable, y la decadencia de la India fue su inevitable consecuencia. Petrificada en sus castas y en sus dogmas, se ha dormido con el sueño letárgico, imagen de la muerte, que ni siquiera ha turbado el tumulto de las invasiones extranjeras. ¿Despertará algún día? Sólo el porvenir podrá decirlo.

Los brahmanes, después de haber establecido el orden y organizado la sociedad, perdieron a la India por exceso de compresión. De igual modo quitaron toda autoridad moral a la doctrina de Krishna revistiéndola de formas groseras y materiales. Si no se considera más que el lado exterior y vulgar del Brahmanismo, sus prescripciones pueriles, su ceremonial pomposo, sus ritos complicados, las fábulas e imágenes de que tan pródigo es, se inclina uno a no ver en él más que un montón de supersticiones. Sin embargo, sería una falta juzgarle sólo por sus apariencias exteriores. En el brahmanismo, como en todas las religiones antiguas, hay que hacer dos partes. Una es la del culto y la enseñanza vulgar, llenos de ficciones que cautivan al pueblo y ayudan a conducirlo por la senda de la servidumbre. A este orden de ideas pertenece el dogma de la metempsicosis o renacimiento de las almas culpables en el cuerpo de animales, insectos o plantas, espantajo destinado a aterrorizar a los débiles, sistema hábil imitado por el catolicismo en su concepción de los mitos de Satán, del infierno y de los tormentos eternos.

Muy distinto es la enseñanza secreta, la gran tradición esotérica, que sugiere sobre el alma y sus destinos, y sobre la causa universal, las más puras y elevadas especulaciones. Para recogerlas es menester

penetrar en el misterio de las pagodas, registrar los manuscritos que encierran, e interrogar a los brahmanes doctos.

Unos seiscientos años antes de la era de Cristo, el hijo de un rey —Çakya-Muni o el Buddha— se sintió atacado de una profunda tristeza, de una inmensa piedad hacia los sufrimientos de los hombres. La corrupción había invadido la India a consecuencia de la alteración de las tradiciones religiosas y de los abusos de una teocracia ávida de dominación. Renunciando a las grandezas y a la vida fastuosa, el Buddha abandona su palacio y se esconde en la selva silenciosa. Después de muchos años de meditación, reaparece, llevando al mundo asiático, sino una creencia nueva, por lo menos una nueva expresión de la Ley.

Según el Buddhismo,¹ la causa del mal, del dolor, de la muerte y del renacimiento es el deseo. Es él, es la pasión lo que nos atrae a las formas materiales y despierta en nosotros mil necesidades que renacen sin cesar, nunca satisfechas, y que se convierten en tiranos. La finalidad elevada de la vida consiste en arrancar el alma a las influencias del deseo. Se llega a *ello* por medio de la reflexión, de la austeridad, por el desprendimiento gradual de todas las cosas terrenas, por el sacrificio del *yo*, por la manumisión de todas las servidumbres de la personalidad y del egoísmo. La ignorancia es el mal soberano de donde provienen el sufrimiento y la miseria; y el primer medio de mejorar la vida en el presente y en el porvenir es el de adquirir conocimientos.

¹ Léon de Rosny, *El Buddhismo*; Bournouf, *La Ciencia de las religiones*.

El conocimiento comprende la ciencia de la naturaleza, visible e invisible, el estudio del hombre y el de los principios de las cosas. Estos son absolutos y eternos. El mundo, sacado por su propia actividad de un estado uniforme, está en una evolución continua. Los seres, descendientes del Gran Todo, con el fin de resolver el problema de la perfección, inseparable del estado de libertad, se hallan en condiciones de regresar al bien perfecto. No penetran en el mundo de la forma sino para trabajar en él hacia la consecución de su obra de perfeccionamiento y de elevación. Pueden realizarlo por medio de la ciencia —dice un *Upanichad*—. Pueden realizarlo por medio del amor —dice un *Purana*.

La ciencia y el amor son los dos factores esenciales del universo. Mientras el ser no ha adquirido el amor, se halla condenado a proseguir la cadena de las reencarnaciones terrenales.

Bajo la influencia de tal doctrina, el instinto egoísta ve estrecharse poco a poco su círculo de acción. El ser aprende a abarcar en un mismo amor a todo cuanto vive y respira.

Y esto no es más que una etapa de su evolución. Esta debe conducirle a no amar más que el eterno principio de donde emana todo amor y adonde todo amor debe necesariamente volver. Este estado es el de Nirvana.

Esta expresión, diversamente comentada, ha causado muchas equivocaciones. Según la doctrina secreta del buddhismo¹, el Nirvana no es, como enseñan la Iglesia del Sur y el gran sacerdote de Ceylán,

¹ Sinnet, *El Buddhismo esotérico*.

la pérdida de la individualidad, el desvanecimiento del ser en la nada; es la conquista, por el alma, de la perfección, de la manumisión definitiva de las transmigraciones y de los renacimientos en el seno de las humanidades.

Cada uno se hace su destino. La vida presente, con sus goces y sus dolores, no es más que la consecuencia de las buenas o de las malas acciones realizadas libremente por el ser en sus existencias anteriores. El presente se explica por el pasado, no solamente por el mundo, tomado en su conjunto, sino por cada uno de los seres que lo componen. Se llama *Karma* a la suma de los méritos o de los deméritos adquiridos por el ser. Este karma es para él, en todo instante de su evolución, el punto de partida del porvenir, la causa de toda justicia distributiva:

Yo, Buddha,¹ que he llorado con todas las lágrimas de mis hermanos, cuyo corazón ha sido roto por el dolor de todo un mundo, sonrío y estoy contento, porque la libertad existe. ¡Oh, vosotros que sufrís: sabedlo! Yo os muestro la verdad. Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado. Ello está fundado sobre nuestros pensamientos; ello está hecho con nuestros pensamientos. Si un hombre habla y obra de acuerdo con un pensamiento puro, la felicidad le sigue como una sombra. El odio no ha sido nunca apaciguado por el odio. El odio no es vencido más que por el amor. Como la lluvia pasa a través de una casa mal cubierta, la pasión pasa a través de un espíritu poco reflexivo. Por la reflexión, por la moderación, por

¹ *Dhammapada.*

el dominio de sí mismo, el hombre se convierte en una isla que ningún huracán puede arrasar. El hombre llega a recoger las cosas que ha sembrado. Esta es la doctrina del Karma.

La mayor parte de las religiones nos recomiendan el bien para obtener una recompensa celeste. Hay en ello un móvil egoísta y mercenario que no se encuentra en el mismo grado en el Buddhismo. Es preciso practicar el bien —dice León de Rosny¹— porque el bien es la finalidad suprema de la naturaleza. Conformándose a las exigencias de estas leyes como se adquiere la única satisfacción verdadera, la más hermosa que puede gozar el ser libertado de las trabas de la forma y de las atracciones del deseo, causas continuas de decepción y de sufrimiento.

La compasión del budista y su caridad se extienden a todos los seres. Todos, a sus ojos, están destinados al Nirvana, y por seres hay que entender los animales, los vegetales y hasta los cuerpos inorgánicos. Todas las formas de vida se encadenan según la ley grandiosa de la evolución y del transformismo. En ninguna parte está ausente la vida en el universo. La muerte no es más que una ilusión, uno de los agentes que permiten una renovación incesante e incesantes transformaciones. El infierno —para los iniciados en la doctrina esotérica— no es otra cosa que el remordimiento y la ausencia de amor. El purgatorio está en todas partes donde se encuentra la forma y donde evoluciona la materia. Está sobre nuestro globo lo mismo que en las profundidades del firmamento estrellado.

¹ *La Moral del Buddhismo.*

El Buddha y sus discípulos practicaban el Dhyana o la contemplación, el éxtasis. El espíritu, en este estado de exaltación, comunica con las almas que han abandonado la Tierra¹.

El Buddhismo exotérico o vulgar, rechazado hacia el siglo VI en las dos extremidades de la India, después de sangrientas luchas provocadas por los brahmas, ha sufrido vicisitudes diversas y numerosas transformaciones. Una de sus ramas o iglesias, la del Sur, en algunas de sus interpretaciones, parece inclinarse hacia el ateísmo y el materialismo. La del Thibet ha permanecido deísta y espiritualista. El Buddhismo se ha convertido, además, en la religión del imperio más vasto del mundo —la China²—. Sus fieles componen hoy la tercera parte de la población del globo. Pero en todos los medios donde se ha divulgado, del Ural al Japón, sus tradiciones primitivas han sido veladas, alteradas. Allí, como en otras partes. Las formas materiales del culto han ahogado las altas aspiraciones del pensamiento; los ritos, las ceremonias supersticiosas. Las vanas fórmulas, las ofrendas, los toneles y molinos de oraciones han reemplazado a la enseñanza moral y a la práctica de las virtudes³.

Sin embargo, las principales enseñanzas del Buddha han sido conservadas en los Sutras⁴. Los sabios, herederos de la ciencia y de

¹ Eug. Bonnemere, *El Alma y sus manifestaciones*.

² Hoy República.

³ G. Bousquet, *Revista de Ambos Mundos*, 15 de marzo de 1870.

⁴ *Lalita Vistara*, traducción Foucaus; *El Loto de la Buena Ley*, traducción Eug. Bournouf.

los poderes de los antiguos ascetas, poseían también, según se dice¹, la secreta doctrina en su integridad. Habían fijado sus moradas lejos de las multitudes humanas, sobre las mesetas elevadas desde donde aparece la llanura de la India, vaga y lejana, como en un sueño. En la pura atmósfera y en el silencio de las soledades habitaban los *Mahatmas*. Poseedores de los secretos que permiten desafiar al dolor y a la muerte, pasaban sus días en la meditación, esperando la hora problemática en que el estado moral de la humanidad se hiciese accesible a la divulgación de sus arcanos. Desgraciadamente, ningún hecho bien auténtico ha venido hasta aquí a confirmar estas afirmaciones. La prueba de la existencia de los *Mahatmas* está aún por encontrarse.

Desde hace veinte años, se han realizado grandes esfuerzos para divulgar la doctrina buddhica en Occidente. Nuestra raza, ávida de movimiento, de luz y de libertad, parece poco dispuesta a asimilarse esta religión del renunciamiento, de la que los pueblos orientales han hecho una doctrina de aniquilamiento voluntario y de postración intelectual. El Buddhismo ha sido en nuestra Europa del dominio de algunos letrados. El esoterismo tibetano está, por fortuna, entre ellos. En ciertos puntos, éste abre al espíritu humano perspectivas extrañas. La teoría de los días y de las noches de Brahma, *Manvantara* y *Pralaya*, renovada de las antiguas religiones de la India, parece estar un poco en contradicción con la idea del Nirvana.

En todo caso, estos períodos inmensos de difusión y de concentración, al final de los cuales la gran Causa prima absorbe a

¹ Sinnet, *El Buddhismo esotérico*.

todos los seres y permanece sola, inmóvil, dormida, sobre los mundos disueltos, lanzan al pensamiento en una especie de vértigo. La teoría de los siete principios constitutivos del hombre, la de los siete planetas¹, sobre los cuales se desarrolla la redondez de la vida en su movimiento ascensional, constituyen también aspectos originales y objetos de examen.

Una cosa domina esta enseñanza. La ley de caridad proclamada por el Buddha es uno de los más poderosos llamamientos al bien que han resonado en el mundo; pero, según la expresión de León de Rosny²:

...esta ley serena, esta ley vacía, porque no tiene nada por apoyo, ha permanecido ininteligible para la mayoría de los hombres cuyos apetitos exalta, a los cuales no promete la clase de salario que quieren percibir.

El Buddhismo, a pesar de sus manchas y de sus sombras, no deja de ser una de las más grandes concepciones religiosas que han aparecido en el mundo, una doctrina toda amor e igualdad, una reacción poderosa contra la distinción de las castas establecida por los brahmas. Ofrece en algunos puntos analogías conmovedoras con el Evangelio de Jesús de Nazareth.

¹ En lugar de los siete, únicos conocidos de los antiguos, se cuentan ocho principales en nuestro sistema solar. La existencia de un noveno y de otros más se supone más allá de Neptuno, a consecuencia de las perturbaciones sufridas por este planeta.

² León de Rosny, *La Moral del Buddhismo*.

3

EGIPTO

A la entrada del desierto, los templos, los filones, las pirámides se levantan cual bosque de piedras bajo un cielo de fuego. Las monstruosas y pensativas esfinges contemplan la llanura, y las necrópolis labradas en la peña abren sus profanados umbrales al borde del río silencioso. Es Egipto, tierra singular, libro venerable, en el cual el hombre moderno empieza apenas a deletrear el misterio de las edades, de los pueblos y de las religiones.

Por mucho tiempo se ha creído que Egipto había tomado de la India su civilización y su fe. Hoy se sabe, por un atento estudio de los jeroglíficos, que sus tradiciones datan de una época tan remota como los Vedas¹. Son la herencia de una raza extinguida, la raza roja, que ocupaba todo el continente austral, y que fue aniquilada por luchas formidables contra los blancos y por cataclismos geológicos. La

¹ Manethon atribuye a los templos egipcios una tradición de 30 mil años.

esfinge de Giseh, anterior muchos miles de años¹ a la gran pirámide, y elevada por la mano de los rojos en el punto en que el Nilo se unía entonces al mar², es uno de los raros monumentos que nos han legado aquellos lejanos tiempos.

La lectura de los jeroglíficos y la de los papiros recogidos en los sepulcros, permite reconstituir la historia de Egipto al mismo tiempo que la antigua doctrina del Verbo-Luz, divinidad de triple naturaleza, inteligencia, fuerza y materia a la vez, espíritu, alma y cuerpo, que ofrece una analogía perfecta con la filosofía de la India. Aquí, como allí, se encuentra, bajo la corteza de los cultos, el mismo pensamiento oculto. El alma de Egipto, el secreto de su vitalidad, y de su representación histórica, es la doctrina oculta de sus sacerdotes, velada cuidadosamente bajo los misterios de Isis y de Osiris, y analizada experimentalmente, en el fondo de los templos, por iniciados de todas las clases y de todos los países.

Los libros sagrados de Hermes expresaban, bajo formas austeras, los principios de esta doctrina. Formaban una vasta enciclopedia en la que se hallaban clasificados todos los conocimientos humanos. Pero no todos han llegado hasta nosotros. La ciencia religiosa de Egipto nos ha sido restituida principalmente por la lectura de los jeroglíficos.

¹ Un manuscrito de la cuarta dinastía (4.000 años antes de J. C.) refiere que la esfinge enterrada bajo las arenas y olvidada hacía siglos, fue encontrada fortuitamente en aquella época (Fr. Lenormant, *Histoire d'Orient*, XI, 55).

² El actual delta ha sido formado por los aluviones sucesivos depositados por el Nilo.

Los templos son libros también, y puede decirse de la tierra de los faraones que allí las piedras hablan.

El primero de los sabios modernos *Champollion* descubrió tres clases de escritura en los manuscritos y en los monumentos egipcios¹. Por este descubrimiento quedó confirmada la opinión de los antiguos de que los sacerdotes de Isis empleaban tres clases de caracteres: los primeros, *demóticos*, eran sencillos y claros; los segundos, *hieráticos*, tenían un sentido simbólico o figurado; los otros eran los *jeroglíficos*. Esto es lo que Heráclito expresaba con los términos *hablando, significando y ocultando*.

Los jeroglíficos tenían un triple sentido y no podían ser descifrados sin clave. Se aplicaba a esos signos la ley de analogía que rige a los tres mundos: natural, humano y divino, y permite expresar los tres aspectos de todas las cosas por medio de números y de figuras que reproducen la simetría armoniosa y la unidad del Universo. Así, en un mismo signo, el adepto leía a la vez los principios, las causas y los efectos, teniendo ese lenguaje para él una potencia extraordinaria.

El sacerdote, procedente de todas las clases sociales, aun de las más ínfimas, era el verdadero dueño de Egipto. Los reyes, escogidos e iniciados por él, no gobernaban la nación más que a título de mandatarios. Elevadas miras y una profunda sabiduría presidían a los destinos del país. En medio del mundo bárbaro, entre la apasionada y feroz Asiria y el África salvaje, la tierra de los faraones era como una isla azotada por las olas donde se conservaban las

¹ Champollion, *El Egipto bajo los Faraones*.

puras doctrinas y toda la sabiduría secreta del mundo antiguo. Los sabios, los pensadores, los caudillos de los pueblos, griegos, hebreos, fenicios, etruscos, iban a beber en aquella fuente. Por medio de ellos, el pensamiento religioso se derramaba desde los santuarios de Isis sobre todas las playas del Mediterráneo, haciendo brotar civilizaciones diversas, y hasta desemejantes, según el carácter de los pueblos que la recibían, monoteísta en Judea con Moisés, politeísta en Grecia con Orfeo, pero uniforme en su principio oculto, en su esencia misteriosa.

El culto popular de Isis y de Osiris no era más que un brillante espejismo presentado a la multitud. Bajo la pompa de los espectáculos y de las ceremonias públicas se ocultaba la verdadera enseñanza contenida en los pequeños y en los grandes misterios. La iniciación estaba rodeada de numerosos obstáculos y de verdaderos peligros. Las pruebas físicas y morales eran largas y numerosas. Se exigía juramento de silencio, y la menor indiscreción era castigada con la muerte. Esta disciplina formidable daba a la religión secreta y a la iniciación una fuerza y una autoridad incomparables. A medida que el adepto adelantaba en la senda, los velos se apartaban, la luz se hacía más brillante, y los símbolos adquirían vida y expresión.

La esfinge, cabeza de mujer en un cuerpo de toro, con garras de León y alas de águila, era la imagen del ser humano, emergiendo de las profundidades de la animalidad para alcanzar su nueva condición. El gran enigma era el hombre, llevando en sí las señales sensibles de su origen, resumiendo todos los elementos y todas las fuerzas de la naturaleza inferior.

DESPUÉS DE LA MUERTE

Los extravagantes dioses, con cabezas de pájaro, de mamífero, de serpiente, eran otros símbolos de la vida en sus múltiples manifestaciones. Osiris, el dios Solar, e Isis, la gran Naturaleza, eran celebrados en todas partes pero, por encima de ellos, había un Dios innominado del cual no se hablaba sino en voz baja y con temor.

El neófito debía aprender ante todo a conocerse. El hierofante le hablaba así:

*¡Oh alma ciega, ármate con la antorcha de los misterios, y, en la noche terrestre, descubrirás tu doble luminoso, tu alma celeste. Sigue ese guía divino, y que sea tu genio, pues tiene la clave de tus existencias pasadas y futuras!*¹

Al fin de sus pruebas, quebrantado por las emociones, y habiendo pasado diez veces junto a la muerte, el iniciado veía aproximarse a él una imagen de mujer llevando un rollo de papiros.

Soy tu hermana invisible, le decía, soy tu alma divina, y éste es el libro de tu vida. Encierra las páginas llenas de tus existencias pasadas y las páginas blancas de tus vidas futuras. Algún día las desenrollaré todas delante de ti. Ya me conoces ahora. ¡Lláname y vendré!

Por último, en la azotea del templo, bajo el cielo estrellado, ante Menfis o Tebas dormidas, el sacerdote refería al adepto la visión de Hermes, transmitida oralmente de pontífice a pontífice y grabada en signos jeroglíficos en las bóvedas de las criptas subterráneas.

¹ Llamamiento a los iniciados, según el *Libro de los Muertos*.

Un día Hermes vio el espacio y los mundos, y la vida que florece en todas partes. La voz de la luz que llenaba el infinito, le reveló el divino misterio:

La luz que has visto, es la inteligencia divina que contiene todas las cosas en potencia y encierra los modelos de todos los seres. Las tinieblas son el mundo material donde viven los hombres de la tierra. Mas el fuego que brota de las profundidades, es el Verbo divino, Dios es el Padre, el Verbo es el Hijo, su unión es la Vida.

En cuanto al Espíritu del hombre, su destino tiene dos fases: cautividad en la materia, ascensión en la luz. Las almas son hijas del cielo, y su viaje es una prueba. Durante la encarnación pierden la memoria de su origen divino. Cautivadas por la materia, embriagadas por la vida, se precipitan como una lluvia de fuego, con estremecimientos de voluptuosidad, a través de las regiones del sufrimiento, del amor y de la muerte, hasta la cárcel terrestre donde tú también gimes y donde la vida divina te parece un sueño vano.

Las almas bajas y malvadas permanecen encadenadas a la tierra por medio de múltiples renacimientos, pero las almas virtuosas levantan el vuelo hacia las esferas superiores donde recobran la vista de las cosas divinas. Se impregnan de ellas con la lucidez de la conciencia iluminada por el dolor y con la energía de la voluntad adquirida en la lucha. Se vuelven luminosas, pues poseen lo divino en sí mismas y lo irradian en sus actos. Fortalece, pues, tu corazón ¡oh Hermes!, y serena tu Espíritu perturbado contemplando esos vuelos de almas ascendiendo la escala de las esferas que conduce al Padre, allí donde todo se acaba, donde todo vuelve a empezar eternamente. Y las

*siete esferas dirán juntas: ¡Sabiduría! ¡Amor! ¡Justicia! ¡Belleza!
¡Esplendor! ¡Ciencia! ¡Inmortalidad!¹.*

El pontífice añadía:

Medita esta visión. En ella se encierra el secreto de todas las cosas. Cuanto más sepas comprenderla, tanto más verás extenderse sus límites, pues la misma ley orgánica gobierna todos los mundos.

Mas el velo del misterio encubre la gran verdad. El total conocimiento no puede ser revelado más que a aquellos que han atravesado por las mismas pruebas que nosotros. Es menester medir la verdad según las inteligencias, velarla a los débiles a quienes volvería locos, ocultarla a los malos que la convertirían en arma de destrucción. Enciérrala en tu corazón y que tus obras la demuestren. La ciencia será tu fuerza, la fe tu espada y el silencio tu escudo.

La ciencia de los sacerdotes de Egipto excedía en muchos puntos a la ciencia actual. Conocían el magnetismo, el sonambulismo, curaban por medio del sueño provocado y practicaban en gran escala la sugestión. Esto era lo que llamaban la Magia².

El iniciado tenía como objetivo más elevado la conquista de estos poderes, cuyo emblema era la corona de los Magos.

Sabe, le decían, lo que significa esta corona. Toda voluntad que se une a Dios para manifestar la verdad y practicar la justicia, entra

¹ Véase *Pimander*, el más auténtico de los libros de Hermes Trismegisto.

² Diodoro de Sicilia y Strabón cuentan que los sacerdotes del antiguo Egipto sabían provocar la clarividencia con fines terapéuticos. Galieno hace mención de un templo cerca de Menfis, célebre por sus curaciones hipnóticas.

desde esta vida en participación del poder divino sobre los seres y sobre las cosas, recompensa eterna de los Espíritus ya libres.

El genio de Egipto quedó sumergido bajo la ola de las invasiones. La escuela de Alejandría recogió algunas partículas que transmitió al Cristianismo naciente. Pero, antes que ella, los iniciados griegos habían hecho penetrar en la Hélade las doctrinas herméticas. Allí vamos a encontrarlas de nuevo.

4

GRECIA

Entre los pueblos iniciadores no hay ninguno cuya misión se manifieste con mayor brillo que la de los pueblos de la Hélade. Grecia ha iniciado a Europa en todos los esplendores de lo bello. De su mano abierta ha salido la civilización occidental, y su genio, a veinte siglos de distancia, irradia aún sobre nuestro país. Así es que a pesar de sus trastornos y luchas intestinas, a pesar de su decadencia final, ha continuado siendo un objeto de admiración para todas las edades.

Grecia ha sabido traducir en claro lenguaje las oscuras bellezas de la sabiduría oriental. Las expresó al principio con el auxilio de dos armonías celestiales que hizo humanas la música y la poesía. Orfeo y Homero fueron de los primeros que hicieron gozar al mundo del encanto de sus acentos.

Más tarde, ese ritmo, esa armonía que el genio naciente de Grecia había introducido en la palabra y en el canto, Pitágoras, el iniciado de los templos, los reconoce en todas partes en el Universo, en la marcha de los globos que se mueven, futuras moradas de la

humanidad, en el seno de los espacios. En la unión de los tres mundos: natural, humano y divino, que se sostienen, se equilibran y se completan para producir la vida en su corriente ascensional y en su espiral infinita.

De esta visión formidable se desprendía para él la idea de una triple iniciación por cuyo medio el hombre, instruido en los principios eternos, aprendía, depurándose, a librarse de los males terrestres y a elevarse hacia la perfección. De ahí nació todo un sistema de educación y de reforma al cual Pitágoras dejó su nombre y que produjo tantos sabios y tantos grandes hombres.

Por último, Sócrates y Platón, popularizando los mismos principios y difundiéndolos en más vasto círculo, inauguraron el reinado de la ciencia abierta, sustituyendo a la enseñanza secreta.

Tal fue el papel que representó Grecia en la historia del desarrollo del pensamiento. En todas épocas la iniciación ha ejercido una influencia capital en los destinos de ese país. No es en las fluctuaciones políticas que han agitado a esa raza móvil e impresionable, donde hay que buscar las más altas manifestaciones del genio helénico. No tenía este su centro ni en la sombría y brutal Esparta, ni en la brillante y frívola Atenas, sino más bien en Delfos, en Olimpia, en Eleusis, refugios sagrados de la pura doctrina. Allí se revelaba con todo su poder en la celebración de los Misterios. Allí, los pensadores, los poetas, los artistas, iban a recoger la enseñanza oculta que traducían en seguida a la multitud en vivas imágenes y en ardientes versos. Por encima de las ciudades turbulentas, siempre prontas a despedazarse, por encima de las formas cambiantes de la política, pasando alternativamente de la aristocracia a la democracia

y al reinado de los tiranos, un poder supremo dominaba a Grecia, el tribunal de los Anficciones que residía en Delfos y se componía de los iniciados del grado superior. Él solo salvó a la Hélade en las horas del peligro, imponiendo silencio a las rivalidades de Esparta y de Atenas.

Ya en los tiempos de Orfeo, poseían los templos la ciencia secreta.

Oye, decía el maestro al neófito¹, oye las verdades que deben ocultarse al vulgo y que constituyen la fuerza de los santuarios. Dios es uno y siempre semejante a sí mismo. Pero los dioses son innumerables y diversos, pues la Divinidad es eterna e infinita. Los más grandes son las almas de los astros, etc...

Has entrado con pureza de corazón en el seno de los Misterios. Ha llegado la hora solemne en que voy a hacerte penetrar hasta las fuentes de la vida y de la luz, los que no han levantado el espeso velo que oculta a los ojos de los hombres las maravillas invisibles, no son aún hijos de Dios.»

A los místicos y a los iniciados:

Venid a regocijaros, los que habéis padecido, venid a descansar, los que habéis luchado. Por vuestros sufrimientos pasados, por el esfuerzo que os trae, venceréis y, si creéis en las palabras divinas, habéis vencido ya. Porque después del largo circuito de las existencias

¹ Himnos órficos.

tenebrosas, saldréis al fin del círculo doloroso de las generaciones y os encontraréis todos como una sola alma en la luz de Dionisio¹.

Amad, porque todo ama. Pero amad la luz y no las tinieblas. Acordaos del fin durante el viaje. Cuando las almas vuelven a la luz, llevan, como manchas asquerosas en su cuerpo etéreo, todas las faltas de su vida... Y para borrarlas, es menester que expíen y que vuelvan a la tierra... Pero los puros, pero los fuertes se van al sol de Dionisio.

Una imponente figura domina el grupo de los filósofos griegos. Es Pitágoras, que, de los hijos de la Jonia, fue el que mejor supo coordinar y dar a conocer las doctrinas secretas del Oriente, reuniéndolas en una vasta síntesis que comprendía a la vez la moral, la ciencia y la religión. Su academia de Crotona fue una escuela admirable de iniciación laica, y su obra el preludeo del gran movimiento de ideas que, con Platón y Jesús, iba a remover las profundas capas de la sociedad antigua y llevar sus ondas hasta las extremidades del continente.

Pitágoras había estudiado durante treinta años en Egipto. A conocimientos muy vastos unía esa maravillosa intuición sin la cual la observación y el raciocinio no bastan siempre para descubrir la verdad. Gracias a estas cualidades, pudo levantar el magnífico monumento de la ciencia esotérica cuyas principales líneas no podemos dispensarnos de trazar:

La esencia en sí se le oculta al hombre, decía la doctrina pitagórica¹. El hombre no conoce más que las cosas de este mundo

¹ Según la expresión de Pitágoras, Apolo y Dionisio eran dos revelaciones del Verbo de Dios que se manifiesta eternamente en el mundo.

donde lo finito se combina con lo infinito. ¿Cómo puede conocerlas? Porque hay entre él y las cosas una armonía, una relación, un principio común, y este principio les es dado por el Uno que, con su esencia, les da también la medida y la inteligibilidad.

Vuestro propio ser, vuestra alma, es un pequeño universo. Pero está llena de tempestades y de discordias. Es menester realizar en ella la unidad en la armonía. Tan sólo entonces bajará Dios a vuestra conciencia, entonces participaréis de su poder y haréis de vuestra voluntad la piedra del hogar, el altar de Hestia, el trono de Júpiter.

Los pitagóricos llamaban espíritu o inteligencia a la parte activa e inmortal del ser humano. El alma era para ellos el espíritu revestido de su cuerpo fluídico, etéreo. El destino de Psiquis, el alma humana, su descenso y su cautividad en la carne, sus padecimientos y sus luchas, su reascensión gradual, su triunfo sobre las pasiones y su regreso final a la luz, todo esto constituía el drama de la vida, representado en los Misterios de Eleusis como la enseñanza por excelencia.

Según Pitágoras, la evolución material de los mundos y la evolución espiritual de las almas son paralelas, concordantes y se explican la una por la otra. La gran alma, difundida en la naturaleza, anima la sustancia que vibra bajo su impulso y produce todas las formas y todos los seres. Los seres conscientes, por medio de largos esfuerzos, se desprenden de la materia a la que dominan y gobiernan a su vez, adquieren su libertad y se perfeccionan a través de sus innumerables existencias. Así lo invisible explica lo visible, y el

¹ Ed. Schuré, *les Grands Initiés*, Pythagore, p. 329.

desenvolvimiento de las creaciones materiales es la manifestación del espíritu divino.

Si buscamos en los tratados de física de los antiguos su pensamiento sobre la estructura del Universo, nos encontramos en presencia de datos groseros y atrasados, pero que no son más que alegorías. Mucho más elevadas eran las nociones que sobre las leyes del Universo daba la enseñanza secreta. Aristóteles nos dice que los pitagóricos conocían el movimiento de la Tierra alrededor del sol.

La idea de la rotación terrestre se le presentó a Copérnico al saber por un pasaje de Cicerón que Hycetas, discípulo de Pitágoras, había hablado del movimiento diurno del globo. Al llegar al tercer grado de iniciación, se enseñaba el doble movimiento de la Tierra.

Como los sacerdotes de Egipto —sus maestros— Pitágoras sabía que los planetas han nacido del sol y que dan vueltas en torno de él, que cada estrella es un sol que ilumina otros mundos, componiendo con su séquito de esferas otros tantos sistemas siderales, otros tantos universos regidos por las mismas leyes que el nuestro. Pero estas nociones no se confiaban jamás a la escritura. Constituían la enseñanza oral comunicada bajo el sello del secreto. El vulgo no las hubiera comprendido, las hubiera considerado contrarias a la mitología, y, por consiguiente, sacrílegas¹.

La ciencia secreta enseñaba también que un fluido imponderable se extiende por todas partes y lo penetra todo. Agente sutil, se modifica y se transforma bajo la acción de la voluntad, y se afina y se

¹ Véase Ed. Schuré, *les Grands Initiés*.

condensa según el poder y la elevación de las almas que se sirven de él y tejen en su sustancia su vestidura astral. Es el lazo de unión entre el espíritu y la materia, y todo, los pensamientos y los sucesos, se graban en él y se reflejan como las imágenes en un espejo. Por las propiedades de este fluido y por la acción de la voluntad sobre él, se explican los fenómenos de la sugestión y de la transmisión de pensamiento. Los antiguos le llamaban por alegoría el velo misterioso de Isis o el manto de Cibeles que cubre todo cuanto vive. Este mismo fluido sirve de medio de comunicación entre lo visible y lo invisible, entre los hombres y las almas desencarnadas.

La ciencia de lo oculto formaba uno de los ramos más importantes de la enseñanza reservada. Había sabido desprender del conjunto de los fenómenos la ley de las relaciones que unen el mundo terrestre al mundo de los Espíritus. Desarrollaba con método las facultades trascendentales del alma humana y le hacía posible la lectura del pensamiento y la vista a distancia. Los hechos de clarividencia y de adivinación producidos por los oráculos de los templos griegos, las sibilas y las pitonisas, están atestiguados por la historia. Muchos incrédulos los consideran apócrifos. Hay, sin duda, que descartar la parte de exageración y de leyenda, pero los recientes descubrimientos de la psicología experimental nos han demostrado que había en este terreno algo más que una vana superstición. Esos descubrimientos nos obligan a estudiar con más atención un conjunto de hechos que, en la antigüedad, descansaba en principios fijos y era el objeto de una ciencia profunda y extensa.

Estas facultades, por lo general, sólo se encontraban en seres de una pureza y elevación de sentimientos extraordinarios, exigiendo una preparación larga y minuciosa. Delfos ha poseído tales sujetos.

Los oráculos referidos por Heródoto a propósito de Cresos y de la batalla de Salamina, lo prueban. Más tarde se mezclaron abusos en aquellas prácticas. La escasez de los sujetos hizo a los sacerdotes menos escrupulosos en su elección. La ciencia adivinatoria se corrompió y cayó en desuso. Según Plutarco, su desaparición fue considerada por toda la sociedad antigua como una gran desgracia.

Toda Grecia creía en la intervención de los Espíritus en las cosas humanas. Sócrates tenía su *demonio* o genio familiar. Cuando en Maratón y en Salamina rechazaban los griegos la espantosa invasión de los persas, estaban exaltados por la convicción de que las potencias invisibles sostenían sus esfuerzos. En Maratón, los atenienses creyeron ver a dos guerreros, resplandecientes de luz, combatir en sus filas. Diez años después, la Pitonisa, inspirada por el Espíritu, indicó a Temístocles, desde lo alto de su trípode, los medios de salvar Grecia.

Con Jerjes, el Asia bárbara invadía la Hélade ahogando su genio creador y haciendo retroceder quizás dos mil años la manifestación del pensamiento en su belleza ideal. Los griegos, un puñado de hombres, derrotaron al ejército inmenso de los asiáticos, y, conscientes del socorro oculto que les asistía, el de Palas Atenea, divinidad tutelar, símbolo del poder espiritual, a quien veneraban en la roca sublime de la Acrópolis, con el esplendoroso mar y las grandiosas líneas del Pentélico y del Himeto.

La participación en los Misterios había contribuido mucho a la propagación de estas ideas. Desarrollaba en los iniciados el sentimiento de lo invisible, el cual desde allí, aunque bajo formas alteradas, se difundía por el pueblo. Pues en todas partes, en Grecia

como en Egipto y en la India, los Misterios consistían en la misma cosa: el conocimiento del secreto de la muerte, la revelación de las vidas sucesivas y la comunicación con el mundo oculto. Y esta enseñanza, estas prácticas producían en las almas impresiones profundas, comunicándoles una paz, una serenidad, una fuerza moral incomparables.

Sófocles llama a los Misterios «las esperanzas de la muerte», y Aristófanes escribe que los que en ellos tomaban parte llevaban una vida más santa y más pura. No eran admitidos los conspiradores, los perjuros y los absolutos.

Porfirio ha dicho:

Nuestra alma debe estar en el momento de la muerte tal como estaba durante los Misterios, esto es, exenta de pasión, de ira, de envidia y de odio.

Plutarco afirma en estos términos que allí se conversaba con las almas de los difuntos:

Con mucha frecuencia intervenían excelentes Espíritus en los Misterios, aunque también los perversos intentaban a veces introducirse.

Proclo añade¹:

En todos los Misterios, los dioses (esta palabra significa aquí todos los órdenes de Espíritus) muestran muchas de sus formas, aparecen con una gran variedad de figuras y revisten la forma humana.

¹ Comentarios de la *República* de Platón.

La doctrina esotérica era un vínculo entre el filósofo y el sacerdote. Esto es lo que explica su acuerdo común y el papel oscuro del sacerdocio en la civilización helénica. Esta doctrina enseñaba a los hombres a dominar sus pasiones y a desarrollar en sí la voluntad y la intuición. Por una atracción gradual, los adeptos del grado superior llegaban a penetrar ciertos secretos de la naturaleza, a dirigir a su antojo las fuerzas en acción en el mundo, a producir fenómenos de apariencia sobrenatural y que eran, sencillamente, la manifestación de leyes físicas desconocidas por el vulgo.

Sócrates, y después de él Platón continuaron en el Ática la obra de Pitágoras. Sócrates, queriendo conservar la libertad de enseñar a todos las verdades que su razón le había hecho descubrir, no se hizo iniciar jamás. Después de su muerte, Platón pasó a Egipto y fue admitido en los Misterios. Regresó para conferenciar con los pitagóricos y fundó su Academia. Pero su cualidad de iniciado no le permitía ya hablar libremente, y en sus obras, la gran doctrina aparece un tanto velada. Sin embargo, la teoría de las emigraciones del alma y de sus reencarnaciones y la de las relaciones entre los vivos y los muertos se encuentran en *Fedro*, *Fedón* y *Timeo*.

Es seguro que los vivos nacen de los muertos, que las almas de los muertos renacen otra vez. (Fedro)

Es igualmente conocida la escena alegórica que Platón ha colocado al final de la *República*. Un genio coge de las faldas de las Parcas las suertes y las diversas condiciones humanas y exclama:

¡Almas divinas! volved a entrar en cuerpos mortales, vais a empezar una nueva carrera. He aquí todas las suertes de la vida

Elegid libremente, la elección es irrevocable. Si es mala, no acuséis a Dios.

Estas creencias habían penetrado en el mundo romano. Del mismo modo que Cicerón en *el Sueño de Escipión* (c. III), Ovidio habla de ellas en sus *Metamorfosis* (c. XV). En el sexto libro de la *Eneida*, de Virgilio, Eneas encuentra a su padre, Anquises, en los Campos Elíseos, y aprende de él la ley de los renacimientos. Todos los grandes autores latinos dicen que los genios familiares asisten e inspiran a los hombres de talento¹. Lucano, Tácito y Apuleyo, así como también el griego Filostrato, hablan frecuentemente en sus obras de sueños, de apariciones y de evocaciones de muertos.

En resumen, la doctrina secreta, madre de las religiones y de las filosofías, reviste apariencias diversas en el curso de las edades, pero en todas partes la base permanece inmutable. Nacida simultáneamente en la India y en Egipto, pasa desde allí a Occidente con la oleada de las emigraciones. La encontraremos en todos los países ocupados por los celtas. Escondida en Grecia en los Misterios, se revela en la enseñanza de maestros tales como Pitágoras y Platón, bajo formas llenas de seducción y poesía. Los mitos paganos son como un velo de oro que cubre con sus pliegues las puras líneas de la sabiduría délfica. La escuela de Alejandría recoge sus principios y los infunde en la sangre joven e impetuosa del Cristianismo. Ya el Evangelio, cual la bóveda de los bosques bajo un claro rayo de sol, estaba iluminado por la ciencia esotérica de los Esenios, otra rama de

¹ Cicerón, *De Univers.*, 2, Maury 87; Apuleyo, *De Gen. Socrat.*; Ammien Marcellin, *Hist.*, I, 20, C. 6.

iniciados. La palabra del Cristo había ya tomado de esta fuente, como de un agua viva e inagotable, sus imágenes variadas y sus poderosos vuelos. Así pues, en todas partes, a través de la sucesión de los tiempos y de los remolinos de los pueblos, se afirman la existencia y la perpetuidad de una enseñanza secreta que se encuentra idéntica en el fondo de todas las grandes concepciones religiosas o filosóficas. Los sabios, los pensadores, los profetas de los tiempos y de los países más diversos han hallado en ella la inspiración y la energía que hacen llevar a cabo grandes cosas y transforma almas y sociedades impeliéndolas hacia adelante en la senda de la evolución progresiva.

Hay en esto como una gran corriente espiritual que se desliza misteriosamente en las profundidades de la historia. Parece salir de ese mundo invisible que nos domina y nos rodea, donde viven y trabajan aún los Espíritus de genio que han servido de guías a la humanidad y no han cesado nunca de comunicar con ella.

5

LA GALIA

La Galia conoció la gran doctrina. La poseyó bajo una forma potente y original, y supo sacar de ella consecuencias que no percibieron los demás países. «Hay tres unidades primitivas, decían los Druidas, Dios, la Luz y la Libertad.» Cuando la India estaba ya organizada en castas inmóviles cuyos límites eran infranqueables, las instituciones galas tenían por base la igualdad de todos, la comunidad de bienes y el derecho electoral. Ninguno de los demás pueblos de Europa ha tenido en igual grado que nuestros padres el sentimiento profundo de la inmortalidad, de la justicia y de la libertad.

Debemos estudiar con veneración las tendencias filosóficas de la Galia, pues la Galia es nuestra gran abuela y en ella encontramos, fuertemente marcadas, todas las cualidades y también todos los defectos de nuestra raza. Además, nada hay que sea más digno de atención y de respeto que la doctrina de los druidas, los cuales no eran bárbaros, como, durante algunos siglos, se ha creído equivocadamente.

Durante mucho tiempo no hemos conocido a los galos más que por los autores latinos y los escritores católicos. Pero hay fundado motivo para que sus asertos nos sean sospechosos. Esos autores tenían un interés directo en denigrar a nuestros abuelos y en disfrazar sus creencias. César ha escrito sus *Comentarios* con la evidente intención de realzarse a los ojos de la posteridad. Polión y Suetonio confiesan que en dicha obra hormigean las inexactitudes y los errores voluntarios. Los cristianos no ven en los druidas más que hombres sanguinarios y supersticiosos, ni más que prácticas groseras en su culto. Sin embargo, ciertos Padres de la Iglesia, Cirilo, Clemente de Alejandría y Orígenes, distinguen cuidadosamente a los druidas de la multitud de los idólatras, y les confieren el título de filósofos. Entre los autores antiguos, Lucano, Horacio, Floro, consideraban a la raza gala como depositaria de los misterios del nacimiento y de la muerte.

Los progresos de los estudios célticos¹, la publicación de las Tríadas y de los cantos bárdicos², nos permiten establecer sobre bases sólidas una justa apreciación de las creencias de nuestros padres. La filosofía de los Druidas, reconstituida en toda su amplitud, se ha hallado conforme con la doctrina secreta del Oriente y con las aspiraciones de los espiritualistas modernos. Como ellos, afirmaban las existencias progresivas del alma en la escala de los mundos.

¹ Véanse las obras de Gatién Arnoult, *Philosophie gauloise*, T. I.^o; Henri Martin, T. 1. de *L'Histoire de France*; Adolphe Pictet, Bibliothèque de Genève; Alfredo Dumesnil, *Immortalité*; Jean Reynaud, *L'Esprit de la Gaule*.

² *Cyfrinach Beirdd Inys Prydain* (Misterios de los bardos de la isla de Bretaña), traducción de Edward Williams, 1794.

Esta doctrina viril infundía a los galos un valor indomable, una intrepidez tal, que iban a arrostrar la muerte como hubieran ido a una fiesta. Cuando los romanos se cubrían de bronce y de hierro, nuestros padres se despojaban de sus vestiduras y combatían con el pecho descubierto. Se enorgullecían de sus heridas y consideraban una cobardía usar la astucia en la guerra. Esta fue la causa de sus repetidos descalabros y su caída final.

Creían en la reencarnación¹. Su certeza en la vida futura era tan grande, que se prestaban dinero para devolvérselo en otras vidas venideras. Confiaban mensajes a los moribundos para sus amigos difuntos. Los despojos de los guerreros muertos, decían, no son más que envolturas destrozadas. Con gran sorpresa de sus enemigos, los abandonaban en el campo de batalla como indignos de su atención.

Los galos no conocían el Infierno. Por ello les alaba Lucano en estos términos, en el canto I de *La Farsalia*:

Para vosotros, las sombras no quedan sepultadas en los lóbregos dominios del Erebo, sino que el alma vuela a animar otros cuerpos en diversos mundos. La muerte no es más que el centro de una larga vida. ¡Qué felices son los pueblos que no conocen el temor supremo de la muerte! De ahí nace su heroísmo en las sangrientas batallas y su desprecio de la muerte.

Nuestros padres eran castos, hospitalarios, fieles a la fe jurada.

¹ Ver Julio César, *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, I, VI, c. XIV:

Los druidas quieren, en primer lugar, persuadir de que las almas no mueren, sino que, después de la muerte, pasan a otros cuerpos humanos (non interire animas, sed ab aliis post mortem transire ad alios).

En la institución de los druidas encontraremos la más elevada expresión del genio de la Galia. No constituía un cuerpo sacerdotal. El título de druida equivalía al de sabio. Dejaba a los que lo llevaban entera libertad de escoger su tarea. Algunos, llamados *eubages*, presidían las ceremonias del culto, pero la mayor parte se consagraba a la educación de la juventud, al ejercicio de la justicia y al estudio de la ciencia y de la poesía. La influencia política de los druidas era grande, y sus miras tendían a realizar la unidad de la Galia. Habían instituido en el país de los Carnutos una asamblea anual donde se reunían los diputados de las repúblicas galas y se discutían las cuestiones importantes y los graves intereses del país. Los druidas eran nombrados por elección. Se necesitaban veinte años de estudios para prepararse a la iniciación.

El culto se celebraba bajo la bóveda de los bosques. Todos los símbolos procedían de la naturaleza. El templo era la selva secular con sus innumerables columnas y sus cúpulas de espeso follaje que los rayos del sol atravesaban con sus flechas de oro para ir a jugar sobre los musgos formando mil caprichosos enrejados de sombra y luz. Los gemidos del viento, el estremecimiento de las hojas, la llenaban de acentos misteriosos que impresionaban el alma incitándola a la meditación. El árbol sagrado, la encina, era el emblema del poder divino. El muérdago, siempre verde, el de la inmortalidad. Algunos peñascos reunidos formaban el altar. Toda piedra tallada es una piedra mancillada, decían aquellos austeros pensadores. Ningún objeto labrado por la mano del hombre deslucía sus santuarios. Los galos tenían horror a los ídolos y a las formas pueriles del culto romano.

A fin de que sus creencias no fuesen alteradas ni materializadas por medio de imágenes, los druidas proscribían las artes plásticas y hasta la enseñanza escrita. Tan sólo a la memoria de los bardos y de los iniciados confiaban el secreto de su doctrina. Ésta es la causa de la penuria de documentos relativos a aquella época.

Los sacrificios humanos que tanto se han reprochado a los galos, no eran, en su mayor parte, más que ejecuciones de justicia. Los druidas, magistrados a la par que justicieros, ofrecían los criminales en holocausto al poder supremo. Cinco años separaban la sentencia de la ejecución. En los tiempos de calamidad, víctimas voluntarias se presentaban en expiación. Impacientes por reunirse con sus mayores en los mundos venturosos y de elevarse al círculo de la felicidad, los galos subían alegremente a la piedra del sacrificio y recibían la muerte en medio de un cántico de júbilo. Mas estas inmolaciones habían ya caído en desuso en tiempo de César.

Teutates, Esus, Gwyon, no eran, en el panteón galo, más que la personificación de la fuerza, de la luz y del espíritu. Pero por encima de todas las cosas, se cernía el poder infinito que nuestros padres adoraban junto a las piedras consagradas, en el majestuoso silencio de las selvas. Los Druidas enseñaban la unidad de Dios.

Según las Tríadas, el alma se forma en el seno del abismo, *anufa*. Allí reviste las formas rudimentarias de la vida y no adquiere la conciencia y la libertad hasta después de haber sido por largo tiempo presa de instintos viles. He aquí lo que sobre esto dice el canto del bardo Taliesin, célebre en toda la Galia:

*Existiendo desde toda antigüedad en el seno de los vastos océanos,
no he nacido de un padre y de una madre, sino de las formas*

elementales de la naturaleza, de las ramas del abedul, del fruto de las selvas, de las flores de la montaña. He jugado en la noche, he dormido en la aurora, he sido víbora en el lago, águila en las cumbres, lobo cerval en los bosques. Después, marcado por Gwyon (espíritu divino), por el sabio de los sabios, he adquirido la inmortalidad. Mucho tiempo ha transcurrido desde que yo era pastor. Largo tiempo he vagado por la Tierra antes de conquistar la ciencia. Por fin he brillado entre los jefes superiores. Revestido con los hábitos sagrados, he sostenido la copa de los sacrificios. He vivido en cien mundos. Me he agitado en cien círculos¹.

El alma, en su inmensa carrera, decían los druidas, recorre tres círculos a los cuales corresponden tres estados sucesivos. En *anufa* sufre el yugo de la materia, ése es el periodo animal. Luego penetra en *abred*, círculo de las migraciones que pueblan los mundos de expiación y de pruebas en los cuales se encarna el alma muchas veces. La Tierra es uno de ellos. Al precio de una lucha incesante, se desprende de las influencias corporales y deja el ciclo de las encarnaciones para entrar en *gwynfid*, círculo de los mundos venturosos o de la felicidad. Allí se abren los encantadores horizontes de la espiritualidad. Más alto aún, se despliegan las profundidades de *ceugant*, círculo de lo infinito que comprende a todos los demás y que sólo pertenece a Dios. Lejos de acercarse al panteísmo como la mayor parte de las doctrinas orientales, el druidismo se apartaba de él por una concepción enteramente distinta de la Divinidad. No es menos notable su concepción de la vida.

¹ Barddas cad. Goddeu.

Según las *Tríadas*, el ser no es ni el juguete de la fatalidad, ni el favorito de una gracia caprichosa. Él prepara y edifica por sí mismo sus destinos. No es su objeto la obtención de satisfacciones efímeras, sino la elevación por medio del sacrificio y del deber cumplido. La existencia es un campo de batalla donde el valiente conquista sus grados. Semejante doctrina exaltaba las cualidades y comunicaba integridad a las costumbres. Estaba tan distante de las puerilidades místicas como de las engañosas arideces de la teoría de la nada. Parece, sin embargo, apartarse de la verdad en un punto; y es cuando afirma¹ que el alma culpable, al perseverar en el mal, puede perder el fruto de sus trabajos y volver a caer en los grados inferiores de la vida; volver a descender al origen, donde le será preciso reanudar su penosa y dolorosa ascensión.

Sin embargo —añaden las *Tríadas*— la pérdida de la memoria le permite emprender de nuevo la lucha sin el obstáculo de los remordimientos y las irritaciones del pasado. En *Gwynfid*, ella recupera, con todos sus recuerdos, la unidad de su vida, y reanuda los fragmentos esparcidos en la sucesión de las épocas.

Los druidas poseían conocimientos cosmológicos muy extensos. Sabían que nuestro globo rueda por el espacio, arrastrado en su curso alrededor del sol. Así resulta de este otro canto de Taliesin, llamado *El Canto del Mundo*.²

¹ Tríada 26, *Tríadas Bárdicas*, publicadas por la escuela céltica de Glamorgan.

² *Barddas*, cad. Goddeu.

Interrogaré a los bardos ¿y por qué no me habrían de contestar los bardos? les preguntaré qué es lo que sostiene el mundo, para que, privado de sostén, el mundo no caiga. Pero ¿qué podría servirle de apoyo? ¡Gran viajero es el mundo! Mientras se desliza sin cesar, permanece siempre en su vía, y ¡cuán admirable es la forma de esa vía para que el mundo jamás se aparte de ella!

El mismo Julio César, tan poco versado en estas materias, nos refiere que los druidas enseñaban muchas cosas sobre la forma y dimensión de la Tierra, el movimiento de los astros, y las montañas y los abismos de la Luna. Decían que el universo, eterno, inmutable en su conjunto, se transforma incesantemente en sus partes. Que la vida, por una circulación sin fin, lo anima y se manifiesta en todos sus puntos. Desprovistos de los medios de observación de que la ciencia moderna dispone, nos preguntamos dónde podían nuestros padres haber adquirido esas nociones.

Los druidas comunicaban con el mundo invisible, mil testimonios lo afirman. Evocaban a los muertos en los recintos de piedra. Las druidesas y los bardos eran oráculos. Varios autores refieren que Vercingetorix conversaba, bajo el sombrío ramaje de los bosques, con las almas de los héroes muertos por la patria. Antes de sublevar a la Galia contra César, fue a la isla de Sein, antigua morada de las druidesas. Allí, en medio de los estallidos del rayo¹, se le apareció un genio y le predijo su derrota y su martirio.

La conmemoración de los difuntos, es de origen galo. El primero de Noviembre, se celebraba la fiesta de los Espíritus, no en los

¹ Bosc y Bonnemère, Histoire nationale des Gaulois.

cementerios -los galos no tributaban honores a los cadáveres- sino en las respectivas moradas, donde los bardos y los videntes evocaban las almas de los muertos. Nuestros padres creían que los arenales y los bosques estaban poblados de Espíritus errantes. *Los Duz y los Korrigans* eran otras tantas almas en busca de una nueva encarnación.

La enseñanza de los druidas se patentizaba, en el orden político y social, por instituciones conformes con la justicia. Los galos, animados todos por un mismo principio, y llamados todos a los mismos destinos, se sentían iguales y libres.

En cada república gala, los jefes eran elegidos a un tiempo por el pueblo reunido. La ley céltica castigaba con el suplicio del fuego a los ambiciosos, a los que pretendían la corona. Las mujeres tenían asiento en los Consejos, ejercían las funciones sacerdotales, eran videntes y profetisas. Disponían de sus personas y elegían sus esposos. Perteneciendo la tierra a la república, la propiedad era colectiva. Por ningún título fue el derecho hereditario conocido de nuestros padres, la elección lo decidía todo.

La prolongada ocupación romana seguida de la invasión de los francos y la introducción del feudalismo han hecho olvidar nuestras verdaderas tradiciones nacionales. Mas llegó un día en que la antigua sangre gala se agitó en las venas del pueblo. En el torbellino de la Revolución desaparecieron dos importaciones extrañas: la teocracia, venida de Roma, y la monarquía implantada por los francos: la vieja Galia reapareció por completo en la Francia de 1789.

Una cosa esencial le faltaba, sin embargo: la idea de solidaridad. El druidismo fortificaba mucho en las almas el sentimiento del derecho y de la libertad, pero aunque los galos se creían iguales, no se sentían realmente como hermanos. De ahí vino la falta de unidad que perdió a la Galia. Doblegada, asolada por la desgracia, iluminada por nuevas luces, ha llegado a ser la nación una e indivisible por excelencia. La ley de caridad y de amor, única que el cristianismo le ha hecho conocer, ha venido a completar la enseñanza de los druidas y a formar una síntesis filosófica y moral llena de grandeza.

Del seno de la Edad Media, como una resurrección del espíritu de la Galia, surge una radiante figura. Desde los primeros siglos de nuestra era, Juana de Arco había sido anunciada por una profecía del bardo Myrdwin o Merlín. Debajo de la encina de las hadas, junto a la mesa de piedra, es donde oyen a menudo «sus voces». Es cristiana y piadosa; mas, por encima de la Iglesia terrenal pone a la Iglesia eterna, a «la de allá arriba», la única a la cual se somete en todo¹.

Ningún testimonio de la intervención de los Espíritus en la vida de los pueblos, puede compararse con la conmovedora historia de la virgen de Domrémy. A principios del siglo XV, Francia agonizaba bajo la férrea planta de los ingleses. Con el auxilio de una joven, de una niña de dieciocho años, las potencias invisibles reaniman un pueblo desmoralizado, despiertan el apagado patriotismo, inflaman la resistencia y salvan a Francia de la muerte.

¹ *Procès de réhabilitation de la Pucelle* (según los documentos de la Escuela de Charles).

DESPUÉS DE LA MUERTE

Juana nunca resuelve nada sin consultar a «sus voces» y, ya en el campo de batalla, ya delante sus jueces, siempre le inspiran palabras y actos sublimes. Un solo instante, en la prisión de Ruan, las voces parecen abandonarla. Entonces es cuando, extenuada por el sufrimiento, consiente en abjurar. Cuando los Espíritus se alejan, vuelve a ser mujer, decae, se somete. Luego, las voces se dejan oír de nuevo y al momento vuelve a levantar la cabeza ante sus jueces:

La voz me ha dicho que abjurar era una traición. La verdad es que Dios me ha enviado. Lo que he hecho, bien hecho está.

Sagrada por su pasión dolorosa, Juana es un ejemplo sublime de sacrificio, un objeto de admiración, una profunda enseñanza para todos los hombres.

6

EL CRISTIANISMO

Es en el desierto donde aparece ostensiblemente, según la historia, la creencia en el Dios único, la idea madre de donde debía salir el Cristianismo. A través de las pedregosas soledades del Sinaí, Moisés, el iniciado de Egipto, guiaba hacia la Tierra prometida el pueblo por cuyo medio el pensamiento monoteísta, hasta entonces confinado en los misterios, iba a entrar en el gran movimiento religioso y a derramarse por el mundo.

El papel representado por el pueblo de Israel es muy importante. Su historia es el lazo que une Oriente a Occidente, la ciencia secreta de los templos a la religión vulgarizada. A pesar de sus desórdenes y de sus máculas, a despecho del sombrío exclusivismo que es uno de los rasgos de su carácter, tiene el mérito de haber adoptado hasta encarnarlo en él, el dogma de la unidad de Dios, cuyas consecuencias sobrepujarán sus miras y prepararán la fusión de los pueblos en una familia universal, con un solo Padre y una sola ley.

Este fin grandioso y lejano, tan sólo los profetas, hasta el advenimiento de Cristo, lo conocieron o lo presintieron. Mas este ideal oculto a los ojos del vulgo, adoptado y transformado por el hijo de María, recibió de él su radiante esplendor. Sus discípulos lo comunicaron a las naciones paganas y la dispersión de los judíos ayudó también a su propagación. Prosiguiendo su marcha por entre las civilizaciones desmoronadas y las vicisitudes de los tiempos, quedará grabado con rasgos indelebles en la conciencia de la humanidad.

Un poco antes de nuestra era, al mismo tiempo que el poder romano sube y se extiende, se ve a la doctrina secreta retroceder y perder autoridad. Los verdaderos iniciados escasean. El pensamiento se materializa, los Espíritus se corrompen. La India está como aletargada en su sueño; la lámpara de los santuarios egipcios se ha apagado, y Grecia, entregada a los retóricos y a los sofistas, insulta a los sabios, proscribte a los filósofos, profana los Misterios. Los oráculos enmudecen. La superstición y la idolatría han invadido los templos. Y la orgía romana se desencadena sobre el mundo con sus saturnales, su desenfrenada lujuria y sus embriagueces bestiales. Desde lo alto del Capitolio, la loba, saciada, domina pueblos y reyes. César, emperador y Dios, triunfa en una sangrienta apoteosis.

No obstante, en las riberas del mar Muerto, hay hombres que conservan en el retiro la tradición de los profetas y el secreto de la pura doctrina. Los esenios, grupos de iniciados cuyas colonias se extienden hasta el valle del Nilo, se entregan abiertamente al ejercicio de la medicina, pero su fin verdadero es más elevado. Consiste en enseñar a un corto número de adeptos las leyes superiores del universo y de la vida. Su doctrina es casi idéntica a la de Pitágoras.

Admiten la preexistencia y las vidas sucesivas del alma y rinden a Dios el culto del espíritu.

Entre ellos, lo mismo que entre los sacerdotes de Menfis, la iniciación se da por grados y necesita algunos años de preparación. Sus costumbres son irreprochables, su vida transcurre en el estudio y la meditación, lejos de las agitaciones políticas, y lejos de las intrigas de un sacerdocio ávido y envidioso¹.

Es evidente que Jesús pasó entre ellos los años que precedieron a su apostolado, años sobre los cuales guardan los Evangelios un silencio absoluto. Todo lo indica: la identidad de sus miras con las de los Esenios, el auxilio que le prestaron en muchas circunstancias, la hospitalidad gratuita que recibía a título de adepto, y la fusión final de la orden con los primeros cristianos, fusión de donde salió el cristianismo esotérico.

Pero a falta de la iniciación superior, el alma del Cristo, rebosando de luz y de amor, era bastante grande para tomar de aquella doctrina los elementos de su misión. Jamás la Tierra vio pasar más elevado Espíritu. Circundaba su frente, celestial serenidad. Todas las perfecciones se unían en él para formar un tipo de pureza ideal, de inefable bondad. Todos los dolores humanos, todas las quejas, todas las miserias hallan eco en él. Para calmar estos males, para enjugar estas lágrimas, para consolar, para curar, para salvar, llegará hasta a dar la vida, se ofrecerá en holocausto para elevar a la humanidad. Cuando se alza, lívido, en el Calvario, clavado sobre el leño infamante, halla aún en su agonía fuerza para orar por sus verdugos,

¹ Véase Josefo, Guerra de los Judíos, II, y a Filón, De la Vida contemplativa.

y pronunciar estas palabras que ningún acento, ningún arranque de ternura podrán jamás sobrepujar: «¡Perdónales, Padre mío, porque no saben lo que hacen!»

Entre los grandes misioneros, Cristo ha sido el primero que ha comunicado a las multitudes las verdades que hasta entonces habían sido el privilegio de un corto número. Gracias a él, la enseñanza oculta se hacía accesible a los más humildes, si no por la inteligencia, a lo menos por el corazón; y esta enseñanza se la ofrecía bajo formas que el mundo no había conocido, con tan encendido amor, tan penetrante dulzura y fe tan comunicativa, que derretía los hielos del escepticismo, encantando a sus oyentes y arrastrándolos tras sí.

Lo que Él llamaba «predicar el Evangelio del reino de los cielos a los pobres de espíritu» era poner al alcance de todos el conocimiento de la inmortalidad y del Padre común. Los tesoros intelectuales que adeptos avaros sólo con prudencia distribuían, el Cristo los derramaba sobre la gran familia humana, sobre esos millones de seres encorvados hacia la tierra, que nada sabían del destino y esperaban, en la incertidumbre y el sufrimiento, la palabra nueva que debía consolarles y reanimarles. Esta palabra y esta enseñanza las ha distribuido pródigamente, consagrándolas con su suplicio y con su muerte. La cruz, antiguo símbolo de los iniciados, que se encuentra en todos los templos de Egipto y de la India, se ha convertido, por el sacrificio de Jesús, en el signo de la elevación de la humanidad, arrancada del abismo de las tinieblas y de las pasiones inferiores, y teniendo por fin acceso a la vida eterna, a la vida de las almas regeneradas.

El sermón de la montaña condensa y resume la enseñanza popular de Jesús. En él se encierra la ley moral con todas sus consecuencias. Enseña a los hombres que no son las cualidades brillantes las que labran su elevación ni su dicha, sino más bien las virtudes humildes y escondidas: la humildad, la caridad, la bondad.

Bienaventurados los pobres de espíritu¹, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia. Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios.²

Así se expresa Jesús. Sus palabras abren al hombre horizontes inesperados. En las profundidades de su alma está la fuente de sus goces futuros: «¡El reino de los cielos está en vuestro interior!» Y cada uno puede realizarlo por medio del dominio de los sentidos, del perdón de las injurias y del amor al prójimo.

Amar, para Jesús, es toda la religión y toda la filosofía:

Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os persiguen y os calumnian, a fin de que seáis los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol para los buenos y para los malos, y hace llover para los justos y los injustos. Pues si no amáis más que a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?³

¹ Por esta expresión debe entenderse los Espíritus sencillos y rectos.

² Mateo, V, 1-12; Lucas, VI, 20-26.

³ Mateo, V, 44 y sig.

De este amor, Dios mismo nos da el ejemplo, pues sus brazos están siempre abiertos al arrepentimiento. Esto es lo que se deduce de las parábolas del hijo pródigo, y de la oveja extraviada:

Así vuestro Padre que está en los cielos no quiere que ni uno solo de sus pequeños perezca.

¿No es ésta la negación del infierno eterno, cuya idea se ha atribuido falsamente a Jesús?

Si el Cristo muestra algún rigor y habla con vehemencia, es a esos fariseos hipócritas que se entregan a prácticas minuciosas de devoción y desconocen la ley moral. El Samaritano cismático es más digno a sus ojos que el sacerdote y el levita que se han desdeñado socorrer a un herido:

Ciegos, guías de ciegos, hombres de rapiña y de corrupción, que con pretexto de largas oraciones devoráis los bienes de las viudas y de los huérfanos.

A los devotos que creen salvarse por el ayuno y la abstinencia, les dice:

No es lo que entra por la boca lo que mancha al hombre, sino lo que sale de ella.

A los partidarios de oraciones largas, les responde:

Vuestro padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis.

Jesús condenaba el sacerdocio, recomendando a sus discípulos que no eligieran ningún jefe, ningún dueño. Su culto era el culto

interior, el único digno de Espíritus elevados. Esto es lo que expresa en estos términos:

Se acerca el tiempo en que los verdaderos creyentes adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues éstos son los adoradores que el Padre busca. Dios es Espíritu, y es menester que los que le adoren, le adoren en espíritu y en verdad.

No impone más que la práctica del bien y la fraternidad:

Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos y sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Ésta es toda la ley y los profetas.

Con esta elocuente sencillez, este precepto revela el fin más elevado de la iniciación, el logro de la perfección, que es al mismo tiempo el del poder y de la felicidad.

Al lado de estas enseñanzas de Jesús que se dirigen a los humildes, hay otras en las cuales la doctrina oculta de los esenios se ve reproducida con rasgos de luz¹. No todos podían remontarse a tales alturas, y he aquí por qué los traductores y los intérpretes del Evangelio, a través de los siglos, han alterado su forma y corrompido su sentido. A pesar de esas alteraciones, es fácil reconstituir esta enseñanza, si se aparta la superstición de la letra para ver las cosas

¹ Se lee en Marcos (IV, 10-13). *Y él respondiendo les dijo: Porque a vosotros os está permitido conocer los misterios del reino de los cielos, mas a ellos no. Por eso les hablaba con parábolas.* La misma idea está expresada en Mateo, XIII: 11-13. Para todos los detalles acerca de la doctrina secreta de Cristo, véase mi obra *Cristianismo y Espiritismo*, capítulo IV, notas 4, 5, 6, etc.

según la razón y el espíritu. En el Evangelio de Juan es donde principalmente encontraremos las huellas más visibles:

Hay varias moradas en la casa de mi Padre. Me voy a ella para prepararos el lugar, y después que me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os atraeré hacia mí, a fin de que, allí donde yo esté, estéis vosotros también"¹

La casa del Padre es el cielo infinito con los mundos que lo pueblan y la vida que se manifiesta en sus superficies. Tales son las estaciones innumerables de nuestra carrera, estaciones que somos llamados a conocer si seguimos los preceptos de Jesús. Este volverá hacia nosotros para arrastrarnos mediante el ejemplo hacia esos mundos superiores a la tierra.

También vemos la afirmación de las vidas sucesivas del alma²:

En verdad, si un hombre no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Cuando los discípulos de Cristo le interrogan y le preguntan: «¿Por qué dicen los escribas que es menester primero que Elías vuelva?» Él responde: «Elías ha venido ya, pero no le han conocido.» Y comprenden que se refiere a Juan Bautista. Jesús les dice también en otra ocasión:

¹ Juan, XIV, 2, 3.

² Juan, III, 3.

DESPUÉS DE LA MUERTE

En verdad, entre todos los nacidos de mujer, no ha habido nadie más grande que Juan Bautista. Y si queréis entender, él es el mismo Elías que debía venir. El que tenga oídos para oír, que oiga.

El fin que cada uno de nosotros y la sociedad entera debe perseguir, está claramente indicado. Es el reinado del «Hijo del hombre», del Cristo social, o, en otros términos, el reinado de la Verdad, de la Justicia y del Amor. Jesús tenía puestas sus miras en el porvenir, en esos tiempos que nos están anunciados:

Os enviaré el Consolador. Aún tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no podéis comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades¹.

Algunas veces resumía en imágenes grandiosas, en rasgos de fuego, las verdades eternas. No siempre lo entendían sus apóstoles, pero él dejaba a los siglos y a los acontecimientos el cuidado de hacer germinar estos principios en la conciencia de la humanidad, como la lluvia y el sol hacen germinar el grano confiado a la tierra. Y en ese sentido dirigía a los suyos estas palabras atrevidas: «Los cielos y la Tierra pasarán, mas no pasarán mis palabras.»

Así, pues, Jesús hablaba a un tiempo al corazón y al espíritu. Los que no habrían podido comprender a Pitágoras y a Platón, sentían conmoverse sus almas con los elocuentes llamamientos del

¹ Juan, XVI; 7,12 y 13. La Iglesia no ve en estas palabras más que el anuncio de la venida del Espíritu Santo, que descendió algunos meses después sobre los Apóstoles; pero si la humanidad (pues a ella es a quien se dirige esta profecía), no era entonces capaz de comprender la verdad, ¿cómo hubiera podido comprenderla cincuenta días más tarde?

Nazareno. Por este lado es por donde la doctrina cristiana domina a todas las demás. Para alcanzar la sabiduría era necesario, en los santuarios de Egipto y de Grecia, pasar por los grados de una larga y penosa iniciación, mientras que por la caridad todos podían llegar a ser buenos cristianos y hermanos en Jesús.

Pero, con el tiempo, las verdades trascendentales se velaron. Los que las poseían fueron suplantados por los que creían saber, y el dogma material reemplazó a la pura doctrina. Al difundirse, el cristianismo perdió en valor lo que ganaba en extensión.

A la profunda ciencia de Jesús se unía el poder fluídico del iniciado superior, del alma libre del yugo de las pasiones, cuya voluntad domina la materia y se hace obedecer de las fuerzas sutiles de la naturaleza. Cristo poseía la doble vista; su mirada penetraba en los pensamientos y en las conciencias; curaba con una palabra, con un signo, imponiendo las manos, y hasta con su sola presencia. Benéficos efluvios emanaban de su ser, y, a su mandato, se alejaban los malos Espíritus. Comunicaba a voluntad con las potencias celestiales, y, en las horas de prueba, este comercio le infundía la fuerza moral que le sostenía en su vía dolorosa. En el Tabor, sus discípulos aterrados le ven conversar con Moisés y con Elías. Asimismo le verán aparecer más tarde, después de la crucifixión, en el resplandor de su cuerpo fluídico, etéreo, de ese cuerpo del cual Pablo hablaba en estos términos: «Hay en cada hombre un cuerpo

animal y un cuerpo espiritual¹», cuya existencia está además demostrada por las experiencias de la psicología moderna.

Las apariciones de Jesús después de su muerte, no pueden ser puestas en duda, pues sólo ellas explican la persistencia de la idea cristiana. Después del suplicio del maestro y la dispersión de los discípulos, el Cristianismo había muerto, moralmente. Tan sólo las apariciones y las pláticas de Jesús, devolvieron a los apóstoles su energía y su fe.

Ciertos autores han negado la existencia de Cristo y atribuido a tradiciones anteriores o a la imaginación oriental, todo cuanto sobre él se ha escrito. Se ha producido un movimiento de opinión en este sentido, tendiendo a reducir a las proporciones de una leyenda los orígenes del cristianismo.

Verdad es que el Nuevo Testamento contiene muchos errores. Muchos de los acontecimientos que refiere, se encuentran en la historia de otros pueblos más antiguos, y ciertos hechos atribuidos a Cristo figuran igualmente en la vida de Krishna y en la de Horus. Pero, por otra parte, existen numerosas pruebas históricas que atestiguan la verdad de la existencia de Jesús de Nazaret, y estas pruebas son tanto más perentorias cuanto nos las suministran los

¹ I Cor. En esta misma epístola (XV, 5 a 8), Pablo enumera las apariciones de Cristo después de su muerte. Él cuenta seis, entre otras una a quinientos (hermanos juntos), «de los cuales muchos están vivos.» La última es la del camino de Damasco, que hizo de Pablo, enemigo encarnizado de los cristianos, el más ardiente de los apóstoles.

adversarios mismos del Cristianismo. Todos los rabinos israelitas reconocen su existencia. El Talmud habla de ella en estos términos:

La víspera de Pascua, Jesús fue crucificado por haberse entregado a la magia y a los sortilegios.

Tácito y Suetonio mencionan también el suplicio de Jesús y el rápido desarrollo de las ideas cristianas. Plinio el Joven, gobernador de la Bitinia, da cuenta de este movimiento a Trajano, cincuenta años después, en un informe que ha sido conservado.

Además, ¿cómo admitir que la creencia en un mito haya bastado a inspirar a los primeros cristianos tanto entusiasmo, tanto valor, tanta firmeza en frente de la muerte, que les haya dado el poder de echar por tierra el paganismo, de apoderarse del imperio romano e invadir de siglo en siglo todas las naciones civilizadas? No puede fundarse ciertamente sobre una fábula, una religión que dura veinte siglos y revoluciona medio mundo. Y si de la grandeza de los efectos nos remontamos a la fuerza de las causas que los han producido, se puede decir con certeza que hay siempre una personalidad eminente en el origen de una gran idea.

En cuanto a las teorías que hacen de Jesús ya una de las tres personas de la Trinidad, ya un ser puramente fluídico, tienen, al parecer, tan poco fundamento la una como la otra. Al pronunciar estas palabras: «aparta de mí este cáliz», Jesús se ha revelado hombre, sujeto al temor y a los desfallecimientos. Jesús, lo mismo que nosotros, ha padecido, ha llorado, y esta debilidad puramente humana, al acercarnos a él, le hace más nuestro hermano y presta mayor realce a su ejemplo y a sus admirables virtudes.

La aparición del cristianismo ha tenido resultados incalculables. Ha traído al mundo la idea de humanidad, que la antigüedad no conoció en su sentido más amplio. Esta idea, encarnada en la persona de Jesús¹, ha penetrado poco a poco en los Espíritus, y hoy día se manifiesta en Occidente con todas sus consecuencias sociales. A esta idea, añadía la de la ley moral y la de la vida eterna, que hasta aquella época no eran conocidas más que de los sabios y los pensadores. Desde entonces, el deber del hombre será preparar por todas sus obras, por todos los actos de la vida individual y social, el reino de Dios, esto es, el del bien, de la verdad y de la justicia. «Venga tu reino».

Mas este reino no puede realizarse más que por el perfeccionamiento de todos, por el mejoramiento constante de las almas y de las instituciones. Estas nociones encerraban pues, en sí, una fuerza de desarrollo ilimitada. Y no debemos asombrarnos que después de veinte siglos de incubación y de oscuro trabajo, empiecen apenas a producir sus efectos en el orden social. El cristianismo contenía en estado virtual todos los elementos del socialismo, pero desde los primeros siglos se ha desviado, y sus principios verdaderos, desconocidos por sus representantes oficiales, han pasado a la conciencia de los pueblos y al alma de aquellos mismos que, no creyéndose o no llamándose ya cristianos, llevan inconscientemente en sí el ideal soñado por Jesús.

¹ Jesús se asigna a menudo el nombre de «El hijo del hombre». Esta expresión se encuentra 25 veces en Mateo.

No es, pues, ni en la Iglesia, ni en las instituciones del pretendido derecho divino, que no es otro que el reino de la fuerza, donde debe buscarse la herencia de Cristo. Éstas son, en realidad, instituciones bárbaras o paganas. El pensamiento de Jesús no vive más que en el alma del pueblo. Por medio de sus esfuerzos para elevarse y sus aspiraciones constantes a un estado social más conforme a la Justicia y a la Solidaridad, se revela esa gran corriente humanitaria cuya fuente está en la cima del Calvario, y cuyas olas nos llevan hacia un porvenir al cual serán desconocidas las vergüenzas del pauperismo, de la ignorancia y de la guerra.

El catolicismo, con sus concepciones de la salvación por la gracia, del pecado original, de infierno y redención, ha deformado las bellas y puras doctrinas del Evangelio. Pero el catolicismo no es, en realidad, en la obra del cristianismo, más que un elemento parásito que parece haber tomado de la India su organización jerárquica, sus sacramentos y sus símbolos.

Muchos han sido los concilios que, en todos los siglos, han discutido la Biblia, modificado los textos, edificado nuevos dogmas, apartándose más y más de los preceptos del Cristo. El fausto y la simonía han invadido el culto. La Iglesia ha dominado el mundo por el terror y la amenaza de los suplicios, cuando Jesús quería reinar por el amor y la caridad. Ha encendido la guerra entre los pueblos, y ha elevado la persecución a la altura de un sistema, haciendo correr ríos de sangre.

En vano la ciencia, en su marcha progresiva, ha demostrado las contradicciones que existen entre la enseñanza católica y el orden real de las cosas: la Iglesia ha llegado a maldecirla como a una

invención de Satán. Un abismo separa ahora las doctrinas romanas de la antigua sabiduría de los iniciados, que fue la madre del cristianismo. El materialismo se ha aprovechado de este estado de cosas, y por todas partes han brotado sus vivas raíces.

El sentimiento religioso, por el contrario, ha decaído visiblemente. El dogma no ejerce ya ninguna influencia sobre la vida de las sociedades. El alma humana, fatigada de los grillos con que la habían aprisionado, se ha lanzado hacia la luz, y ha roto esos miserables lazos para ir a unirse con los grandes Espíritus que no pertenecen ni a una secta ni a una raza, pero cuyo pensamiento ilumina y fortalece a la humanidad entera. Libre de toda tutela sacerdotal, quiere en lo sucesivo pensar, obrar y vivir por sí misma.

Queremos hablar del catolicismo con imparcialidad. Esta creencia, no lo olvidemos, ha sido la de nuestros padres, y ha mecido la cuna de innumerables generaciones. Sin embargo, la moderación no excluye el examen. Pues bien, de todo examen serio, resulta lo siguiente: la Iglesia infalible se ha engañado, tanto en su concepción física del Universo, como en su concepción moral de la vida humana. Tan lejos está la Tierra de ser el cuerpo central más importante del universo, como la vida presente de ser el único teatro de nuestras luchas y nuestros progresos. El trabajo no es un castigo, sino más bien el medio regenerador con cuyo auxilio la humanidad se fortifica y se eleva. Su falsa idea de la vida, ha inspirado al catolicismo su odio al progreso y a la civilización, y este sentimiento está expresado sin reserva, en el último artículo del *Syllabus*:

Anatema a quien diga: El pontífice romano puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

El catolicismo atribuye al Ser supremo todas nuestras debilidades. Le convierte en una especie de verdugo espiritual que entrega a los últimos suplicios a los seres débiles, obra de sus manos. Los hombres, creados para ser felices, sucumben en masa a las tentaciones del mal, y van a poblar los infiernos. ¡De manera que su impotencia corre pareja con su imprevisión, y Satán es más hábil que Dios!

¿Es éste el Dios que Jesús nos da a conocer cuando nos recomienda en su nombre el olvido de los agravios, cuando nos dice que volvamos bien por mal, y nos predica la piedad, el amor y el perdón? ¡Entonces, el hombre compasivo y bueno, sería superior a Dios!

Verdad es que para intentar salvar al mundo, Dios sacrifica a su propio hijo, miembro de la Trinidad y parte de sí mismo. Pero también aquí se cae en un error monstruoso que justifica la palabra de Diderot: «¡Dios ha matado a Dios, para aplacar a Dios!»

Muchos calabozos ha abierto el catolicismo en los tiempos de persecución, muchas hogueras ha encendido, y tormentos inauditos ha inventado, pero todo esto es poca cosa al lado de la influencia perniciosa que ha derramado en las almas. No le ha bastado torturar los cuerpos, ha oscurecido también las conciencias con la superstición, y ha perturbado las inteligencias con la idea sombría y terrible de un Dios vengador. Le ha hecho perder al hombre el hábito de pensar. Le ha enseñado a sofocar sus dudas, a aniquilar su razón y sus más nobles facultades, a apartarse como de animales feroces de

todos aquellos que buscaban libre y sinceramente la verdad, a estimar tan sólo a los que llevaban el mismo yugo que él. Las cruzadas de Oriente y de Occidente, los autos de fe, la Inquisición, son males menores que esa tiranía secular y ese espíritu de secta, de hipocresía y de intolerancia, con los cuales se ha perturbado la inteligencia y desviado el juicio de cientos de millones de hombres.

Luego, al lado de la enseñanza errónea, los abusos sin número, las oraciones y las ceremonias según tarifa, la tasa de los pecados, la confesión, las reliquias, el purgatorio y el rescate de las almas, y por último, los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad del papa, el poder temporal, violación flagrante de este precepto del Deuteronomio (XVIII, 1 y 2) que prohíbe a los sacerdotes «poseer los bienes de la tierra, ni tener parte en ninguno porque el Señor mismo es su herencia», todo esto demuestra la distancia que separa las concepciones católicas de las verdaderas enseñanzas del Evangelio.

No obstante, la obra de la Iglesia ha sido útil. Ha tenido sus épocas de grandeza. Ha opuesto diques a la barbarie y ha cubierto el globo de instituciones de beneficencia; pero petrificada en sus dogmas se inmoviliza, mientras que en torno de ella todo marcha y adelanta; la ciencia crece de día en día, y la razón humana remonta su vuelo.

Nada escapa a la ley del progreso; las religiones están, como todo lo demás, sujetas a ella. Han podido bastar a las necesidades de un tiempo y de un estado social atrasado, mas ya llega el momento en que estas religiones, aprisionadas en sus fórmulas como en un círculo de hierro, deben resignarse a morir. Tal es la situación del catolicismo. Habiendo dado a la historia todo cuanto podía ofrecerle, impotente ya para fecundar el espíritu humano, éste le abandona, y,

en su marcha incesante, avanza hacia concepciones más vastas y más elevadas. Pero no por eso se extinguirá la idea cristiana, se transformará solamente para reaparecer bajo una forma nueva y depurada. Tiempo vendrá en que el catolicismo, sus dogmas y sus prácticas, no sean más que un vago recuerdo casi borrado de la memoria de los hombres, como lo son para nosotros el paganismo romano y el escandinavo. Pero la gran figura del Crucificado dominará los siglos, y tres cosas subsistirán de su enseñanza, pues son la expresión de la verdad eterna: la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y la fraternidad humana.

A pesar de las persecuciones religiosas, la doctrina secreta se ha perpetuado a través de los tiempos, y se encuentra su huella en toda la Edad Media. En una época anterior los iniciados judíos la habían plasmado en dos obras célebres, el Zohar y el Sepher-Jesirah. Ambas forman la Cábala, una de las obras capitales de la ciencia esotérica.¹

El Cristianismo primitivo lleva su huella. Los primeros cristianos creían en la preexistencia y en la supervivencia del alma en otros cuerpos, como lo hemos visto por las preguntas hechas a Jesús sobre Juan Bautista y sobre Elías, y por la cuestión planteada por los apóstoles a propósito del ciego de nacimiento, el cual, al parecer, «tenía este castigo por los pecados cometidos antes de nacer»². La idea de la reencarnación se había divulgado de tal modo en el pueblo judío que el historiador Josefo le reprochaba a los fariseos de su tiempo que no admitiesen las transmigraciones de las almas sino sólo

¹ Véase el bello volumen de d' Ad. Franck, del Instituto: *La Kabbale*.

² Juan IX, 2.

en las personas de bien.¹ Esto es lo que llamaban gilgul, o el rodar de las almas.

Los cristianos comunicaban con los Espíritus de los muertos. En los *Hechos de los Apóstoles* se encuentran multitud de indicaciones sobre este punto.² San Pablo, en su *Primera Epístola a los Corintios*, describe, bajo el nombre de **dones espirituales**, todas las clases de mediumnidad³. Se declara instruido directamente por el Espíritu de Jesús en la verdad evangélica.

Se atribuían a veces estas inspiraciones a los malos Espíritus, a lo que algunos llamaban el espíritu de Pitón:

Amados míos, decía Juan el Evangelista, no creáis a todo espíritu, sino examinad si los Espíritus son de Dios⁴.

Las prácticas espiritistas estuvieron en uso durante muchos siglos. Casi todos los filósofos alejandrinos: Filon, Ammonio Saccas, Plotino, Porfirio, Arnebe, decían estar inspirados por genios superiores. San Gregorio Taumaturgo dijo recoger del Espíritu de San Juan los símbolos de la fe.

¹ Josefo, *Guerras de los judíos*, libro VIII, c. VII.

² *Hechos de los Apóstoles*, VII, 26; XI, 27. 28; XVI, 6, 7; XXI, 4.

³ XIV, 26 a 29; XV, 44. Se daba entonces a los médiums el nombre de profetas. En el texto griego de los Evangelios se encuentra casi siempre aislada la palabra *espíritu*. San Jerónimo es el primero que añade la de *santo*, y los traductores franceses de la *Vulgata*, son los que han formado de ella *Espíritu Santo*.

⁴ Ep. IV, I.

La escuela de Alejandría resplandecía entonces con su más vivo brillo. Todas las grandes corrientes del pensamiento humano parecían reunirse y confundirse allí. Esta célebre escuela produjo una pléyade de inteligencias brillantes que se esforzaban por fusionar la filosofía de Pitágoras y de Platón con las tradiciones de la cábala judía y con los principios del Cristianismo. Se intentaba formar así una doctrina definitiva, con amplios y poderosos puntos de mira, una religión universal e imperecedera. Tal era el sueño de Filón. Al igual que Sócrates, este pensador tenía su espíritu familiar que le asistía, le inspiraba y le hacía escribir durante el sueño.¹

Lo mismo les ocurre a Ammonio y a Plotino, del cual dice Porfirio que estaba inspirado por un genio.

*No de aquellos llamados demonios, sino de los que se llaman dioses.*²

Plotino escribió un libro acerca de los Espíritus familiares.

Como ellos Jámblico estaba versado en la teúrgia y comunicaba con lo invisible.

De todos los campeones del cristianismo esotérico, Orígenes es el más célebre. Este hombre de genio, que fue un gran filósofo y un santo, afirma en sus obras³ que la desigualdad de los seres es la consecuencia de sus distintos méritos. Las únicas penas conformes a la bondad y a la justicia divina, son, dice, las penas «medicinales», las

¹ Filón, *De Migrat. Abraham*, pag. 393.

² Bayle, *Diction. phil. et hist.*, art. Plotino.

³ *De Principiis*.

que tienen por efecto depurar progresivamente las almas en una serie de existencias, antes de ser admitidas en el cielo. Entre los Padres de la Iglesia había muchos entonces que participaban de su opinión¹, apoyándose en las revelaciones de los Espíritus a los profetas o médiums².

San Agustín, el gran obispo de Hipona, en su tratado *De Curá pro mortuis*, habla de las manifestaciones ocultas y añade:

¿Por qué no atribuir estas operaciones a los Espíritus de los difuntos, y no creer que la Divina Providencia hace un buen uso de todo para instruir a los hombres, consolarlos y espantarlos?

En *La Ciudad de Dios* (libro X, cap. IX y XI), a propósito del cuerpo lúcido, etéreo, que es la envoltura del alma y que conserva la imagen del cuerpo carnal, este Padre de la Iglesia habla de las operaciones teúrgicas conocidas con el nombre de *teletas*, que le ponían en condiciones de comunicar con los Espíritus y con los Ángeles, así como tener visiones admirables.

A propósito de la pluralidad de las vidas afirmada por Orígenes, San Agustín expresa en sus *Confesiones* (t. I, p. 28):³

Mi infancia no ha sucedido a otra edad muerta, anteriormente a ella?...

¹ *Historia del Maniqueísmo*, por Beausobre, II, 595.

² Orig. *Contra Celso*, pp. 199, 562.

³ *Confesiones* t. I, p. 28.

Y antes de este tiempo, ¿he estado yo en alguna parte? ¿Era yo alguien?

Este otro pasaje de sus obras nos parece más significativo:

Tengo la seguridad de que se encuentran en los platónicos muchas cosas que no repugnan a nuestros dogmas...Esta voz de Platón, la más pura y la más esplendorosa que hay en la filosofía, se ha encontrado en la boca de Plotino, tan semejante a él que parecía contemporánea, si bien lo suficientemente alejada por el tiempo para que la primera parezca resucitada en el otro.¹

San Clemente de Alejandría² y San Gregorio Nianceno se expresan en el mismo sentido. Este último expone³ que:

...el alma inmortal debe ser curada y purificada, y si no lo ha sido por su vida terrena, la curación se opera en las vidas futuras y subsiguientes.

Los Espíritus combatían con frecuencia el dogmatismo naciente de la Iglesia y apoyaban a los heresiarcas. Se quejaban de que las enseñanzas tan sencillas del Evangelio fuesen oscurecidas por dogmas inventados e impuestos a la creencia a pesar de la resistencia de la razón. Condenaban ya el lujo escandaloso, de los obispos⁴.

¹ *Augustini opera*, I, p. 294.

² *Stromat.*, lib. VIII, Oxford, 1715.

³ *Grand discours catéchétique*, t. III, cap. VIII, edición Morel.

⁴ El Padre de Longueval, *Histoire de l' Eglise gallicane*, t. 1,84

Estas doctrinas y las revelaciones que las confirmaban habían llegado a ser otros tantos obstáculos para la Iglesia oficial. Los herejes encontraban en ellas sus argumentos y su fuerza, resultando quebrantada la autoridad del sacerdocio. Con la reencarnación, con el rescate de las faltas cometidas, por medio de las pruebas y del trabajo, en la sucesión de existencias, la muerte no era ya un objeto de terror. Cada cual, por sus esfuerzos y sus progresos se libraba a sí mismo del purgatorio terrestre, y el sacerdote perdía su razón de ser. No pudiendo ya la Iglesia abrir a su antojo las puertas del paraíso y del infierno, veía debilitarse su poder y su prestigio.

Juzgó pues necesario imponer silencio a los partidarios de la doctrina secreta, renunciar a todo comercio con los Espíritus y condenar sus enseñanzas como inspiradas por el demonio. Desde aquel día Satán adquirió una importancia cada vez mayor en la religión cristiana. Todo cuanto estorbaba a ésta le fue atribuido. La Iglesia declaró que ella sola era la profecía viva y permanente, la única intérprete de Dios. Orígenes y los gnósticos fueron condenados por el concilio de Nicea (325); la doctrina secreta desapareció con los profetas, y la Iglesia pudo llevar a cabo con toda libertad su obra de absolutismo y de inmovilización.

Se vio entonces a los sacerdotes romanos perder de vista la luz que Jesús había traído a este mundo y caer de nuevo en la oscuridad. La noche que querían para los demás, se hizo en ellos mismos. El templo no fue ya, como en los tiempos antiguos, el asilo de la verdad. Ésta abandonó los altares para buscar un refugio oculto. Descendió a las clases pobres fue a inspirar a humildes misioneros, a apóstoles oscuros, quienes bajo el nombre del Evangelio de San Juan, procuraron restablecer en diversos puntos de Europa la pura y

sencilla religión de Jesús, la religión de la igualdad y del amor. Mas estas doctrinas fueron sofocadas por el humo de las hogueras, o ahogadas en raudales de sangre.

Toda la historia de la Edad Media está llena de estas tentativas del pensamiento, de estos brillantes despertamientos a los que seguían las reacciones del despotismo religioso y monárquico, y períodos de sombrío silencio.

Pero la ciencia sagrada estaba guardada bajo aspectos diferentes por muchas órdenes secretas. Los alquimistas, los templarios, los rosa-cruz, etc., conservaron los principios. Los templarios fueron perseguidos con encarnizamiento por la Iglesia oficial. Ésta temía muchísimo a las escuelas secretas y al imperio que ejercían sobre las inteligencias. Bajo el pretexto de brujería y de pactos con el diablo, las destruyó casi todas por el hierro y el fuego.

Cierto es que la Reforma consiguió arrancar media Europa al yugo de Roma, pero el protestantismo, religión de combate, no puede ser considerado como la evolución definitiva del cristianismo, en razón a su apego exclusivo a la «letra que mata» y del bagaje dogmático que ha conservado en parte.

A pesar de los esfuerzos de la teocracia, la doctrina secreta no se ha perdido. Por mucho tiempo ha permanecido completamente oculta. Los concilios y los esbirros del Santo Oficio habían creído sepultarla para siempre; pero bajo la losa que la oprimía, vivía siempre, semejante a la lámpara sepulcral que arde, solitaria, en la noche.

Y en el mismo seno del clero hubo siempre partidarios ocultos de estas ideas de preexistencia y de comunicación con lo invisible. Algunos de ellos se atrevieron a levantar la voz.

Ya en 1843, en uno de los mandamientos, el señor de Montal, obispo de Chartres, hablaba en los siguientes términos:

Puesto que no está prohibido creer en la preexistencia de las almas, ¿quién puede saber lo que haya podido pasar, en lejanas edades, entre las inteligencias?

El cardenal Bona, El Fenelón de Italia, en su tratado *Del Discernimiento de los Espíritus*, se expresaba así:

Es motivo de asombro que hayan podido encontrarse hombres de buen sentido que se hayan atrevido a negar por completo las apariciones y las comunicaciones de las almas con los vivos, o las atribuyan a una imaginación engañada o bien al arte de los demonios.

Por último, muy recientemente, el señor Calderone, director de la *Filosofía della Scienza*, de Palermo, publicaba algunas cartas dirigidas por monseñor Luigi Passavalli, arzobispo, vicario de la basílica de San Pedro, de Roma, al señor Tancredi Canónico, senador y guardasellos, sobre el tema de la reencarnación. He aquí uno de los principales pasajes¹:

Me parece que si se pudiese propagar la idea de la pluralidad de las existencia para el hombre, tanto en este mundo como en

¹ Ver *Annales des Sciences psychiques*, septiembre 1912, p. 284.

los demás, como un medio admirable de realizar los designios misericordiosos de Dios para la expiación o purificación del hombre, con el fin de hacerle, por fin, digno de Él y de la vida inmortal de los cielos, se habría dado ya un gran paso, pues ello bastaría para resolver los más arduos y oscuros problemas que agitan actualmente a las inteligencias humanas. Cuanto más pienso en esta verdad, más grandes y fecundas me parecen sus consecuencias prácticas para la religión y la sociedad.

Firma: †Louis, Arzobispo

7

MATERIALISMO Y POSITIVISMO

Como el océano, el pensamiento tiene su flujo y su reflujo. Cuando la humanidad penetra, en cualquier sentido que sea, en el dominio de las exageraciones, tarde o temprano se produce una reacción vigorosa. Los excesos provocan excesos contrarios. Después de siglos de sumisión y de fe ciega, el mundo, cansado del sombrío ideal de Roma, se ha arrojado a las doctrinas de la nada. Las afirmaciones temerarias han acarreado negaciones furiosas. Se ha trabado el combate y la piqueta del materialismo ha abierto brecha en el edificio católico.

Las ideas materialistas ganan terreno. Al rechazar los dogmas de la Iglesia como inaceptables, gran número de Espíritus cultivados se han apartado a un tiempo de la causa espiritual y de la creencia en Dios. Dejando a un lado las concepciones metafísicas, han buscado la verdad en la observación directa de los fenómenos, y en lo que se ha convenido en llamar el método experimental.

Las doctrinas materialistas pueden resumirse así: Todo es materia. Cada molécula tiene sus propiedades inherentes, por cuya virtud se ha formado el Universo con todos los seres que contiene. La idea de un principio espiritual gobernando la materia, es una hipótesis. Ésta se gobierna a sí misma por leyes fatales, mecánicas. La materia es eterna, pero ella sola es eterna. Salidos del polvo, volveremos al polvo. Lo que llamamos alma, el conjunto de nuestras facultades intelectuales, la conciencia, no es más que una función del organismo que se desvanece con la muerte. «El pensamiento es una secreción del cerebro», ha dicho Carl Vogt, y el mismo autor añade:

Las leyes de la naturaleza son fuerzas inflexibles. No conocen ni la moral ni la benevolencia.

Si la materia es el todo, ¿qué es pues la materia? Los materialistas mismos no podrían decirlo, pues la materia, tan luego como se la analiza en su esencia íntima, se oculta, se desvanece y huye como un engañoso espejismo.

Los sólidos se cambian en líquidos, los líquidos en gases; más allá del estado gaseoso viene el estado radiante; después, por medio de innumerables refinamientos cada vez más sutiles, la materia pasa al estado imponderable. Se convierte en esa sustancia etérea que llena el espacio, de tal manera tenue, que se la tomaría por el vacío absoluto si la luz no la hiciese vibrar al atravesarla. Los mundos se bañan en sus oleadas como en las de un océano fluídico.

Así, de grado en grado, la materia se pierde en un polvo invisible. Todo se resume en fuerza y movimiento.

Los cuerpos, orgánicos e inorgánicos, nos dice la ciencia, minerales, vegetales, animales, hombres, mundos, astros, no son más que agregados de moléculas, y estas moléculas están compuestas de átomos, separados los unos de los otros en un estado de movimiento constante y de renovación perpetua.

El átomo es invisible aun con el auxilio de los lentes de mayor fuerza. Apenas puede concebirse con el pensamiento, tan extremada es su pequeñez¹. Y esas moléculas, esos átomos se agitan, se mueven, circulan, evolucionan en torbellinos incesantes, en cuyo centro la forma de los cuerpos sólo se mantiene en virtud de la ley de atracción.

Puede pues decirse que el mundo está compuesto de átomos invisibles regidos por fuerzas inmatrimales. Así que se examina de cerca la materia, se desvanece como el humo. Su realidad no es más que aparente y no puede ofrecernos ninguna base de certidumbre. No hay realidad permanente, no hay certidumbre más que en el Espíritu. Tan sólo a él se revela el Mundo en su unidad viviente y en

¹ La teoría del átomo indivisible e indestructible que, desde hace dos mil años, servía de base a la física y a la química, acaba de ser desechada por la ciencia, en razón de los descubrimientos de los Curie, Becquerel, Le Bon, etc. En 1876, en su *Síntesis química*, Berthelot calificaba ya a esta teoría de *novela ingeniosa y sutil*. Se ve por ello — dice Le Bon (Revue scientifique, 31 oct. De 1903) — que algunos dogmas científicos no tienen más consistencia que las divinidades de las antiguas edades. Y antes que éstos Sir William Crookes, el gran físico inglés, había declarado: *La materia no es más que un mundo de movimiento* (Proc. Roy. Soc., núm. 205, pag. 472). De esta manera se derrumba el único apoyo sobre el cual se edificaba toda la teoría materialista.

su eterno esplendor. Tan sólo él puede gozar y comprender su armonía. El universo se conoce, se refleja y se posee en el Espíritu.

El Espíritu es más aún. Es la fuerza oculta, la voluntad que gobierna y dirige la materia —*Mens agit at molem*— y le da la vida. Todas las moléculas, todos los átomos, hemos dicho, se agitan y se renuevan incesantemente. El cuerpo humano es como un torrente vital donde las aguas suceden a las aguas. Cada partícula arrebatada a la circulación, es reemplazada por otras partículas. El cerebro mismo está sometido a estos cambios, y nuestro cuerpo todo entero se renueva en algunos meses.

Es inexacto, pues, decir que el cerebro produce el pensamiento. No es más que su instrumento. A través de las modificaciones perpetuas de la carne, nuestra personalidad se mantiene, y, con ella, nuestra memoria y nuestra voluntad. Hay en el ser humano una fuerza inteligente y consciente que rige el movimiento armonioso de los átomos materiales según las necesidades de la existencia, un principio que domina la materia y le sobrevive.

Lo mismo sucede con el conjunto de las cosas. El mundo material no es más que el aspecto exterior, la apariencia cambiante. La manifestación de una realidad sustancial y espiritual que se encuentra en su interior. Así como el *yo* humano no está en la materia variable, sino en el Espíritu, el *yo* del universo no está en el conjunto de los globos y de los astros que lo componen, sino en la Voluntad oculta, en el poder invisible e inmaterial que dirige sus secretos resortes y regula su evolución.

La ciencia materialista no ve más que un lado de las cosas. En su impotencia para determinar las leyes del Universo y de la vida, también ella se ve obligada, después de haber proscrito la hipótesis, a salir de la sensación y del experimento, y recurrir a la hipótesis, para dar una explicación de las leyes naturales. Esto es lo que hace al tomar por base del mundo físico el átomo, que los sentidos no pueden percibir.

J. Soury, uno de los escritores materialistas más autorizados, no vacila en confesar esta contradicción en su análisis de los trabajos de Haeckel: «Nada podemos conocer, dice, de la constitución de la materia.»

Si el mundo no fuese más que un compuesto de materia gobernado por la fuerza ciega, esto es, por la casualidad, no se vería esta sucesión regular, continua, de los mismos fenómenos, produciéndose conforme a un orden establecido. No se vería esta adaptación inteligente de los medios para el fin, esta armonía de las leyes, de las fuerzas, de las proporciones, que se manifiestan en toda la naturaleza. La vida sería un accidente, un hecho de excepción y no de orden general. No podría explicarse esa tendencia, ese impulso que en todas las edades del mundo, desde la aparición de los seres elementales, dirige la corriente vital, por medio de progresos sucesivos, hacia formas más y más perfectas. Ciega, inconsciente, sin objeto, ¿cómo podría la materia diversificarse y desenvolverse en el plan grandioso cuyas líneas se revelan a los ojos de todo observador atento? ¿Cómo podría coordinar sus elementos y sus moléculas de modo que formasen todas las maravillas de la naturaleza, desde las esferas que pueblan el espacio hasta los órganos del cuerpo humano: el cerebro, el ojo, el oído, hasta el insecto, hasta el ave, hasta la flor?

Los progresos de la geología y de la antropología prehistórica han arrojado viva luz sobre la historia del mundo primitivo. Pero es un error de los materialistas haber creído hallar en la ley de evolución de los seres un punto de apoyo, un socorro para sus teorías. Una cosa esencial resulta de estos estudios, y es la certidumbre de que la fuerza ciega no domina en ninguna parte de un modo absoluto, sino que, por el contrario, la inteligencia, la voluntad y la razón son las que triunfan y reinan. La fuerza brutal no ha sido suficiente para asegurar la conservación y el desarrollo de las especies. Entre los seres, el que ha tomado posesión del globo y avasallado la naturaleza, no ha sido el más fuerte ni el mejor armado físicamente, sino el de mayores dotes intelectuales.

Desde su origen, el mundo se encamina hacia un estado de cosas cada vez más elevado. La ley del progreso se afirma a través de los tiempos, por las transformaciones sucesivas del globo y las etapas de la humanidad. Un fin se revela en el Universo, fin hacia el cual todo marcha, todo evoluciona, los seres como las cosas. Y ese fin es el Bien, es lo mejor. La historia de la Tierra es su más elocuente testimonio.

Se nos objetará sin duda que la lucha, el dolor y la muerte están en el fondo de todo. Mas el esfuerzo y la lucha son condiciones precisas del progreso, y, en cuanto a la muerte, no es la nada, como lo probaremos más adelante, sino la entrada del ser en una fase nueva de evolución. Del estudio de la naturaleza y de los anales de la historia del mundo se desprende un hecho capital, y es que todo cuanto existe tiene una causa, y que para conocer esta causa, hay que elevarse por encima de la materia hasta el principio intelectual, hasta la Ley viva y consciente que nos explica el orden del universo, como

las experiencias de la psicología moderna nos explican el problema de la vida.

Se juzga sobre todo una doctrina filosófica por sus consecuencias morales, por los efectos que produce en la vida social. Consideradas bajo este aspecto, las teorías materialistas, cimentadas en el fatalismo, son incapaces de servir de móvil a la vida moral ni de sanción a las leyes de la conciencia. La idea enteramente mecánica que dan del mundo y de la vida destruye la noción de libertad y por consiguiente, la de responsabilidad.¹ Hacen de la lucha por la existencia una ley ciega, inexorable, en la cual los débiles deben sucumbir a los golpes de los fuertes. Una ley que destierra para siempre de la Tierra el reinado de la paz, de la solidaridad y de la fraternidad humana. Al penetrar en los Espíritus, no pueden producir más que la indiferencia y el egoísmo en los afortunados, la desesperación y la violencia en los desheredados, y la desmoralización en todos.

Hay, sin duda, materialistas honrados y ateos virtuosos, mas no es por consecuencia de una aplicación rigurosa de sus doctrinas. Si son tales, es a pesar de sus opiniones y no a causa de ellas; es por un impulso secreto de su naturaleza y porque su conciencia ha sabido resistir a todos los sofismas. No por esto resulta menos lógicamente que el materialismo, al suprimir el libre albedrío, al hacer de las facultades intelectuales y de las cualidades morales la resultante de combinaciones químicas y de las secreciones de la sustancia gris del

¹ Büchner y su escuela no vacilan en afirmarlo: *El hombre no es libre — dicen — va a donde su cerebro le empuja. Véase Fuerza y Materia.*

cerebro, al considerar el genio como una neurosis, rebaja la dignidad humana y quita a la existencia todo carácter elevado.

Con la convicción de que no hay nada más allá de lo presente, ni más justicia que la de los hombres, cada cual puede decirse: ¿Para qué luchar y sufrir? ¿Para qué la piedad, el valor, la rectitud? ¿Para qué reprimirse y dominar los apetitos y los deseos? Si la humanidad está abandonada a sí misma, si no existe en ninguna parte un poder inteligente y equitativo que la juzgue, la guíe y la sostenga, ¿qué socorro puede esperar?, ¿qué apoyo la ayudará a soportar el peso de sus pruebas?.

Si no hay en el universo, ni razón, ni justicia, ni amor; si no hay más que la fuerza ciega oprimiendo a los seres y a los mundos, bajo el yugo de una fatalidad sin pensamiento, sin alma, sin conciencia, entonces el ideal, el bien, la belleza moral, son otras tantas ilusiones y mentiras. No es ya en ellos, sino en la realidad brutal, no es ya en el deber, sino en el goce, donde el hombre debe ver el objeto de la vida, y, para realizarlo, debe prescindir de todo vano sentimentalismo.

Si venimos de la nada para volver a la nada, si la misma suerte, el mismo olvido espera al criminal que al honrado, al egoísta que al generoso; si, según las combinaciones del azar, unos están exclusivamente dedicados al trabajo y otros a los honores, entonces, menester es atreverse a proclamarlo, la esperanza es una quimera; no hay consuelo para los afligidos, no hay justicia para las víctimas de la suerte. La humanidad da vueltas, arrastrada por el movimiento del globo, sin objeto, sin luz, sin ley moral, renovándose por medio del nacimiento y de la muerte, dos fenómenos entre los cuales el ser se agita, y pasa sin dejar más rastro que una chispa en la oscuridad.

Bajo la influencia de tales doctrinas, sólo le resta a la conciencia callarse y ceder el puesto al instinto brutal. El espíritu de cálculo debe suceder al entusiasmo, y el amor al placer reemplazará las generosas aspiraciones del alma. Entonces cada uno no pensará más que en sí. El hastío de la vida, la idea del suicidio, asediarán la mente de los desgraciados. Los desheredados no sentirán más que odio hacia los que poseen, y, en su furor, destrozarán esta civilización grosera y material.

¡Pero no!, la razón y el sentimiento se sublevan, estremecidos, y protestan contra estas doctrinas de desolación. Ellos nos dicen que el hombre no habrá luchado, trabajado y sufrido, para ir a parar a la nada. Que la materia no es todo, que hay leyes superiores a ella, leyes de orden y de armonía, y que el universo no es tan sólo un mecanismo inconsciente.

¿Cómo podría la materia ciega gobernarse por leyes inteligentes y sabias? ¿Cómo, privada de razón y de sentimiento, podría producir seres razonables y sensibles, capaces de discernir el bien del mal, lo justo de lo injusto? ¿el alma humana es capaz de amar hasta el sacrificio, el sentido de lo bueno y de lo bello está grabado en ella, y habría salido de un elemento que no posee estas cualidades en ningún grado? Sentimos, amamos, padecemos, ¿y habríamos nacido de una causa inconsciente e insensible, de una causa sorda, inexorable y muda? ¿Seríamos más perfectos y mejores que ella?

Semejante razonamiento es un ultraje a la lógica. No es posible conceder que la parte pueda ser superior al todo, que la inteligencia pueda derivar de una causa ininteligente, ni que de una naturaleza sin objeto puedan brotar seres capaces de perseguir un objeto.

El sentido común nos dice, por el contrario, que si la inteligencia, si el amor al bien y a lo bello están en nosotros, preciso es que los haya depositado una causa que los posea en grado superior. Y si el orden se manifiesta en todas las cosas, si en el mundo se revela un plan, preciso es también que un pensamiento, los haya elaborado, y que una razón los haya concebido.

Mas no insistamos sobre problemas cuyo examen proseguiremos más adelante, y ocupémonos de otra doctrina que tiene con el materialismo numerosos puntos de contacto. Queremos hablar del positivismo.

Esta filosofía, más sutil o menos franca que el materialismo, no afirma nada, no niega nada. Dejando a un lado todo estudio metafísico, toda investigación de las causas primeras, afirma que el hombre no puede saber nada del principio de las cosas; y que, por consiguiente, el estudio de las causas del mundo y de la vida, es superfluo. Todo su método se refiere a la observación de los hechos comprobados por los sentidos, y de las leyes que los rigen. No admite más que la experiencia y el cálculo.

No obstante, el rigor de este método ha tenido que ceder ante las exigencias de la ciencia, y el positivismo, como el materialismo, a pesar de su horror a la hipótesis, se ha visto obligado a aceptar teorías que no pueden comprobarse por los sentidos. De manera que raciocina sobre la materia y la fuerza, cuya naturaleza íntima ignora. Que admite la ley de atracción, el sistema astronómico de Laplace, y la correlación de las fuerzas, cosas todas imposibles de demostrar experimentalmente.

Más aún, se ha visto al fundador del positivismo, Auguste Comte, después de haber eliminado todos los problemas religiosos y metafísicos, volver a las cualidades ocultas y misteriosas de las cosas¹ y terminar su obra fundando el culto de la Tierra. Este culto tenía sus ceremonias y sus sacerdotes asalariados. Verdad es que los positivistas han renegado de estas aberraciones. No insistiremos sobre este punto como tampoco sobre la particularidad de la vida de Littré, sabio eminente, jefe venerado del ateísmo moderno, haciéndose bautizar en su lecho de muerte después de haber aceptado las visitas frecuentes de un sacerdote católico. Semejante mentís, infligido a los principios de toda una vida, debe, sin embargo, ser señalado. Estos dos ejemplos dados por los maestros del positivismo, demuestran la impotencia de las doctrinas que se desentienden de las aspiraciones del ser moral y religioso. Ellos prueban que nada puede fundarse sobre negaciones y sobre la indiferencia, y que, a pesar de todos sus sofismas, llega una hora en que el pensamiento del más allá surge ante los escépticos más empedernidos.

No obstante, no puede negarse que el positivismo no haya tenido su razón de ser y no haya prestado incontestables servicios al espíritu humano, obligándole a dar mayor fuerza a sus argumentos, a precisar sus teorías y a dar campo más ancho a la demostración. Cansados de las abstracciones metafísicas y de las vanas discusiones de escuela, sus fundadores han querido colocar la ciencia en un terreno sólido. Mas la base elegida por ellos era tan mezquina, que su

¹ Véase *Ontología*, de Durand de Gros (1871), obra notable que refuta las doctrinas positivistas.

edificio ha carecido de amplitud y de solidez. Al querer restringir el dominio del pensamiento, han aniquilado las más bellas facultades del alma. Al rechazar las ideas de espacio, de infinito, de absoluto, han quitado a ciertas ciencias, a las matemáticas, a la geografía, a la astronomía, toda posibilidad de desarrollarse y de progresar. Se ha visto este hecho significativo: en el campo de la astronomía estelar, ciencia proscrita por Auguste Comte como perteneciente al dominio de lo «Incognoscible», es precisamente donde se han realizado los más bellos descubrimientos.

El positivismo es incapaz de suministrar una base moral a la conciencia. El hombre, en este mundo, no tiene sólo derechos que ejercer, tiene también deberes que llenar. Esta es la condición precisa de todo orden social. Mas, para llenar nuestros deberes, es menester conocerlos; y, ¿cómo conocerlos si nos desentendemos del objeto de la vida, de los orígenes y del fin del ser? ¿Cómo conformarnos a la regla de las cosas, según la propia expresión de Littré, si nos privamos de explorar el dominio del mundo moral y el estudio de los hechos de conciencia?

Con un objeto laudable, ciertos pensadores, materialistas y positivistas, han querido fundar lo que han llamado la moral independiente, esto es, la moral libre de toda concepción teológica, de toda influencia de cultos y de religiones. Han creído que éste sería un terreno neutro donde podrían encontrarse todos los buenos Espíritus. Pero los materialistas no han reflexionado que al negar la libertad, toda moral ha de resultar impotente y vana. Desprovisto de libertad, el hombre no es más que una máquina, y una máquina para nada necesita la moral. Menester hubiera sido también que la noción del deber fuese aceptada por todos para ser eficaz, y, ¿sobre qué

puede apoyarse la noción del deber en una teoría mecánica del mundo y de la vida?

La moral no puede ser tomada como base, como punto de partida. Es una consecuencia de principios, el coronamiento de una concepción filosófica. Y por esto la moral independiente no ha pasado de ser una teoría estéril, una ilusión generosa, sin influencia alguna en las costumbres.

En su estudio atento y minucioso de la materia, las escuelas positivistas han contribuido a enriquecer ciertas ramas de los conocimientos humanos; pero han perdido de vista el conjunto de las cosas y las leyes superiores del universo. Al encerrarse en su dominio exclusivo, han imitado al minero que se sume cada vez más en las entrañas del suelo, descubre los tesoros ocultos y no ve el gran espectáculo de la naturaleza que se manifiesta bajo los rayos del sol.

Estas escuelas no han sido siquiera fieles a su programa, pues después de haber proclamado el método experimental como el único medio de llegar a la verdad, se las ha visto darse un mentís a sí mismas negando *a priori* todo un orden de fenómenos, de manifestaciones psíquicas que hemos de examinar. Conviene hacer notar que la ciencia positiva ha manifestado tanta incredulidad desdeñosa ante estos hechos que venían a echar por tierra sus teorías, como los hombres de iglesia más intolerantes.

El positivismo no puede ser considerado como la última etapa de la Ciencia. Ésta es progresiva por esencia, y sabrá completarse. El positivismo no es más que una de las formas temporales de la evolución filosófica. Los siglos no han sucedido a los siglos; las obras de los sabios y de los filósofos no han sido acumuladas para terminar

en la teoría de lo *incognoscible*. El pensamiento evoluciona, se desenvuelve, y cada día penetra más adelante. Lo que era desconocido ayer, será conocido mañana. La marcha del espíritu humano no tiene término. Fijarle uno, es negar la ley del progreso, es desconocer la verdad.

8

LA CRISIS MORAL

Del examen precedente resulta que el mundo del pensamiento se halla ahora dividido entre dos sistemas contradictorios y enemigos. Nuestro tiempo, considerado bajo este punto de vista, es un tiempo de inquietud y de transición. La fe religiosa se entibia y las grandes líneas de la filosofía del porvenir no se manifiestan aún más que a un corto número de investigadores.

Ciertamente, la época en que vivimos es grande por la cantidad de progresos realizados. La civilización moderna, provista de poderosos instrumentos, ha transformado la faz de la Tierra; ha aproximado los pueblos suprimiendo las distancias. La instrucción se ha extendido, las instituciones han mejorado. El derecho ha reemplazado al privilegio, y la libertad triunfa del espíritu de rutina y del principio de autoridad. Una gran batalla está empeñada entre el pasado que no quiere morir, y el porvenir que hace esfuerzos para nacer a la vida. Gracias a esta lucha, el mundo se agita y marcha obedeciendo a un impulso irresistible, y el camino andado, los resultados adquiridos,

nos hacen presagiar conquistas más sorprendentes, más maravillosas aún.

Pero si los progresos llevados a cabo en el orden físico y en el intelectual son notables, el adelanto moral, en cambio, es nulo. Sobre este punto, el mundo parece más bien retroceder; las sociedades humanas, entregadas a la fiebre de las pasiones políticas y de las empresas industriales y financieras, sacrifican sus intereses morales al bienestar material.

Si la obra de la civilización nos aparece bajo magníficos aspectos, tiene también, como todas las cosas humanas, sombríos reversos. Ha mejorado, sin duda, hasta cierto punto las condiciones de la existencia, pero ha multiplicado las necesidades a fuerza de satisfacerlas; al avivar los apetitos y los deseos, ha favorecido en igual grado el sensualismo y ha aumentado la depravación. El amor al placer, al lujo, a las riquezas, es cada día más ardiente. Se quiere adquirir, se quiere poseer a cualquier precio.

Tal es el origen de esas especulaciones desvergonzadas que se ostentan en plena luz. De ahí proviene esa postración de los caracteres y de las conciencias, ese culto ferviente que se rinde a la fortuna, verdadero ídolo cuyos altares han reemplazado los de las divinidades caídas.

La ciencia y la industria han centuplicado las riquezas de la humanidad, mas estas riquezas no han aprovechado directamente más que a un corto número de sus miembros. La suerte de los pequeños continúa siendo precaria, y la fraternidad ocupa más lugar en los discursos que en los corazones. En medio de las ciudades opulentas, es posible aún morir de hambre. Las fábricas, las

aglomeraciones obreras, se han convertido en focos de corrupción física y moral, como los infiernos del trabajo.

La embriaguez, la prostitución, el libertinaje esparcen por todas partes su ponzoña, agotan la vida en su fuente, y empobrecen las generaciones, en tanto que las hojas públicas siembran a porfía la injuria y la mentira, y que una literatura malsana excita los cerebros y debilita las almas.

La desesperación y el suicidio causan cada día nuevos estragos. El número de los suicidas, que era de mil quinientos en 1820, en Francia, es en el día de más de ocho mil. ¡Cada año, ocho mil seres, por falta de energía y de sentido moral, desertan de las luchas fecundas de la vida refugiándose en lo que creen ser la nada! El número de los crímenes y de los delitos se ha triplicado de cincuenta años a esta parte. Y entre los condenados, la proporción de los adolescentes es considerable. ¿Debemos ver en tal estado de cosas los efectos del contagio del medio, de los malos ejemplos recibidos desde la infancia, de la falta de firmeza en los padres y ausencia de educación en la familia? Hay todo esto y más aún.

Nuestros males proceden de que no obstante los progresos de la ciencia y el desarrollo de la instrucción, el hombre se ignora aún a sí mismo. Sabe poco de las leyes del Universo y nada de las fuerzas que existen en él. El *conócete a ti mismo* del filósofo griego, continúa siendo, para la inmensa mayoría de los hombres, un llamamiento estéril. Lo mismo que hace veinte siglos, menos quizá, el hombre no sabe lo que es, de dónde viene, a dónde va, ni cuál es el verdadero objeto de la existencia. Ninguna enseñanza ha venido a comunicarle

la noción exacta de su papel en este mundo, de sus deberes y de sus destinos.

El espíritu humano vacila, indeciso, entre las solicitudes de dos poderes.

Por una parte, las religiones con su séquito de errores y de supersticiones, su espíritu de dominación e intolerancia, pero también con los consuelos que emanan de ellas y los débiles resplandores que han conservado de las verdades primordiales.

Por la otra, la ciencia, materialista en sus principios como en sus fines, con sus frías negaciones y su tendencia exagerada al individualismo, pero también con el prestigio de sus trabajos y de sus descubrimientos.

Y estos dos colosos, la religión sin pruebas y la ciencia sin ideal, se desafían, luchan cuerpo a cuerpo, combaten sin poderse vencer, pues cada una de ellas responde a una necesidad imperiosa del hombre. La primera habla a su corazón, la segunda a su entendimiento y a su espíritu. A su alrededor se acumulan las ruinas de numerosas esperanzas y aspiraciones destruidas, los sentimientos generosos se debilitan, la división y el odio sustituyen a la benevolencia y a la concordia.

En medio de esta confusión de ideas, la conciencia se ha desviado y ha perdido su brújula. Acongojada, camina a la ventura, y en la incertidumbre que la oprime, se le ocultan lo bueno y lo justo. La situación moral de los humildes y de los abrumados bajo el peso de la vida ha llegado a ser intolerable entre dos doctrinas de las cuales la una no ofrece más perspectiva a sus dolores ni más término a sus

males que la nada, y la otra un paraíso inaccesible o una eternidad de suplicios.

¿Cómo saldrá la humanidad de esta crisis? No hay para ello más que un medio: hallar un terreno de conciliación en donde estas dos fuerzas enemigas, el sentimiento y la razón puedan aunarse para el bien y la salvación de todos. Todo ser humano lleva en sí estas dos fuerzas que gobiernan alternativamente su pensamiento y sus acciones, y cuyo acuerdo proporciona equilibrio y armonía a sus facultades, centuplica sus medios de acción y comunica a su vida rectitud y unidad de tendencias y de miras, mientras que sus contradicciones y sus luchas engendran en él el desorden. Y lo que se produce en cada uno de nosotros se manifiesta en la sociedad entera y causa la perturbación moral que la atormenta.

Para que este conflicto tenga término, es menester que la luz se haga a los ojos de todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres, mujeres y niños; es menester que una nueva enseñanza popular venga a dar claridad a las almas sobre su origen, sus deberes y sus destinos.

Porque en esto se encierra todo. Estas soluciones son las únicas que pueden servir de base a una educación viril y hacer a la humanidad verdaderamente fuerte y libre. Su importancia es capital, tanto para el individuo a quien guían en su tarea cotidiana, como para la sociedad cuyas instituciones y relaciones dirigen. La idea que el hombre se forma del Universo, de sus leyes, del papel que le cabe representar en este vasto teatro, se refleja en toda su vida e influye en sus determinaciones. A ella obedece el plan de conducta que se traza, el fin que se propone y hacia el cual se encamina. En vano sería que

procurásemos eludir estos problemas. Se presentan por sí mismos a nuestra mente, nos dominan y nos envuelven en sus profundidades. Ellos son el eje de todas las civilizaciones.

Cada vez que una concepción nueva del mundo y de la vida penetra en el espíritu humano y se infiltra progresivamente en todos los centros, el orden social, las instituciones y las costumbres reciben inmediatamente su impresión.

Las concepciones católicas han creado la civilización de la Edad Media, y formado la sociedad feudal, monárquica y autoritaria. Entonces, así en la Tierra como en el cielo, era el reinado de la gracia y del capricho. Estas concepciones han dejado de existir. No encuentran ya lugar en el mundo moderno. Mas al abandonar las antiguas creencias, el presente no ha sabido reemplazarlas. El positivismo materialista y ateo, no ve en la vida más que una combinación pasajera de materia y de fuerza, ni en las leyes del Universo más que un mecanismo brutal. No tiene noción alguna de justicia, de solidaridad ni de responsabilidad. Resulta de esto una relajación general de los lazos sociales, un escepticismo pesimista, un desprecio de toda ley y de toda autoridad que podrían conducirnos al abismo.

Las religiones dogmáticas nos llevaban a la arbitrariedad y al despotismo; el materialismo conduce lógica e inevitablemente a la anarquía y al nihilismo. Por esta razón debemos considerarlo como un peligro, como una causa de decadencia y de envilecimiento.

Podría ser que estas apreciaciones parezcan excesivas y se nos tache de exageración. Nos bastaría, en tal caso, referirnos a las obras de los materialistas eminentes, y citar sus propias conclusiones.

He aquí, por ejemplo, lo que escribe entre tantos otros Jules Soury¹:

En este universo donde no hay más que tinieblas y silencio, tan sólo el hombre vela y padece. Empieza a comprender la vanidad de todo cuanto ha creído, de todo cuanto ha amado, la nada de la belleza, la ironía de la ciencia.

Si algo vano e inútil hay en el mundo, es el nacimiento, la existencia y la muerte de los innumerables seres que vegetan en la superficie de nuestro ínfimo planeta. Esta existencia que tiene por condición la lucha encarnizada de todos contra todos, la violencia o la astucia, parecerá a todos los seres conscientes un sueño siniestro, una alucinación dolorosa, en cuya comparación la nada sería un bien.

Pero si somos los hijos de la naturaleza, si ella nos ha creado y nos ha dado el ser, somos nosotros, a nuestra vez, quienes la hemos dotado de todas las cualidades ideales que la ornamentan a nuestros ojos, quienes hemos tejido el velo luminoso bajo el cual se nos aparece. La eterna ilusión que encanta o que atormenta el corazón del hombre es, por tanto, su obra.

En este Universo, donde todo es tinieblas y silencio, sólo él vela y sufre sobre este planeta, pues sólo él, tal vez con sus hermanos inferiores, medita y piensa. Apenas si comienza a comprender la vanidad de todo en lo cual ha creído, de todo lo que ha amado; la nada de la belleza, la mentira de la bondad, la ironía de toda ciencia humana. Después de haberse adorado ingenuamente en sus dioses y en sus héroes, cuando ya no tiene

¹ Philosophie naturelle, p. 210.

fe ni esperanza, he aquí que siente que la naturaleza misma se desvanece, que no era, como todo lo demás, sino apariencia y superchería".

Una escritora materialista, poetisa de gran talento, Mme. Ackermann, no vacila en expresarse así:

No diré a la humanidad: ¡Progresar! Le diré: ¡Muere! pues ningún progreso te arrancará jamás a las miserias de la condición terrestre.

Y tales ideas no pertenecen exclusivamente a algunos escritores. Gracias a una literatura que deshonra el hermoso nombre de naturalismo, han penetrado en forma de novelas y folletines sin cuento, hasta en los centros más humildes.

Con la opinión de que la nada es preferible a la vida, ¿cabe admirarse de que el hombre cobre odio a la existencia y al trabajo? ¿Podremos negarnos a comprender por qué el desaliento y la desmoralización se infiltran poco a poco en los Espíritus? ¡No, no son tales doctrinas las que han de inspirar a los pueblos la grandeza de alma, la firmeza en los tiempos malos, el valor en la adversidad!

Una sociedad sin esperanza, sin fe en el porvenir, es como un hombre perdido en el desierto, como una hoja seca que rueda al capricho de los vientos. Bueno es combatir la ignorancia y la superstición, mas es preciso sustituirlas con creencias racionales. Para marchar con paso firme en la senda de la vida, para preservarse de los desfallecimientos y de las caídas, se necesita una convicción robusta, una fe que nos eleve por encima del mundo material; es menester ver el fin y esforzarnos por alcanzarle. El arma más segura en el combate terrestre, es una conciencia recta e ilustrada.

Pero si la idea de la nada nos domina, si creemos que la vida no tiene continuación, y que todo termina con la muerte, entonces, para ser lógicos, el cuidado de la existencia material y el propio interés deben dominar todos los demás sentimientos. ¿Qué nos importará un porvenir que no habremos de conocer? ¿A título de qué vendrán a hablarnos de progreso, de reformas, de sacrificios? Si no hay para nosotros más que una existencia efímera, sólo nos resta aprovecharnos de la hora presente, disfrutar de sus alegrías, y apartar todos los padecimientos y todos los deberes. Tales son los razonamientos a que conducen forzosamente las teorías materialistas, razonamientos que a cada instante oímos formular y vemos practicar en torno nuestro.

¿Cuántos estragos no han de producir semejantes doctrinas en medio de una rica civilización, ya muy desarrollada en el sentido del lujo y de los goces físicos?

Sin embargo, no todo ideal está muerto. El alma humana tiene aún a veces el sentimiento de su miseria, de la insuficiencia de la vida presente, y de la necesidad del más allá. En la mente del pueblo subsiste una especie de intuición. Engañado por espacio de siglos, el pueblo se ha hecho incrédulo respecto a todos los dogmas, pero no es escéptico. Aunque con vaguedad y confusión, cree, aspira a la Justicia. Y el culto del recuerdo, las manifestaciones conmovedoras del 2 de noviembre, que llevan a las multitudes hacia las tumbas de los muertos queridos, denotan también un instinto confuso de la inmortalidad.

No, el pueblo no es ateo, puesto que cree en la justicia inmanente como cree en la libertad, pues la justicia y la libertad existen en virtud

de las leyes eternas y divinas. Este sentimiento, el más grande, el más bello que pueda hallarse en el fondo del alma, este sentimiento nos salvará. Para ello, bastará hacer comprender a todos que la noción de la justicia que llevamos grabada en nuestro interior, es la ley misma del Universo, que rige todos los seres y todos los mundos, y que, por ella, el bien debe triunfar finalmente del mal y la vida salir de la muerte.

Al mismo tiempo que aspira a la justicia, el pueblo busca su realización. La busca, en el terreno político como en el terreno económico, en el principio de asociación. El poder popular ha empezado por tender sobre el mundo una vasta red de asociaciones obreras, un agrupamiento socialista que abraza todas las naciones, y, bajo una sola bandera, hace oír en todas partes los mismos llamamientos, las mismas reivindicaciones. Hay en esto, sin ninguna duda, al mismo tiempo que un espectáculo lleno de enseñanzas para el pensador, una obra que entraña grandes consecuencias para el porvenir.

Inspirada por las teorías materialistas y ateas, llegaría a ser un instrumento de ruina, pues su acción daría por resultado tempestades violentas, revoluciones dolorosas. Contenida en los límites de la prudencia y de la moderación, puede mucho en favor de la humanidad. Venga un rayo de arriba a iluminar a estas atareadas muchedumbres, venga un ideal elevado a reanimar estas masas ávidas de progreso, y gracias a este movimiento, se verá a todas las antiguas patrias, a todas las viejas formas sociales disolverse y confundirse en un mundo nuevo, fundado en el derecho de todos, en la solidaridad y en la justicia.

La hora presente es una hora de crisis y de renovación. El mundo está fermentando, la corrupción crece, la sombra se extiende, el peligro es grande. Pero detrás de la sombra vemos la luz, detrás del peligro vemos la salvación. Una sociedad no puede perecer. Si lleva en su seno elementos de descomposición, contiene también los gérmenes que la han de transformar y redimir. La descomposición anuncia la muerte, pero en cambio, precede al renacimiento. Puede ser el prelude de otra vida.

¿De dónde vendrán la salvación, la luz, la rehabilitación? No de la Iglesia. La Iglesia es impotente para regenerar el espíritu humano.

Tampoco de la ciencia. No se ocupa ni de los caracteres ni de las conciencias, sino tan sólo de lo que afecta a los sentidos. Y nada de lo que constituye la vida moral, los grandes corazones y las sociedades fuertes: la abnegación, la virtud, el amor al bien, nada de eso puede ser percibido por los sentidos.

Para levantar el nivel moral, para detener la doble corriente de la superstición y del escepticismo que conducen igualmente a la esterilidad, lo que hace falta es una concepción nueva del mundo y de la vida que, apoyándose en el estudio de la naturaleza y de la conciencia, en la observación de los hechos y en los principios de la razón, fije el objeto de la existencia y ordene nuestra marcha progresiva. Lo que se necesita es una enseñanza de donde se desprenda un móvil de perfeccionamiento, una sanción moral y una certidumbre para el porvenir.

Pues bien, esta concepción, esta enseñanza existen ya y se vulgarizan todos los días. En medio de las disputas y de las divagaciones de las escuelas, una voz se ha dejado oír, la voz solemne

de los Muertos. Del otro lado de la tumba han revelado estar más vivos que nunca, y ante sus instrucciones el velo que nos ocultaba la vida futura se ha rasgado.

La enseñanza que nos dan reconciliará a todos los sistemas enemigos, y de los escombros, de las cenizas del pasado, hará brotar una llama nueva. En la filosofía de los Espíritus volvemos a encontrar la doctrina oculta que abraza todas las edades, haciéndola revivir bajo formas más grandes y más puras. Reúne sus restos esparcidos y los amasa con un fortísimo cemento para reconstituir un monumento grandioso capaz de cobijar a todos los pueblos y a todas las civilizaciones. Para asegurar su duración, lo asienta sobre la roca de la experiencia directa del hecho constantemente renovado. Y, gracias a ella, vemos desenvolverse a los ojos de todos, en la espiral infinita de los tiempos, el drama inmenso de la vida, de la vida inmortal, con las existencias innumerables y los progresos incesantes que reserva a cada uno de nosotros en la escala colosal de los mundos.

Semejante doctrina puede transformar pueblos y sociedades llevando la luz do quiera haya tinieblas, derritiendo con su calor todo el hielo y egoísmo acumulado en las almas y revelando a todos los hombres las leyes sublimes que los unen con los lazos de una estrecha, de una eterna solidaridad. Hará la conciliación por medio de la paz y la armonía. Por ella aprenderemos a obrar con el mismo espíritu y el mismo corazón. Y la humanidad, consciente de su fuerza, avanzará con paso más firme hacia sus magníficos destinos.

Expondremos los principios esenciales de esta enseñanza en la segunda parte de esta obra, después de lo cual indicaremos las

DESPUÉS DE LA MUERTE

pruebas experimentales y los hechos de observación que les sirven de base.

SEGUNDA PARTE

LOS GRANDES PROBLEMAS

9

EL UNIVERSO Y DIOS

Por encima de los problemas de la vida y del destino, se levanta la cuestión de Dios.

Si estudiamos las leyes de la naturaleza, si buscamos el principio de las verdades morales que la conciencia nos revela, si perseguimos la belleza ideal en la que todas las artes se inspiran, en todas partes y siempre, por encima y en el fondo de todo, encontramos la idea de un Ser superior, de un Ser necesario y perfecto, fuente eterna del bien, de lo bello y de lo verdadero, en quien se identifican la ley, la justicia y la suprema razón.

Tanto el mundo físico como el moral están gobernados por leyes, y estas leyes, establecidas según un plan, denotan una inteligencia profunda de las cosas que rigen. No proceden de una causa ciega. El

caos y la casualidad no podrían producir el orden y la armonía. Tampoco emanan de los hombres. Seres pasajeros, limitados en el tiempo y en el espacio, no podrían crear leyes permanentes y universales. Para explicarlas lógicamente, es menester remontarse hasta el Ser generador de todas las cosas. No es posible concebir la inteligencia sin personificarla en un ser, pero este ser no forma parte de la cadena de los seres. Es el Padre de todos, la fuente misma de la vida.

Esta personalidad no debe entenderse en el sentido de un ser que tiene forma, sino más bien como el conjunto de las facultades constituyendo un todo consciente. La personalidad, en la más elevada acepción de esta palabra, es la conciencia, y en este sentido Dios es una persona, o más bien la personalidad absoluta y no un ser con límites y forma. Dios es infinito, y no puede ser individualizado, esto es, separado del mundo, ni tampoco subsistir aparte.

En cuanto a desentenderse del estudio de la causa primera como inútil e incognoscible, según expresión de los positivistas, nos preguntamos si es realmente posible que un Espíritu serio se complazca en la ignorancia de las leyes que rigen las condiciones de su existencia. La investigación de Dios se impone. No es más que el estudio de la gran Alma, del principio de vida que anima al Universo y se refleja en cada uno de nosotros. Todo es secundario comparado con el principio de las cosas. La idea de Dios es inseparable de la idea de Ley y sobre todo de ley moral, y ninguna sociedad humana puede vivir ni desenvolverse sin el conocimiento de la ley moral. La creencia en un ideal superior de justicia fortifica la conciencia y sostiene al hombre en sus pruebas. Es el consuelo, la esperanza de los que padecen, el supremo refugio de los afligidos y de los

abandonados. Como una aurora, ilumina con sus suaves claridades el alma de los desgraciados.

Sin duda, es imposible demostrar la existencia de Dios con pruebas directas y sensibles. Dios no puede ser percibido por los sentidos. La divinidad se ha ocultado bajo un velo misterioso, quizás para obligarnos a buscarla, lo cual es ciertamente el ejercicio más noble y más fecundo de nuestra facultad de pensar, y también para dejarnos el mérito de descubrirla. Pero hay en nosotros una fuerza, un instinto seguro que nos lleva hacia ella y nos afirma su existencia con más autoridad que todas las demostraciones y todos los análisis.

En todos los tiempos, bajo todos los climas —y ésta ha sido la razón de ser de todas las religiones— el espíritu humano ha sentido esta necesidad innata en él, necesidad que siente el mundo entero, de elevarse por encima de todas las cosas móviles y perecederas que constituyen la vida material, y por encima de todas las cosas flotantes y transitorias que no pueden darle satisfacción completa, para adherirse a lo que es fijo, permanente e inmutable en el Universo, a algo absoluto y perfecto, en quien identifica todas las potencias intelectuales y morales, y que sea su punto de apoyo en su marcha hacia adelante. Todo esto lo ha encontrado en Dios, y nada fuera de Él puede proporcionarnos esta seguridad, esta certeza, esta confianza en el porvenir, sin las cuales estamos a merced de todos los vientos de la duda y de la pasión.

Se nos objetará quizás el funesto uso que las religiones han hecho de la idea de Dios. Mas ¿qué importan las formas extravagantes que los hombres han prestado a la divinidad? Esas formas poéticas, graciosas o terribles, creadas por la débil razón en la infancia de las

sociedades, y apropiadas a las inteligencias que las concibieron, no son ya para nosotros más que formas quiméricas. El pensamiento humano, más maduro ya, se aparta de estas formas anticuadas; ha olvidado esos fantasmas y los abusos cometidos en su nombre para lanzarse con potente arranque hacia la razón eterna, hacia Dios, Alma del Mundo, centro universal de vida y de amor, en quien nos sentimos vivir como el ave vive en el aire, como el pez vive en el océano, y por el cual nos sentimos unidos a todo cuanto es, ha sido y será.

La idea que las religiones se han formado de Dios se apoyaba en una revelación supuesta, sobrenatural.

Aun hoy día admitimos una revelación de las leyes superiores, pero ésta es racional y progresiva; entra en nuestro pensamiento por la lógica de las cosas y por el espectáculo del mundo. Esta revelación está escrita en dos libros sin cesar abiertos ante nuestros ojos: el libro del Universo, donde las obras divinas aparecen en caracteres grandiosos, y el libro de la Conciencia, en el cual están grabados los preceptos de la moral. Las indicaciones de los Espíritus, recogidas en todos los puntos del globo por medio de procedimientos sencillos y naturales, no han hecho más que confirmarla. Gracias a esta doble enseñanza, la razón humana comprende y goza de las armonías y de las bellezas de la naturaleza universal en cuyo seno se une con la razón divina.

A la hora en que el silencio y la noche se extienden sobre la Tierra, cuando todo reposa en las moradas humanas, si levantamos nuestras miradas hacia el infinito de los cielos, lo veremos tachonado de innumerables luces. Astros radiantes, soles deslumbradores,

rodeados de sus séquitos de planetas, evolucionan por millones en las profundidades. Grupos estelares se despliegan como bandas luminosas hasta en las más apartadas regiones. En vano sondea los cielos el telescopio, en ninguna parte encuentra límites al Universo. En todas partes los mundos suceden a los mundos y los soles a los soles, en todas partes las legiones de astros se multiplican hasta el punto de confundirse como brillante polvo en los abismos sin fondo del espacio.

¿Qué palabra humana podría describiros, maravillosos diamantes del celeste estuche? Sirio, veinte veces más grande que nuestro sol, el cual es mayor que un millón de globos terrestres reunidos. ¡Aldebarán, Vega, Proción, soles de color de rosa, azules, púrpura, astros de ópalo y de zafiro, que derramáis por la extensión vuestros rayos multicolores, rayos que, a pesar de una velocidad de setenta mil leguas por segundo, no nos llegan sino después de centenares y millares de años! ¡Y vosotras, nebulosas lejanas que dais a luz nuevos soles, universos en formación, trémulas estrellas apenas perceptibles, que sois focos gigantescos de calor, de luz, de electricidad y de vida, mundos centelleantes, esferas inmensas, y vosotros, pueblos innumerables, razas, humanidades siderales que los habitáis: nuestra débil voz intenta en vano proclamar vuestra majestad y vuestro esplendor; impotente, enmudece, mientras que nuestros ojos deslumbrados contemplan el desfile de los astros!

Y cuando la mirada abandona los vertiginosos espacios para observar los mundos vecinos de la Tierra, las esferas, hijas del Sol, que gravitan como nosotros alrededor del centro común, ¿qué observa en su superficie? Continentes y mares, montes y llanuras, espesas nubes arrebatadas por los vientos, nieves y bancos de hielo

acumulados en torno de los polos. Sabemos que estos mundos poseen aire, agua, calor, luz, estaciones, climas, días, noches, y en una palabra, todas las condiciones de la vida terrestre, lo cual nos permite ver en ellos la morada de otras familias humanas, y creer, con la ciencia, que están habitados, lo han estado, o lo estarán algún día. Todo eso, astros flamígeros, jefes de sistemas, planetas secundarios, satélites, cometas errantes, todo eso suspendido en el vacío, se agita, se aleja, vuelve a aproximarse, recorre órbitas determinadas, arrebatado por velocidades espantosas a través de las regiones sin fin de la inmensidad. El movimiento, la actividad, la vida, se manifiestan en todas partes en el espectáculo del Universo poblado de mundos innumerables rodando sin cesar en la profundidad de los cielos.

Una ley rige esta circulación formidable, la ley universal de gravitación. Ella sola sostiene y hace mover los cuerpos celestes. Ella sola dirige alrededor de los soles luminosos los obedientes planetas. Y en la naturaleza, desde el átomo hasta el astro, todo lo gobierna esta ley. La misma fuerza que, con el nombre de atracción, contiene a los mundos en sus órbitas, con el de cohesión agrupa las moléculas, y preside a la formación de los cuerpos químicos.

Si después de esta rápida ojeada a los cielos, comparásemos la Tierra que habitamos a los poderosos soles que se balancean en el éter, nos parecería apenas junto a ellos como un grano de arena, como un átomo flotando en el infinito. La Tierra es uno de los astros más diminutos del cielo. Y sin embargo, ¡cuánta armonía en su forma, cuánta variedad en su adorno! Ved sus continentes recortados, sus perfiladas penínsulas y las guirnaldas de islas que las rodean. Contemplad sus mares imponentes, sus lagos, sus bosques y sus vegetales, desde el cedro que corona la cumbre de los montes,

hasta la humilde flor medio oculta entre la hierba, enumerad los seres vivos que la pueblan, pájaros, insectos y plantas, y reconoceréis que cada una de estas cosas es una obra admirable, una maravilla de arte y de precisión.

Y el cuerpo humano ¿no es un laboratorio viviente, un instrumento cuyo mecanismo raya en la perfección? Estudiemos en él la circulación de la sangre, ese conjunto de válvulas semejantes a las de una máquina de vapor. Examinemos la estructura del ojo, aparato tan complicado que sobrepuja todo cuanto la industria del hombre puede soñar; la construcción de la oreja, tan admirablemente dispuesta para recoger las ondas sonoras; el cerebro cuyas circunvoluciones internas le hacen asemejarse a una flor recién abierta. Consideremos todo esto, y dejando luego el mundo visible, descendamos más abajo en la escala de los seres, penetremos en esos abismos de vida que nos revela el microscopio; observemos ese hormigueo de especies y de razas que confunden al pensamiento. Cada gota de agua, cada grano de polvo es un mundo en el cual los infinitamente pequeños son gobernados por leyes tan precisas como los gigantes del espacio. Todo está lleno de seres, de embriones, de gérmenes. Millones de infusorios se agitan en las gotas de nuestra sangre, en las células de los cuerpos organizados. El ala de una mosca, el menor átomo de materia, están poblados de legiones de parásitos. Y todos estos animálculos están provistos de aparatos de movimiento, de sistemas nerviosos, de órganos de sensibilidad que hacen de ellos seres completos, armados para la lucha y las necesidades de la existencia. Hasta en el seno del océano, a profundidades de ocho mil metros, viven seres frágiles, delicados, fosforescentes, que fabrican luz y tienen ojos para verla.

Así pues, en todos los medios imaginables, una fecundidad sin límites reina en la formación de los seres. La naturaleza está produciendo perpetuamente. Lo mismo que la espiga está en germen en el grano, la encina en la bellota, y la rosa en su capullo, así en la profundidad de los cielos estrellados se elaboran los génesis de los mundos. En todas partes la vida engendra la vida. De eslabón en eslabón, de especies en especies, en un continuo encadenamiento, se eleva desde los organismos más sencillos y rudimentarios, hasta el ser pensante y consciente; en una palabra, hasta el hombre.

Una poderosa unidad rige el mundo. Una sola sustancia, el éter o fluido universal, constituye en sus transformaciones infinitas la innumerable variedad de los cuerpos. Este elemento vibra bajo la acción de las fuerzas cósmicas. Según la velocidad y el número de estas vibraciones, produce calor, luz, electricidad o fluido magnético. Cuando se condensan estas vibraciones, los cuerpos aparecen.

Y todas estas formas se enlazan, todas estas fuerzas se equilibran, se unen por perpetuos cambios, en una estrecha solidaridad. Del mineral a la planta, de la planta al animal y al hombre, del hombre a los seres superiores, el afinamiento de la materia, la ascensión de la fuerza y del pensamiento se producen con un ritmo armónico. Una ley soberana regula por un plan uniforme las manifestaciones de la vida, mientras que un lazo invisible une todos los universos y todas las almas.

Del trabajo de los seres y de las cosas, emana una aspiración, la aspiración hacia lo infinito, hacia lo perfecto. Todos los efectos, divergentes en apariencia, convergen en realidad hacia un mismo centro, todos los fines se coordinan, forman un conjunto,

evolucionan hacia un mismo fin. Y este fin es Dios, Dios, centro de toda actividad, término de todo pensamiento y de todo amor.

El estudio de la naturaleza nos muestra en todas partes la acción de una voluntad oculta. En todas partes la materia obedece a una fuerza que la domina, la organiza y la dirige. Todas las fuerzas cósmicas se reducen al movimiento, y el movimiento es el ser, es la vida. El materialismo explica la formación del mundo por la ciega danza y la aproximación fortuita de los átomos. Pero, ¿Se ha visto nunca que arrojando al azar las letras del alfabeto se produzca un poema? y ¡qué poema el de la vida universal! ¿Se ha visto nunca que una mezcla de materiales produzca por sí sola un edificio de soberbias proporciones, ni una máquina de numerosos y complicados rodajes? Entregada a sí misma, la materia nada puede. Ciegos o inconscientes, los átomos no sabrían dirigirse hacia un fin. La armonía del mundo no se explica sino por la intervención de una voluntad. Por la acción de las fuerzas sobre la materia, por la existencia de leyes sabias y profundas, es como esta voluntad se manifiesta en el orden del Universo.

Se objeta con frecuencia que no todo es armonía en la naturaleza. Si produce maravillas, se dice, también crea monstruos. En todas partes el mal está al lado del bien. Si la lenta evolución de las cosas parece preparar la Tierra para ser el teatro de la vida, no hay que perder de vista el derroche de las existencias y la lucha ardiente de los seres. No hay que olvidar que las tempestades, los terremotos, las erupciones de volcanes asolan a veces la Tierra y destruyen en algunos instantes los trabajos de muchas generaciones.

Sí, no cabe duda, hay anomalías y accidentes en la obra de la naturaleza, mas estos accidentes no excluyen la idea de orden y de finalidad; sino que, al contrario, vienen en apoyo de nuestra tesis, pues podríamos preguntarnos por qué no todo es accidente. El accidente no es más que una excepción, y la excepción confirma la regla.

La apropiación de las causas a los efectos, de los medios al fin, la apropiación de los órganos entre sí, y su adaptación a los centros y a las condiciones de la vida son manifiestas. La industria de la naturaleza, análoga sobre muchos puntos y superior a la del hombre, prueba la existencia de un plan, y el trabajo de los elementos que concurren a su realización denota una causa oculta, infinitamente sabia y poderosa.

En cuanto a la objeción de los monstruos, proviene de una falta de observación. Los monstruos no son más que gérmenes desviados. Si un hombre, al caer, se rompe una pierna, ¿haremos responsables a la naturaleza y a Dios? Del mismo modo, a consecuencia de accidentes o de desórdenes sobrevenidos durante la gestación pueden los gérmenes sufrir desviaciones en el seno materno. Estamos acostumbrados a datar la vida desde el nacimiento, desde la aparición del ser a la luz, pero la vida tiene su punto de partida mucho más lejos.

El argumento sugerido por la existencia de las plagas, tiene por origen una falsa interpretación del objeto de la vida. Esta no debe proporcionarnos únicamente ventajas; es útil, es necesario que nos presente también dificultades y obstáculos. Todos hemos nacido para morir, y ¡nos asombramos de que ciertos hombres mueran por

accidente! Seres pasajeros en este mundo, del cual nada nos llevamos más allá, nos lamentamos de la pérdida de bienes materiales, de bienes que se habrían perdido por sí solos en virtud de las leyes naturales. Esos acontecimientos espantosos, esas catástrofes, esas calamidades, llevan en sí una enseñanza. Nos recuerdan que no debemos esperar de la naturaleza tan sólo cosas agradables, sino, sobre todo, cosas propicias a nuestra educación y a nuestro adelantamiento; que no estamos en este mundo para gozar y dormirnos en la quietud, sino para luchar, trabajar y combatir. Nos dicen que el hombre no está hecho únicamente para la Tierra, que debe mirar más arriba, no aficionarse más que en un justo término a las cosas materiales y pensar en que la muerte no puede destruir un ser.

La doctrina de la evolución no excluye la de las causas primeras y de las causas finales. La más elevada idea que podamos formarnos de un ordenador, es suponerle formando un mundo capaz de desarrollarse por sus propias fuerzas y no por medio de una intervención incesante y de continuos milagros.

La ciencia, a medida que adelanta en el conocimiento de la naturaleza, ha podido hacer retroceder a Dios, pero, al retroceder, Dios ha crecido. El Ser eterno, bajo el punto de vista teórico de la evolución, es incomparablemente más majestuoso que el Dios fantástico de la Biblia. Respecto a la noción de un Dios antropomórfico, hecho a imagen del hombre y exterior al mundo físico, la ciencia la ha destruido para siempre. Pero otra más elevada ha venido a sustituirla, la de un Dios inmanente, siempre presente en el seno de las cosas. La idea de Dios no expresa ya hoy día para

nosotros la de un ser cualquiera, sino la idea del Ser en el que se contienen todos los seres.

El Universo no es esa la creación¹, la obra sacada de la nada de la que hablan las religiones. El Universo es un organismo inmenso animado de eterna vida. Así como nuestro cuerpo está dirigido por una voluntad central que dispone sus actos y regula sus movimientos, así como cada uno de nosotros, a través de las modificaciones de su carne, se siente vivir en una unidad permanente a la que llamamos el alma, la conciencia, el yo, así el Universo, con sus formas múltiples, variadas y cambiantes, se conoce, se refleja y se posee en una Unidad viva, en una razón consciente que es Dios.

El Ser supremo no existe fuera del mundo; es parte de él, integrante y esencial. Es la Unidad central donde van a confundirse y a armonizarse todas las relaciones. Es el principio de solidaridad y de amor por el cual todos los seres son hermanos. Es el foco de donde radian y se esparcen por el infinito todas las potencias morales: la sabiduría, la justicia y la bondad.

No hay, pues, creación espontánea ni milagrosa, la creación es continua, sin principio ni fin. El Universo ha existido siempre. Posee en sí su principio de fuerza y de movimiento. Contiene en sí mismo su objeto. El mundo se renueva incesantemente en sus partes; en su conjunto es eterno. Todo se transforma, todo evoluciona por la

¹ Según Eug. Nus (*En busca de los destinos*, capítulo XI), el verbo hebreo que sustituimos con la palabra *crea* significa *hacer pasar del principio a la esencia*.

continua alternativa de la vida y de la muerte, pero nada perece. Mientras que en una parte de los cielos los soles se oscurecen y se apagan, y mundos caducos se desagregan y se desvanecen, nuevos sistemas se elaboran en otros puntos, se encienden otros astros y nuevos mundos nacen a la luz. Al lado de la decrepitud y de la muerte, nuevas humanidades florecen en un rejuvenecimiento perpetuo.

Y la obra grandiosa se prosigue a través de los tiempos sin fin y de los espacios sin límites, por medio del trabajo de todos los seres, solidarios los unos de los otros y en beneficio de cada uno de ellos. El Universo nos ofrece el espectáculo de una evolución incesante, a la cual todos concurren y todos participan.

Un principio inmutable preside esta obra gigantesca. Es la unidad universal, la unidad divina, que abraza, une y dirige todas las individualidades, todas las actividades particulares, haciéndolas converger hacia un fin común que es la perfección en la plenitud de la existencia¹.

Al mismo tiempo que las leyes del mundo físico nos demuestran la acción de un sublime ordenador, las leyes morales, por el intermediario de la conciencia y de la razón, nos hablan elocuentemente de un principio de justicia, de una providencia universal.

¹ Es *uno*, procreado por sí mismo, y de este *uno* han salido todas las cosas; y está en ellas, las envuelve, y ningún mortal le ha visto, aunque él mismo los ve a todos. (*Himnos órficos*).

El espectáculo de la naturaleza, la vista de los cielos, de las montañas, del mar, presentan a nuestra mente la idea de un Dios oculto en el Universo.

La conciencia lo muestra en nosotros, o por mejor decir, muestra en nosotros algo de Él, y este algo, es el sentimiento del deber y del bien; es un ideal moral hacia el cual tienden las facultades del espíritu y los sentimientos del corazón. El deber manda imperiosamente; se impone, su voz dicta órdenes a todas las potencias del alma. Hay en él una fuerza que empuja a los hombres hasta al sacrificio, hasta a la muerte. Sólo él da a la existencia grandeza y dignidad. La voz de la conciencia es la manifestación en nosotros de un poder superior a la materia, de una realidad viviente y activa.

La razón nos habla igualmente de Dios. Los sentidos nos hacen conocer el mundo material, el mundo de los efectos, la razón nos revela el mundo de las causas. La razón es superior a la experiencia. Ésta afirma los hechos, la razón los agrupa y deduce sus leyes. Ella sola nos demuestra que en el origen del movimiento y de la vida está la inteligencia. Que lo menos no puede contener lo más, ni lo inconsciente producir lo consciente, como sería el resultado de la concepción de un Universo ignorándose a sí mismo. La razón ha descubierto las leyes universales antes que la experiencia; ésta no ha hecho más que confirmar lo que ella había adivinado y suministrar la prueba. Pero la razón tiene distintos grados por no estar esta facultad igualmente desarrollada en todos los hombres. Ésta es la causa de la desigualdad y de la variedad de sus opiniones.

Si el hombre supiese recogerse y estudiarse a sí mismo, si apartase de su alma toda la sombra que en ella acumulan las pasiones, si

desgarrando el espeso velo con que la han envuelto las preocupaciones, la ignorancia y los sofismas, descendiese al fondo de su conciencia y de su razón, encontraría en ellos el principio de una vida, interior completamente opuesta a la vida exterior. Por ella, podría entrar en relación con la naturaleza entera, con el universo y con Dios, y esta vida le proporcionaría como un goce anticipado de la que le reservan el porvenir de ultratumba y los mundos superiores. También está allí el depósito misterioso donde todos sus actos, buenos o malos, se inscriben, donde todos los hechos de su vida se graban en caracteres indelebles para reaparecer con deslumbradora claridad a la hora de la muerte.

A veces una voz poderosa, un canto grave y severo se eleva de esas profundidades del ser y resuena en medio de las ocupaciones frívolas y de las penas de la vida para recordarnos nuestros deberes. ¡Desgraciado de aquel que se niega a prestarle oídos! Día llegará en que el abrasador remordimiento le enseñe que no se rechazan en vano los avisos de la conciencia.

Sí, hay en cada uno de nosotros fuentes recónditas de donde pueden brotar raudales de vida y amor, virtudes, potencias sin número. Allí, en ese santuario íntimo es donde se debe buscar a Dios. Dios está en nosotros, o cuando menos, hay en nosotros un reflejo de Él. Y es evidente que lo que no existe, no podría ser reflejado. Las almas reflejan a Dios como las gotas del rocío de la mañana reflejan los rayos del sol, cada una según su lustre y su grado de pureza.

Por esta refracción, por esta percepción interior, y no por la experiencia de los sentidos, los hombres de genio, los grandes

misioneros y los profetas han conocido a Dios y sus leyes y los han revelado a los pueblos de la Tierra.

¿Puede llevarse más allá de lo que lo hemos hecho la definición de Dios? Definir es limitar. Enfrente de este gran problema, la humana debilidad aparece. Dios se impone a nuestro espíritu, pero se sustrae a todo análisis. El Ser que llena el tiempo y el espacio, jamás será medido por seres a quienes el tiempo y el espacio, limitan. Querer definir a Dios, sería circunscribirle y casi, casi, negarle.

Las causas secundarias de la vida universal se explican, mas la causa primera permanece impenetrable en su inmensidad. No conseguiremos comprenderla sino después de haber pasado muchas veces por la muerte.

Todo cuanto podemos decir para resumirnos, es que Dios es la vida, la razón, la conciencia en su plenitud. Es la causa eternamente activa de todo cuanto existe. Es la comunión universal en que todos los seres toman vida para concurrir luego en la medida de sus facultades crecientes y de su elevación a la armonía del conjunto.

Muy lejos estamos ya del Dios de las religiones, del Dios «fuerte y celoso» que se rodea de relámpagos, exige víctimas ensangrentadas y castiga para toda la eternidad. Los dioses antropomórficos han dejado de existir. Ciertamente aún se habla de un Dios al cual se atribuyen las flaquezas y las pasiones humanas, pero ese Dios ve menguar su imperio cada día.

Hasta ahora el hombre no ha visto a Dios sino a través de su propio ser, y se ha formado de él distintas ideas según le contemplaba con una u otra de sus facultades. Considerado al través

del prisma de los sentidos, Dios es múltiple; todas las fuerzas de la naturaleza son dioses; así nació el politeísmo. Visto por la inteligencia, Dios es doble, espíritu y materia; de aquí el dualismo. Ante la razón pura, aparece triple, alma, espíritu y cuerpo. Esta concepción ha dado origen a las religiones trinitarias de la India y al cristianismo. Percibido por la voluntad, facultad maestra que resume todas las demás, penetrado por la percepción íntima, propiedad lentamente adquirida, como se adquieren todas las facultades del genio, Dios es el Único y el Absoluto. En Él, los tres principios constitutivos del Universo se unen para formar una Unidad viviente.

De este modo se explica la diversidad de las religiones y de los sistemas, tanto más elevados cuanto han sido concebidos por Espíritus más puros y más ilustrados. Cuando se consideran las cosas desde arriba, las oposiciones de ideas, las religiones y los hechos históricos se explican y se reconcilian en una síntesis superior.

La idea de Dios, bajo las diversas formas que ha revestido, evoluciona entre dos escollos en los cuales han encallado muchos sistemas. Uno es el panteísmo que da por término la absorción final de los seres en el gran Todo. El otro es la noción de infinito que aleja de tal manera a Dios del hombre, que parece suprimir toda relación entre ellos.

La noción de infinito ha sido combatida por ciertos filósofos. Aunque incomprensible no se puede, sin embargo, prescindir de ella, pues se presenta en todas las cosas. ¿Qué hay, por ejemplo, más sólido que el edificio de las ciencias exactas? El número es su base. Sin el número, no hay matemáticas. Pues bien, es imposible, aunque en ello se emplearan siglos, hallar el número que exprese los

números infinitos cuya existencia nos demuestra el pensamiento. El número es infinito y lo mismo sucede con el tiempo y el espacio. Más allá de los límites del mundo visible, el pensamiento busca otros límites que jamás puede alcanzar.

Una sola filosofía parece haber evitado este doble escollo, y conseguido unir principios opuestos en apariencia. Es la de los druidas galos. Se expresaban así en la tríada 48¹.

Tres necesidades de Dios: ser infinito en sí mismo, ser finito con relación a lo finito, y estar en relación con cada estado de las existencias en el círculo de los mundos.

De modo que, según esta enseñanza tan sencilla como racional, el Ser infinito y absoluto por sí mismo, se hace relativo y finito con sus criaturas, revelándose sin cesar bajo nuevos aspectos a medida del adelantamiento y la elevación de las almas. Dios está en relación con todos los seres. Los penetra con su espíritu y los abraza con su amor para unirlos con un lazo común y ayudarles así a realizar sus propósitos.

Su revelación o más bien, su enseñanza a las humanidades se efectúa de una manera gradual y progresiva por el ministerio de los grandes Espíritus. La intervención providencial se manifiesta en la historia por la aparición en los tiempos designados, de las almas escogidas encargadas de introducir en el seno de esas humanidades las innovaciones y descubrimientos que acelerarán sus progresos o

¹Tríadas Bárdicas.

de enseñar los principios de orden moral necesarios para la regeneración de las sociedades

En cuanto a la absorción final de los seres en Dios, el druidismo se apartaba de esta creencia, haciendo de *ceugant*, círculo superior que abarcaba todos los demás círculos, la morada exclusiva del Ser divino. La evolución y el progreso de las almas, prosiguiéndose en el seno del infinito, no podían tener término.

Volvamos al problema del mal, que ha preocupado a tantos pensadores y del cual sólo incidentalmente hemos hablado.

¿Por qué Dios, causa primera de todo cuanto existe, preguntan los escépticos, deja subsistir el mal en el universo?

Hemos visto que el mal físico o lo que se considera como tal, no es en realidad más que un orden de fenómenos naturales. Su carácter maléfico se ha explicado tan luego se ha conocido la verdadera razón de las cosas. No es más extraordinaria la erupción de un volcán que la ebullición de un vaso lleno de agua. El rayo que derriba los edificios y los árboles es de la misma sustancia que la chispa eléctrica, vehículo de nuestro pensamiento. Lo mismo sucede con todos los fenómenos violentos. Queda el dolor físico. Pero ya sabemos que es la consecuencia de la sensibilidad, y ésta una magnífica conquista que el ser no ha realizado sino después de largos periodos pasados en las formas inferiores de la vida. El dolor es un aviso necesario, un estimulante para la actividad del hombre. Él nos obliga a reconcentrarnos y a reflexionar. Él nos ayuda a vencer nuestras pasiones. El dolor es el camino del perfeccionamiento.

Pero, y el mal moral, se nos dirá, el vicio, el crimen, la ignorancia, el triunfo del malo y el infortunio de los justos, ¿cómo pueden explicarse?

En primer lugar, ¿desde qué punto de vista se juzgan estas cosas? Si el hombre no ve más que el rincón del mundo que habita, si no considera más que su breve pasaje sobre la Tierra, ¿cómo podrá conocer el orden eterno y universal? Para pesar el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, es menester elevarse por encima de los límites estrechos de la vida actual y considerar el conjunto de nuestros destinos. Entonces el mal aparece tal como es, es decir, como un estado transitorio inherente a nuestro mundo, como una de las fases inferiores de la evolución de los seres hacia el Bien. No es en nuestro mundo ni en nuestro tiempo donde debe buscarse el ideal perfecto, sino en la inmensidad de los mundos y en la eternidad de los tiempos.

Y, sin embargo, si se observa el continuo perfeccionamiento de las condiciones vitales del planeta, la lenta evolución de las especies y de las razas en el transcurso de las edades. Si se considera el hombre prehistórico, el antropoide de las cavernas, de feroces instintos, y las condiciones de su miserable vida, y se compara enseguida este punto de partida con los resultados obtenidos por la civilización actual, se verá claramente la tendencia constante de los seres y de las cosas hacia un ideal de perfección. La evidencia misma al demostrarnos que la vida mejora siempre, se transforma y se enriquece, que la cantidad del bien aumenta sin cesar y que la cantidad de los males disminuye, nos obliga a reconocer el encaminamiento gradual de las humanidades hacia lo mejor.

Si se observan tiempos de parada y a veces hasta retrocesos en este gran movimiento, no hay que olvidar que el hombre es libre, que puede determinarse a su voluntad en un sentido o en otro, y que su perfeccionamiento no es posible sino cuando su voluntad concuerda con la ley.

El mal, oposición a la ley divina, no puede ser obra de Dios; luego es obra del hombre, es la consecuencia de su libertad. Pero el mal, como la sombra, no tiene existencia real; es más bien un efecto de contraste. Ante la luz se disipan las tinieblas; tan pronto aparece el bien el mal se desvanece. En una palabra, el mal no es más que la falta del bien.

A veces pensamos que Dios hubiera podido crear las almas perfectas y ahorrarles así las vicisitudes y los males de la vida terrestre. Sin cuidarnos de saber si Dios hubiera podido formar seres semejantes a él, responderemos que, de haber sido así, la vida y el trabajo universales, la variedad, el trabajo, el progreso, no hubieran tenido objeto, y el mundo hubiera permanecido estancado en su inmóvil perfección. ¿Acaso la magnífica evolución de los seres, el florecimiento de las almas y de los mundos, elevándose hacia lo Absoluto, no es preferible a un monótono y eterno reposo? Una felicidad que no se ha merecido ni conquistado, ¿será verdaderamente una felicidad, y el que la obtuviese sin esfuerzo, podría tan siquiera apreciar su valor?

Ante la vasta perspectiva de nuestras existencias, cada una de las cuales es un combate en favor de la luz ante esa ascensión prodigiosa, elevándose de círculos en círculos hacia lo perfecto, el problema del mal desaparece.

Salir de las bajas regiones de la materia y pasar por todos los grados de la inmensa jerarquía de los Espíritus, librarse del yugo de las pasiones y conquistar una por una todas las virtudes, todas las ciencias, tal es el fin para el cual la Providencia ha formado las almas y para el cual ha dispuesto los mundos, teatros predestinados de sus luchas y de sus trabajos.

¡Creamos en ella y bendigámosla! Creamos en esa providencia generosa que lo ha hecho todo para nuestro bien: acordémonos de que si al parecer existen lagunas en su obra, no provienen más que de nuestra ignorancia y de nuestra insuficiente razón. Creamos en Dios, gran espíritu de la Naturaleza, que preside al triunfo definitivo de la justicia en el Universo. Tengamos confianza en su sabiduría, que reserva compensaciones a todas las penas, alegrías a todos los dolores, y avancemos con ánimo firme hacia los destinos que nos ha deparado.

Es bello, es dulce y consolador poder adelantar en la vida con los ojos fijos en el cielo, sabiendo que aun en las borrascas, en medio de las más crueles pruebas, en el fondo de los calabozos como en el borde de los abismos, una Providencia, una ley divina vela por nosotros y rige nuestros actos, que de nuestras luchas, nuestras torturas y nuestras lágrimas hace brotar nuestra propia gloria y nuestra felicidad. ¡En este pensamiento es donde se encierra toda la fuerza del hombre de bien!

10

EL ALMA INMORTAL

El estudio del Universo nos lleva al estudio del alma, a la indagación del principio que nos anima y dirige nuestros actos.

Lo hemos dicho ya, la inteligencia no puede proceder de la materia. La fisiología nos enseña que las diferentes partes del cuerpo humano se renuevan en un espacio de tiempo que no excede de treinta días. Por la acción de dos grandes corrientes vitales, un perpetuo cambio de moléculas se produce en nosotros. Las que desaparecen del organismo son reemplazadas una por una por otras que provienen de la alimentación. Desde las sustancias blandas del cerebro, hasta las partes más duras de la armazón ósea, todo, en nuestro ser físico, está sometido a continuos cambios. Nuestro cuerpo se disuelve y se reforma multitud de veces durante la vida. Sin embargo, a pesar de estas transformaciones constantes, y en medio de las modificaciones del cuerpo material, permanecemos siempre la misma persona. La materia de nuestro cerebro puede renovarse, pero nuestro pensamiento es siempre idéntico a sí mismo, y, con él, subsiste nuestra memoria y el recuerdo de un pasado del que nuestro

cuerpo actual no ha participado. Hay pues en nosotros un principio distinto de la materia, una fuerza indivisible que persiste y se mantiene en medio de sus perpetuos cambios.

Sabemos que la materia no puede organizarse por sí misma y producir la vida. Desprovista de unidad se desagrega y se divide hasta lo infinito. En nosotros, por lo contrario, todas las facultades, todas las potencias intelectuales y morales se agrupan en una unidad central que las abarca, las une, las ilumina, y esa unidad, es la conciencia, la personalidad, el yo, el alma, en una palabra.

El alma es el principio de la vida, la causa de la sensación; es la fuerza invisible, indisoluble que rige nuestro organismo y mantiene la armonía entre todas las partes de nuestro ser¹. Las facultades del alma nada tienen de común con la materia. La inteligencia, la razón, el juicio, la voluntad, no pueden ser confundidos con la sangre de nuestras venas y la carne de nuestros músculos. Lo mismo sucede con la conciencia, ese privilegio que tenemos de pesar nuestros actos, de discernir el bien del mal. Este lenguaje íntimo, que se dirige a todos los hombres, desde el más humilde hasta el más elevado, esta voz cuyos murmullos pueden turbar el brillo de las mayores glorias, nada tiene de material.

¹ Con el auxilio de un fluido vital que le sirve de vehículo para la transmisión de sus órdenes a los órganos. Más adelante volveremos a hablar de este tercer elemento que constituye el *cuerpo sutil o periespíritu*. Éste sobrevive después de la muerte y —siendo inseparable del alma— le acompaña en todas sus peregrinaciones.

Corrientes contrarias se agitan en nosotros. Los apetitos, los deseos apasionados, chocan contra la razón y el sentimiento del deber. Ahora bien, si no fuésemos más que materia, no conoceríamos esas luchas, esos combates, seguiríamos sin pesar y sin remordimientos nuestras tendencias naturales. Por el contrario, nuestra voluntad está frecuentemente en conflicto con nuestros instintos. Por ella podemos sustraernos a las influencias de la materia, domarla y convertirla en un instrumento dócil. ¿No vemos a hombres nacidos en las condiciones más difíciles vencer todos los obstáculos, pobreza, enfermedad, achaques, y llegar al primer rango por sus enérgicos y perseverantes esfuerzos? ¿No vemos la superioridad del alma sobre el cuerpo afirmarse de una manera más brillante aún en el espectáculo de las grandes abnegaciones y de los sacrificios históricos? Nadie ignora de qué manera los mártires del deber, de la verdad revelada antes de la hora, y todos aquellos que por el bien de la humanidad han sido perseguidos, torturados, clavados en el patíbulo, han podido, en medio de los suplicios, hasta el umbral de la muerte, dominar la materia, y, en nombre de una gran causa, imponer silencio a los gritos de la carne despedazada.

Si no hubiese en nosotros más que materia, no veríamos, cuando nuestro cuerpo está entregado al sueño, al espíritu continuar su vida y su acción sin auxilio de ninguno de los cinco sentidos, demostrándonos así que una actividad incesante es la condición esencial de su naturaleza. La lucidez magnética, la visión a distancia sin ayuda de los ojos, la previsión de los hechos, la penetración del pensamiento, son otras tantas pruebas evidentes de la existencia del alma.

Así pues, débil o fuerte, ignorante o instruido, un Espíritu vive en nosotros y gobierna este cuerpo que no es bajo su dirección más que un servidor, un simple instrumento. Este Espíritu es libre y perfectible, y de consiguiente, responsable. Puede a su voluntad, mejorarse, transformarse, aspirar al bien. Confuso en unos, luminoso en otros, un ideal alumbró su camino. Cuanto más grande es ese ideal, tanto más útiles y gloriosas son las obras que inspira. Dichosa el alma a quien un noble entusiasmo sostiene en su marcha: ¡Amor a la verdad, a la justicia, amor a la patria, a la humanidad! Su ascensión será rápida, su paso por el mundo dejará huellas profundas, un surco del cual brotará una cosecha bendita.

Dada ya por cierta la existencia del alma, se presenta en seguida el problema de la inmortalidad. Esta es una cuestión de la mayor importancia, pues la inmortalidad es la única sanción que se ofrece a la ley moral, el único concepto que satisface nuestras ideas de justicia y responde a las más altas esperanzas de la raza humana.

Si nuestra entidad espiritual se mantiene y persiste a través de la perpetua renovación de las moléculas y las transformaciones de nuestro cuerpo material, su disociación y desaparición final no pueden tampoco causar perjuicio alguno a su existencia.

Hemos visto que nada se aniquila en el universo. Cuando la química nos enseña que ningún átomo se pierde, cuando la física nos demuestra que ninguna fuerza se desvanece, ¿cómo podrá creerse que esta unidad prodigiosa en la que se resumen todas las potencias intelectuales, que este yo consciente en el cual la vida se desprende de las cadenas de la fatalidad puede disolverse y anonadarse? No solamente la lógica y la moral sino también -como lo estableceremos

más adelante- los hechos mismos, hechos de orden sensible, a la vez fisiológicos y psíquicos, todo concurre, mostrando la persistencia del ser consciente después de la muerte, a probarnos que el alma se encuentra más allá de la tumba, tal como se ha formado ella misma por sus actos y sus trabajos en el curso de su existencia terrestre.

Si la muerte fuese la última palabra de todas las cosas, si nuestros destinos se limitasen a esta vida fugitiva, ¿tendríamos esas aspiraciones hacia un estado mejor, hacia un estado perfecto, del cual nada sobre la Tierra, nada de lo que es materia puede darnos idea? ¿Tendríamos esa sed de conocer, de saber, que nada puede apaciguar? Si todo terminase en la tumba, ¿por qué esas necesidades, esos sueños, esas tendencias inexplicables? Ese grito poderoso del ser humano que resuena a través de los siglos, esas esperanzas infinitas, esos arranques irresistibles hacia el progreso y la luz, ¿no serían acaso más que los atributos de una sombra pasajera, de una agregación de moléculas tan pronto formada como desvanecida? ¿Qué es, pues, la vida terrestre, tan corta que ni siquiera nos permite, aun en su mayor duración, alcanzar los límites de la ciencia; tan llena de impotencia, de amargura, de desilusión, que en ella nada nos satisface enteramente, en la que después de haber creído alcanzar el objeto de nuestros insaciables deseos, nos dejamos arrebatado hacia un fin cada vez más lejano y más inaccesible? La persistencia con que a pesar de las decepciones perseguimos un ideal que no es de este mundo, una dicha que siempre huye, es una indicación suficiente de que hay algo más que la vida actual. La naturaleza no podría comunicar al ser aspiraciones ni esperanzas irrealizables. Las necesidades ilimitadas del alma implican forzosamente una vida sin límites.

11

LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS

● Bajo qué forma se desarrolla la vida inmortal, y qué es en realidad la vida del alma? Para responder a estas preguntas tenemos que volver al origen y examinar en su conjunto el problema de las existencias.

Sabemos que en nuestro globo la vida aparece al principio, bajo los aspectos más sencillos, más elementales, para elevarse por medio de una progresión constante, de formas en formas, y de especies en especies, hasta el tipo humano, coronamiento de la creación terrestre. Gradualmente, los organismos se desarrollan y afinan, la sensibilidad aumenta. La vida se desprende lentamente de las garras de la materia. El ciego instinto cede su puesto a la inteligencia y a la razón.

Este camino espantoso, esta escala de la evolución progresiva, cuyos grados inferiores, están sumidos en un tenebroso abismo, ¿los han recorrido todas las almas? Antes de adquirir la conciencia y la

libertad, antes de poseerse en la plenitud de su voluntad ¿ha tenido cada una que animar los organismos rudimentarios y revestir las formas inferiores de la vida? En una palabra, ¿han pasado por la animalidad? El estudio del carácter humano, que lleva aún grabadas las huellas de la bestialidad, nos induce a creerlo así.

Además, el sentimiento de absoluta justicia nos dice que tampoco el animal debe vivir y padecer sin más perspectiva que la nada. Una cadena ascendente y continua enlaza todas las creaciones, el mineral al vegetal, el vegetal al animal y éste al hombre. Los une doblemente en lo material como en lo espiritual. Estas dos formas de la evolución son paralelas y solidarias, no siendo la vida más que una manifestación del Espíritu que se traduce por el movimiento.

El alma se elabora en el seno de los organismos rudimentarios. En el animal no es aún más que un bosquejo; en el hombre adquiere el conocimiento y ya no puede retrogradar. En todos los grados, prepara y labra su envoltura, siendo las formas sucesivas que reviste la expresión de su propio valor. La situación que ocupa en la cadena de los seres está en relación directa con su estado de adelantamiento. No se debe acusar a Dios de haber creado formas repugnantes y dañinas. Los seres no pueden tener más apariencias que las que resultan de sus inclinaciones y de los hábitos contraídos. Hay almas que habiendo llegado al estado humano, eligen cuerpos débiles y enclenques para adquirir por este medio las cualidades que deben favorecer su elevación. Pero en la naturaleza inferior no cabe la elección, y el ser es dominado forzosamente por las atracciones que él mismo ha desarrollado.

Este desarrollo puede ser comprobado por cualquier observador atento. En los animales domésticos pueden apreciarse las diferencias de carácter. En las mismas especies, ciertos individuos parecen estar mucho más adelantados que otros. Algunos poseen cualidades que les aproximan sensiblemente a la humanidad y son capaces de cariño y abnegación. Siendo la materia incapaz de amar y de sentir, fuerza es admitir que existe en ellos un alma en estado embrionario.

Nada hay, por otra parte, más grande, más justo ni más conforme a la ley del progreso como esta ascensión de las almas realizándose por medio de etapas innumerables durante las cuales ellas mismas se van formando, se deshacen poco a poco de los instintos aviesos y rompen su coraza de egoísmo para despertarse a la razón, al amor, a la libertad. Es soberanamente equitativo que todos pasemos por el mismo aprendizaje y que cada ser no alcance un grado superior hasta haber adquirido nuevas aptitudes.

El día en que el alma, libre ya de las formas animales, ha llegado al estado humano, y, comprendiendo el deber, ha conquistado su autonomía y su responsabilidad moral, no por eso ha alcanzado su objeto ni ha terminado su evolución. Lejos de terminar, su obra real empieza, nuevas tareas le esperan. Las luchas del pasado no son nada en comparación de las que el porvenir le reserva. Sus renacimientos en cuerpos carnales se sucederán en este globo. Cada vez volverá a emprender, con órganos rejuvenecidos, la obra de perfeccionamiento interrumpida por la muerte, para proseguirla y llevarla más lejos. Viajera eterna, el alma debe ascender, así, de esfera en esfera, hacia el bien, hacia la razón infinita, adquirir nuevos grados, crecer sin cesar en ciencia, en sabiduría y en virtud.

Cada una de nuestras existencias terrestres no es más que un episodio de nuestra vida inmortal. Nuestra alma no puede en tan breve tiempo despojarse de todos sus vicios, de todos sus errores, de todos los apetitos vulgares que son otros tantos vestigios de sus vidas desvanecidas, otras tantas pruebas de su origen.

Al medir el tiempo que la humanidad ha necesitado desde su aparición en el globo para llegar al estado de civilización, comprendemos que para realizar sus destinos, para ascender de claridades en claridades hasta lo absoluto, hasta lo divino, necesite el alma de períodos sin límites, de vidas siempre nuevas, siempre renacientes¹.

Tan sólo la pluralidad de existencias puede explicar la diversidad de caracteres, la variedad de aptitudes, la desproporción de cualidades morales, en una palabra, todas las desigualdades que nos llaman la atención.

¹ La ley de las reencarnaciones no está solamente demostrada por la razón; está también probada por los hechos. Las experiencias del coronel de Rochas sobre la regresión de la memoria y las más antiguas de los experimentadores españoles Fernández Colavida y Esteva Marata, señaladas en el Congreso Espiritista de 1900, establecen que, en los sujetos en estado de separación mediante el sueño magnético, las capas profundas de la memoria, oscuras y mudas en estado de vigilia, pueden entrar en vibración. El sujeto se acuerda de los menores detalles de su infancia, así como también acuden a él los recuerdos de sus existencias anteriores. Por estos estudios, el conjunto de pruebas que establecen la realidad de las preexistencias del ser se constituye poco a poco, y la personalidad humana se revela bajo aspectos enteramente nuevos. (Véase, para el conjunto de estas experiencias, nuestra obra *El Problema del Ser y del Destino*, capítulo XIV).

Fuera de esta ley, en vano nos preguntaríamos por qué ciertos hombres están dotados de talento, de nobles sentimientos, de aspiraciones elevadas, cuando a tantos otros sólo les cabe en suerte necesidad, pasiones viles e instintos groseros.

La influencia de los centros, la herencia, las diferencias de educación, no bastan a explicar estas anomalías. Vemos a los miembros de una misma familia, semejantes por la carne y por la sangre, y nutridos con los mismos principios, diferir en muchos puntos. Hombres excelentes han tenido monstruos por hijos, por ejemplo Marco Aurelio que engendró a Cómodo, y personajes célebres y estimados han nacido de padres oscuros, desprovistos de valor moral.

Si todo empezase para nosotros con la vida actual, ¿cómo explicar tanta diversidad en las inteligencias, tantos grados en la virtud y en el vicio, tantos escalones en las situaciones humanas? Un misterio impenetrable envolvería a esos genios precoces, a esos Espíritus prodigiosos que, desde su infancia, se lanzan con ardor en los senderos del arte y de la ciencia, cuando tantos jóvenes se consumen en el estudio y no pasan de la medianía a pesar de todos sus esfuerzos.

La doctrina de las existencias múltiples disipa todas estas oscuridades. Los seres que se distinguen por su poder intelectual o sus virtudes, han vivido más tiempo, han trabajado más y han adquirido una experiencia y aptitudes más extensas.

El progreso y la elevación de las almas dependen únicamente de sus trabajos y de la energía que han desplegado en el combate vital. Las unas luchan con valor y salvan rápidamente los grados que las

separan de la vida superior, mientras que otras se estacionan durante siglos en vidas ociosas y estériles. Mas estas desigualdades, resultado de las obras del pasado, pueden ser rescatadas y niveladas por nuestras vidas futuras.

Esta es la única solución racional del problema. A través de la sucesión de los tiempos, en la superficie de millares de mundos, nuestras existencias se desenvuelven, pasan y se renuevan, y, en cada una de ellas, un poco de lo malo que existe en nosotros desaparece. Nuestras almas se fortalecen, se limpian, penetran más adelante en la vía sagrada, hasta que libres ya de las reencarnaciones dolorosas, hayan conquistado por sus méritos el acceso en los círculos superiores donde irradian eternamente la belleza, la sabiduría, el poder y el amor.

12

EL OBJETO DE LA VIDA

Con estas explicaciones, todo a nuestro alrededor toma sentido; el camino se ilumina; el objeto de la vida se nos muestra diferente. Sabemos lo que somos y a dónde vamos.

Dado esto, ya no se trata de buscar satisfacciones materiales sino de trabajar con ardor en nuestro adelantamiento. El fin supremo es la perfección, y el camino que conduce a ella es el progreso. Este camino es largo y se recorre paso a paso. El objeto lejano parece retroceder a medida que se adelanta, pero a cada etapa pasada, el ser recoge el fruto de sus trabajos. Enriquece su experiencia y desarrolla sus facultades.

Nuestros destinos son idénticos. No hay privilegiados, ni malditos. Todos recorren la misma carrera y, por entre mil obstáculos, están llamados a realizar los mismos fines. Somos libres, es verdad, somos dueños de acelerar o de acortar el paso, dueños de entregarnos a los goces groseros y de detenernos durante vidas enteras en las regiones inferiores, pero tarde o temprano el

sentimiento del deber se despierta, el dolor viene a sacudir nuestra apatía, y forzosamente volvemos a emprender nuestra carrera.

Entre las almas no hay más que diferencias de grados, diferencias que les es permitido igualar en el porvenir. Usando de nuestro libre albedrío, no todos hemos llevado el mismo paso, lo cual explica la desigualdad intelectual y moral de los hombres. Pero todos, hijos del mismo Padre, debemos acercarnos a Él en la sucesión de nuestras existencias, para no formar con nuestros semejantes más que una sola familia, la gran familia de los Espíritus que puebla todo el Universo.

Ya en el mundo no caben las ideas de paraíso y de infierno eterno. En el inmenso taller no vemos más que seres elevándose por sus propios esfuerzos al seno de la universal armonía. Cada uno de ellos crea su situación por sus actos. Cuando su vida está entregada a las pasiones y permanece estéril para el bien, el ser se rebaja, su situación disminuye. Para lavar sus manchas y sus vicios, deberá reencarnarse en los mundos de prueba y purificarse por el sufrimiento. Cumplida la depuración, la evolución empieza de nuevo. No hay pruebas eternas, pero se necesita una reparación proporcionada a las faltas cometidas.

No tenemos otro juez ni otro verdugo que nuestra conciencia. Y ésta, cuando se separa de las sombras materiales, se torna imperiosa y obsesionante. En el orden moral, como en el orden físico, no hay más que causas y efectos. Estos últimos están regidos por una ley soberana, inmutable, infalible. Lo que, en nuestra ignorancia, llamamos la injusticia de la suerte no es más que la reparación del

pasado. El destino humano es el pago de la deuda contraída con nosotros mismos y con la ley.

La vida actual es la consecuencia directa, inevitable de nuestras vidas pasadas, como nuestra vida futura será la resultante de nuestras acciones presentes, de nuestro modo de vivir. Al venir a animar un cuerpo nuevo, el alma trae consigo, a cada renacimiento, el bagaje de sus cualidades y de sus defectos, todos los tesoros acumulados por la obra del pasado. De este modo, en la serie de nuestras vidas, construimos con nuestras propias manos nuestro estado moral, edificamos nuestro porvenir, preparamos el centro en que debemos renacer y el sitio que debemos ocupar.

Por la ley de reencarnación, la soberana justicia irradia sobre los mundos. Cada ser, cuando llega a poseerse en su razón y en su conciencia, se convierte en el artífice de sus destinos. Forja o rompe a voluntad las cadenas que lo sujetan a la materia. Los males, las situaciones dolorosas que les caben en suerte a ciertos hombres, se explican por la acción de esta ley. Toda vida culpable debe ser expiada. Llega una hora en que las almas orgullosas renacen en condiciones humildes o serviles, en que el ocioso tiene que aceptar penosos trabajos. El que ha hecho padecer, padecerá a su vez.

Pero el alma no está ligada para siempre a esta Tierra oscura. Después de haber adquirido las cualidades necesarias, la deja por mundos más elevados. Recorre el campo de los espacios sembrado de esferas y de soles. Tendrá su puesto en el seno de las humanidades que los pueblan. Y progresando siempre en esos nuevos centros, aumentará sin cesar su riqueza moral y su saber. Después de un número incalculable de vidas, de muertes, de renacimientos, de

caídas y de ascensiones, libre de la reencarnación, gozará de la vida celestial en la que tomará parte en el gobierno de los seres y de las cosas, contribuyendo con sus obras a la armonía universal y a la ejecución del plan divino.

Tal es el misterio de Psiquis, el alma humana. El alma lleva grabada en sí la ley de sus destinos. Aprender a deletrear los preceptos, a descifrar este enigma constituye la verdadera ciencia de la vida. Cada chispa arrancada al hogar divino, cada conquista lograda sobre el alma misma, sobre sus pasiones, sobre sus instintos egoístas, le proporciona un goce íntimo, tanto más vivo a medida que esta conquista le es más costosa. Y tal es el cielo prometido a nuestros esfuerzos. Este cielo no se halla lejos de nosotros: está en nosotros. Felicidades o remordimientos, el hombre lleva en lo más profundo de su ser su grandeza o su miseria, consecuencia de sus actos. Las voces, melodiosas o severas, que se elevan en él son los intérpretes fieles de la gran ley, tanto más poderosa a medida que se sube más arriba en el camino del perfeccionamiento.

El alma es un mundo, un mundo en el que se mezclan aún las sombras y los rayos de luz y cuyo estudio atento nos hace ir de sorpresa en sorpresa. En sus pliegues, todos los poderes están en germen, esperando la hora de la fundación para abrirse en chorros de luz. A medida que se purifica, aumentan sus percepciones. Todo lo que nos encanta en su estado presente -los dones del talento, los relámpagos del genio-, todo ello es poco, comparado con lo que el alma adquirirá un día, cuando llegue a las supremas alturas. Ya posee inmensos recursos ocultos en los sentidos íntimos, variados y sutiles, fuentes de vivas impresiones y cuyo ejercicio entorpece casi siempre nuestra grosera envoltura.

DESPUÉS DE LA MUERTE

Sólo algunas almas elegidas, desligadas por anticipado de las cosas terrestres y purificadas por el sacrificio, han gustado las primicias de ese mundo. Pero no han encontrado expresiones para describir las sensaciones que les habían embriagado. Y en su ignorancia de la verdadera naturaleza del alma y de los tesoros que ésta contiene, los hombres se rieron de lo que ellos llamaban ilusiones y quimeras.

13

LAS PRUEBAS Y LA MUERTE

Determinado ya el objeto de la existencia y siendo más elevado que la fortuna, más elevado que la felicidad, se produce una verdadera revolución en nuestras aspiraciones. El Universo es un palenque en donde el alma lucha para su engrandecimiento. Lo obtiene por medio de sus trabajos, de sus sacrificios, de sus padecimientos. El dolor, ya sea físico, ya moral, es un poderoso medio de desarrollo y de progreso. Las pruebas que sufrimos nos ayudan a conocernos y a dominar nuestras pasiones.

El dolor es la purificación suprema, la escuela donde se aprenden la paciencia, la resignación y todos los austeros deberes. Es el horno donde se derrite el egoísmo y se disuelve el orgullo. A veces, en las horas sombrías, el alma atormentada se rebela, reniega de Dios y de su justicia. Después, cuando la borrasca ha pasado, y se examina, ve que aquel mal aparente era un bien, ve que las penas la han hecho mejor, más accesible a la piedad, más caritativa hacia los que sufren.

Todos los males de la vida contribuyen a nuestra elevación. Por medio del dolor, de las pruebas, de las humillaciones, de los achaques

y de las desgracias, lo mejor nace de lo peor. Por esto hay en este mundo más penas que alegrías. La prueba temple los caracteres, afina los sentimientos y doma las almas fogosas o altaneras.

El dolor físico tiene también su utilidad. Desata químicamente los lazos que unen el Espíritu a la carne, lo desprende de los fluidos groseros que lo rodean, aun después de la muerte, y lo retienen en las regiones inferiores¹.

No maldigamos el dolor. Sólo él nos arranca a la indiferencia y al deleite. Él esculpe nuestra alma, dándole su forma más pura y su más perfecta belleza.

La prueba es un remedio infalible para nuestra inexperiencia. La Providencia procede con nosotros como una madre previsora con su hijo indócil. Cuando nos resistimos a sus llamamientos, cuando nos negamos a seguir sus consejos, nos deja sufrir desengaños y reveses, sabiendo que la adversidad es la mejor escuela de bondad y sabiduría.

Tal es el destino del mayor número en la Tierra. Bajo un cielo a menudo surcado de relámpagos, hay que seguir el arduo camino, con los pies destrozados por las piedras y las espinas. Un Espíritu revestido de negro ropaje guía nuestros pasos: es el dolor, dolor santo

¹ Esta acción explica en algunos casos las cortas existencias de los niños que mueren en tierna edad. Esas almas han podido adquirir en la tierra el saber y la virtud necesarios para elevarse a mayor altura. Como un resto de materialidad detenía aún su vuelo, vuelven para terminar por medio del sufrimiento su completa depuración.

que debemos bendecir, pues él solo, al estimular nuestro ser, le desprende de las vanas fruslerías con que le gusta adornarse y le hace apto para sentir lo que es verdaderamente noble y bello.

Considerando estas enseñanzas ¿qué viene a ser la idea de la muerte? Pierde todo carácter espantoso. La muerte no es ya más que una transformación necesaria y una renovación. En realidad, nada muere. La muerte no es más que aparente. Tan sólo cambia la forma exterior: el principio de la vida, el alma, permanece en su unidad permanente e indestructible. Más allá de la tumba se encuentra en la plenitud de sus facultades, con todas las adquisiciones, luces, virtudes, aspiraciones y potencias con que se ha enriquecido durante sus existencias terrenas. Estos son los bienes imperecederos de que habla el Evangelio, cuando nos dice: «Ni los gusanos ni las polillas los corroen, ni los ladrones los roban.» Son las únicas riquezas que podemos llevarnos y utilizar en la vida futura.

La muerte y la reencarnación que la sigue en un tiempo dado, son dos formas esenciales del progreso. Al romper con los hábitos mezquinos que habíamos contraído, nos colocan en centros diferentes y nos obligan a adaptar nuestro Espíritu a las mil fases del orden social y universal.

Cuando llega la tarde de la vida, cuando nuestra existencia, semejante a la página de un libro va a volverse para hacer lugar en una página blanca, a una página nueva, el sabio consulta su pasado y pasa revista a sus actos. Feliz aquel que cuando llega esa hora puede decirse: Mis días han sido bien empleados. Feliz aquel que ha aceptado con resignación y sobrellevado con valor las pruebas. Éstas, al triturar su alma, han lanzado fuera toda la hiel y toda la amargura

que en ella se encerraban. Al repasar en su pensamiento esta vida difícil, el sabio bendecirá las penalidades sufridas. Estando en paz su conciencia, verá acercarse sin temor el instante de la partida.

Despidámonos de las teorías que hacen de la muerte el conducto de la nada, o el preludio de castigos sin fin. ¡Adiós, lúgubres fantasmas de la teología, dogmas pavorosos, sentencias inexorables, suplicios infernales! ¡Paso a la esperanza! ¡Paso a la eterna vida! ¡No son oscuras tinieblas, luz deslumbradora es lo que sale de las tumbas!

¿Habéis visto la mariposa de policromadas alas despojarse de su informe crisálida, esa repugnante envoltura de la oruga dentro de la cual el insecto se arrastraba por el suelo? ¿La habéis visto, libre y ligera, revolotear por el aire luminoso en medio del perfume de las flores? No hay imagen más fiel del fenómeno de la muerte. También el hombre es una crisálida que la muerte descompone. El cuerpo humano, vestidura de carne, vuelve al gran muladar; nuestro mísero despojo vuelve al laboratorio de la naturaleza; mas el Espíritu, después de cumplida su obra, se lanza a una vida más elevada, a la vida espiritual que sucede a la vida corporal como el día sucede a la noche, y separa cada una de nuestras encarnaciones.

Penetrados de estas ideas ya no temeremos la muerte. Como nuestros padres, los galos, osaremos mirarla frente a frente sin terror. No más miedo, no más lágrimas, no más aparato siniestro ni tétricos cánticos. Nuestros funerales se convertirán en una fiesta en la cual celebraremos la libertad del alma y su regreso a la verdadera patria.

La muerte es la gran reveladora. En las horas de prueba, cuando todo se oscurece en torno nuestro, nos hemos preguntado a veces: ¿Por qué he nacido? ¿Por qué no he permanecido en la noche

profunda, allí donde no se siente, donde no se padece, donde se duerme con eterno sueño? Y en aquellas horas de duda y de angustia, una voz se elevaba y llegaba hasta nosotros diciéndonos: Sufre para engrandecerte y purificarte. Sabe que tu destino es grande. Esta tierra fría no será tu sepulcro. Los mundos que brillan en los cielos son tus futuras moradas, la herencia que Dios te reserva. Eres para siempre ciudadano del Universo, perteneces a los siglos pasados como a los venideros, y a la hora presente estás preparando tu elevación.

Soporta con calma los males que tú mismo has elegido. Siembra en el dolor y en las lágrimas el grano que brotará en tus próximas vidas. Siembra también para los demás como otros han sembrado para ti. Ser inmortal, avanza con paso firme por el escarpado sendero hacia las alturas desde donde el porvenir te aparecerá sin velo. La subida es áspera, frecuentemente inundará tu rostro el sudor, pero desde la cumbre verás despuntar la gran claridad y verás remontar en el horizonte el sol de verdad y de justicia.

La voz que nos habla así es la de los muertos, la de las almas queridas que nos han precedido en el país de la verdadera vida. Lejos de dormir debajo de la losa, velan por nosotros. Desde el fondo de lo invisible, nos miran y nos sonríen. ¡Adorable y divino misterio!, comunican con nosotros. Ellas nos dicen: Ya no más dudas estériles, trabajad y amad. Un día, cuando hayáis terminado vuestra tarea, la muerte nos reunirá.

14

OBJECIONES

A sí es como muchas cuestiones que continúan siendo insolubles para las otras escuelas, quedan resueltas por la doctrina de las vidas sucesivas. Las formidables objeciones con cuyo auxilio el escepticismo y el materialismo han abierto brecha en el edificio teológico: el mal, el dolor, la desigualdad de los méritos y de las condiciones humanas, la aparente injusticia de la suerte, todas estas dificultades las desvanece la filosofía de los Espíritus.

Sin embargo, subsiste una dificultad, una objeción se levanta con vehemencia contra ella. Si hemos vivido ya en el pasado, puede decirse, si otras vidas han precedido al nacimiento, ¿por qué hemos perdido su recuerdo?

Este obstáculo, temible en apariencia, es fácil de vencer.

La memoria de las cosas vividas, de los actos cumplidos, no es condición necesaria de la existencia.

Ninguno de nosotros se acuerda del tiempo pasado en el seno de su madre, ni siquiera en la cuna. Pocos hombres conservan la memoria de las impresiones y de los actos de la primera infancia. Sin embargo, éstas son partes integrantes de nuestra existencia actual. Todas las mañanas, al despertar, perdemos el recuerdo de la mayor parte de nuestros sueños, aunque estos sueños nos hayan parecido, por el momento, otras tantas realidades. Sólo nos quedan las sensaciones toscas y confusas que experimenta el Espíritu vuelto a caer bajo la influencia material.

Nuestros días y nuestras noches son como nuestras vidas terrestres y espirituales, y el sueño parece ser tan inexplicable como la muerte. El sueño y la muerte nos transportan alternativamente en centros distintos y en condiciones diferentes, lo cual no impide que nuestra identidad se mantenga y persista en medio de estos diversos estados.

En el sueño magnético, el Espíritu, desprendido del cuerpo, se acuerda de cosas que olvidará al encerrarse de nuevo en la carne, pero cuyo encadenamiento recobrará al volver al estado lúcido. El estado de sueño provocado desarrolla en los sonámbulos aptitudes especiales que desaparecen en el estado de vigilia, sofocadas, aniquiladas por la envoltura corporal.

En estas diversas condiciones, el ser psíquico posee, al parecer, dos estados de conciencia, dos fases alternas de la existencia que se encadenan y arrollan una alrededor de la otra. El olvido, cual una espesa cortina, separa el sueño del estado de vigilia, como separa cada vida terrena de las existencias anteriores y de la vida de los cielos.

Si las impresiones sentidas por el alma en el curso de la vida actual, en estado de desprendimiento completo, ya por el sueño natural, ya por el sueño provocado, no pueden ser transmitidas al cerebro, debe comprenderse que los recuerdos de una vida anterior lo serían más difícilmente aún. El cerebro no puede recibir y almacenar más que las impresiones comunicadas por el alma en el estado de cautiverio en la materia. Al volver a entrar en la carne, pierde la memoria de cuanto ha visto y ha hecho en el estado libre, y no la recobrará más que abandonando de nuevo su prisión temporal.

El olvido de lo pasado debe ser la condición indispensable de toda prueba y de todo progreso. El pasado de cada uno de nosotros tiene sus manchas y sus mancillas. Al recorrer la serie de los tiempos desvanecidos, al atravesar por las edades de brutalidad, hemos debido acumular muchas faltas, muchas iniquidades. Salidos recientemente de la barbarie, el peso de estos recuerdos sería abrumador para nosotros. La vida terrestre es a veces dura de sobrellevar. Mucho más lo sería aún si al cúmulo de males presentes viniera a añadirse la memoria de los sufrimientos o de las vergüenzas pasadas.

¿No estaría el recuerdo de nuestras vidas anteriores igualmente ligado al recuerdo del pasado de los demás? Al recorrer la cadena de nuestras existencias, la trama de nuestra propia historia, encontraríamos el rastro de las acciones de nuestros semejantes. Las enemistades se perpetuarían; las rivalidades, el odio, las discordias se avivarían vidas tras vidas, siglos tras siglos. Nuestros enemigos, nuestras víctimas de otros tiempos nos reconocerían y nos perseguirían con su venganza.

Bueno es que el velo del olvido nos oculte los unos a los otros, y que, al borrar momentáneamente de nuestra memoria recuerdos penosos, nos libre de un incesante remordimiento. El conocimiento de nuestras faltas y de las consecuencias que han traído, presentándose ante nosotros como una horrenda y perpetua amenaza, paralizaría nuestros esfuerzos y haría nuestra vida insoportable y estéril.

Sin el olvido, los grandes culpables, los criminales célebres, estarían marcados con el hierro candente para toda la eternidad. Vemos a los condenados por la justicia humana, después de sufrido su castigo, perseguidos por la desconfianza universal, rechazados con horror por una sociedad que les niega un lugar en su seno y volviéndolos a arrojar, por esto mismo, con harta frecuencia en el ejército del mal. ¿Qué sería si los crímenes de un pasado remoto estuviesen presentes a la vista de todos?

Casi todos tenemos necesidad de olvido y de perdón. La sombra que oculta nuestras debilidades y nuestras miserias, alivia nuestro Espíritu haciéndonos menos penosa la reparación. Después de haber bebido las aguas del Leteo, renacemos más alegremente a una nueva vida. Los fantasmas del pasado se desvanecen. Transportados a un centro diferente, nuestro ser despierta a otras sensaciones, se abre a nuevas influencias, abandona con más facilidad los yerros y los hábitos que en otro tiempo habían retrasado su marcha. El alma culpable, al renacer bajo la forma de una criaturita, encuentra a su alrededor el auxilio y la ternura necesarios para su rehabilitación. En ese ser débil y encantador, nadie piensa en reconocer al Espíritu vicioso que viene a rescatar las manchas de su pasado.

No obstante, el pasado no está, para algunos hombres, completamente desvanecido. Un sentimiento confuso de lo que han sido reside en el fondo de su conciencia. Es la fuente de las intuiciones, de las ideas innatas, de los recuerdos vagos y de los presentimientos misteriosos, cual ecos debilitados de los tiempos transcurridos. Consultando esas impresiones y estudiándose cuidadosamente a sí mismo, no sería imposible reconstituir el pasado, si no en sus detalles, a lo menos en sus rasgos principales.

Al final de cada existencia, los recuerdos lejanos renacen poco a poco y salen de la sombra. Avanzamos paso a paso, tanteando, por la vida. Acaecida la muerte, progresivamente todo se ilumina. El pasado explica el presente, y el porvenir se esclarece con un nuevo rayo de luz.

El alma, regresando a la vida espiritual, recobra la plenitud de sus facultades. Entonces, comienza para ella un período de examen, de reposo, de recogimiento, durante el cual se juzga y mide el camino recorrido. Recibe los avisos, los consejos de los Espíritus más avanzados. Guiada por éstos, adoptará resoluciones viriles, y cuando llegue el caso, escogiendo un ambiente favorable, volverá a descender a un nuevo cuerpo.

Vuelta a la carne, el alma perderá también la memoria de las vidas pasadas, al mismo tiempo que el recuerdo de la vida espiritual, la única verdaderamente libre y completa, comparada con la cual, la estancia terrena le parecería espantosa. Larga será la lucha, penosos los esfuerzos necesarios para recobrar la conciencia el alma y sus potencias ocultas; pero siempre conservará la intuición, el vago sentimiento de las resoluciones adoptadas antes de renacer; y,

LÉON DENIS

prosiguiendo el transcurso de sus existencias, se mejorará con el trabajo y el sufrimiento.

TERCERA PARTE

EL MUNDO INVISIBLE

15

LA NATURALEZA Y LA CIENCIA

En las páginas precedentes, hemos expuesto los principios esenciales de la filosofía de las existencias sucesivas. Estos principios, fundados en la lógica más rigurosa, iluminan nuestro porvenir y dan la solución de gran número de problemas inexplicables hasta el día.

Sin embargo, se nos puede objetar que estas concepciones, por lógicas, por razonables que parezcan, son simples hipótesis, puras especulaciones a las cuales no se puede atribuir más importancia que la que se suele conceder a este orden de ideas.

Nuestra época, cansada de los desvaríos de la imaginación, de las teorías y de los sistemas preconcebidos, ha caído en el escepticismo. Para dar crédito a cualquier afirmación reclama pruebas. El razonamiento más lógico no le satisface. Se necesitan hechos, hechos sensibles, observados directamente para disipar la duda. Y esta duda se explica. Es la consecuencia fatal del abuso de las leyendas, de las ficciones de las doctrinas erróneas con las cuales ha sido arrullada la humanidad por espacio de siglos. Al instruirse, el hombre, de crédulo, se ha convertido en escéptico, y cada nueva teoría es acogida con desconfianza si no con hostilidad.

No lamentamos ese estado de espíritu que, después de todo, no es más que un homenaje inconsciente que el pensamiento humano rinde a la verdad. Necesariamente ha de ser ventajoso a la filosofía de las existencias sucesivas, porque, lejos de ser un sistema más de fantasía, se apoya en un imponente conjunto de hechos, afirmados por pruebas experimentales y por universales testimonios. A tales hechos consagraremos la tercera parte de esta obra.

La marcha de la ciencia en sus innumerables etapas, puede compararse a una ascensión en un país de elevadas montañas. A medida que el viajero trepa por las escabrosas pendientes, ve ensancharse el horizonte, los detalles del plano inferior se funden, en un vasto conjunto, mientras que a lo lejos se descubren nuevas perspectivas. Cuanto más se eleva, tanta más majestad y amplitud adquiere el espectáculo. Del mismo modo la ciencia, en su marcha incesante, descubre a cada paso dominios ignorados.

Sabido es cuán limitados son nuestros sentidos materiales, cuán reducido es el campo que abarcan. Más allá de los rayos y de los

colores percibidos por nuestra vista, hay otros rayos, otros colores, cuya existencia demuestran las reacciones químicas. Asimismo, nuestro oído no percibe las ondas sonoras sino entre dos términos. Más acá y más allá, demasiado agudas o demasiado graves, las vibraciones sonoras no tienen ya acción sobre el nervio auditivo.

Si nuestra potencia visual no hubiese sido aumentada por los descubrimientos ópticos, ¿qué sabríamos del universo a la hora presente? No solamente ignoraríamos la existencia de los lejanos dominios del éter, donde la materia cósmica, en sus gestaciones eternas, produce astros a millones, sino que nada sabríamos aún de los mundos más próximos a la Tierra.

Gradualmente y de edad en edad, el campo de las observaciones se ha ensanchado. Gracias a la invención del telescopio, el hombre ha podido explorar los cielos y comparar el mezquino globo que habita con los gigantes del espacio.

Más recientemente, la invención del microscopio nos ha descubierto otro infinito. En todas partes, alrededor de nosotros, en los aires, en las aguas, invisibles para nuestros débiles ojos, miríadas de seres pululan y se agitan en espantosos torbellinos. El estudio de la constitución molecular de los cuerpos se ha hecho posible. Hemos reconocido que los glóbulos de la sangre, los tejidos y las células del cuerpo humano están poblados de parásitos animados, de infusorios a cuyas expensas viven aún otros parásitos. Nadie puede decir dónde se detiene la oleada de la vida.

La ciencia progresa y crece, y el pensamiento alentado, se eleva hacia nuevos horizontes. ¡Mas cuán ligero parece el bagaje de nuestros conocimientos cuando se le compara con lo que nos falta

que aprender! El espíritu humano tiene límites, la naturaleza no los tiene. «*Con lo que ignoramos de las leyes universales —ha dicho Faraday— se podría crear el Mundo*». Nuestros groseros sentidos nos dejan vivir en medio de un océano de maravillas sin sospechar su existencia, cual ciegos bañados en torrentes de luz.

16

MATERIA Y FUERZA PRINCIPIO ÚNICO DE LAS COSAS

Hasta ahora la materia no era conocida más que en los tres estados: sólido, líquido y gaseoso. Crookes, el sabio físico inglés, al tratar de hacer el vacío en tubos de vidrio, ha descubierto un cuarto estado al que ha dado el nombre de radiante. Los átomos devueltos a la libertad por la rarefacción, se entregan en ese vacío relativo, a movimientos vibratorios de una rapidez, de una violencia incalculables. Se inflaman y producen efectos de luz y radiaciones eléctricas que permiten explicar la mayor parte de los fenómenos cósmicos¹.

¹ Los rayos X constituyen una de las aplicaciones más conocidas de este principio.

Condensada en diversos grados bajo sus tres primeros aspectos, la materia en el estado radiante pierde varias de sus propiedades: densidad, forma, color, peso. Mas en este nuevo dominio parece estar unida a la fuerza de una manera más estrecha y más íntima. ¿Es este cuarto aspecto el último que la materia pueda revestir? No, sin duda, pues aún se pueden imaginar muchos otros. El pensamiento puede entrever un estado fluídico y sutil tan superior al estado radiante como éste lo es al estado gaseoso, y el estado líquido al estado sólido. La ciencia del porvenir explorará estas profundidades y hallará en ellas la solución de los formidables problemas de la unidad de sustancia y de las fuerzas directoras del universo.

Ya la mayor parte de los sabios vislumbran y admiten la unidad de la sustancia. La materia, como ya hemos dicho, parece ser, en su principio, un fluido infinitamente flexible y elástico, cuyas innumerables combinaciones procrean todos los cuerpos. Invisible, impalpable, imponderable en su esencia primordial, este fluido por medio de transiciones sucesivas, se hace ponderable y llega a producir, por una condensación poderosa, los cuerpos duros, opacos y pesados que constituyen el fondo de la materia terrestre. Pero este estado de cohesión no es más que transitorio, y la materia, al recorrer la escala de sus transformaciones, puede con igual facilidad desagregarse y volver a su primitivo estado fluídico. Ésta es la causa de que los mundos no tengan más que una existencia pasajera. Salidos de los océanos del éter, vuelven a sumirse y a disolverse en él después de haber recorrido su ciclo de vida.

Puede asegurarse que todo en la naturaleza converge hacia la unidad. El análisis espectral revela la identidad de los elementos constitutivos de los mundos, desde el más humilde satélite hasta el

sol más gigantesco. El movimiento de los cuerpos celestes demuestra la unidad de las leyes mecánicas. El estudio de los fenómenos materiales, cual una cadena infinita, nos conduce, de anillo en anillo, al concepto de una sustancia única, etérea, universal, y de una fuerza única igualmente, principio de movimiento, cuya electricidad, luz y calor no son más que variedades, modalidades y formas diversas¹.

Así es como la química, la física, la mecánica, en su marcha paralela, hacen constar cada vez más la coordinación misteriosa de las cosas. El espíritu humano se encamina con lentitud, y aun a veces inconscientemente, hacia el conocimiento de un Principio único, fundamental, en el cual se unen la sustancia, la fuerza y el pensamiento, de un poder cuya grandeza y majestad le colmarán un día de sorpresa y admiración!

¹ He aquí lo que dice Berthelot (*Orígenes de la Química*, p. 320): *Los fluidos eléctrico, magnético, calorífico y luminoso que se admitían hace medio siglo, no tienen ya más realidad que los cuatro elementos de los antiguos. Estos fluidos, con los progresos de la ciencia, se han reducido a uno solo: el éter. Y he aquí que el éter de los físicos y el átomo de los químicos se desvanecen a su vez para ceder su puesto a concepciones más altas que tienden a explicarlo todo con los únicos fenómenos del movimiento.* Según G. Le Bon (*La Evolución de la materia; La Evolución de las fuerzas*), la materia y la fuerza no son más que dos aspectos de una misma sustancia. La materia no es más que fuerza concreta; la fuerza, materia desasociada.

17

LOS FLUIDOS EL MAGNETISMO

El mundo de los fluidos, que se vislumbra más allá del estado radiante, reserva a la ciencia muchos descubrimientos y sorpresas. Las variedades de formas que la materia sutil puede tomar para las necesidades de una vida superior, son innumerables.

Ya muchos observadores saben que fuera del alcance de nuestras percepciones, más allá del opaco velo que nuestra densa constitución despliega como una bruma en torno nuestro, existe otro mundo, no ya el de los infinitivamente pequeños, sino un universo fluídico que nos envuelve, completamente poblado de multitudes invisibles.

Seres sobrehumanos, pero no sobrenaturales, viven junto a nosotros. Testigos mudos de nuestra existencia, nos manifiestan la suya en determinadas condiciones, bajo la acción de leyes naturales, precisas y rigurosas. Importa penetrar el secreto de estas leyes, pues de su conocimiento resultará para el hombre la posesión de fuerzas

considerables cuyo aprovechamiento práctico puede transformar la faz de la Tierra y el orden de las sociedades. Este es el dominio de la psicología experimental, algunos dirían de las ciencias ocultas.

Estas ciencias son tan antiguas como el mundo. Hemos hablado ya de los prodigios que se realizaban en los lugares sagrados de la India, del Egipto y de la Grecia. No entra en nuestro plan extendernos más sobre este orden de hechos pero hay una cuestión conexas que no podemos pasar en silencio, es la del magnetismo.

El magnetismo, estudiado y practicado en secreto en todas las épocas de la historia, se ha vulgarizado principalmente desde el fin del siglo XVIII. Aún es sospechoso para las sabias academias, y con el nombre nuevo de hipnotismo los maestros de la ciencia han tenido a bien descubrirlo un siglo después de su aparición.

"El hipnotismo -ha dicho el señor de Rochas¹-, hasta ahora lo único estudiado oficialmente, no es más que el vestíbulo de un vasto y maravilloso edificio ya explorado en gran parte por los antiguos magnetizadores".

La desgracia es que los sabios oficiales -médicos casi todos- que se dedican al magnetismo, o como dicen ellos mismos, al hipnotismo, no experimentan generalmente más que en sujetos enfermos, en pensionistas de hospitales. La irritación nerviosa y las afecciones mórbidas de esos sujetos, no permiten obtener más que fenómenos incoherentes e incompletos.

¹ *Los Estados profundos de la hipnosis*, por el coronel de Rochas d'Aiglun, p. 75.

Ciertos sabios parecen temer que el estudio de estos mismos fenómenos, obtenidos en condiciones normales, suministre la prueba de la existencia del principio anímico en el hombre. Por lo menos esto es lo que resulta de los comentarios del doctor Charcot, cuya competencia nadie pondrá en duda.

El hipnotismo, dice, es un mundo en el cual se encuentran al lado de hechos palpables, materiales, groseros, que no se apartan de la fisiología, otros hechos absolutamente extraordinarios, inexplicables hasta aquí, que no obedecen a ninguna ley fisiológica y enteramente extraños y sorprendentes. Me aplico a los primeros y dejo a un lado los segundos.

De modo que los médicos más célebres confiesan que esta cuestión está aún, para ellos, llena de oscuridad. En sus investigaciones se limitan a observaciones superficiales y desdeñan los hechos que podrían conducirles directamente a la solución del problema. La ciencia materialista vacila en aventurarse sobre el terreno de la psicología experimental, porque siente que allí se encontraría en presencia de las fuerzas psíquicas, del alma, en una palabra, cuya existencia ha negado con tanta terquedad.

Sea como fuere, el magnetismo, después de haber sido rechazado durante largo tiempo por las corporaciones sabias, empieza ahora, bajo otro nombre, a llamar su atención. Pero mucho más fecundos serían los resultados si, en vez de operar sobre histéricos, se experimentase en personas sanas y robustas. El sueño magnético desarrolla en los sujetos lúcidos facultades nuevas y un poder de percepción incalculable. El fenómeno más notable es la visión a gran distancia sin el auxilio de los ojos. Un sonámbulo puede guiarse de

noche, leer y escribir con los ojos cerrados, y entregarse a los trabajos más delicados y difíciles.

Otros sujetos ven en el interior del cuerpo humano, discernen sus males y lo que los causa, leen el pensamiento en el cerebro y penetran sin el concurso de los sentidos en los más recónditos dominios. Escudriñan los misterios de la vida fluídica, entran en relación con los seres invisibles de que hemos hablado y nos transmiten sus consejos y sus enseñanzas.

Más adelante volveremos a tratar este último punto, pero desde ahora podemos considerar como establecido el hecho que se desprende de los estudios y de las experiencias de Puységur, de Deleuze, de du Potet y de sus innumerables discípulos. A saber, que el sueño magnético, al inmovilizar el cuerpo, al aniquilar los sentidos, restituye el ser psíquico a la libertad, centuplica sus medios íntimos de percepción y le hace entrar en un mundo vedado a los seres corporales, mundo del cual nos describe las leyes y las bellezas.

Y ese ser psíquico que, durante el sueño, vive, piensa y se mueve fuera del cuerpo, que afirma su personalidad independiente por un modo de ver y por conocimientos superiores a los que posee en estado de vigilia, ¿qué es, sino el alma misma, el alma que no es ya una resultante de las fuerzas vitales y del juego de los órganos, sino una causa libre, una voluntad activa, desprendida momentáneamente de su cárcel, cerniéndose sobre la naturaleza entera y gozando de la integridad de sus facultades innatas! Así pues, los fenómenos magnéticos hacen evidente, no tan sólo la existencia del alma, sino también su inmortalidad, pues si durante la existencia corporal, el alma se desprende de su tosca envoltura y vive y piensa

fuera de ella, con mucha mayor razón volverá a encontrar a la muerte la plenitud de su libertad.

La ciencia del magnetismo no solamente nos hace tocar con el dedo la existencia del alma, sino que también pone en manos del hombre maravillosos recursos. La acción de los fluidos sobre el cuerpo humano es inmensa; sus propiedades son múltiples y variadas. Gran número de hechos han probado que con su ayuda se pueden aliviar los más crueles padecimientos. ¿No curaban los grandes misioneros con la imposición de las manos? Este es todo el secreto de sus pretendidos milagros. Los fluidos, obedeciendo a una poderosa voluntad, a un ardiente deseo de hacer bien, penetran en los organismos débiles, y sus moléculas benéficas sustituyendo a las moléculas mórbidas, devuelven gradualmente la salud a los enfermos y el vigor a los achacosos.

Puede objetarse que una legión de charlatanes abusa, para explotarlas, de la credulidad y de la ignorancia del público, alabándose de un poder magnético imaginario. Esta es una consecuencia inevitable del estado de inferioridad moral de la humanidad. Una cosa nos consuela de estos tristes hechos, y es que no hay hombre animado de una simpatía profunda por los desheredados y de un verdadero amor por los que sufren, que no pueda aliviar a sus semejantes por medio de la práctica sincera e ilustrada del magnetismo.

FENÓMENOS ESPIRITISTAS

Entre todas las pruebas de la existencia en el hombre de un principio espiritual y de su supervivencia al cuerpo, las más sorprendentes son las que resultan de los fenómenos del espiritualismo experimental o Espiritismo.

Los fenómenos espiritistas, considerados al principio como puro charlatanismo, han entrado en el dominio de la observación rigurosa, y si ciertos sabios los desdeñan aún, los rechazan y los niegan, otros sabios, y no de los menos eminentes, los estudian y hacen constar su importancia y realidad. En América y en todas las naciones de Europa, hay sociedades de estudios psicológicos que hacen de ellos el objeto constante de sus investigaciones.

Estos fenómenos, como ya hemos visto, se han producido en todo tiempo. Antiguamente se les rodeaba de misterio y no eran conocidos más que por un pequeño número de investigadores. Hoy se universalizan, se producen con una persistencia y una variedad de formas que confunden a la ciencia moderna. Newton lo ha dicho: «Es de locos creer que todas las cosas son conocidas, y es de sabios

estudiar siempre.» No solamente todos los sabios, sino todos los hombres sensatos tienen el deber de averiguar estos hechos que nos descubren todo un lado ignorado de la naturaleza, de remontarse a sus causas y de averiguar sus leyes. Este examen no puede menos de fortificar la razón y ser útil al progreso, destruyendo la superstición en su germen, pues la superstición está siempre dispuesta a apoderarse de los fenómenos descuidados por la ciencia, a disfrazarlos y a atribuirles un carácter sobrenatural y milagroso.

La mayor parte de los que desdeñan estas cuestiones o que habiéndolas estudiado, lo han hecho superficialmente, sin método y sin constancia, acusan a los espiritistas de haber interpretado mal los fenómenos, o, por lo menos, de haber inferido conclusiones prematuras.

Responderemos que ya hay mucho adelantado con que los adversarios del Espiritismo ataquen la interpretación de los hechos y no su realidad. En efecto, los hechos se afirman y no se discuten. Pues bien, la realidad de los fenómenos espiritistas está atestiguada, como vamos a verlo, por hombres del más elevado carácter, por sabios de alta competencia, que se han creado un nombre por sus trabajos y sus descubrimientos. Pero no es necesario ser un sabio de primer orden para asegurarse de la existencia de fenómenos que los sentidos perciben y, de consiguiente, es siempre posible comprobar. Con un poco de perseverancia y sagacidad, cualquiera puede, colocándose en las condiciones necesarias, observar estos hechos y formarse respecto a ellos una opinión ilustrada.

Cierto es que de estos fenómenos algunos pueden explicarse por el automatismo, la autosugestión de los médiums, la exteriorización

DESPUÉS DE LA MUERTE

de las fuerzas o la transmisión de los pensamientos; pero por muchos que sean los casos a los cuales puedan atribuirse estas causas queda aún un número considerable de ellos cuya única explicación lógica es la intervención de los difuntos.

Hemos refutado en otro lugar las objeciones de esta naturaleza¹ y reproducido todo un conjunto de pruebas de la identidad de los Espíritus, susceptibles de convencer al investigador exento de partidismos, libre de los prejuicios y de las teorías preconcebidas.

¹ Véase *En lo invisible, Espiritismo y Mediumnidad*, 2º parte, *Los Hechos*.

19

TESTIMONIOS CIENTÍFICOS

En el centro de los Estados Unidos de América, hacia 1850, fue donde, por primera vez, las manifestaciones espiritistas llamaron la atención pública. Se oían golpes en varias habitaciones, los muebles cambiaban de sitio bajo el impulso de una fuerza invisible, las mesas se agitaban y daban fuertes golpes en el suelo. Habiéndosele ocurrido a uno de los espectadores combinar las letras del alfabeto con el número de los golpes, se estableció una especie de telegrafía espiritual y la fuerza oculta pudo conversar con los asistentes. Dijo ser el alma de una persona conocida que había vivido en el mismo país, entró en detalles muy precisos sobre la identidad, la vida y la muerte de dicha persona y refirió particularidades propias para disipar toda duda. Otras almas fueron evocadas y respondieron con igual precisión. Todas decían estar revestidas de un cuerpo fluídico invisible a nuestros sentidos, mas a pesar de esto, material.

Las manifestaciones se multiplicaron con rapidez, invadiendo progresivamente todos los Estados de la Unión. Tanto se preocupaba de ellas la opinión, que ciertos sabios creyendo ver en esto una causa

de perturbación para la razón y la tranquilidad pública, resolvieron observarlas de cerca a fin de demostrar su absurdo. El juez Edmonds, juez de la Corte Suprema de Nueva York y presidente del Senado; y el profesor de química Mapes, de la Academia nacional, fueron llamados a dar su dictamen sobre la realidad y el carácter de los fenómenos espiritistas. Pues bien, sus conclusiones, formuladas después de un examen riguroso, en obras importantes, fueron que tales fenómenos eran reales y no podían ser atribuidos más que a la intervención de los Espíritus.

El movimiento se propagó hasta tal punto que, en 1852, una petición Armada con quince mil nombres fue dirigida al Congreso de Washington, a fin de obtener la proclamación oficial de la realidad de los fenómenos.

Un sabio célebre, Robert Hare, profesor en la Universidad de Pensilvania, se puso abiertamente de parte de los espiritistas publicando una obra que causó sensación. Esta obra tenía por título: *Experimental investigations of the spirit manifestations*, y establecía científicamente la intervención de los Espíritus.

Roberto Dale Owen, sabio, diplomático y escritor de renombre, se pronunció igualmente en favor de aquel movimiento de opinión, y escribió varias obras para defenderlo. Una de ellas, *Foot Falls on the Boundary of another World (Sobre el límite de otro mundo 1877)*, tuvo un éxito considerable.

Hoy, el Espiritismo cuenta con millones de adeptos en los Estados Unidos. Están representados por una prensa numerosa.

En el transcurso de los últimos años, las experiencias dirigidas por un cierto número de profesores de las grandes Universidades americanas, con la ayuda de la célebre médium, la señora Piper¹ proporcionaron a esta teoría importantes adhesiones.

James Hyslop, profesor de psicología de la Universidad de Columbia, en New York, se expresaba así, en su informe acerca de la mediumnidad de aquella señora:

*A juzgar por lo que he visto por mí mismo, no sé cómo podré sustraerme a la conclusión de que la existencia de una vida futura está absolutamente demostrada.*²

El doctor R. Hodgson escribía, a su vez:

Creo, sin concebir la menor duda, que los Espíritus comunicantes son, en efecto, las personalidades que dicen ser; que han sobrevivido al cambio que nosotros llamamos la muerte, y que han comunicado con nosotros, los denominados vivos, por medio del organismo de Mrs. Piper, adormecida.

El mismo doctor Ricardo Hodgson, fallecido en diciembre de 1906, se manifestó después por conducto mediúmnico, a su amigo el profesor J. Hyslop. Entró en detalles muy extensos y muy precisos acerca de las experiencias y de los trabajos de la Sociedad de investigaciones psíquicas, de la que era presidente en la sección americana. Estos mensajes, perfectamente acordados entre ellos, fueron transmitidos por diferentes médiums que se desconocían

¹ Véase *En lo invisible, Espiritismo y Mediumnidad*, p. 282 y siguientes.

² *Proceedings S. P. R.*, t. XVI.

unos a otros. Volvieron a encontrarse las palabras y las frases familiares en el comunicante durante su vida.¹

Pero en Inglaterra es donde las manifestaciones espiritistas han sido sometidas a un análisis más metódico. Muchos sabios ingleses han estudiado los fenómenos de la mesa con perseverante y minuciosa atención, y de ellos proceden los testimonios más formales.

En 1869, la *Sociedad Dialéctica* de Londres, —uno de los grupos científicos más autorizados— nombra una comisión de treinta y tres miembros, sabios, letrados, pastores, magistrados, entre los cuales se hallaban sir John Lubbock, de la *Sociedad Real* (Academia inglesa), Henry Lewes, hábil fisiólogo, Husley, Wallace, Crookes, etc., para examinar y «destruir para siempre» estos fenómenos espiritistas que, decía el manifiesto, «no son más que producto de la imaginación.»

Después de dieciocho meses de experiencias y de estudios, la comisión reconoció en su informe la realidad de los fenómenos y falló en favor del Espiritismo.

En la enumeración de los hechos observados, el informe no indicaba solamente los movimientos de las mesas y los golpes; mencionaba también:

...apariciones de manos y de formas que no pertenecían a ningún ser humano, y que parecían vivas por su acción y su movilidad. Los asistentes cogían y tocaban algunas veces estas

¹ *Journal of the American Society for psychical Researches*, noviembre de 1907.

manos, convencidos de que no eran el resultado de una impostura ni de una ilusión.

Uno de los treinta y tres, Alfred Russel Wallace, colaborador de Darwin, llegó a ser, después de la muerte de este último, el más eminente representante del evolucionismo, prosiguió sus investigaciones y consignó sus resultados en una obra que tuvo gran resonancia en el otro lado del estrecho. Hablando de los fenómenos, se expresa en estos términos:

Cuando me entregué a estos estudios, era materialista acérrimo. No había en mi mente lugar alguno para la representación de una existencia espiritual. Los hechos, sin embargo, son cosas tenaces; me vencieron y me obligaron a aceptarlos antes de poder admitir su explicación espiritual. Esta vino por grados, bajo la influencia constante de hechos sucesivos, de los que no puede hacerse caso omiso ni explicarlos de ninguna otra manera.

Entre los sabios ingleses cuyo testimonio público puede invocarse en favor de la manifestación de los Espíritus, puede citarse a Stainton Moses (conocido como Oxon), profesor de la facultad de Oxford, quien publicó dos volúmenes intitulados "Psychography" -que trata, sobre todo, de los fenómenos de la escritura directa- y "Spirit Identity"; sir Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, del que se hablará más adelante; Varley, ingeniero jefe de telégrafos; A. de Morgan, presidente de la Sociedad matemática de Londres, autor de "From Matter of Spirit"; y los profesores Challis, de la Universidad de Cambridge, y Barrett, de la Universidad de Dublín.

Por encima de todos estos nombres, con justicia estimados, hay otro, más grande y más ilustre, que se añade a la lista de los

partidarios y de los defensores del Espiritismo. Es el de William Crookes, miembro de la *Sociedad Real*, la Academia de ciencias de Inglaterra.

No hay ciencia que no deba un descubrimiento o un progreso a este espíritu sagaz. Los trabajos de Crookes sobre el oro y la plata, su aplicación del sodio al procedimiento de amalgamación, son utilizados en todas las plazas de América y de Australia. Con auxilio del heliómetro del observatorio de Greenwich, ha podido fotografiar, antes que nadie, los cuerpos celestes, y sus reproducciones de la Luna son célebres. Sus estudios sobre los fenómenos de la luz polarizada y sobre la espectroscopia, no son menos conocidos. Crookes ha también ha descubierto el talio. Pero a todos estos trabajos sobrepuja su magnífico descubrimiento del cuarto estado de la materia, descubrimiento que le asegura un lugar en el panteón de Inglaterra al lado de Newton y de Herschell, y otro más duradero aún en la memoria de los hombres.

William Crookes se ha entregado durante diez años al estudio de las manifestaciones espiritistas, construyendo, para comprobarlas científicamente, instrumentos de una precisión y de una delicadeza inauditas. Asistido por una médium notable, la señorita Florence Cook, y por otros sabios tan rigurosamente metódicos como él, operaba en su propio laboratorio, rodeado de aparatos eléctricos que hubieran hecho imposible o mortal cualquier tentativa de superchería.

En su obra: *Nuevos Experimentos sobre la Fuerza Psíquica*, Crookes analiza los diversos géneros de fenómenos observados: movimientos de cuerpos pesados, ejecución de piezas de música sin

contacto humano, escritura directa, apariciones de manos en plena luz, apariciones de formas y de figuras, etc. Por espacio de tres años, el Espíritu de una graciosa joven llamada Katie King, apareció todas las noches a la vista de los investigadores, revistiendo por algunos instantes todas las apariencias de un cuerpo humano provisto de órganos y de sentidos, conversando con el señor y la señora Crookes y los asistentes, sometiéndose a todas las experiencias exigidas, después de lo cual se desvanecía como una ligera niebla. Estas curiosas manifestaciones están minuciosamente referidas en la obra de W. Crookes, que ha traducido al francés Alidel.

La *Society for Psychical Researches*, otro grupo de sabios, se dedica desde hace treinta años a hacer informaciones profundas: miles de casos han sido revelados por ella y consignados en sus *Proceedings*, así como en una obra especial *Phantasms of the Living*, de los doctores Myers, Gurney y Podmore. Estos explican los fenómenos por la *telepatía* o acción a distancia entre personas humanas. Sin embargo, conviene hacer notar que las apariciones son casi siempre producidas en el momento de la muerte, y a veces después de la muerte de las personas cuyas facciones se reproducen.

La objetividad, la realidad de los hechos sobresale en *Proceedings* y en los testimonios recogidos en el transcurso de la información. Las apariciones, en algunos casos, han impresionado a los animales¹; ante su presencia, los perros se sobrecogen de terror, se esconden o huyen; los caballos se detienen de pronto, tiemblan con todos sus miembros, se cubren de sudor y se niegan a avanzar.

¹ *Proceedings*, p. 151.

Algunas apariciones han dado lugar a impresiones auditivas, táctiles y visuales. Se ha hablado de fantasmas¹ vistos sucesivamente en los diversos pisos de una misma casa por diferentes testigos. En *Phantasms of the Living*, se hace mención a menudo de efectos físicos producidos por la acción de los fantasmas, tales como ruidos, golpes, puertas abiertas, objetos movidos, etc.; y se habla de las voces que predicen los acontecimientos². Las apariciones han sido también fotografiadas³.

La identidad de los difuntos se precisa más aún en las experiencias proseguidas por la misma sociedad con el concurso de los médiums Mrs. Piper y Thomson, de los que nos hemos ocupado en otra parte⁴.

Una obra magistral se publicó en 1903 por F. Myers, de Cambridge, con el título de *Human Personality and its Survival of Bodily Death*. Contiene una exposición metódica y sustancial de los hechos espiritistas de todos los órdenes, y termina con el boceto de una síntesis filosófica y religiosa basada en los mismos hechos.

El profesor Flournoy, de la Universidad de Ginebra, a pesar de ser muy escéptico en estas materias, destacó en los siguientes términos la importancia de semejante obra:

Las pruebas y los razonamientos suministrados por Myers, en favor de los fenómenos psíquicos supranormales, constituyen,

¹ *Proceedings*, págs. 102, 107.

² *Proceedings*, p. 305; *Phantasms of the Living*. Páginas 102, 149.

³ *Anales de las Ciencias psíquicas*, págs. 356, 361.

⁴ Véase *En lo invisible, Espiritismo y Mediumnidad*, capítulo XIX.

por su número y por su peso, un conjunto demasiado grande, para que puedan negarse en lo sucesivo, a menos de taparse voluntariamente los ojos, y constituiría una loca necedad apartar de nuestra vista ese conjunto, con el falaz pretexto de que tales hechos no son susceptibles de ser estudiados de una manera científica.¹

Sir Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, se expresó así en un discurso que pronunció el 10 de septiembre de 1913, como presidente de la *Asociación británica de las Ciencias*:

Aunque hablo ex cátedra, como uno de los representantes de la ciencia ortodoxa, me permitiré una nota personal, al resumir el resultado de treinta años de experiencias en la investigación psíquica, investigación comenzada por mí sin predilección alguna por estos estudios y aun con la hostilidad habitual...

Los fenómenos ocultos, desde el punto de vista científico, me han convencido de que la memoria y los afectos no son limitados en esta combinación con la materia, por la cual sólo pueden manifestarse aquí y ahora, y de que la personalidad persiste más allá de la muerte corporal".²

El 22 de noviembre de 1914, en una conferencia pronunciada en el Browning Settlement, en Walworth, el mismo sir Oliver Lodge afirmaba, además:

¹ Flournoy, *Archivos de Psicología*, número 7, junio de 1903.

² Anales de las Ciencias psíquicas, junio de 1914

...Continuaremos existiendo, seguramente, después de la muerte. Lo digo, porque sé que algunos de mis amigos fallecidos existen aún, puesto que he hablado con ellos.

La comunicación es posible; pero no se puede hacer más que obedecer a las leyes, buscando de antemano sus condiciones. No digo que ello sea cómodo, pero es posible. He conversado con mis amigos difuntos, exactamente como podría hablar con una persona cualquiera en esta audiencia. Siendo hombres de ciencia, esos amigos me han proporcionado la prueba de su identidad, la prueba de que eran ellos realmente, y no cualquier personificación o cualquiera otra cosa que emanase de mí mismo.

Tratamos de publicar algunas de estas pruebas.

Os digo con la fuerza de convicción de que soy capaz, que persistimos después de la muerte, que los difuntos continúan interesándose por lo que pasa en la Tierra, y que saben muchas más cosas a este respecto que sabemos nosotros mismos...¹

Otros hechos muy personales han venido después a aumentar el número y la importancia de las pruebas que Sir Oliver Lodge puede dar en sustentación de sus convicciones. Su hijo Raymond, ingeniero, murió en Flandes el 14 de septiembre de 1915, a la edad de veintiséis años.

¹ *Anales de las Ciencias psíquicas*, enero de 1915

Unas comunicaciones espiritistas se entablaron entre el padre y el hijo, y, a consecuencia de estas comunicaciones, Sir Oliver Lodge publicó el hermoso libro *Raymond o La Vida y la Muerte*, libro que arroja una nueva luz acerca de los detalles de la vida del otro mundo.

Esta obra que el infortunado padre ha escrito, no con su pluma de erudito, sino con su corazón, provocará seguramente muchas conversiones entre aquellos que, cruelmente fustigados por la guerra actual, sientan germinar en ellos las esperanzas saludables y no puedan admitir que la muerte sea un fin y lleve consigo la eterna separación.

El movimiento espiritista se ha extendido por los países latinos. España posee en cada una de sus principales ciudades una sociedad y un periódico de estudios psíquicos. La agrupación más importante es el *Centro Barcelonés*. Una Federación une a todos los grupos y círculos de Cataluña, en número de unos cincuenta.

Italia ha visto producirse manifestaciones imponentes en favor del Espiritismo. Debates apasionados han agitado a las personas sabias, a consecuencia de las experiencias del profesor Chaia con la médium Eusapia Paladino. Este investigador ha reproducido todos los fenómenos notables del Espiritismo: predicciones, materializaciones, levitaciones, etc. A lo que hay que añadir modulaciones de pies, de manos y de rostros en parafina derretida, obtenidos en recipientes garantizados de todo contacto humano.

La publicidad dada a estos hechos provocó una viva crítica por parte del célebre profesor Lombroso, de la Universidad de Nápoles. El señor Chaia se ofreció a reproducirlos en su presencia, y tuvieron

lugar varias sesiones a fines de 1891, en el domicilio del señor Lombroso. Éste, acompañado de los profesores Tamburini, Virgilio, Bianchi y Vizioli, de la Universidad de Nápoles, pudo comprobar la realidad de los hechos espiritistas, comprobación que hizo pública¹.

El *Italia del Popolo*, periódico político de Milán, publicaba, el 18 de noviembre de 1892, un suplemento especial que contenía las actas de diecisiete sesiones celebradas en aquella ciudad, en casa del señor Finzi, en presencia de la misma médium Eusapia Paladino. Este documento está firmado con los siguientes nombres, que pertenecen a unos cuantos eminentes sabios de diversos países:

Schiaparelli, director del Observatorio Astronómico de Milán; Aksakof, consejero de Estado ruso, director del periódico *Psychische Studien*, de Leipzig; Dr. Carl du Prel, de Munich; Angelo Brofferio, profesor de filosofía; Gerosa, profesor de física de la Escuela Superior de Portici; Ermacora y G. Finzi, doctores en física; Charles Richet, profesor de la Facultad de Medicina de París, director de la *Revista Científica*; Lombroso, profesor de la Facultad de Medicina de Turín.

Estas actas comprueban la producción de los siguientes fenómenos, obtenidos en la oscuridad, estando sujetos constantemente los pies y las manos de la médium, por dos de los concurrentes:

Transporte sin contacto de objetos diversos —sillas, instrumentos de música, etc.—. Impresiones de dedos sobre

¹ Véase *El Fenómeno Espiritista, testimonio de los sabios*, por Gabriel Delanne, p. 235.

papel ennegrecido. Huellas de dedos en la arcilla. Apariciones de manos en un fondo luminoso. Apariciones de luces fosforescentes. Levantamiento del médium sobre una mesa.

Traslado de las sillas con las personas que las ocupaban. Contactos sentidos por los concurrentes. Apariciones de manos humanas y vivas encima de la cabeza del médium. Contacto con una cara humana barbuda. (Estos últimos hechos obtenidos a media luz).

En sus conclusiones, los experimentadores citados establecen que en razón de las precauciones tomadas no era posible ningún fraude. Del conjunto de los fenómenos observados —dicen— se desprende **el triunfo de una verdad que se ha hecho impopular injustamente.**

En 1904, el profesor Lombroso publicaba en la *Rivista d'Italia*, de Roma, a propósito de los fenómenos psíquicos supranormales, la importante declaración que va a leerse¹:

Entre estas manifestaciones, pueden citarse la levitación, es decir, el levantamiento del cuerpo sin ningún esfuerzo por parte de la persona que lo ejecuta o que lo experimenta; el movimiento de objetos inanimados, y, lo que es más singular aún, las manifestaciones de seres que poseen una voluntad, una manera de pensar, aunque muy extraña y caprichosa, como si fuesen hombres vivos; a veces, incluso, la presencia de hechos, antes de haberlos observado, me fue preciso aceptarlos cuando, a pesar mío, las pruebas más manifiestas y más palpables se me

¹ Reproducido por la *Revista de Estudios Psíquicos*, París, marzo de 1904.

presentaron delante de los ojos; no me he considerado en el deber de negar estos hechos porque no llegase a explicármelos. Por otra parte, como las leyes de las ondas hertzianas explican en su mayor parte, la telepatía, así como los nuevos descubrimientos acerca de las propiedades radioactivas de ciertos metales, sobre todo el radium, destruyen la más seria objeción que el sabio pudiese hacer a las misteriosas manifestaciones espiritistas. Estos descubrimientos nos prueban, en efecto, que pueden existir, no breves manifestaciones sólo, sino un desenvolvimiento perpetuo y enorme de energía, de luz y de calor sin pérdida aparente de materia.

El profesor Milesi, de la Universidad de Roma, *uno de los campeones más estimados de la joven escuela psicológica italiana*, conocido en Francia por sus conferencias de la Soborna sobre la obra de Auguste Comte, va más lejos aún. Firma el acta de las sesiones a las cuales asistía y en las que se produjeron materializaciones de Espíritus, entre otras las de su propia hermana fallecida hacía tres años en Cremona¹.

Más recientemente, el mismo profesor Lombroso, al dar cuenta de sus experiencias en la revista italiana *Arena*, relataba los hechos siguientes²:

Después del transporte de un objeto muy pesado, Eusapia, en un estado de excitación, me dijo: "¿Por qué pierdes el tiempo en

¹ Véase la *Revista de Estudios Psíquicos*, marzo de 1904, p.80.

² Véanse también los *Anales de las Ciencias Psíquicas*, febrero de 1908.

esas minucias? Soy capaz de hacerte ver a tu madre; pero es preciso que pienses fuertemente en ello".

Interesado por aquella promesa, después de media hora de sesión, sentí el intenso deseo de verla cumplida, y la mesa pareció dar su asentimiento, con sus movimientos habituales de levantamientos sucesivos, ante mi pensamiento íntimo. De pronto, en la semioscuridad de la luz roja, vi salir de entre las cortinas una figura un poco inclinada, como era la de mi madre, y cubierta con un velo, que dio la vuelta a la mesa para llegar hasta mí, murmurando unas palabras que algunos oyeron, pero que mi ligera sordera no me dejó entender.

Cuando, bajo la acción de una viva emoción, le supliqué que las repitiese, me dijo: "¡Coesar figlio mio!", lo cual confieso que no era su expresión ordinaria. En efecto, como era veneciana, decía "mio fiol". Luego, apartando sus velos, me dio un beso.

Lombroso recuerda después las comunicaciones, escritas o habladas, en lenguas extranjeras, las revelaciones de hechos desconocidos, tanto por el médium como por los concurrentes, y los hechos de telepatía. Más adelante, dice:

Conviene agregar que los casos de casas alquiladas en las cuales, durante algunos años, se reproducen las apariciones o los ruidos, coincidiendo con el relato de muertes trágicas y observados sin la presencia de los médiums, dicen mucho contra la acción exclusiva de éstos y en favor de la acción de los difuntos.

EL ESPIRITISMO EN FRANCIA

No podría Francia como Inglaterra mostrarnos tres académicos espiritistas. Los sabios de nuestro país, tal vez más que los de ninguna otra parte, han manifestado una indiferencia o una reserva de propósito deliberado respecto a las manifestaciones psíquicas. Hay, no obstante, brillantes excepciones. Mencionaremos solamente al astrónomo Camille Flammarion, cuyo encantador estilo ha popularizado la ciencia de los mundos, y Babinet, de la Academia francesa de Ciencias. Estos dos sabios han hecho acto de adhesión al Espiritismo, el primero con su discurso pronunciado sobre la tumba de Allan Kardec, el segundo con su carta al doctor Feytaud (1867), carta publicada y en la cual hace conocer su intención «*de exponer al público los increíbles fenómenos de que ha sido testigo y cuya realidad piensa poder demostrar, decidido como está a seguir adelante*». Su muerte impidió la ejecución de estos proyectos.

Más recientemente, el Doctor Paul Gibier, discípulo favorito de Pasteur y profesor en el *Muséum*, ha publicado dos obras: *Le*

Spiritisme ou Fakirisme occidental (París, 1887), y *Analyse des choses* (1889), en las cuales estudia concienzudamente y afirma con entereza la existencia de los mismos hechos.

El Dr. Gibier, ayudado por el médium Slade, estudió de una manera muy especial la escritura directa en pizarra, a la que dedicó treinta y tres sesiones. Se obtuvieron numerosos mensajes en varias lenguas en el interior de pizarras dobles, adheridas una contra otra.

Observamos estos fenómenos —escribe¹— tantas y tantas veces, y bajo formas tan variadas, que debemos decir que no podemos creer en nada de lo que vemos todos los días en la vida ordinaria, si ha de prohibírsenos que nos atengamos a nuestros sentidos en este caso particular.

En 1900, este mismo sabio dirigía al Congreso Internacional oficial de Psicología, reunido en París, una memoria relatando numerosas materializaciones de fantasmas, observadas en su propio laboratorio de New York, en presencia de varios testigos, principalmente de los auxiliares que le asistían habitualmente en sus investigaciones de biología².

Pero es sobre todo en el mundo de las letras y de las artes donde encontraremos gran número de partidarios y defensores de los fenómenos espiritistas y de las doctrinas, que les conciernen. Citaremos entre otros escritores que se han pronunciado en este sentido a Eugène Nus, autor de *Les Grands Mistères y de Choses de l'autre Monde*; Vacquerie, quien expuso sus ideas sobre este punto en

¹ *El Espiritismo o Fakirismo occidental*, p. 340.

² Véase *Resumen oficial del IV Congreso Internacional de Psicología*, p. 675, reproducida *in extenso* en los *Anales de las Ciencias psíquicas*, febrero de 1901.

las *Miettes de l'histoire*; Víctor Hugo, Maurice Lachâtre, Théophile Gautier, Victoriane Sardou, Ch. Fauvety, Ch. Lomon, Eugène Bonnemère, Alexandre Hepp, etc.

Casi siempre, las experiencias espiritistas han sido ensayadas en Francia fuera de las academias, y de ahí proviene sin duda la poca atención sostenida que se les ha prestado. De 1850 a 1860, las mesas giratorias gozaban de favor, el entusiasmo era general y no había fiesta ni reunión íntima que no terminase con algunos ejercicios de este género. Mas entre la multitud de los que tomaban parte en estas reuniones y se divertían con el fenómeno ¿cuántos habrá que hayan vislumbrado sus consecuencias bajo el punto de vista científico y moral, y la importancia de las soluciones que aportaba a la humanidad? Pronto se cansaron de hacer preguntas triviales a los Espíritus. La moda de las mesas giratorias pasó como todas las modas, y después de cierto ruidoso proceso, el Espiritismo cayó en descrédito.

Pero, a falta de sabios oficiales, observadores de los fenómenos, Francia poseía un hombre llamado a representar un papel importantísimo, universal, en el advenimiento del Espiritismo.

Allan Kardec, después de haber estudiado diez años por el método positivo, con claro entendimiento e infatigable paciencia, las experiencias hechas en París. Después de haber recogido los testimonios y las noticias que le llegaban de todos los puntos del globo, coordinó este conjunto de hechos, dedujo los principios generales y compuso todo un cuerpo de doctrina contenido en cinco volúmenes cuyo éxito fue tal que de algunos de ellos se han hecho ya más de treinta ediciones.

El Libro de los Espíritus (parte filosófica) *El Libro de los Médiuns* (parte científica), *El Evangelio según el Espiritismo* (parte moral), *El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina según el Espiritismo* y *La Génesis*.

Allan Kardec fundó la *Revue Spirite*, que llegó a ser el órgano, el lazo de unión de los espiritistas del mundo entero, y en la cual se puede seguir la evolución lenta, progresiva, de esta revelación moral y científica.

La obra de Allan Kardec es, pues, el resumen de las enseñanzas comunicadas a los hombres por los Espíritus en un número considerable de grupos repartidos en todos los puntos de la Tierra, durante un período de veinte años.

Estas comunicaciones nada tienen de sobrenatural, puesto que los Espíritus son seres semejantes a nosotros, que han vivido en la Tierra y en su mayor parte volverán a ella, sometidos como nosotros a las leyes de la naturaleza, y, como nosotros, revestidos de un cuerpo, más sutil, a la verdad, y más etéreo que el nuestro, no pudiendo nosotros percibirlo más que en determinadas circunstancias.

Allan Kardec, como escritor, ha dado muestra de una claridad perfecta y de una lógica rigurosa. Todas sus deducciones se fundan en hechos adquiridos, afirmados por miles de testigos. A su llamamiento, la filosofía desciende de las alturas abstractas en que se cernía, y se hace sencilla, popular, accesible para todos. Despojada de sus formas anticuadas, puesta al alcance de las más humildes inteligencias, trae esperanza, luz y consuelo a los que buscan y a los

que padecen, demostrando la persistencia de la vida más allá de la tumba.

La doctrina de Allan Kardec, nacida —nunca lo repetiremos demasiado— de la observación metódica y de rigurosos experimentos, no puede llegar a ser un sistema definitivo, inmutable, fuera y por encima de las futuras conquistas de la ciencia. Resultado combinado de los conocimientos de dos mundos, de dos humanidades que se compenetran, pero imperfectas ambas y ambas en marcha hacia la verdad y hacia lo desconocido, la doctrina de los Espíritus se transforma sin cesar por medio del trabajo y del progreso, y aunque superior a todos los sistemas y a todas las filosofías del pasado, deja campo abierto a las rectificaciones y a las aclaraciones del porvenir.

Desde el fallecimiento de Allan Kardec, el Espiritismo ha llevado a cabo una evolución considerable, asimilándose el fruto de los trabajos de veinticinco años. El descubrimiento de la materia radiante, los sutiles análisis de los sabios ingleses y americanos sobre los cuerpos fluídicos y sobre las envolturas periespirituales y las formas revestidas por los Espíritus en sus apariciones, son progresos que han abierto al Espiritismo un horizonte nuevo. Se ha lanzado a él sin temor y merced a esos estudios minuciosos, ha penetrado la naturaleza íntima del mundo fluídico, y puede en adelante luchar con armas iguales contra sus adversarios en este terreno de la ciencia con el cual se ha familiarizado.

El Congreso Espiritista y Espiritualista, reunido en París en Septiembre de 1889, ha demostrado toda la vitalidad de una doctrina a la que se creía sepultada bajo la burla y los sarcasmos. Quinientos

delegados, venidos de todos los puntos del globo, han asistido a sus sesiones; noventa y cinco revistas y periódicos estaban allí representados. Hombres de gran saber y de elevada posición, médicos, magistrados, profesores, y hasta eclesiásticos, pertenecientes a las naciones más diversas, franceses, españoles, italianos, belgas, suizos, rusos, alemanes, suecos, etc., han tomado parte en los debates.

Los miembros de las escuelas representadas en este Congreso, espiritistas, teósofos, cabalistas, swedenborgianos, con una unión perfecta han afirmado por unanimidad de votos, los dos principios siguientes:

Persistencia del Yo consciente después de la muerte, o sea inmortalidad del alma.

Relaciones entre los vivos y los muertos¹.

Ya el Congreso Espiritista de 1889, despertando la atención pública, había estimulado el espíritu de examen y provocado todo un

¹ El Congreso Espiritista y Espiritualista internacional de París, de 1900, afirmó por unanimidad su creencia en los principios y hechos siguientes:

Existencia de Dios, Inteligencia suprema, causa prima de todas las cosas. Pluralidad de los mundos habitados. Inmortalidad del alma; sucesión de sus existencias corporales en la tierra y en otros globos del espacio. Demostración experimental de la supervivencia del alma humana por la comunicación mediúmnica con los Espíritus. Condiciones afortunadas o desgraciadas de la vida humana, en razón de las adquisiciones anteriores del alma, de sus méritos o de sus deméritos y de los progresos que debe realizar. Perfeccionamiento infinito del ser. Solidaridad y fraternidad universales.

conjunto de estudios y de experiencias científicas. Una *Sociedad de investigaciones psíquicas* se fundó en París por el profesor Charles Richet, de la Academia de Medicina, y el coronel de Rochas, entonces administrador de la Escuela Politécnica. Su primer cuidado fue el de abrir una información sobre los fenómenos de aparición y sobre todos los hechos de psicología experimental observados en Francia. Una revista especializada, los *Anales de las Ciencias Psíquicas*, dirigida por el doctor Dariex y por el profesor Richet, da cuenta de sus trabajos y de los de las sociedades extranjeras.

Unas experiencias, con el concurso de la médium Eusapia Paladino, tuvieron lugar en la isla Roubaud, en casa del señor Charles Richet, en 1894; en el Agnélas (Isere), en casa del señor de Rochas, en 1895, y dieron resultados idénticos a los obtenidos en Milán, en 1892.

El Congreso Internacional de Psicología experimental, celebrado en Londres en 1892, puso de manifiesto las profundas modificaciones que se habían producido en este punto, durante pocos años, en relación con la ciencia.

El señor Charles Richet abordó francamente la cuestión de la nueva psicología: fenómenos espiritistas, telepatía, doble visión, etc. El eminente profesor se pregunta, primeramente, en su exposición¹ *¿Existe esa psicología oculta?*:

Para nosotros —responde— la cuestión no es dudosa: existe. No es posible que tantos hombres distinguidos de Inglaterra, de

¹ Reproducido por los *Anales de las Ciencias psíquicas*, diciembre de 1892.

América, de Francia, de Alemania, de Italia, etc., se hayan equivocado grosera y burdamente. Todas las objeciones que se les han hecho las habían pesado y discutido; no se les ha enseñado nada al advertírseles la posibilidad de la casualidad o del fraude; habían pensado en ello mucho antes de que se les hubiese advertido, de suerte que me cuesta trabajo creer que todos sus trabajos hayan sido estériles, y que se hayan meditado, experimentado y reflexionado fundándose en engañosas ilusiones.

El señor Charles Richet recordó a los miembros del Congreso cuánto se han arrepentido las academias muchas veces de haber negado a priori los más hermosos descubrimientos. Les conjuró a que no volvieran a caer a la sazón en la misma falta. Demostró qué resultados poderosos pueden obtenerse, bien para la ciencia, bien para la filosofía, con el estudio de la psicología nueva, basada en los hechos.

En un artículo del *Figaro* del 9 de octubre de 1904, titulado *Más allá de la ciencia*, el señor Richet llegaba aún más lejos en el camino de las afirmaciones:

El mundo oculto existe —escribía—. A riesgo de ser considerado por mis contemporáneos como un insensato, creo que hay fantasmas.

Estos últimos años se han publicado notables trabajos en Francia sobre el Espiritismo y las cuestiones anejas por el coronel de Rochas, el Dr. Geley, el Dr. Dupouy y el señor Maxwell, abogado general del juzgado de París.

Se creó en París un Instituto psicológico bajo la presidencia del difunto Dr. Duclaux, al cual sucedió el señor d'Arsonval, profesor del Colegio de Francia, para el estudio de la telepatía, de la sugestión y de los fenómenos de la mediumnidad. Otras sociedades de estudios psíquicos se fundaron en Nancy, Marsella, Niza, Montpellier, Tolosa, etc.

El movimiento psíquico se ha ido extendiendo poco a poco y ha llenado el país entero. Se deja sentir ahora hasta en los ambientes más elevados. Algunos representantes de la alta ciencia comprenden hoy toda su importancia.

El señor Boutroux, profesor de la Facultad de Letras de París, miembro del Instituto, escribía recientemente:

Un estudio amplio y completo del psiquismo no ofrece solamente un interés de curiosidad, ni siquiera científico, sino que interesa además muy directamente a la vida y al destino de los individuos y de la humanidad.¹

El doctor Duclaux, director del Instituto Pasteur, en una conferencia pronunciada en el Instituto General Psicológico, decía:

No sé si opinaréis como yo; pero este mundo poblado de influencias que padecemos sin conocerlas, penetrado de ese quid divinum que adivinamos sin conocerlo al detalle, ese mundo del psiquismo es un mundo más interesante que aquél en el cual se ha confinado hasta aquí nuestro pensamiento. Tratemos de

¹ Reproducido por *Le Matin* del 14 de marzo de 1908.

LÉON DENIS

abrirlo con nuestras investigaciones. Hay en él inmensos descubrimientos por hacer y que aprovecharán a la humanidad.¹

¹ Reproducido por *Le Matin* del 14 de marzo de 1908.

21

EL PERIESPÍRITU O CUERPO FLUÍDICO

Al negar la existencia del alma, los materialistas han frecuentemente argüido con la dificultad de concebir un ser privado de forma. Los espiritualistas mismos no se explicaban cómo el alma, inmaterial e imponderable, podía unirse estrechamente y gobernar el cuerpo material, de naturaleza esencialmente distinta. Estas dificultades han encontrado solución en los experimentos del Espiritismo.

Como ya lo hemos dicho anteriormente, el alma, durante la vida corporal como después de la muerte, está constantemente revestida de una envoltura fluídica, más o menos etérea o sutil, que Allan Kardec ha llamado *periespíritu o cuerpo espiritual*. Participando del alma y del cuerpo material, el periespíritu les sirve de mediador; transmite al alma las impresiones de los sentidos y comunica al cuerpo las voluntades del Espíritu. En el momento de la muerte, se desprende de la materia tangible, abandona el cuerpo a las

descomposiciones de la tumba; pero, inseparable del alma, conserva la forma exterior de su personalidad.

El periespíritu es por consiguiente un organismo fluídico; es la forma preexistente y sobreviviente del ser humano, sobre la cual se modela la envoltura carnal, como una doble vestidura invisible, formada de una materia refinadísima que penetra en todos los cuerpos por impenetrables que nos parezcan¹.

La materia grosera, incesantemente renovada por la circulación vital, no es la parte estable y permanente del hombre. El periespíritu es el que asegura el mantenimiento de la estructura humana y de los rasgos de la fisonomía, y esto en todas las épocas de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Viene a ser como un cañamazo o como un molde compresible y expansible sobre el cual vienen a incorporarse las moléculas. Este cuerpo fluídico no es, sin embargo, inmutable; se purifica y se ennoblece con el alma, la sigue en todas sus innumerables encarnaciones, sube como ella los grados de la escala jerárquica, se hace cada vez más diáfano y brillante, para resplandecer un día con esa luz deslumbradora de que hablan las Biblias antiguas y los testimonios de la historia respecto a ciertas apariciones.

En el cerebro de este cuerpo espiritual es donde se almacenan los conocimientos que se imprimen en él con líneas fosforescentes, y sobre estas líneas se modela y se forma el cerebro del niño en la

¹ La existencia de este estado sutil de la materia está demostrada científicamente por las experiencias de G. Le Bon, Curie, Becquerel, etc., sobre la radioactividad de los cuerpos.

reencarnación. Así, el haber intelectual y moral del Espíritu, lejos de perderse, se capitaliza y se aumenta con sus existencias. Esta es la causa de las aptitudes extraordinarias que traen al nacer ciertos seres precoces, de dotes especiales.

La elevación de los sentimientos, la pureza de la vida, los nobles arranques hacia el bien y el ideal, las pruebas y las penalidades soportadas con paciencia, afinan cada vez más las moléculas periespirituales. Como una acción química, consumen las partículas groseras y sólo dejan subsistir las más finas y sutiles.

Por un efecto inverso, los apetitos materiales, las pasiones bajas y vulgares influyen en el periespíritu entorpeciéndole y haciéndole más denso y más oscuro. La atracción de los globos inferiores como la Tierra, se ejerce con fuerza sobre estos organismos que conservan en parte las necesidades del cuerpo y no pueden satisfacerlas. Las encarnaciones de tales Espíritus se suceden rápidamente, hasta que el progreso obtenido por el sufrimiento consiga atenuar sus pasiones, sustraerles a las influencias terrestres y abrirles paso a los mundos mejores.

Los tres elementos del ser están unidos por una estrecha correlación. Cuanto más elevado es el Espíritu, cuanto más sutil, ligero y brillante es el periespíritu, tanto más está el cuerpo exento de pasiones y es más moderado en sus apetitos y deseos. La nobleza y la dignidad del alma se comunican al periespíritu haciéndole más etéreo y dando mayor armonía a sus formas; hasta en el cuerpo mismo se manifiestan; el rostro se ilumina con un reflejo de la llama interior.

El periespíritu comunica con el alma por medio de las corrientes magnéticas. Está ligado al cuerpo por los fluidos nerviosos. Estos fluidos, aunque invisibles, son fuertes ataduras que lo encadenan a la materia desde el nacimiento hasta la muerte, y aun, a los sensuales, hasta la disolución del organismo. La agonía nos representa la suma de esfuerzos realizados por el periespíritu para desprenderse de las ligaduras carnales.

El fluido nervioso o fluido vital, que nace del periespíritu, representa un papel considerable en la economía. Su existencia y su modo de acción pueden explicar muchos problemas patológicos. Agente de transmisión de las sensaciones externas a la par que de las impresiones íntimas, es comparable al hilo telegráfico que transmite el pensamiento recorriendo una doble corriente.

La existencia del periespíritu era conocida por los antiguos. Con los nombres de *ochema* y de *feruer*, los filósofos griegos y orientales designaban a la envoltura del alma *lúcida, etérea y aromal*. Según los persas, cuando la hora de la encarnación ha llegado, el *feruer* atrae y condensa a su alrededor las moléculas materiales necesarias para la constitución del cuerpo; luego las restituye a los elementos con la muerte para adoptar en otros ambientes nuevas envolturas carnales.

El cristianismo presenta igualmente las huellas de creencia. San Pablo, en su primera Epístola a los Corintios, se expresa en estos términos:

El hombre está en la Tierra como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo espiritual. Del mismo modo que tiene un cuerpo animal tiene un cuerpo espiritual.

Aunque la existencia del periespíritu haya sido afirmada en distintas épocas, al Espiritismo le ha correspondido determinar su naturaleza y sus funciones exactas. Gracias a las experiencias de Crookes y de otros sabios ingleses, sabemos que el periespíritu es el instrumento con cuyo auxilio se efectúan todos los fenómenos del magnetismo y del Espiritismo. Este cuerpo espiritual es un verdadero depósito de fluidos que el alma pone en acción por la voluntad, con ayuda de un organismo semejante al del cuerpo material, cuyo trasunto es. Él es quien en el sueño ordinario como en el sueño provocado, se desprende del cuerpo, se transporta a distancias considerables, y en la oscuridad de las noches como a la claridad del día, ve, observa y oye cosas que el cuerpo no podría conocer por sí mismo.

El periespíritu tiene, pues, sus sentidos, análogos a los del cuerpo, pero de un poder superior. Ve por medio de la luz espiritual, diferente de la luz de los astros, no pudiendo los sentidos materiales percibirla, aun cuando esté esparcida por todo el universo.

La permanencia del cuerpo fluídico, después como antes de la muerte, explica también el fenómeno de las apariciones o materializaciones de los Espíritus. El periespíritu, en la vida libre del espacio, posee virtualmente todas las fuerzas que constituyen el organismo humano, pero no las pone en acción. Una vez que el Espíritu se encuentra en las condiciones deseadas, es decir, una vez que puede prestar el médium la materia fluídica y la fuerza vital necesarias, se las asimila y reviste poco a poco las apariencias de la materia terrestre. La corriente vital circula en él, y, bajo la acción del fluido prestado, las moléculas físicas se acumulan según las líneas

esenciales del periespíritu; el cuerpo humano se constituye, y el organismo entra en funciones.

Las fotografías y los vaciados nos demuestran que ese cuerpo reconstituido es idéntico al que el Espíritu animaba en la Tierra. Pero esta vida no puede ser más que temporal y fugitiva, puesto que es anormal, y los elementos que la producen, después de una breve asociación, vuelven a sus respectivos puntos de origen.

LOS MÉDIUMS

Las facultades del periespíritu, sus medios de acción y de desprendimiento, por desarrollados que estén en ciertos sujetos, no pueden, sin embargo, ejercerse en toda su plenitud durante el periodo de encarnación, esto es, durante la vida terrestre. El periespíritu está entonces estrechamente ligado al cuerpo. Prisionero en la oscura y densa envoltura, no puede alejarse de ella sino en ciertos momentos y en condiciones particulares. Sus recuerdos permanecen en estado latente por causa de nuestra impotencia para ponerlos en acción. De aquí procede la debilidad de nuestra memoria que no puede remontar la corriente de nuestras existencias pasadas.

De regreso a la vida espiritual, el alma recobra la completa posesión de sí misma; el periespíritu recobra la plenitud de sus percepciones. Desde entonces pueden obrar de concierto sobre los fluidos e impresionar los organismos y los cerebros humanos. Este es el secreto de las manifestaciones espiritistas. Un magnetizador puede ejercer una acción poderosa sobre su sujeto, provocar su desprendimiento y suspender en él la vida material. Del mismo

modo los Espíritus o almas desencarnadas pueden, por su voluntad, dirigir corrientes magnéticas sobre los seres humanos, influir en sus órganos, y comunicar, por su mediación, con los habitantes de la Tierra. Estos seres, especialmente adecuados por la delicadeza y sensibilidad de su sistema nervioso, a la manifestación de los Espíritus, tienen el nombre de *médiums*. Sus aptitudes son múltiples y variadas.

Hay sensitivos y videntes, aquellos cuya vista atraviesa la opaca bruma que nos oculta los mundos etéreos, y que, por un claro, llegan a entrever algo de la vida celeste. Algunos hay que tienen hasta la facultad de ver a los Espíritus y de oír de ellos la revelación de las leyes superiores.

Todos somos médiums, es cierto, pero en grados muy diferentes. Muchos que lo son, lo ignoran. Mas no existe ningún hombre sobre el cual no tenga acción la influencia buena o mala de los Espíritus. Vivimos en medio de una multitud invisible que asiste, silenciosa y atenta, a los detalles de nuestra existencia, y participa, con el pensamiento, de nuestros trabajos, de nuestras alegrías y de nuestras penas. En esta multitud han tomado puesto la mayor parte de los que hemos encontrado en la Tierra y cuya pobre y gastada envoltura hemos acompañado al cementerio. Parientes, amigos, indiferentes, enemigos, todos subsisten, y vuelven atraídos por el hábito y los recuerdos hacia los sitios y los hombres a quienes han conocido. Esta muchedumbre, en medio de la cual vivimos, influye en nosotros, nos observa, nos inspira, nos aconseja a pesar nuestro, y aun, en ciertos casos, nos atormenta y nos persigue con su odio y su venganza.

Todos los escritores conocen esas horas de inspiración en que su pensamiento se ilumina con inesperada claridad, en que las ideas fluyen como un torrente bajo su pluma. ¿Y cuál de nosotros en los momentos de tristeza, de abatimiento, de desesperación, no se ha sentido a veces reanimado y confortado por una acción íntima y misteriosa? Y los inventores, vanguardia del progreso, todos esos que luchan para engrandecer el dominio y el poder de la humanidad, ¿no se han beneficiado acaso del socorro invisible que nuestros hermanos mayores saben dispensarles en las horas decisivas? Esos escritores súbitamente inspirados, esos inventores iluminados de repente, son otros tantos médiums intuitivos e inconscientes.

En otros, la facultad de comunicar con los Espíritus reviste una forma más clara y más acentuada. Unos sienten su mano arrebatada por una fuerza extraña y llenan el papel de consejos, de advertencias, de enseñanzas variadas. Otros, ricos en fluido vital, ven las mesas agitarse bajo sus dedos, y obtienen por medio de golpes dados por estos muebles comunicaciones más lentas, pero más precisas y más propias para convencer a los incrédulos. Algunos hay que, sumergidos por la influencia de los Espíritus en el sueño magnético, entregan la dirección de sus órganos a sus huéspedes invisibles, que los utilizan para conversar con los encarnados como en el tiempo de su vida corporal. Nada hay más extraño ni conmovedor que ver desfilar sucesivamente en la envoltura débil y delicada de una señora, y aun de una jovencita, las personalidades más diversas; el Espíritu de un difunto cualquiera, de un sacerdote, de un artesano, de una sirvienta, revelándose por las actitudes características y por el lenguaje que les era familiar durante su existencia en este mundo.

¿Y qué podremos decir cuando son Espíritus conocidos y amados de los asistentes los que vienen a afirmar su presencia y su inmortalidad, a prodigar a los que han dejado en el arduo camino de la vida exhortaciones y alientos, y a mostrar a todos el fin supremo? ¿Quién podrá describir las efusiones, los transportes, las lágrimas de aquellos a quienes un padre, una madre, una mujer querida vienen, desde el fondo de la tumba, a consolar y a reanimar con su cariño y sus consejos?

Ciertos médiums facilitan con su presencia el fenómeno de las apariciones, o más bien, según una expresión nueva, de las materializaciones de Espíritus. Estos toman del periespíritu del sujeto cierta cantidad de fluido, se lo asimilan por la voluntad y condensan su propia envoltura hasta hacerla visible y algunas veces tangible.

Algunos médiums sirven también de intermediarios a los Espíritus para transmitir a los enfermos y a los achacosos efluvios magnéticos que alivian y a veces curan a esos desgraciados. Esta es una de las formas más bellas y más útiles de la mediumnidad.

Digamos también que una multitud de sensaciones inexplicadas dimanaban de la acción oculta de los Espíritus. Por ejemplo, los presentimientos que nos avisan una desgracia, la pérdida de un ser amado, proceden de las corrientes fluídicas que los desencarnados proyectan hacia aquellos que les son queridos. El organismo resiente estos efluvios; mas, raras veces el pensamiento del hombre trata de analizarlos. Y, sin embargo, hay en el estudio y en la práctica de las facultades mediúmnicas un manantial de enseñanzas elevadas.

Se engaña el que considere la facultad mediúmnica como un privilegio o un favor. Cada uno de nosotros, ya lo hemos dicho, encierra en sí los rudimentos de una mediumnidad que puede desarrollar ejercitándola. En esto, como en tantas otras cosas, la voluntad representa un papel considerable. Las aptitudes de ciertos médiums célebres se explican por la naturaleza particularmente flexible y elástica de su organismo fluídico que se presta admirablemente a la acción de los Espíritus. Sabiendo que el alma, por sus esfuerzos y sus tendencias, labra por sí misma o por lo menos modifica su organismo a través de los siglos, no veremos en la mediumnidad más que la consecuencia natural de los trabajos llevados a cabo en las vidas anteriores por los que gozan de ella.

En general, la sensibilidad fluídica del ser guarda proporción con su grado de pureza y de adelanto moral. Casi todos los grandes misioneros, reformadores y fundadores de religiones eran poderosos médiums, en constante comunión con los invisibles, cuyas fecundas inspiraciones recibían. Su vida entera es un testimonio de la existencia del mundo de los Espíritus y de sus relaciones con la humanidad terrestre.

Así se explican —que formen parte de las exageraciones y de las leyendas— gran número de hechos históricos calificados de sobrenaturales y maravillosos. La existencia del periespíritu y las leyes de la mediumnidad nos indican por qué medios se ejerce, a través de las edades, la acción de los Espíritus sobre los hombres. La Egeria de Numa, los sueños de Escipión, los genios familiares de Sócrates, de Tasso, de Girolamo Cardano, las voces de Juana de Arco, las inspiraciones de Cévennes, la vidente de Prevost y otros mil hechos análogos considerados a la luz del Espiritismo, pierden ante

los ojos del pensador, cualquier carácter de sobrenatural o misterioso.

Con estos hechos, sin embargo, se revela la gran ley de solidaridad que une a la humanidad terrestre con las humanidades del espacio. Emancipados de las trabas de la carne, los Espíritus superiores pueden apartar la espesa cortina que les ocultaba las grandes verdades. Las leyes eternas se les aparecen libres de las sombras en que los sofismas y los miserables intereses personales las envuelven aquí abajo. Animados por un ardiente deseo de cooperar aún al movimiento ascensional de los seres, vuelven a descender hacia nosotros y se ponen en relación con aquellos humanos cuya constitución sensitiva y nerviosa les hace aptos para desempeñar el papel de médiums. Con sus enseñanzas y sus saludables avisos, trabajan, con la ayuda de tales intermediarios, por el progreso moral de las sociedades terrestres.

Conviene hacer notar, sin embargo, que, en general, los médiums no comprenden bien, en nuestros días, la necesidad de una vida pura y ejemplar para entrar en comunicación con las altas personalidades del espacio. En la antigüedad, los sujetos —mujeres con preferencia— eran escogidos desde la infancia, educados cuidadosamente en los templos y en los recintos sagrados y rodeados de todo cuanto podía desarrollar en ellos el sentido de lo grande. Tales eran las vestales romanas, las sibilas griegas y las druidesas de la isla de Sein. Por el intermediario, se consultaba con los dioses o Espíritus superiores, y las respuestas eran casi siempre precisas.

Juana de Arco fue también una médium de este orden, al recibir las inspiraciones celestiales. Hoy, estas condiciones de pureza y de

DESPUÉS DE LA MUERTE

elevación de pensamiento son más difíciles de realizar. Muchos médiums padecen influencias materiales, hasta groseras, y llegan, incluso, a utilizar sus facultades con fines vulgares. De aquí el carácter inferior de algunas manifestaciones, la falta de protección eficaz y la intervención de Espíritus retrógrados.

23

EVOLUCIÓN ANÍMICA Y PERIESPIRITUAL

Las relaciones seculares de los Espíritus y de los hombres, confirmadas y explicadas por las experiencias recientes del Espiritismo, demuestran la supervivencia del ser bajo una forma fluídica más perfecta.

Esta forma indestructible, compañera y sirvienta del alma, testigo de sus luchas y de sus penas, toma parte en sus peregrinaciones, y se eleva y se purifica con ella. Formado en los ínfimos grados de la animalidad, el ser periespiritual asciende lentamente por la escala de las especies, impregnándose de los instintos de los animales salvajes, de las astucias de los felinos, y también de las cualidades y generosas tendencias de los animales superiores. Hasta aquí no es más que un ser rudimentario, un esbozo incompleto. Al llegar a la humanidad empieza a reflejar sentimientos más elevados; el Espíritu irradia con mayor fuerza y el periespíritu se ilumina con nuevos resplandores. De vidas en vidas, a medida que las facultades se extienden, que las

aspiraciones se depuran y que el campo de los conocimientos aumenta, se enriquece con nuevos sentidos. Cada vez que una encarnación termina, el cuerpo espiritual se desprende de sus andrajos de carne cual una mariposa que se lanza fuera de su crisálida. El alma se reconoce, completa y libre, y al considerar el manto fluídico que la cubre, por su aspecto espléndido o miserable, se asegura de su propio estado de adelanto.

Así como la encina conserva la marca de sus desenvolvimientos anuales, así el periespíritu guarda, bajo sus apariencias presentes, los vestigios de las vidas anteriores, de los estados sucesivamente recorridos. Estos vestigios se encierran en nosotros, olvidados a menudo, pero tan pronto el alma evoca y despierta su recuerdo, reaparecen como otros tantos testigos escalonados en el camino, extensa y penosamente, recorrido.

Los Espíritus atrasados tienen envolturas densas, impregnadas de fluidos materiales. Después de la muerte sienten aún las impresiones y las necesidades de la vida terrestre. El hambre, el frío, el dolor, subsisten para los más groseros de entre ellos. Su organismo fluídico, oscurecido por las pasiones, no puede vibrar más que débilmente y sus percepciones son muy limitadas. Nada saben de la vida del espacio. Todo es tinieblas en ellos y alrededor de ellos.

El alma pura, desprendida de las atracciones bestiales, se forma un periespíritu semejante a ella. Cuanto más sutil es ese periespíritu, con tanta mayor fuerza vibra y son sus percepciones más extensas. Participa de los goces de la vida superior y de las magníficas armonías del infinito. Tal es la tarea del Espíritu humano y tal es su recompensa. Por medio de grandes trabajos, labrarse nuevos

DESPUÉS DE LA MUERTE

sentidos de una delicadeza y un poder sin límites; domar las pasiones brutales, transformar esta espesa envoltura en una forma diáfana y resplandeciente de luz: esta es la obra asignada a todos, y que todos debemos proseguir a través de innumerables etapas por el maravilloso camino que los mundos van desplegando a nuestro paso.

24

CONSECUENCIAS FILOSÓFICAS Y MORALES

Los hechos espiritistas están llenos de consecuencias filosóficas y morales. Traen la solución tan clara como completa, de los más grandes problemas que por espacio de siglos han preocupado a los sabios y a los pensadores de todos los países: el problema de nuestra naturaleza íntima, tan misteriosa, tan poco conocida, y el problema de nuestros destinos. La inmortalidad, que hasta ahora no era más que una esperanza, una intuición del alma, una aspiración vaga e incierta hacia un estado mejor, la inmortalidad está probada de hoy en adelante, como también la comunión de los vivos y los muertos, cuya consecuencia lógica es. La duda no es ya posible. El hombre es inmortal. La muerte no es más que una transformación.

De este hecho y de la enseñanza de los Espíritus se desprende además la certidumbre de la pluralidad de nuestras existencias terrestres. Esta evolución del ser a través de sus vidas renacientes, edificando él mismo su porvenir y construyéndolo cada día con sus

actos, así en el seno del abismo como en el florecimiento de las humanidades felices; esa identidad de origen y de fines para todos, este perfeccionamiento gradual, fruto de los trabajos cumplidos y de las pruebas sufridas, todo esto nos demuestra los principios eternos de justicia, de orden y de progreso gobernando los mundos y dirigiendo el destino de las almas con arreglo a leyes sabias, profundas y universales.

El Espiritismo es pues una filosofía moral a la par que una ciencia positiva. Puede satisfacer al entendimiento tanto como al corazón. Se manifiesta en el mundo a la hora precisa en que las concepciones religiosas del pasado oscilan sobre sus bases, y en que la humanidad, habiendo perdido la fe sencilla de los tiempos antiguos, y corroída por el escepticismo, vaga, sin brújula, por el vacío, y busca su camino a tientas como los ciegos. **El advenimiento del Espiritismo es, no hay que engañarse, uno de los más grandes acontecimientos de la historia del mundo.**

Hace diecinueve siglos, sobre las ruinas del paganismo agonizante, en el seno de una sociedad corrompida, el Cristianismo, por la voz de los más humildes y de los más despreciados, traía, con una moral y una fe nuevas, la revelación de dos principios ignorados entonces por las multitudes: la caridad y la fraternidad humana. De la misma manera hoy, enfrente de doctrinas religiosas debilitadas y petrificadas por el interés material e impotentes para iluminar el espíritu humano, surge una filosofía racional conteniendo el germen de una transformación social, un medio de regenerar la humanidad eliminando los elementos de descomposición que la esterilizan y la manchan.

DESPUÉS DE LA MUERTE

Viene a ofrecer una base sólida a la fe, una sanción a la moral y un estímulo a la virtud. Hace del progreso el objeto esencial de la vida y la ley superior del universo. Pone fin al reinado de la gracia, de la arbitrariedad y de la superstición, mostrando en la elevación de los seres el resultado de sus propios esfuerzos. Al enseñar que una igualdad absoluta y una solidaridad estrecha unen a los hombres a través de sus vidas colectivas, da un golpe vigoroso al orgullo y al egoísmo, dos monstruos que hasta ahora nada había podido domar ni reducir.

25

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA

Los fenómenos del Espiritismo, tan importantes por sus resultados científicos y sus consecuencias morales, no han sido, sin embargo, acogidos con todo el interés que merecían. La generalidad del público, después de un entusiasmo pasajero, ha vuelto a caer en la indiferencia. Aun entre los hombres de ciencia, muchos que no habían estudiado ni observado nada personalmente, desdeñando los testimonios de los experimentadores, declaraban que las manifestaciones eran imposibles y absurdas. Conforme afirmamos anteriormente, el hombre, con tanta frecuencia engañado, se ha hecho desconfiado y escéptico. No obstante, tal acogida puede parecer extra extraña, a lo menos por parte de sabios cuya misión parece consistir en estudiar todos los fenómenos y en investigar sus causas y sus leyes. Esto no sorprenderá a los que conocen la naturaleza humana y se acuerdan de las lecciones de la historia.

Lo nuevo asusta, pues echa por tierra teorías queridas, sistemas viejos edificados con gran trabajo; altera situaciones adquiridas, y viene a turbar muchas tranquilidades, haciendo necesarios estudios y observaciones para los que se carece ya de afición. El filósofo alemán Eduard von Hartmann lo ha dicho muy bien en su obra sobre el Espiritismo:

Los representantes oficiales de la ciencia se niegan a quemarse las cejas con estas cosas, sea que por consecuencia de su convicción actual sobre la infalibilidad de la ciencia, se crean autorizados a decretar a priori sobre lo que es posible y lo que es imposible, o sencillamente porque no tienen ningún deseo de cambiar sus estudios especiales con otros que les son menos familiares.

En efecto, los sabios son hombres, y, como todos los hombres, tienen sus debilidades y sus preocupaciones. Se necesita un verdadero heroísmo para acoger con imparcialidad hechos que vienen a dar un mentís formal a los trabajos de toda una existencia, y a hacer vacilar una celebridad laboriosamente conquistada.

Como todos los grandes descubrimientos, el Espiritismo debía recibir el bautismo de las humillaciones y de la prueba. Casi todas las ideas nuevas, particularmente las más fecundas, han sido menospreciadas y puestas en ridículo a su aparición, rechazadas como utopías. Por largo tiempo se ha calificado de mentiras y quimeras las invenciones del vapor y de la electricidad, y hasta el establecimiento de los ferrocarriles. La Academia de medicina rechazaba al principio la teoría de la circulación de la sangre, de Harvey, como rechazaba más adelante el magnetismo. Y mientras que la Academia de París declaraba que este último no existía, se ha

visto a la Academia de Viena proscribir su uso como peligroso. ¡Con qué rechifla no han saludado los sabios en una época reciente, los descubrimientos de Boucher de Perthes, el creador de la antropología prehistórica, ciencia acreditada hoy día y que arroja tan vivas luces sobre el origen de las sociedades humanas!

Todos aquellos que han querido librar a la humanidad de su ignorancia y revelarles el secreto de las fuerzas naturales o de las leyes morales, todos han visto levantarse ante ellos un calvario y a todos se les ha dado a beber la hiel de los ultrajes. Galileo fue encarcelado, Giordano Bruno quemado, Jesús crucificado, Watt, Fulton, Papin escarnecidos, Salomón de Caus encerrado como loco. Hoy día no se encarcela, no se quema, no se proscriben a nadie por crimen de opinión, pero el sarcasmo y la befa son también formas de opresión. Ciertas ideas han necesitado de una vitalidad inaudita para abrirse paso a pesar de la coalición de los cuerpos sacerdotales y sabios. Mas las ideas como los hombres crecen con el dolor. Tarde o temprano la verdad triunfa de las infalibilidades conjuradas.

Después de haber evocado estos penosos recuerdos y considerado las vacilaciones sucesivas del pensamiento, al recordar la acogida hecha en el pasado a ideas y a descubrimientos que han centuplicado el poderío del hombre y asegurado su triunfo sobre la naturaleza ciega, después de haber trazado las reacciones del espíritu de rutina levantándose contra los innovadores, ¿no tenemos razón para pedir a los detractores del Espiritismo un poco de paciencia y de reflexión antes de condenar sin examen, no diremos ideas y especulaciones gratuitas del Espíritu, sino hechos, hechos de observación y experiencia?

Cada paso recuerda al hombre su poco saber. Nuestras conquistas científicas no son más que nociones provisionales, superiores a la ciencia de nuestros padres, pero que serán reemplazadas por conocimientos y descubrimientos nuevos. El tiempo presente no es más que una etapa en el gran viaje de la humanidad, un punto en la historia de las generaciones. La utopía de la víspera se convierte en la realidad del día siguiente. Lícito es gloriarse de haber contribuido a aumentar el bagaje intelectual del pasado, pero jamás debe decirse: Lo que yo ignoro permanecerá oculto para siempre. Comparemos el modesto dominio de la ciencia con lo infinito de las cosas, con los campos sin límites de lo desconocido que nos quedan por explorar. Esta comparación nos enseñará a ser más circunspectos en nuestros juicios.

PELIGROS DEL ESPIRITISMO

Entre los experimentadores del Espiritismo, queriendo algunos, con objeto de comprobación, fijar ellos mismos las condiciones de la producción del fenómeno, acumulando obstáculos y exigencias, no han obtenido ningún resultado satisfactorio, y, desde entonces, han sido hostiles a esta clase de hechos.

Debemos recordar que las comunicaciones de los Espíritus no pueden ser comparadas a las experiencias de física y de química. Aun éstas están sometidas a reglas fijas, fuera de las cuales todo resultado es imposible. En las manifestaciones espiritistas nos hallamos en presencia, no ya de fuerzas ciegas, sino de seres inteligentes, dotados de libertad y de voluntad, que a veces leen en nosotros, disciernen nuestras intenciones malévolas, y, si son de un orden elevado, se cuidan muy poco de satisfacer nuestros caprichos.

El estudio del mundo invisible exige mucha prudencia y perseverancia. Sólo después de años de reflexión y de observación se adquiere la ciencia de la vida, se aprende a conocer a los hombres, a

juzgar su carácter y a preservarse de las asechanzas de que el mundo está lleno. Más difícil aún de adquirir es el conocimiento, de la humanidad invisible que nos rodea y que flota por encima de nosotros. El Espíritu desencarnado se encuentra más allá de la muerte tal como él mismo se ha hecho durante su estancia aquí bajo. No es ni mejor ni peor. Para dominar una pasión, corregir un defecto, atenuar un vicio, se necesita a veces más de una existencia.

Resulta que en la multitud de los Espíritus, los caracteres serios y reflexivos están, como en la Tierra, en minoría, y los Espíritus ligeros, apasionados por las cosas pueriles y vanas, forman numerosas legiones. El mundo invisible es, pues, en una escala más vasta, la reproducción, el duplicado del mundo terrestre. Allí, como aquí, no todos poseen la verdad y la ciencia. La superioridad intelectual y moral no se obtiene sino por un trabajo lento y continuo, por la acumulación de los progresos realizados en el curso de una larga serie de siglos.

Sabemos, sin embargo, que este mundo oculto influye constantemente sobre el mundo corporal. Los muertos tienen ascendiente sobre los vivos, los guían y los inspiran sin que ellos lo sepan. Los Espíritus se atraen en razón de sus afinidades. Los que se han despojado de la envoltura carnal, asisten a los que están aún revestidos con ella. Los impelen por la senda del bien, pero también los empujan a veces por la del mal.

Los Espíritus superiores no se manifiestan más que en los casos en que su presencia puede ser útil y facilitar nuestro adelantamiento. Huyen de las reuniones ruidosas y no se dirigen más que a los hombres de intenciones puras. Nuestras oscuras regiones les agradan

poco. Así que pueden, se vuelven a los centros menos cargados de fluidos groseros pero a pesar de la distancia, no cesan de velar por sus protegidos.

Los Espíritus inferiores, incapaces de aspiraciones elevadas, se complacen en nuestra atmósfera. Se mezclan en nuestra vida, y, preocupados únicamente de lo que ocupaba su pensamiento durante la existencia corporal, toman parte en los placeres y en los trabajos de los hombres a quienes se sienten unidos por analogías de carácter o de costumbres. Llegan a veces a dominar y a subyugar a las personas débiles que no saben resistir a su influencia. En ciertos casos su dominio llega a ser tal, que pueden llevar a sus víctimas hasta el crimen y la locura. Los casos de obsesión y de posesión son más comunes de lo que se piensa. Ellos dan la explicación de muchos hechos relatados en la historia.

Sería peligroso entregarse sin reserva a los experimentos espiritistas. El hombre de corazón recto, de juicio ilustrado y firme, puede hallar en ellos consuelos inefables y preciosas enseñanzas. Mas aquel a quien sólo inspirase el interés material, o que no viese en estos hechos más que una frívola diversión, sería fatalmente el juguete de Espíritus pérfidos, que, halagando sus inclinaciones y seduciéndole con brillantes promesas, captarían su confianza para abrumarle enseguida de burlas y desengaños.

Se necesita, pues, una gran prudencia para entrar en comunicación con el mundo invisible. El bien y el mal, la verdad y el error están allí mezclados, y para distinguir uno de otro, hay que pasar todas sus revelaciones y todas sus enseñanzas por el tamiz de un juicio severo. No debe uno aventurarse por ese terreno más que

paso a paso y con la antorcha de la razón en la mano. Para apartar las malas influencias y para alejar las hordas de Espíritus ligeros o maléficos, basta conservar la serenidad de ánimo, no abdicar jamás el derecho de comprobación y de examen, y buscar por sobre todas las cosas los medios de perfeccionarse en el conocimiento de las leyes superiores y en la práctica de las virtudes. Aquel cuya vida es recta y que busca la verdad sinceramente, no corre riesgo alguno. Los Espíritus de luz leen en él, ven sus intenciones y le asisten. Los Espíritus engañosos y embusteros se alejan del justo como una partida de guerrilleros ante una ciudadela bien defendida. Los obsesores atacan con preferencia a los hombres ligeros que descuidan las cuestiones morales para buscar en todo su placer o su interés.

Casi siempre los obsesados están unidos a sus perseguidores invisibles por lazos cuyo origen remonta a existencias anteriores. No borra la muerte nuestras faltas ni nos libra de nuestros enemigos. Nuestras iniquidades pesan sobre nosotros a través de los siglos, y aquellos que han padecido por ellas nos persiguen con su venganza y con su odio más allá de la tumba. Así lo permite la soberana justicia. Todo se, redime y todo se expía. Lo que en los casos de obsesión y de posesión nos parece anormal e inicuo, no es a menudo, más que la consecuencia de las expoliaciones y de las infamias cometidas en el oscuro pasado.

CHARLATANISMO Y VENALIDAD

La perfidia de los Espíritus malévolos no es el único escollo que el Espiritismo encuentra en su camino; otros peligros le amenazan, y estos proceden de los hombres. El charlatanismo y la venalidad, más temibles que la hostilidad más encarnizada, pueden invadir y arruinar las nuevas doctrinas como han invadido; y arruinado la mayor parte de las creencias que se han sucedido en este mundo. Productos espontáneos y mórbidos de un centro impuro, se desarrollan y se esparcen casi por todas partes. La ignorancia del gran número favorece y alimenta este manantial de abusos. Ya muchos falsos médiums y explotadores de todos grados han buscado en el Espiritismo un medio de fabricar moneda. El magnetismo, ya lo hemos visto, no está tampoco a cubierto de estos industriales, y quizás debamos ver en esto una de las causas que apartaron por mucho tiempo a los sabios del estudio de los fenómenos.

Mas también debe comprenderse que la existencia de productos falsificados no da derecho a negar la de los productos naturales. Porque los prestidigitadores se intitulen físicos, ¿se infiere acaso que las ciencias físicas sean indignase de atención y de examen? La superchería y la mentira son consecuencias inevitables de la inferioridad de las sociedades humanas. Siempre en acecho de las ocasiones de mantenerse a expensas de la credulidad, se insinúan en todas partes, manchan las más nobles causas, y comprometen los más sagrados principios.

Igualmente temible es la tendencia de algunos a traficar con la mediumnidad y a crearse una situación material con el auxilio de facultades reales, pero de carácter variable. Siendo la producción de los fenómenos debida a la acción libre de los Espíritus, es imposible contar, por su parte, con una intervención permanente y regular. Los Espíritus elevados no pueden prestarse a miras interesadas, y lo menos que, pueda temerse en semejante caso, es caer bajo la influencia de Espíritus frívolos y burlones. Una fatal tendencia impulsará al médium retribuido a simular los fenómenos cuando estos no se presenten.

Introducir la cuestión del dinero en este orden de ideas, es disminuir su valor moral. El amor al oro corrompe las más sublimes enseñanzas, y el catolicismo ha perdido su autoridad sobre las almas desde que los discípulos del Evangelio se han convertido en discípulos de Pluto. Si el Espiritismo llegase a ser objeto de comercio, si las pruebas que proporciona de la inmortalidad, si los consuelos que derrama, no fuesen más que un medio de explotación, otro tanto se debilitaría su influencia, y el progreso que trae a la humanidad, en

vez de ser rápido y, general, no podría ser más que muy lento y enteramente individual.

No es menor plaga la ignorancia. Muchos de los que se entregan a las manifestaciones, faltos de nociones exactas, poco instruidos en las cuestiones de fluido, de periespíritu y de mediumnidad, confunden y alteran todas las cosas con sus falsas interpretaciones, arrojando de consiguiente un verdadero descrédito sobre estos estudios y haciendo creer a los incrédulos que no hay en ellos más que ilusiones y quimeras. La ignorancia es difícil de vencer. Los errores y los abusos que engendra ejercen frecuentemente más imperio que la verdad y la razón. No hay un principio ni una doctrina que no hayan sido desfigurados, ni una verdad que no haya sido falsificada y oscurecida a capricho.

A pesar de los prejuicios y la ignorancia, a pesar de las hostilidades conjuradas, el Espiritismo, nacido ayer, ha dado ya pasos de gigante. Hace cuarenta años que balbuceaba apenas sus primeras palabras, y he aquí que ya ha dejado oír su voz en todos los puntos del globo. Sus adeptos se cuentan hoy día por millones, y entre ellos se encuentran muchos de los maestros más respetados de la ciencia. Tales progresos denotan una vitalidad sin ejemplo, y ante los hechos realizados no cabe ya la indiferencia. Verdad es que si se examina de cerca la situación del Espiritismo, se observará en su seno no tan sólo el germen de los abusos que acabamos de indicar, sí que también causas de división, rivalidades de opiniones y de grupos. En vez de unión y de armonía, se encontrará con sobrada frecuencia antagonismo, y luchas intestinas. Cristo decía hace ya diecinueve siglos: «No he venido a traer la paz, sino la división.» Siempre ha sucedido lo mismo en este mundo. Al contacto de las debilidades

humanas, toda enseñanza se convierte en manantial de altercados y conflictos.

Puede deplorarse este estado de cosas, pero nos consolaremos pensando que a despecho de las controversias y de las rivalidades, la idea madre se desarrolla y prosigue su marcha. Los hombres, instrumentos de un día, pasan. Sus pasiones, sus intereses, todas esas cosas fugitivas y vanas, desaparecen con ellos, pero la verdad, chispa divina que han recogido, se convierte en hoguera, sube sin cesar, y al llegar a ser astro deslumbrador inundará un día con sus rayos a esta humanidad vacilante y atrasada

UTILIDAD DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

El carácter esencialmente racional que ha adoptado el Espiritismo hace pueriles las acusaciones de empirismo y sobrenaturalismo con que se le adorna a menudo.

Jamás se insistirá demasiado sobre este punto. La realidad de las manifestaciones espiritistas descansa, como hemos visto, sobre los testimonios innegables de hombres de reconocida competencia. Su explicación no ha venido hasta después de pacientes estudios. Debidamente comprobados los efectos, preciso ha sido investigar la causa, y, si se ha afirmado haberla hallado en la intervención de los Espíritus, es que la naturaleza de los fenómenos no ha permitido dar otra explicación plausible. No resulta necesariamente de esto que tales fenómenos deban clasificarse por la misma razón en el dominio de lo sobrenatural. Nada sería tan contrario al buen sentido. Lo sobrenatural no existe ni puede existir. Todo en el universo está regido por leyes.

Demostrar la existencia de un fenómeno, es colocarle en el orden permanente de las cosas, es someterle a la ley natural. En el seno de este Universo donde todo, seres y cosas, se encadena y se une con estrecha solidaridad, en una profunda y sublime armonía, no hay lugar para el milagro ni para lo sobrenatural. Leyes tan rigurosas, tan inflexibles como las que gobiernan la materia, rigen el mundo invisible. Para conocer su admirable funcionamiento, no hay más que un medio: estudiar.

Nada hay más fecundo, por otra parte, que el estudio del mundo de los Espíritus, a pesar de las dificultades que presenta. Abre al pensamiento mil vías inexploradas; nos enseña a conocernos a nosotros mismos, a penetrar en las interioridades más íntimas de nuestro ser, a analizar nuestras sensaciones, a medir nuestras facultades, y, por consiguiente, a dirigir mejor su ejercicio. Esta es por excelencia la ciencia de la vida, de la vida del alma, no solamente en su estado terrestre, sino en sus transformaciones sucesivas a través del tiempo y del espacio.

El Espiritismo Experimental puede llegar a ser un medio de conciliación, un lazo que una a esos dos sistemas enemigos: espiritualismo metafísico y materialismo, que se combaten y se despedazan desde hace tantos siglos. Adopta los principios del primero, les da claridad y les suministra una base de certidumbre; da satisfacción al segundo procediendo según los métodos científicos, demostrándole en el periespíritu, cuerpo fluídico, semimaterial, la causa de numerosos fenómenos físicos y biológicos. Hace más, trae a la ciencia la síntesis filosófica y el concepto moral del que ésta carecía, y sin los cuales permanecía sin acción sobre la vida social.

La ciencia, o por mejor decir, las ciencias, se aplican sobre todo al estudio parcial y fragmentario de la naturaleza. Los progresos de la física, de la química, de la zoología, son inmensos, dignos de admiración los trabajos realizados, pero estos trabajos carecen de lazo de cohesión, de unidad. No conociendo más que una parte de la vida, la parte exterior, la más grosera, y queriendo ordenar el juego de las leyes universales por estos insuficientes datos, la ciencia actual, seca y fría clasificación de hechos materiales, conduce a una teoría puramente mecánica del mundo, inconciliable con la idea de justicia, puesto que en sus consecuencias lógicas, llega a la conclusión de que, en la naturaleza, la fuerza es el único derecho.

Por esto la ciencia continúa siendo impotente para ejercer una influencia saludable y moralizadora. Privada hasta ahora de una vista de conjunto, de sus trabajos acumulados no había podido hacer brotar el concepto superior de la vida que debe fijar los destinos del hombre, trazar sus deberes y suministrarle un principio de mejoramiento individual y social.

Pues bien, este concepto nuevo, que coordina los conocimientos particulares, reúne sus elementos dispersos comunicándoles unidad y armonía, esta ley moral indispensable para la vida y el progreso de las sociedades el Espiritismo la ofrece a la ciencia con la síntesis filosófica que debe centuplicar su poder.

El Espiritismo está llamado a representar gran papel, y sus consecuencias morales son incalculables. Acaba de nacer, y sin embargo, ¡qué tesoros de consuelo y de esperanza no ha derramado ya por el mundo!, ¡cuántos corazones afligidos y fríos no ha confortado y reanimado!, ¡a cuántos desesperados no ha detenido en

la pendiente del suicidio! Su enseñanza bien comprendida puede calmar las aflicciones más vivas, comprimir las más fogosas pasiones, y dar a todos la fuerza del alma y valor en la adversidad.

El Espiritismo es, pues, al mismo tiempo una poderosa síntesis de las leyes físicas y morales del universo, un medio de regeneración y de progreso: desgraciadamente son aún muy pocos los hombres que se interesan en su estudio. La vida de la mayoría es una carrera frenética hacia bienes ilusorios. Se apresuran, temen perder el tiempo en cosas que miran como superfluas, y lo pierden realmente adhiriéndose a lo que es pasajero y efímero. En su ceguedad, el hombre desdeña lo que le haría vivir tan feliz como es posible serlo en este mundo, haciendo bien y creando a su alrededor una atmósfera de paz y de recogimiento

CUARTA PARTE

EL MÁS ALLÁ

29

EL HOMBRE, SER PSÍQUICO

El hombre, lo hemos visto ya, es un ser complejo. Tres elementos se combinan en él para formar una unidad viviente, éstos son:

El *cuero*, envoltura material y temporal que abandonamos, a nuestra muerte, como un vestido usado.

El *periespíritu*, envoltura fluídica permanente, invisible para nuestros sentidos actuales, que acompaña al alma en su evolución infinita, se mejora y sé purifica con ella.

El *alma*, principio inteligente, centro de fuerza, foco de la conciencia y de la personalidad.

Estos tres elementos, materia, fluido, inteligencia, estrechamente unidos en nosotros para constituir la vida, se encuentran igualmente en la base del orden universal del cual son las substancias fundamentales, los términos componentes. Hacen del hombre una reducción del Universo, un microcosmos encerrando las mismas potencias y sometido a las mismas leyes. Por lo tanto, puede creerse que el conocimiento perfecto de nuestro ser nos conduciría, por analogía, a la comprensión de las leyes superiores del universo. Pero ni los más adelantados han alcanzado aún el completo conocimiento del hombre.

El alma, desprendida del cuerpo material y revestida con su envoltura sutil, constituye el Espíritu, ser fluídico, de forma humana, libre de las sujeciones terrestres, invisible e impalpable en su estado normal. El Espíritu no es más que un hombre desencarnado y cada uno de nosotros vuelve a ser Espíritu cuando llega su hora. Alternativamente, la muerte nos devuelve a la vida del espacio, luego el nacimiento vuelve a traernos a un mundo material para empezar de nuevo el combate de la existencia, la lucha necesaria para nuestro adelantamiento. Puede compararse el cuerpo a la armadura que ciñe el caballero antes de la batalla, dejándola cuando ésta ha terminado.

Habiendo las manifestaciones espiritistas demostrado experimentalmente la inmortalidad, queda por determinar en qué condiciones prosigue la vida del Espíritu después de la muerte y qué suerte le cabe en el espacio. Esto es lo que expondremos en esta parte de nuestra obra, inspirándonos en los trabajos anteriores y en las innumerables comunicaciones de Espíritus que, en todos los puntos del mundo, nos han iniciado en los goces o en las penas de su existencia de ultratumba

Esta exposición no será, pues, el resultado de una teoría de la imaginación, la consecuencia de hipótesis más o menos plausibles, sino realmente el fruto de las instrucciones dadas por los Espíritus. Gracias a ellos, la vida futura, llena hasta ahora de incertidumbre y de oscuridad para el hombre, se ilumina y se despliega como un inmenso cuadro. Se convierte en una realidad, y todos nosotros podemos ver, por el ejemplo de los que en ella nos han precedido, las situaciones respectivas que nos preparan nuestras debilidades o nuestros méritos.

El alcance de esta revelación es considerable. Imprime a nuestros actos un impulso nuevo. En las diversas situaciones que corresponden a los Espíritus, según su mérito, vemos la aplicación de la ley de justicia. Esta no admite ya discusión. Por medio de secretos resortes, por una sencilla y sublime disposición de las cosas, lo rige todo en el Universo. Esta certidumbre, al satisfacer nuestro entendimiento, nos hace más llevaderos los males de la vida y fortifica nuestra fe en el porvenir.

30

LA ÚLTIMA HORA

● ¿Qué sucede a la hora de la muerte y cómo se desprende el Espíritu de su cárcel de carne? ¿Qué impresiones, qué sensaciones le esperan en este temido instante? Esto es lo que todos tenemos interés en conocer, pues todos haremos este viaje. La vida puede escapársenos a cada instante, ninguno de nosotros escapará a la muerte.

Pues bien, lo que todas las religiones y todas las filosofías nos habían dejado ignorar, los Espíritus vienen en tropel a enseñárnoslo. Nos dicen que las sensaciones que preceden y siguen a la muerte son infinitamente variadas y dependen sobre todo del carácter, de los méritos y de la elevación moral del Espíritu que abandona la Tierra. La separación es casi siempre lenta y el desprendimiento del alma se opera gradualmente. Empieza a veces mucho antes de que sobrevenga la muerte y no es completo hasta que las últimas ligaduras fluídicas que unen el cuerpo al periespíritu queden rotas. La impresión sentida por el alma es tanto más penosa y prolongada cuanto más fuertes y numerosas son estas ligaduras. Causa

permanente de la sensación y de la vida, el alma experimenta todas las conmociones, todos los desgarramientos del cuerpo material.

Dolorosa y llena de angustias para unos, la muerte no es para otros más que un dulce sueño seguido de delicioso despertar. El desprendimiento es pronto, el pasaje fácil para el que se ha despegado con anticipación de las cosas de este mundo, que aspira a los bienes espirituales y ha llenado sus deberes. Hay, por el contrario, lucha y agonía prolongada, en el Espíritu apegado a la tierra, que sólo ha conocido los goces materiales y ha descuidado prepararse para la partida.

Sin embargo, en todos los casos, a la separación del alma y del cuerpo sigue siempre un tiempo de turbación, fugitivo para el Espíritu justo y bueno, que se despierta pronto a todos los esplendores de la vida celeste. Que es muy largo, hasta el punto de abarcar años enteros, para las almas culpables, impregnadas de fluidos groseros. Entre éstas, muchas creen vivir con la vida corporal largo tiempo aún después de la muerte. El periespíritu no es a sus ojos más que un segundo cuerpo carnal, sometido a los mismos hábitos, y a veces a las mismas sensaciones físicas que durante la vida.

Otros Espíritus de orden inferior, se creen sumergidos en una noche oscura, en un completo aislamiento en el seno de profundas tinieblas. La incertidumbre, el terror les oprimen. Los criminales están atormentados por la horrible e incesante visión de sus víctimas.

La hora de la separación es cruel para el Espíritu que sólo cree en la nada. Se agarra con desesperación a esta vida que se desvanece, la duda se apodera de él en tan supremo momento; ve un mundo

formidable abrirse como un abismo y quisiera retardar el instante de su caída. De aquí nace una lucha terrible entre la materia que se desvanece y el alma que se empeña con furor en retener este cuerpo miserable. A veces queda como clavada a él hasta la descomposición completa y aun siente, según la expresión de un Espíritu, los gusanos roer su carne.

Apacible, resignada y hasta gozosa, es la muerte del justo, la partida del alma que habiendo luchado y padecido mucho aquí abajo, deja la Tierra confiando en el porvenir. Para ella, la muerte no es más que la libertad, el fin de las pruebas. Los débiles lazos que la unen a la materia se destacan nuevamente. Su turbación no es más que un ligero entorpecimiento semejante al sueño.

Al dejar su morada corporal, el Espíritu depurado por el dolor y el sacrificio, ve su existencia pasada retroceder, alejarse poco a poco con sus amarguras y sus ilusiones, y disiparse luego como las brumas que se arrastran por el suelo al amanecer y se desvanecen ante el resplandor del día. El Espíritu se encuentra entonces suspenso entre dos sensaciones, la de las cosas materiales que se borran y la de la nueva vida que se delinea ante él. Esta vida, la entrevé ya como al través de un velo, llena de encanto misterioso, temida y deseada a la vez. La luz aumenta pronto, no ya esa luz astral que nos es conocida, sino una luz espiritual, radiante, difundida por todas partes. Progresivamente le inunda, le penetra, y con ella un sentimiento de felicidad, una mezcla de fuerza, de juventud, de serenidad. El Espíritu se sumerge en esa oleada reparadora. En ella se despoja de sus incertidumbres y de sus temores. Luego su mirada se aparta de la Tierra, de los afligidos seres que rodean su lecho mortuario, y se eleva hacia las alturas. Vislumbra los cielos inmensos y otros seres

queridos, los amigos de otro tiempo, más jóvenes, más vivos, más hermosos, que vienen a recibirle y a guiarle por el seno de los espacios. Emprende el vuelo con ellos y sube hasta las regiones etéreas que su grado de pureza le permite alcanzar. Allí cesa su turbación, nuevas facultades se despiertan en él y empieza su feliz destino.

La entrada en una vida nueva produce impresiones tan variadas como la situación moral de los Espíritus. Aquellos, muy numerosos, cuya existencia ha transcurrido indecisa, sin faltas graves, ni méritos señalados, se encuentran al principio sumidos en un estado de estupor y de profundo abatimiento. Luego viene un choque a sacudir su ser. El Espíritu sale lentamente de su envoltura como una espada de la vaina. Recobra su libertad, pero tímido y vacilante, no se atreve aún a hacer uso de ella y permanece adherido por el temor y la costumbre a los sitios en que ha vivido. Continúa sufriendo y llorando con aquellos que han participado de su vida. El tiempo pasa para él sin que se dé cuenta. Pero finalmente otros Espíritus le asisten con sus consejos, le ayudan a disipar su turbación, a librarse de las últimas cadenas terrestres y a elevarse hacia centros menos oscuros.

En general, el desprendimiento del alma es menos penoso después de una larga enfermedad, teniendo esta por efecto desatar poco a poco las ligaduras carnales. Las muertes repentinas o violentas que sobrevienen cuando la vida orgánica está en su plenitud, producen en el alma un desgarramiento doloroso arrojándola en una prolongada turbación. Los suicidas son presa de sensaciones horribles. Experimentan durante años enteros las angustias de la última hora y reconocen con espanto que no han hecho más que cambiar sus padecimientos terrestres por otros más vivos aún.

DESPUÉS DE LA MUERTE

El conocimiento del porvenir espiritual y el estudio de las leyes que rigen la desencarnación, son de gran importancia para la preparación a la muerte. Pueden suavizar nuestros últimos instantes y facilitarnos el desprendimiento permitiendo que recobremos antes conocimiento de nosotros mismos en el mundo nuevo en que entramos.

31

EL JUICIO

Una ley, tan sencilla en su principio como admirable en sus efectos, preside la clasificación de las almas en el espacio.

Cuanto más sutiles y rarefactas son las moléculas que constituyen el periespíritu, tanto más rápida es la desencarnación y más amplios también los horizontes que se presentan al Espíritu. En razón de su pesantez fluídica y de sus afinidades, se eleva hacia los grupos espirituales que le son similares. Su naturaleza misma y su grado de pureza son los que determinan su nivel y lo clasifican en el centro que le corresponde. Se ha comparado con alguna exactitud la situación de los Espíritus en los cielos a la de los globos hinchados de gas de diferentes densidades, los cuales en razón de su peso específico se elevarían a diversas alturas. Mas debemos apresurarnos a añadir que el Espíritu está dotado de libertad, que no está inmovilizado en un punto, que puede, en ciertos límites, trasladarse de un sitio a otro y recorrer los espacios etéreos. Siempre puede modificar sus tendencias, transformarse por medio del trabajo y la prueba, y elevarse, de consiguiente, a su voluntad en la escala de los seres.

Es, pues, una ley natural, análoga a las leyes de atracción y de gravedad, la que fija la suerte de las almas después de la muerte. El Espíritu impuro, entorpecido por sus fluidos materiales, queda confinado en las capas inferiores de la atmósfera terrestre, mientras que el alma virtuosa, de envoltura depurada y sutil, se lanza gozosa, rápida como el pensamiento y flota en el azul infinito.

También es en su interior y no fuera de él, sino en su propia conciencia, donde el Espíritu encuentra su recompensa o su castigo. Él es su propio juez. Al caer la vestidura de carne le penetra la luz, su alma aparece desnuda dejando ver en ella el cuadro vivo de sus actos, de sus voluntades y sus deseos. Momento solemne, examen lleno de angustia y, con frecuencia, de desilusión. Los recuerdos despiertan en tropel y la vida entera se desenvuelve con su séquito de faltas, de debilidades y de miserias. Desde la infancia hasta la muerte, todo, pensamientos, palabras, acciones, todo sale de la sombra, se presenta a la luz, se anima y revive. El ser se contempla a sí mismo, vuelve a ver una por una a través de los tiempos sus existencias desvanecidas, sus caídas, sus ascensiones, sus paradas innumerables. Cuenta las etapas andadas, mide el camino recorrido, compara el bien y el mal realizados.

Desde el fondo del oscuro pasado, surgen, a su llamamiento, como otros tantos fantasmas, las formas que su alma revistió en el curso de las vidas sucesivas. En una pasmosa visión su alma descubre las inmensas perspectivas de las edades transcurridas. Evoca las escenas sangrientas, apasionadas, dolorosas, los sacrificios y los crímenes, encontrando en todo ello la causa de los progresos realizados, de las expiaciones sufridas y la razón de su situación presente. Ve la correlación que reúne sus vidas pasadas como los

anillos de una larga cadena que se desarrolla a través de los siglos. Para él, el pasado explica lo presente, el cual deja a su vez prever el porvenir.

Esta es para el Espíritu una hora de verdadera tortura moral. Esta evocación del pasado le trae la formidable sentencia, el juicio de su propia conciencia, especie de juicio de Dios. Por desgarrador que sea, este examen es necesario, pues puede ser el punto de partida de las resoluciones saludables y de la redención.

El grado de depuración del Espíritu, la situación que ocupa en el espacio representan la suma de sus progresos y dan la medida de su valer. Este es el fallo infalible que decide de su suerte sin apelación. Armonía profunda, sencillez maravillosa que las instituciones humanas son incapaces de reproducir; el principio de afinidad lo rige todo en los cielos y asigna a cada uno su lugar. Ni juicio ni tribunal, nada más que la Ley inmutable ejecutándose por sí misma, por el juego natural de las fuerzas espirituales y según el empleo. que de ellas hace el alma libre y responsable.

Como lo explicaremos más adelante, todo pensamiento tiene una forma, y esta forma creada por la voluntad se fotografía en nosotros como en un espejo en el cual las imágenes se grabasen por sí mismas. Nuestra envoltura fluídica refleja y conserva como un registro todos los hechos de nuestra existencia. Este registro está cerrado durante la vida. La carne es la recia cubierta que nos oculta su contenido. Pero al morir se abre de repente y sus páginas se presentan a nuestra vista.

El Espíritu desencarnado lleva, pues, en sí, visible para todos, su cielo o su infierno. La prueba irrecusable de su grandeza o de su humillación, está escrita en su cuerpo fluídico. Testigos benévolos o

terribles, nuestras obras, nuestros designios nos justifican o nos acusan sin que nada pueda acallar sus voces. De ahí viene el suplicio del malo que creía sus malos deseos, sus actos culpables, profundamente ocultos y que los ve comparecer a los ojos de todos; de ahí, sus remordimientos cuando pasan sin cesar por delante de él los años ociosos y estériles, las horas dedicadas al libertinaje o al crimen, y las víctimas llorosas sacrificadas a sus brutales instintos. En esto mismo encuentra su felicidad el Espíritu elevado que ha sabido vencer sus pasiones y ha consagrado su vida a ayudar y a consolar a sus hermanos.

Para distraerse de sus penas y de sus preocupaciones morales, el hombre tiene el trabajo, el estudio, el sueño. El Espíritu no tiene ya estos recursos. Libre de las ligaduras corporales, se encuentra sin cesar enfrente del cuadro vivo y fiel de su pasado. Por esto los amargos y continuos remordimientos que resultan en la mayor parte de los casos, despiertan pronto en él el deseo de volver a tomar un cuerpo carnal para combatir, padecer y rescatar un pasado acusador.

32

LA VOLUNTAD Y LOS FLUIDOS

Las enseñanzas que debemos a los Espíritus sobre su situación, después de la muerte, nos hacen comprender mejor las reglas según las cuales el periespíritu o cuerpo fluídico se transforma y progresa.

Así como lo hemos indicado anteriormente¹, la misma fuerza que impulsa al ser en su evolución a través de los siglos, a crear por sus necesidades y tendencias los órganos materiales necesarios para su desarrollo, le incita, por una acción análoga y paralela, a perfeccionar sus facultades y a crearse nuevos medios de acción apropiados a su estado fluídico, intelectual y moral.

La envoltura fluídica del ser se depura, se ilumina o se oscurece según la naturaleza elevada o grosera de los pensamientos que en ella

¹ En la evolución periespiritual.

se reflejan. Todo acto, todo pensamiento repercute y se graba en el periespíritu. De aquí nacen consecuencias inevitables para la situación del Espíritu. El alma ejerce una acción continua sobre su envoltura, siendo siempre dueña de modificar su estado por medio de la voluntad.

La voluntad es la facultad soberana del alma, la fuerza espiritual por excelencia. Es el fondo mismo de la personalidad. Su poder sobre los fluidos es ilimitado y se acrecienta con la elevación del Espíritu. En el centro terrestre sus efectos sobre la materia son limitados porque el hombre se ignora y no sabe utilizar las fuerzas que están en él. Pero en los mundos más adelantados, el ser humano que ha aprendido a querer, domina la naturaleza entera, dirige a su gusto los fluidos materiales, y produce metamorfosis y fenómenos prodigiosos. En el espacio y en esos mundos, la materia se presenta en estados fluídicos de los cuales sólo podemos formarnos una vaga idea. Del mismo modo que en la Tierra ciertas combinaciones químicas se producen únicamente bajo la influencia de la luz, así en esos centros los fluidos no se unen y no se ligan sino por un acto de la voluntad de los seres superiores.

La acción de la voluntad sobre la materia ha entrado ya en el dominio de la experiencia científica gracias al estudio proseguido por varios fisiólogos de los fenómenos magnéticos, bajo el nombre de hipnotismo y de sugestión mental. Se han visto ya experimentadores que, por un acto directo de su voluntad, hacer aparecer llagas y estigmas en el cuerpo de ciertos sujetos, hacer salir de ellos sangre y humores, y curarlos en seguida por una volición contraria. De modo que la voluntad humana destruye y repara a su gusto los tejidos vivos; puede también modificar las sustancias materiales hasta el

punto de comunicarles propiedades nuevas, provocando la embriaguez con agua clara, etc. Tiene también acción sobre los fluidos y crea objetos y cuerpos que los hipnotizados ven, sienten y tocan, que tienen para ellos una existencia positiva y obedecen a todas las leyes de la óptica. Esto es lo que resulta de las investigaciones y de los trabajos de los doctores Charcot, Dumontpallier, Liébault, Bernheim, de los profesores Liégeois, Delboeuf, etc., cuya relación puede leerse en todas las revistas médicas.

Pues bien, si la voluntad ejerce semejante influencia sobre la materia bruta y sobre los fluidos rudimentarios, tanto más fácil será de comprender su imperio sobre el periespíritu, y los progresos o los desórdenes que en él determine, según la naturaleza de su acción, lo mismo en el curso de la vida que después de la desencarnación.

Todo acto de la voluntad, hemos ya dicho, reviste una forma, una apariencia fluídica y se graba en la envoltura periespiritual. Es evidente que si estos actos son inspirados por pasiones materiales, su forma será material y grosera. Las moléculas periespirituales, impregnadas y saturadas de estas formas y estas imágenes, se aproximan y se condensan. Al reproducirse las mismas causas, los mismos efectos se acumulan y la condensación se acelera, los sentidos se debilitan y se atrofian, las vibraciones disminuyen en fuerza y en extensión. Después de la muerte, el Espíritu se encuentra envuelto en fluidos opacos y pesados que ya no dejan pasar las impresiones del mundo exterior, sirviéndole al alma de cárcel y de tumba. Es el castigo preparado por el Espíritu mismo; esta situación es su obra, y no cesa hasta que el arrepentimiento, la voluntad de

corregirse y aspiraciones más elevadas, vienen a romper la cadena material que lo sujeta.

En efecto, si las pasiones bajas y materiales turban y oscurecen el organismo fluídico, en cambio, los pensamientos generosos y las nobles acciones afinan y dilatan las moléculas periespirituales. Sabemos que las propiedades de la materia aumentan con su grado de pureza. Las experiencias de William Crookes han demostrado que la rarefacción de los átomos lleva a estos al estado radiante. La materia, en este estado sutil, se inflama y se hace luminosa e imponderable. Lo mismo pasa con la sustancia periespiritual. Al enrarecerse, su flexibilidad y su sensibilidad ganan; su fuerza de radiación y energía vibratoria aumentan, permitiéndole sustraerse a las atracciones terrestres. El Espíritu entra entonces en posesión de nuevos sentidos, con cuyo auxilio podrá penetrar en centros más puros y comunicar con seres etéreos. Estas facultades, estos sentidos que abren el acceso a las regiones felices, toda alma humana puede conquistarlos y desarrollarlos, pues posee sus gérmenes imperecederos. Nuestras vidas sucesivas llenas de trabajos y de esfuerzos, no tienen otro objeto que hacerlos florecer en nosotros.

Ya en este mundo, vemos estas facultades despertarse en algunos individuos que, gracias a ellas, entran en relaciones con el mundo oculto. Los médiums de todas clases están en este caso. Su número aumentará sin duda con el progreso moral y la difusión de la verdad. Puede preverse que llegará día en que la gran mayoría de los humanos se encontrará apta para recibir las enseñanzas de esos seres invisibles cuya existencia negaba ayer.

Esta evolución paralela de la materia y del Espíritu, por la cual el ser conquista sus órganos y sus facultades, se construye completamente y se aumenta sin cesar, nos demuestra otra vez la solidaridad que une las fuerzas universales, el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos. Nos demuestra sobre todo qué riquezas, qué profundos recursos puede crearse el ser por un uso metódico y perseverante de la voluntad. Esta llega a ser la fuerza suprema, el alma misma, ejerciendo su imperio sobre los poderes inferiores.

El empleo que hacemos de nuestra voluntad, dirige por sí solo nuestro adelantamiento, prepara nuestro porvenir, nos fortifica o nos rebaja. No hay azar ni fatalidad. Hay fuerzas, hay leyes. Utilizar y dirigir las unas, y observar las otras, en esto se encierra el secreto de todas las grandezas y todas las elevaciones. Los resultados producidos alrededor nuestro por la voluntad, trastornan ya la imaginación de las personas de mundo y provocan, la admiración de los sabios. El hipnotismo y la sugestión han producido en este sentido resultados que han sido calificados de maravillosos. Todo esto es sin embargo poca cosa al lado de los efectos obtenidos en los centros superiores donde, a las órdenes del Espíritu, todas las fuerzas se combinan y entran en acción. Y si, en este orden de ideas, llevásemos más alto nuestra atención, ¿no llegaríamos, por analogía, a vislumbrar de qué manera la voluntad divina, dominando la materia cósmica, puede formar los soles, trazar las órbitas de los mundos, y procrear los universos? Sí, la voluntad ejercida en el sentido del bien y conforme a las leyes eternas, lo puede todo. También puede hacer mucho mal. Nuestros malos pensamientos, nuestros deseos impuros, nuestras acciones culpables, corrompen, al reflejarse en ellos, los fluidos que nos rodean, y el contacto de estos

produce malestar e impresiones dañinas en todos aquellos que se nos aproximan, pues todos los organismos sienten la influencia de los fluidos ambientes.

Asimismo los sentimientos de orden elevado, los pensamientos de amor, las exhortaciones calurosas, penetran en los seres que nos rodean, los sostienen y los vivifican. Así se explican el imperio ejercido sobre las multitudes por los grandes misioneros y las almas escogidas, y la influencia contraria de los malvados que podemos siempre conjurar, es cierto, por voliciones en sentido inverso y una resistencia enérgica de nuestra voluntad.

Un conocimiento más preciso de las facultades del alma y de su aplicación modificará totalmente nuestras tendencias y nuestras acciones. Sabiendo que los hechos y pensamientos de nuestra vida se inscriben en nosotros, y dan testimonio en favor o en contra, fijaremos en cada uno de ellos una atención más escrupulosa. Nos aplicaremos desde ahora a desarrollar los recursos que dormitan en nosotros, a obrar por su medio sobre los fluidos esparcidos en el espacio con objeto de depurarlos y transformarlos para el bien de todos, a crear en torno nuestro una atmósfera límpida y pura, inaccesible a los efluvios viciados. El Espíritu que no trabaja, y que se abandona a las influencias materiales, permanece débil, incapaz de percibir las sensaciones delicadas de la vida espiritual. Después de la muerte se siente poseído de una inercia completa, y los campos del espacio sólo vacío y obscuridad ofrecen a sus sentidos embotados. El Espíritu activo, preocupado en ejercitar sus facultades por un uso constante, adquiere nuevas fuerzas, su vista abarca horizontes más vastos y el círculo de sus relaciones se ensancha gradualmente.

El pensamiento, utilizado como fuerza magnética, podría corregir muchos desórdenes, extinguir muchas llagas sociales. Procediendo por voliciones continuas, proyectando resuelta y frecuentemente nuestra voluntad hacia los seres desgraciados, hacia los enfermos, los perversos, los extraviados, podríamos consolar, convencer, aliviar, curar. Por medio de este ejercicio se obtendrían no solamente resultados inesperados para el mejoramiento de la especie, sino que se llegaría a dar al pensamiento una sutileza y una fuerza de penetración incalculables.

Gracias a una combinación íntima de buenos fluidos sacados del inagotable depósito de la naturaleza, y con la asistencia de los Espíritus invisibles, se puede restablecer la salud comprometida, y devolver la esperanza y la energía a los desesperados. Por un impulso regular y perseverante de la voluntad, puede llegarse a impresionar a distancia a los incrédulos, a los escépticos y a los malos, conmover su terquedad, atenuar su odio, hacer penetrar un rayo de verdad en el entendimiento de los más hostiles. Ésta es una forma ignorada de la sugestión mental, de este tremendo poder del cual muchos se sirven a tontas y a locas, y que, utilizado en el sentido del bien, transformaría el estado moral, de las sociedades.

La voluntad, ejercida con fluidez, desafía toda vigilancia e inquisición. Opera en la sombra y en el silencio, salva todos los obstáculos y penetra en todos los centros. Mas para hacerle producir todos sus efectos, se necesita una acción enérgica, arranques poderosos y una paciencia incansable. Así como la gota de agua taladra lentamente la piedra más dura, así un pensamiento incesante y generoso acaba por insinuarse en el espíritu más refractario.

La voluntad aislada puede mucho para el bien de los hombres; mas ¿qué no podría esperarse de una asociación de pensamientos elevados, de un agrupamiento de todas las voluntades libres? Las fuerzas intelectuales, hoy en día divergentes, se esterilizan y se anulan recíprocamente. Esta es la causa de la turbación y de la incoherencia de las ideas modernas; pero tan pronto como el espíritu humano, conociendo su poder, agrupe las voluntades diseminadas para hacerlas converger hacia el bien, la belleza y la verdad, ese día la humanidad adelantará osadamente hacia las cumbres eternas y se renovará la faz del mundo.

LA VIDA EN EL ESPACIO

Según ciertas doctrinas religiosas, la Tierra es el centro del Universo y el cielo forma una bóveda por encima de nosotros. En su parte superior, dicen ellas, está situada la mansión de los bienaventurados, y el infierno, morada de los réprobos, prolonga sus lúgubres galerías en las entrañas mismas de la tierra.

La ciencia moderna de acuerdo con la enseñanza de los Espíritus, al mostrarnos el universo sembrado de innumerables mundos habitados, ha dado un golpe mortal a estas teorías. El cielo está en todas partes; en todas partes lo inconmensurable, lo insondable, lo infinito; en todas partes un hormiguo de soles y de esferas entre los cuales nuestra Tierra no es más que una mezquina unidad.

En el seno de los espacios no hay ya moradas circunscritas para las almas. Tanto más libres cuanto más puras son, recorren la inmensidad y van donde las llevan sus afinidades y sus simpatías. Los Espíritus inferiores, entorpecidos por la densidad de sus fluidos, quedan como ligados al mundo en el que han vivido, circulando en su atmósfera o mezclándose con sus habitantes. Los goces y las

percepciones del Espíritu, no proceden del centro que ocupa, sino de sus disposiciones personales y de los progresos realizados. Tal Espíritu atrasado, de periespíritu opaco y rodeado de tinieblas, puede encontrarse con el alma radiosa cuya envoltura sutil se presta a las sensaciones más delicadas y a las vibraciones más extensas. Cada cual lleva en sí su gloria o su miseria.

La condición de los Espíritus en la vida de ultratumba, su elevación, su felicidad, todo depende de su facultad de sentir y de percibir, la cual guarda proporción con su grado de adelantamiento.

En la Tierra vemos ya aumentarse los goces intelectuales con la cultura del espíritu. Las obras literarias y artísticas, las bellezas de la civilización, las más elevadas concepciones del genio humano, están fuera de la comprensión del hombre salvaje y aun de muchos de nuestros conciudadanos. Así los Espíritus de orden inferior, cual ciegos en medio de la naturaleza iluminada por el sol, o cual sordos en un concierto, permanecen indiferentes o insensibles ante las maravillas del infinito.

Esos Espíritus, envueltos en fluidos espesos, sufren las leyes de la gravitación y son atraídos hacia la materia. Bajo la influencia de sus apetitos groseros, las moléculas de su cuerpo fluídico se cierran a las percepciones exteriores y les hacen esclavos de las mismas fuerzas naturales que gobiernan la humanidad. Nunca se insistirá demasiado sobre este hecho que es el fundamento del orden y justicia universales. Las almas se agrupan y se escalonan en el espacio según el grado de pureza de su envoltura. El rango del Espíritu está en relación directa con su constitución fluídica, la cual es su propia obra, la resultante de su pasado y de todos sus trabajos. Ella es la que

determina su situación, en ella es donde encuentra su recompensa. Mientras que el alma acrisolada recorre la vasta y radiante extensión, el Espíritu impuro no puede alejarse de la vecindad de los globos materiales.

Entre estos estados extremos, hay numerosos grados intermediarios que permiten a los Espíritus similares agruparse y constituir verdaderas sociedades celestes. La comunidad de ideas y de sentimientos, la identidad de gustos, de miras y de aspiraciones, aproximan y unen a esas almas que forman grandes familias.

La vida del Espíritu adelantado es esencialmente activa, aunque sin fatiga. Las distancias no existen para él. Se transporta con la rapidez del pensamiento. Su envoltura, semejante a un ligero vapor, ha adquirido tal sutileza, que es invisible para los Espíritus inferiores. Ve, oye, siente y percibe, no ya por los órganos materiales que se interponen entre la naturaleza y nosotros interceptando al paso la mayor parte de las sensaciones, sino directamente, sin intermediario, por todas las partes de su ser. Por esto sus percepciones son mucho más claras y multiplicadas que las nuestras. El Espíritu elevado nada en cierto modo en un océano de sensaciones deliciosas. Ante su vista se desenvuelven cuadros variados, y suaves armonías le arrullan y le encantan. Para él, los colores son perfumes, los perfumes son sonidos. Mas por exquisitas que sean sus impresiones, puede sustraerse a ellas y recogerse a voluntad, cubriéndose con un velo fluídico y aislándose en el seno de los espacios.

El Espíritu adelantado está libre de todas las necesidades corporales. El alimento y el sueño, no tienen para él ninguna razón de ser. Al dejar la Tierra, se desprende para siempre de los vanos

cuidados, de las alarmas y de las quimeras que emponzoñan aquí nuestra existencia. Los Espíritus inferiores llevan consigo más allá de la tumba, sus costumbres, sus necesidades y sus preocupaciones materiales. No pudiendo elevarse por encima de la atmósfera terrestre, vuelven a tomar parte en la vida de los humanos, a mezclarse en sus luchas, en sus trabajos y en sus placeres. Sus pasiones y sus deseos, siempre despiertos y atizados por el contacto continuo de la humanidad, los abruman, y la imposibilidad de satisfacerlos se convierte para ellos en una causa de tormento.

Los Espíritus no necesitan de la palabra para comprenderse. Reflejándose todos los pensamientos en el periespíritu como una imagen en un espejo, cambian sus ideas sin esfuerzo, con una rapidez vertiginosa. El Espíritu elevado puede leer en el cerebro del hombre y discernir sus más secretos designios. Nada se le oculta. Sondea todos los misterios de la naturaleza y puede a su antojo explorar las entrañas del globo, el fondo de los océanos y contemplar los despojos de las civilizaciones desaparecidas. Atraviesa los cuerpos más densos y ve abrirse ante él los dominios impenetrables al pensamiento humano.

34

LA ERRATICIDAD

En tanto que las almas desprendidas de las influencias terrestres se constituyen en grupos simpáticos cuyos miembros se aman y se comprenden entre sí, viviendo en una igualdad perfecta y una profunda felicidad, los Espíritus que no han podido vencer sus pasiones llevan una vida errante y vagabunda que, sin ser una causa de padecimientos, les produce incertidumbre e inquietud.

Esto es lo que se llama erraticidad, y esta es la condición de la mayor parte de los Espíritus que han vivido en la Tierra, Espíritus ni buenos ni malos, pero débiles e inclinados a las cosas de la Tierra.

En la erraticidad se encuentran muchedumbres inmensas, siempre agitadas, siempre en busca de un estado mejor que no pueden alcanzar. En ella flotan innumerables Espíritus indecisos entre lo justo y lo injusto, entre la verdad y el error, entre la sombra y la luz. Otros están sumergidos en el aislamiento, la oscuridad y la tristeza, o van solicitando aquí y allí una benevolencia, una simpatía que no pueden alcanzar.

La ignorancia, el egoísmo, los defectos de todas clases imperan aún en la erraticidad, y la materia sigue ejerciendo su influencia. El bien y el mal se hallan allí mezclados. Puede decirse que es el vestíbulo de los espacios luminosos, de los mundos mejores. Todos pasan por él y permanecen por algún tiempo, pero es para remontar el vuelo.

La enseñanza de los Espíritus sobre la vida de ultratumba nos dice que allí no hay lugar para la contemplación estéril ni para la beatitud ociosa. Todas las regiones del Universo están llenas de Espíritus atareados. En todas partes multitudes, enjambres de almas suben, bajan y se agitan en el seno de la luz y de las regiones oscuras. En un punto se reúnen varios auditorios para recibir las instrucciones de Espíritus elevados. Más allá se reúnen varios grupos para festejar a un recién llegado. En otras partes se ven Espíritus que combinan los fluidos prestándoles mil formas, mil matices suaves y maravillosos y preparándolos para los delicados usos a que los destinan los genios superiores.

Otras multitudes se agolpan junto a los globos y los siguen en sus revoluciones, turbas sombrías y revueltas que influyen sin saberlo en los elementos atmosféricos. Por ellas atraviesan, más veloces que el rayo, los Espíritus luminosos que llevan socorro y consuelo a los humanos que les imploran. Cada uno llena su cometido y concurre a la gran obra a proporción de su mérito y de su adelantamiento. El universo entero evoluciona como los mundos, los Espíritus prosiguen su eterna carrera arrastrados hacia un estado superior y entregados a ocupaciones diversas. Progresos que realizar, ciencia que adquirir, dolores que apaciguar, remordimientos que calmar, amor a los humanos, expiación, abnegación, sacrificio, todas estas

DESPUÉS DE LA MUERTE

fuerzas, todos estos móviles, los estimulan, los espolean, los precipitan hacia sus correspondientes vías. Y en esta inmensidad sin límites y sin riberas, reinan incesantemente el movimiento y la vida. Todo se transforma, crece y se eleva. La inmovilidad, la inacción es el retroceso y la muerte. Bajo el impulso de la gran ley, seres y mundos, almas y soles, todo gravita y se mueve en la órbita gigantesca trazada por la voluntad divina.

LA VIDA SUPERIOR

Cuando el alma virtuosa, después de haber vencido las pasiones, abandona su cuerpo miserable, instrumento de dolor y de gloria, emprende el vuelo a través de la inmensidad y va a reunirse con sus hermanas del espacio. Arrebatada por una fuerza irresistible, recorre regiones donde todo es armonía y esplendor. La palabra humana es demasiado pobre para expresar lo que allí ve. Pero, sobre todo, ¡qué alivio, qué deliciosa alegría sentir rota la pesada cadena, que la sujetaba a la Tierra, poder abarcar la extensión, sumergirse en el vacío sin límites, cernerse más allá de la órbita de los mundos! Ya no más cuerpo enclenque y achacoso, pesado como una capa de plomo, ya no más grillete material que arrastrar penosamente. Libre de sus ligaduras, resplandece y se embriaga de espacio y de libertad. La fealdad terrestre, la vejez decrepita y arrugada, han sido reemplazadas por un cuerpo fluídico, de formas graciosas, forma humana idealizada, diáfana y brillante.

Ha encontrado a los que amaba aquí bajo y que la han precedido en la nueva vida. Parecían esperarla como al término de un largo viaje. Comunica libremente con ellos. Sus efusiones rebosan de una

felicidad avivada por los tristes recuerdos de la Tierra y la comparación de la hora presente con el pasado lleno de lágrimas. Otros Espíritus a los cuales había perdido de vista durante su última encarnación, pero que le eran queridos por las pruebas que en su compañía había soportado en el curso de los tiempos, se reúnen con los primeros. Todos aquellos que participaron de sus buenos y malos días, todos los que han progresado, luchado, llorado y padecido con ella, acuden apresurados a recibirla, y despertándose de repente su memoria, resultan explosiones de contento y efusiones que ninguna pluma podría describir.

¿Cómo resumir las impresiones del Espíritu en la vida radiosa que se le presenta? Habiéndose desgarrado de repente la tosca vestidura, la pesada capa que cubría sus sentidos íntimos, siente centuplicadas sus percepciones. No más límites ya, no más horizontes reducidos. El infinito profundo, luminoso, se despliega con sus deslumbradoras maravillas, con sus millones de soles, focos multicolores, zafiros, esmeraldas, joyas enormes diseminadas en el azul con sus suntuosos séquitos de esferas. Esos soles que aparecen a los ojos de los hombres como chispas menudas, el Espíritu los contempla en su verdadera y colosal grandeza; los ve más poderosos que el que ilumina nuestro diminuto planeta; comprende la fuerza de atracción que los une, y distingue en las remotas profundidades los astros formidables que dirigen sus evoluciones. Ve a todas estas antorchas gigantescas conmoviéndose, gravitar, proseguir su carrera vagabunda, entrecruzarse como globos de fuego arrojados en el vacío por la mano de un prestidigitador invisible.

Nosotros, perturbados sin cesar por los vanos rumores y los confusos zumbidos de la colmena humana, no podemos concebir la

calma solemne, el majestuoso silencio de los espacios que llena el alma de un sentimiento augusto, de un asombro que raya en espanto. Pero el Espíritu puro y bueno es inaccesible al terror. El infinito, frío y silencioso para los Espíritus inferiores, se anima pronto para él y deja oír su potente voz. El alma, desprendida de la materia, percibe poco a poco las vibraciones melodiosas del éter, las delicadas armonías que descienden de las colonias celestiales; oye el ritmo imponente de las esferas. El canto de los mundos, las voces del infinito que resuenan en el silencio, le producen un goce que la penetra hasta el arrobamiento. Recogida, extasiada, embargada por un sentimiento grave y religioso y una incansable admiración, se baña en las olas del éter, contempla las profundidades siderales y las legiones de Espíritus, sombras ágiles; y ligeras que flotan y se agitan en océanos de luz. Asiste al génesis de los mundos; ve despertarse y crecer la vida en sus superficies; sigue el desenvolvimiento de las humanidades que los pueblan, y ante tan grandioso espectáculo, comprende que en todas partes la actividad, el movimiento y la vida, van unidos al orden en el universo.

Cualquiera que sea su grado de adelanto, el Espíritu que acaba de dejar la Tierra no puede aspirar a gozar indefinidamente de esta vida superior. Estando obligado a reencarnarse, esta vida no es para él más que un tiempo de descanso, una compensación debida a los males sufridos, una recompensa a sus méritos. Allí recobra valor y fuerza para las luchas futuras. Mas en el porvenir que le espera, no volverá a hallar las angustias y las penas de la vida terrestre. El espírita elevado está llamado a renacer en globos de mejores condiciones que el nuestro. La inmensa escala de los mundos, se

compone de innumerables peldaños dispuestos para la ascensión graduada de las almas; cada una la sube a su vez.

En las esferas superiores a la Tierra, la materia tiene menos imperio. Los males que ésta engendra, se atenúan a medida que el ser se eleva, y acaban por desaparecer. Allí el hombre no se arrastra penosamente por el suelo, abrumado por la presión de una pesada atmósfera; cambia de sitio con facilidad. Las necesidades corporales son casi nulas, y los trabajos rudos desconocidos. La existencia, más larga que la nuestra, se pasa estudiando y tomando parte en las obras de una civilización perfeccionada que tiene por base la moral más pura, el respeto a los derechos de todos, la amistad y la fraternidad. Los horrores de la guerra, las epidemias, las plagas no tienen acceso en ellos, y los groseros intereses, causa de tantas codicias aquí bajo, no dividen allí a los Espíritus.

Estos datos sobre las condiciones de la habitabilidad de los mundos, están confirmados por la ciencia. Por medio de la espectroscopia, ha conseguido analizar sus elementos constitutivos, ha pesado su masa calculando su poder de atracción. La astronomía nos demuestra que las estaciones varían de duración y de intensidad, según la inclinación de los globos sobre su órbita. Nos enseña que Saturno tiene la densidad de la madera de arce, y Júpiter, a corta diferencia, la del agua, que en Marte los cuerpos pesan la mitad menos que en la Tierra. Pues bien, siendo la organización de los seres vivientes la resultante de las fuerzas activas en cada mundo, vemos cuantas variedades de formas resultan de estos hechos, y cuantas diferencias pueden producirse en las manifestaciones de la vida en las innumerables tierras del espacio.

Al fin llega un día en que el Espíritu después de haber recorrido el ciclo de sus existencias terrestres, después de haberse purificado por sus renacimientos y migraciones a través de los mundos, ve terminarse la serie de sus encarnaciones y empezar la vida espiritual, definitiva, la verdadera vida del alma, de la cual están desterrados el mal, la sombra y el error. Al llegar a este punto, las últimas influencias materiales se han desvanecido ya. La calma, la serenidad, la seguridad profunda, han sustituido a las penas y a las inquietudes de otro tiempo. El alma ha alcanzado el término de sus males; ya está segura de no padecer más. ¡Con qué emoción recuerda los hechos de su vida, diseminados en la sucesión de los tiempos, su dilatada ascensión, la conquista de sus méritos y de sus grados! ¡Qué enseñanza encierra esa marcha creciente, en cuyo curso se constituye y se afirma la unidad de su naturaleza, de su personalidad inmortal!

Del recuerdo de las lejanas alarmas, de las penas, de los dolores; se transporta a las felicidades del presente y las saborea con deleite. ¡Qué delicia sentirse vivir en medio de Espíritus ilustrados, pacientes y cariñosos; unirse a ellos con los lazos de un afecto que nada puede turbar; compartir sus aspiraciones, sus ocupaciones, sus gustos; sentirse comprendido, auxiliado, querido, exento de necesidades y de la muerte, joven con una juventud en la cual los siglos no pueden hacer mella! Luego estudiar, admirar, glorificar la obra infinita, penetrar más profundamente sus divinos misterios, reconocer en todas partes la justicia, la bondad y la belleza celestiales e identificarse con ellas; seguir a los genios superiores en su tarea y en sus misiones; comprender que se llegará a igualarles, que se continuará ascendiendo, que siempre, siempre, nuevas alegrías, nuevos trabajos, nuevos progresos nos esperan; tal es la vida eterna,

magnífica, desbordante, la vida del Espíritu purificado por el sufrimiento.

Los cielos elevados son la patria de la belleza ideal y perfecta en la que se inspiran todas las artes. Los Espíritus superiores poseen en grado eminente el sentido de lo bello. Es la fuente de sus más puros goces, y todos saben realizarlo en obras junto a las cuales quedan deslucidas las obras maestras de la Tierra. Cada vez que una nueva manifestación del genio se produce en nuestro mundo, cada vez que el arte se revela bajo una forma perfeccionada, puede creerse que un Espíritu, descendido de las esferas elevadas, se ha encarnado en la Tierra para iniciar a los hombres en los esplendores de la eterna belleza.

Para el alma superior, el arte, en sus múltiples aspectos, es una oración, un homenaje rendido al Principio Eterno.

Siendo el Espíritu un ser fluídico, tiene acción sobre los fluidos del espacio. Por la fuerza de su voluntad, los combina, los dispone a su gusto y les da las formas y colores que corresponden a su objeto. Por medio de estos fluidos se ejecutan obras que a nada pueden compararse y que es imposible analizar. Construcciones aéreas de deslumbrantes colores, galerías adornadas de estatuas que parecen animadas y palpitantes de vida, circos inmensos donde se reúnen y celebran consejo los delegados de los universos; templos de vastas proporciones en cuyos ámbitos resuenan los ecos de una armonía divina; cuadros cambiantes luminosos; reproducciones de vidas humanas, vidas de fe y de sacrificio, apostolados dolorosos, dramas del infinito, ¿cómo hemos de describir magnificencias que los

Espíritus mismos se declaran impotentes para expresar en el vocabulario humano?

En estas moradas fluídicas es donde se despliegan las pompas de las fiestas espirituales. Los Espíritus puros, deslumbrantes de luz, se agrupan allí por familias. Su esplendor, los variados colores de sus envolturas, permiten conocer su elevación y determinar sus atributos. Suaves conciertos, junto a los cuales los de la Tierra no son más que ruidos discordantes, los recrean y tienen por marco el espacio infinito, el espectáculo maravilloso de los mundos rodando en la extensión y unidas sus notas a las voces celestes, al himno universal que se eleva hacia Dios.

Todos estos Espíritus, en multitud innumerable, se conocen y se aman. Los lazos de familia, los afectos que les unían en la vida material y que la muerte había roto, se han reconstituido para siempre. Vienen de diversas partes del espacio y de los mundos superiores, a comunicarse el resultado de sus misiones y de sus trabajos, a felicitarse por sus éxitos y a ayudarse mutuamente en las empresas difíciles. Ninguna segunda intención, ningún sentimiento de celos se albergan en esas almas delicadas. El amor, la confianza y la sinceridad reinan en esas reuniones donde se recogen las instrucciones de los mensajeros divinos, y donde se aceptan nuevas tareas que contribuyen a elevarse cada vez más. Unos consienten en velar por el progreso y por el desarrollo de las naciones y de los globos; otros se encarnan en las tierras del espacio para llenar misiones de abnegación, para instruir a los hombres en la moral y en la ciencia; los hay también que se encargan de algún alma encarnada, la sostienen en el áspero camino de la existencia, la guían desde el nacimiento hasta la muerte durante varias vidas sucesivas,

acogiéndola al término de cada una de ellas en el umbral del mundo invisible. En todos los grados de la jerarquía espiritual, el Espíritu tiene su misión en la obra inmensa del progreso y concurre a la realización de las leyes superiores.

Y cuanto más el Espíritu se acrisola, más intensa y más ardiente se hace en él la necesidad de amar, de atraer a su luz y a su felicidad en la región donde el dolor es desconocido, todo cuanto sufre, todo cuanto lucha y se agita en los lugares inferiores de la existencia inmortal. Cuando uno de estos Espíritus adopta a uno de sus hermanos menores, constituyéndose su protector y su guía, ¡con qué afectuosa solicitud sostiene sus pasos, con qué alegría ve sus progresos, con qué amargura las caídas que no ha podido impedir! Así como el niño, recién salido de la cuna, ensaya sus primeros pasos ante la conmovida mirada de su madre, así el Espíritu asistido se ensaya a los combates de la vida bajo la égida invisible de su padre espiritual.

Todos tenemos uno de esos genios tutelares que nos inspira en las horas difíciles y nos guía por el camino recto. Éste es el origen de la poética leyenda cristiana del ángel de la guarda. No hay idea más dulce ni más consoladora. Saber que tenemos un amigo fiel, dispuesto siempre a socorrernos de cerca como de lejos, a influir en nosotros a grandes distancias, como a estar a nuestro lado en las pruebas, aconsejándonos por medio de la intuición, y reanimándonos con su cariño, es una fuente inapreciable de fuerza moral. La idea de que testigos afectuosos e invisibles ven todas nuestras acciones, que les causan pena o alegría, es muy adecuada también para inspirarnos más prudencia y circunspección. Por medio de esta protección oculta se fortifican los lazos de solidaridad

que unen el mundo celeste a la Tierra, el Espíritu libre al hombre, Espíritu aprisionado en la carne.

Por esta asistencia continua se crean de una parte y otra las simpatías profundas, las amistades duraderas y desinteresadas. El amor que anima al Espíritu elevado, se extiende progresivamente a todos los seres, refluendo sin cesar hacia Dios, padre de las almas, foco de todas las potencias afectivas.

Hemos hablado de jerarquía. Hay, en efecto, una jerarquía de Espíritus, pero la virtud, las cualidades adquiridas por el trabajo y el sufrimiento, son su única base y su razón de ser. Sabemos que todos los Espíritus son iguales en principio, diferentes tan sólo bajo el punto de vista del adelantamiento, y destinados a los mismos fines. Los grados de la jerarquía espiritual, empiezan en el seno de la vida animal y se prolongan hacia alturas inaccesibles a nuestras concepciones actuales. Es un escalamiento inenarrable de potencias, de luces, de virtudes siempre aumentando desde la base hasta la cima —si es que hay una cima—. Es la espiral formidable del progreso desarrollándose infinitamente. Está dividida en tres grandes fases: vida material, vida espiritual y vida celestial, reflejándose, influyendo la una en la otra y formando un todo que constituye el campo de evolución de los seres, la escala de Jacob de la leyenda. Y en esta escala inmensa todos los seres están unidos con lazos invisibles. Cada uno está sostenido, atraído por otro más elevado que él. Las almas superiores que se manifiestan a los humanos, nos parecen dotadas de cualidades sublimes, y sin embargo ellas afirman la existencia de seres tan superiores a ellas como ellas lo son a nosotros. Los grados innumerables se suceden y se pierden en profundidades llenas de misterio.

La superioridad del Espíritu se conoce en su ropaje fluídico. Es como una envoltura tejida con los méritos y las cualidades adquiridas en la sucesión de sus existencias. Empañada y oscura para el alma inferior, su blancura aumenta en proporción de los progresos realizadas, siendo cada vez más pura. Brillante ya en el Espíritu elevado, comunica a las almas superiores un esplendor irresistible.

Cada Espíritu es un foco de luz, de una luz velada mucho tiempo, comprimida, invisible, que se aviva con el valor moral, crece lentamente y aumenta en extensión y en intensidad. Al principio es como un fuego oculto bajo la ceniza, que se revela al principio por débiles chispas y luego por una llama tímida y vacilante. Un día llega a ser aureola, adquiere vigor, se extiende, inflama al Espíritu entero que resplandece como un sol, o como esos astros errantes que recorren los abismos celestes dejando en pos de sí una estela luminosa. Para alcanzar este grado de esplendor se necesita un conjunto de trabajos, de obras fecundas, una acumulación de existencias que, a nosotros humanos, nos parecería la eternidad.

Elevándose a mayor altura, hacia cumbres que el pensamiento no puede medir sin vértigo, ¿no se llegaría a vislumbrar por medio de la intuición lo que es Dios, alma del universo, centro prodigioso de luz? Solamente los más grandes Espíritus, nos dicen, pueden resistir la visión directa de Dios. La luz divina expresa la gloria, el poder, la majestad del Eterno; es la visión misma de la verdad. Pero son pocas las almas que tienen el derecho de contemplarla sin velos. Para soportar su brillo abrumador, es menester gozar de una pureza absoluta.

La vida terrestre suspende las propiedades radiantes del Espíritu. Durante su curso, la luz del alma está oculta bajo la carne como una antorcha ardiendo solitaria en el fondo de un sepulcro. Sin embargo podemos asegurarnos de la realidad de su existencia en nuestro interior. Nuestras buenas acciones, nuestros arranques generosos la alimentan y la avivan. Toda una multitud puede sentir el calor comunicativo de un alma entusiasta. En nuestros momentos de expansión, de caridad, de amor, sentimos en nosotros mismos como una llama, como un rayo emanar de nuestro ser. Esta luz interior es la que hace los oradores, los héroes, los apóstoles. Ella es la que reanima los auditorios, arrastra los pueblos y les hace realizar grandes cosas. Las fuerzas espirituales se revelan entonces a los ojos de todos y demuestran lo que se puede obtener de las facultades psíquicas, puestas en acción por el amor al bien y a la justicia. La fuerza del alma es superior a todos los poderes materiales. Podría levantar un mundo. Y esta fuerza es luz.

¡Oh suave lumbre que anidas en nuestro corazón, ojalá podamos alimentarte con nuestras buenas obras, avivar tu llama, convertirte en hoguera que ilumine y caliente todo cuanto se te aproxime, en faro que guíe a los Espíritus escépticos y errantes en las tinieblas!

Hemos intentado dar una idea de lo que es la vida celestial y definitiva, en conformidad a la enseñanza de los Espíritus. Éste es el fin hacia el cual evolucionan todas las almas, el centro donde todas las esperanzas se realizan, donde todas las nobles aspiraciones son satisfechas. Allí las simpatías, los afectos, las atracciones puras vuelven a encontrarse, se unen y se confunden en un inmenso amor que inflama a todos los Espíritus haciéndoles vivir en una comunión perpetua en el seno de la gran armonía.

Mas para alcanzar esas alturas casi divinas, es menester haber abandonado en las cuevas que a ellas conducen, los apetitos, las pasiones, los deseos: es menester haber sido desgarrado por las espinas y purificado por el agua helada de los ventisqueros. Es menester haber conquistado la dulzura, la resignación, la fe, aprendido a padecer sin quejarse, a llorar en silencio, a desdeñar los bienes y los gozes efímeros del mundo, haber puesto todo su corazón en los bienes imperecederos. Es menester haber dejado en las sepulturas terrestres muchos despojos deformados por el dolor, haber sufrido muchas privaciones, soportado sin quejarse la humillación y el desprecio, sentido la mordedura del mal, el peso del aislamiento y la tristeza. Es menester haber vaciado muchas veces el cáliz profundo y amargo. Pues tan sólo el sufrimiento, al desarrollar las fuerzas viriles del alma, la temple para la lucha y la ascensión, la acrisola, la madura, la eleva y le abre las puertas de la vida bienaventurada.

Espíritu inmortal, Espíritu encarnado o libre, si quieres ascender rápidamente la escala ardua y magnífica de los mundos y alcanzar las regiones etéreas, arroja fuera de ti todo cuanto entorpece tus pasos y estorba tu vuelo. Devuelve a la Tierra todo cuanto procede de la Tierra, y aspira a los tesoros eternos; trabaja, ora, consueta, sostén, ama, ¡Oh! ama hasta la inmolación, cumple el deber a cualquier precio, al precio del sacrificio y de la muerte. De esta manera sembrarás el germen de tu futura felicidad.

LOS ESPÍRITUS INFERIORES

El Espíritu lleva en sí su luz y su felicidad; le siguen constantemente, pues forman parte integrante de su ser. Del mismo modo, el Espíritu culpable lleva consigo su oscuridad, su castigo, su oprobio. Los padecimientos de las almas perversas, no por no ser materiales son menos vivos. El infierno no es más que un lugar quimérico, un producto de la imaginación, un espantajo, quizás necesario para atemorizar a los pueblos niños, pero que, de todos modos, nada tiene de real. Muy distinta es la enseñanza de los Espíritus respecto a los tormentos de la vida futura; la hipótesis no tiene en ella ninguna parte.

En efecto, los mismos que sufren esos padecimientos vienen a describirnoslos como otros vienen a pintarnos sus inefables dichas. No son impuestos por una voluntad arbitraria. No se pronuncia ninguna sentencia. El Espíritu sufre las consecuencias naturales de sus actos, que recaen sobre él, le glorifican o le abruma. El ser padece en la vida de ultratumba, no solamente por el mal que ha hecho, sino también por su inacción o debilidad. En una palabra, esta vida es su obra; es tal como la ha labrado con sus propias manos. El

padecimiento es inherente al estado de imperfección. Se atenúa con el progreso, y desaparece cuando el Espíritu ha dominado la materia.

El castigo del Espíritu malo prosigue, no tan sólo en la vida espiritual, sino también en las encarnaciones sucesivas que lo arrastran a mundos inferiores, donde la existencia es precaria y donde reina el dolor. Estos son los mundos a los que se puede calificar de infiernos. La Tierra, bajo ciertos conceptos, debe ser considerada como uno de ellos. Alrededor de esos globos, presidios del espacio, flotan las tristes legiones de Espíritus imperfectos, esperando la hora de Ja reencarnación.

Hemos visto cuán penosa, prolongada y llena de turbación y de angustia es la fase del desprendimiento corporal para el Espíritu entregado a las pasiones. La ilusión de la vida terrestre continúa para él durante años enteros. Incapaz de darse cuenta de su estado y de romper las ligaduras que le encadenan; no habiendo elevado nunca su inteligencia ni su corazón más allá del círculo estrecho de su existencia, continúa viviendo como antes de su muerte, sojuzgado por sus costumbres y sus inclinaciones, indignándose de que los suyos no den muestra de verle ni oírle, vagando triste e inquieto, sin objeto y sin esperanza, por los sitios que le son familiares. Estas son las *almas en pena*, cuya presencia en ciertos lugares ha sido sospechada muchas veces, y cuya realidad afirman cada día numerosas y estrepitosas manifestaciones.

La situación del Espíritu después de la muerte resulta únicamente de las aspiraciones y de los gustos que ha mantenido en él. El que ha puesto todas sus alegrías y toda su felicidad en las cosas de la Tierra,

en los bienes de este mundo, padece cruelmente tan pronto se ve privado de ellos.

Cada pasión lleva su castigo en sí misma. Terrible es la desesperación del avaro que ve derramar el oro y los bienes acumulados por sus cuidados. Permanece apegado a ellos, presa de terrible ansiedad y entregado a los transportes de un furor indecible.

Igualmente digna de piedad es la situación de los potentados orgullosos, de los que han abusado de su fortuna y de sus títulos, sin pensar más que en la gloria y en el bienestar, despreciando a los pequeños y oprimiendo a los débiles. Para ellos no hay ya serviles cortesanos ni servidores oficiosos, ni moradas, ni trajes suntuosos. Despojados de todo cuanto constituía su grandeza terrestre, la soledad y la miseria les espera en el espacio. Si la multitud les rodea, no es más que para confundir su soberbia y abrumarles, con sus burlas.

Más espantosa es aún la condición de los Espíritus crueles y rapaces, de los criminales de todas clases, de aquellos que han derramado sangre o han pisoteado la justicia. Las quejas de sus víctimas, las maldiciones de las viudas y de los huérfanos, resuenan en sus oídos durante un tiempo que les parece la eternidad. Sombras irónicas y amenazadoras les rodean y les persiguen sin descanso. No hay para ellos guarida bastante profunda ni bastante oculta, y en vano buscan el reposo y el olvido. La entrada en una vida oscura, la miseria, la humillación, la esclavitud, es lo único que puede atenuar sus males.

Nada puede igualar la vergüenza, el terror del alma que ve surgir sin cesar ante ella escenas de asesinato y de expoliación. Se siente

como desnuda y atravesada por una luz que hace revivir sus más secretos recuerdos. El recuerdo, cual ardiente agujijón, la abrasa y la devora. Cuando se conoce este padecimiento, se comprende y se bendice la previsión divina que lo aparta de nosotros durante la vida terrestre, dándonos así, con la tranquilidad de espíritu, mayor libertad de acción para ocuparnos en nuestro perfeccionamiento.

Los egoístas, los hombres exclusivamente preocupados de sus placeres y de sus intereses, se preparan también un penoso porvenir. No habiendo amado más que a sí mismos, no habiendo ayudado, consolado ni aliviado a nadie, tampoco ellos encuentran simpatía, ni auxilio, ni socorro en esta nueva vida. Aislados y abandonados, el tiempo pasa para ellos uniforme, lento y monótono. Un tétrico aburrimiento, una incertidumbre llena de angustia les oprime. El pesar de las horas perdidas, de la existencia desperdiciada, el odio a los miserables intereses que les absorbían, todo eso los roe y los devora. Sufren y andan errantes hasta que un pensamiento caritativo se dirige a ellos y brille como un rayo de esperanza en las tinieblas que les rodean; hasta que, gracias a los consejos de un Espíritu benévolo e ilustrado, rompan por su voluntad la red fluídica que los aprisiona, y se deciden a entrar en mejor camino.

La situación de los suicidas tiene mucha analogía con la de los criminales; a veces es peor todavía. El suicidio es una cobardía, un crimen, y sus consecuencias son terribles. Según palabras de un Espíritu, el suicida no huye del dolor más que para hallar el tormento. Cada uno de nosotros tiene deberes y una misión que llenar sobre la Tierra, pruebas que sufrir para su propio bien y su elevación. Procurar sustraerse a ellas y librarse de los males terrestres antes del término señalado, es violar la ley natural, y cada violación

de esta ley trae para el culpable una reacción violenta. El suicidio no libra de los padecimientos físicos. El Espíritu queda ligado al cuerpo carnal que pensaba destruir; sufre lentamente todas las fases de la descomposición, y las sensaciones dolorosas se multiplican en lugar de disminuir. Lejos de abreviar su prueba, la prolonga indefinidamente; su malestar, su turbación persisten por mucho tiempo aún después de la destrucción de la envoltura carnal. Necesitará arrostrar de nuevo las pruebas a las cuales creía escapar por medio de la muerte y que eran el resultado de sus vidas pasadas. Tendrá que arrostrarlas en peores condiciones, anclar otra vez paso a paso el camino sembrado de obstáculos, y para eso, sufrir una encarnación más penosa aún que aquella de que ha querido huir.

Los padecimientos de los ajusticiados después de su ejecución, son horrorosos, y las descripciones que de ellos hacen ciertos asesinos célebres, podrían conmover los corazones más fuertes, demostrando a la justicia humana los tristes efectos de la pena de muerte. La mayor parte de esos desgraciados son presa de una sobreexcitación aguda y de atroces sensaciones que les causan furor. El horror de sus crímenes, las miradas de sus víctimas que parecen perseguirles y traspasarles como un puñal, alucinaciones y sueños espantosos, tal es la suerte que les espera. La mayor parte, para buscar una distracción a sus males, acometen a los encarnados de tendencias análogas y les impelen por la senda del crimen. Otros, devorados por el remordimiento como por un fuego inextinguible, buscan sin tregua ni descanso un refugio que no pueden hallar. Bajo sus pies, alrededor de ellos, en todas partes, creen ver cadáveres, figuras amenazadoras, charcos de sangre

Los Espíritus malos, sobre los cuales cae con fuerza el peso de sus faltas, no pueden prever el porvenir. No saben nada de las leyes superiores. Los fluidos que les envuelven se oponen a toda relación con los Espíritus elevados que quisieran arrancarles a su inercia, a sus inclinaciones, pero no pueden por causa de la naturaleza grosera, casi material de esos Espíritus y del limitado campo de sus percepciones. De ello resulta una ignorancia completa de su suerte y una tendencia a creer eternas las penas que les atormentan. Así, muchos de ellos, imbuidos aún en las preocupaciones católicas, creen y dicen estar en el infierno. Devorados por los celos y el odio, a fin de buscar diversión a sus dolores siguen a los hombres débiles e inclinados al mal. Los persiguen con encarnizamiento y les inspiran ideas funestas. Pero, poco a poco, de estos nuevos excesos nacen nuevos tormentos. La reacción del mal causado les encierra en una red de fluidos más sombríos. Las tinieblas se hacen más densas, se forma un estrecho círculo, y la reencarnación, acerba y dolorosa, se presenta ante su vista.

Más tranquilos están aquellos a quienes ha tocado el arrepentimiento, que ven llegar con resignación el tiempo de sus pruebas y están resueltos a satisfacer a la justicia divina. El remordimiento, cual pálido fulgor, ilumina su alma con vaga claridad que permite a los buenos Espíritus deslizarse hasta su entendimiento y prodigarles alientos y consuelos.

EL INFIERNO Y LOS DEMONIOS

Fundándose en los casos de obsesión, en las ruidosas manifestaciones de los Espíritus ligeros y burlones, la Iglesia ha creído deber atribuir a los demonios todos los fenómenos del Espiritismo, y condenarlos como inútiles o peligrosos. Antes de rechazar esta interpretación, conviene primero recordar que el catolicismo ha acogido de la misma manera todos los grandes descubrimientos, todos los progresos considerables que han marcado las etapas de la historia. Son muy pocas las conquistas científicas que no hayan sido consideradas como obras diabólicas. Viniendo las instrucciones de los Espíritus a minar el poder sacerdotal, era de pensar que éste las rechazaría.

El mundo invisible es, ya lo hemos dicho, un duplicado de la humanidad. Los Espíritus no son más que almas más o menos perfectas, hombres desencarnados, y nuestras relaciones con ellos

exigen tanta reserva y prudencia como las que tenemos con nuestros semejantes.

No ver en el Espiritismo más que las manifestaciones de Espíritus inferiores, equivale a no ver más que el mal en la humanidad. Las enseñanzas de los Espíritus han iluminado el camino de la vida, resuelto los oscuros problemas del porvenir, fortificado la fe vacilante y restablecido la justicia sobre sus inquebrantables bases. Gracias a ellas, multitud de incrédulos y de ateos han creído en Dios y en la inmortalidad, millares de hombres ignorantes y viciosos han vuelto a entrar en la senda del bien y de la verdad. ¿Es esa pues la obra del demonio, y Satán, si existiese, sería tan necio que trabajase en detrimento de sus intereses?

Basta tener alguna perspicacia para distinguir la naturaleza de los Espíritus, y hacer, en nuestras relaciones con ellos, la parte de lo que debe ser rechazado o conservado. Jesús lo ha dicho: «Por los frutos se conoce el árbol.» El lenguaje y las instrucciones de los Espíritus elevados llevan siempre un sello de dignidad, caridad y sabiduría. Las comunicaciones de los Espíritus inferiores pecan por los defectos contrarios. Están llenas de contradicciones y tratan generalmente de asuntos vulgares, sin alcance moral. Los Espíritus ligeros o inferiores se entregan de preferencia a las manifestaciones físicas.

El Espiritismo trae a la humanidad una enseñanza proporcionada a sus necesidades intelectuales. Viene a restablecer en su pureza primitiva, a explicar y a completar la doctrina del Evangelio, a librarla del espíritu de especulación, de los intereses de casta, a devolverle su verdadera representación y su influencia sobre las

almas. Por esto es considerado con espanto por aquellos cuyo sosiego turba y cuya autoridad disminuye.

El tiempo ha alterado la doctrina de Cristo, y hoy día no ejerce más que una acción débil e insuficiente sobre las costumbres y los caracteres. Pues bien, el Espiritismo viene a tomar a su cargo y a proseguir la tarea encomendada al cristianismo. A los Espíritus invisibles corresponde en adelante la misión de restablecer todas las cosas, de penetrar en los centros más humildes y en los más adelantados, y, en multitud innumerable, trabajar para la regeneración de las sociedades humanas. La teoría de los demonios y del infierno eterno no puede ya ser invocada por ningún hombre sensato. Satán no es más que un mito. Ninguna criatura está destinada eternamente al mal.

ACCIÓN DEL HOMBRE SOBRE LOS ESPÍRITUS INFERIORES

Nuestra indiferencia respecto a las manifestaciones espiritistas no nos privaría solamente del conocimiento del porvenir de ultratumba; nos quitaría al mismo tiempo la posibilidad de influir en los Espíritus inferiores, y de aliviar su suerte haciéndoles más fácil la reparación de sus faltas. Teniendo los Espíritus atrasados más afinidad con los hombres que con los Espíritus puros, por motivo de su constitución fluídica grosera aún, son por lo mismo más accesibles a nuestra influencia. Entrando en comunicación con ellos, podemos llenar una generosa misión, instruirles, moralizarles, y al mismo tiempo mejorar el centro fluídico en el cual vivimos todos. Los Espíritus desgraciados oyen nuestro llamamiento y nuestras evocaciones. Nuestros pensamientos simpáticos les envuelven como una corriente eléctrica, los atraen, y

les permiten conversar con nosotros por la intervención de los médiums.

Lo mismo sucede con todas las almas que abandonan este mundo. Nuestras evocaciones despiertan la atención de los Espíritus y facilitan su desprendimiento corporal. Nuestras ardientes oraciones, cual claro rayo de luz, les iluminan y les alientan. Les es grato pensar que no están abandonados en la inmensidad, que aún hay en la Tierra seres que se interesan por su suerte y desean su felicidad. Y aun cuando ésta no pueda, en ningún caso, ser obtenida por las oraciones, no por esto son menos saludables para el Espíritu al cual arrancan a la desesperación, dándole las fuerzas fluídicas necesarias para luchar contra las influencias perniciosas y remontarse a mayor altura.

No hay que olvidar sin embargo que las relaciones con los Espíritus inferiores exigen seguridad de designios, tacto y firmeza. No todos los hombres son aptos para obtener de estas relaciones los buenos resultados que se pueden esperar. Se necesita poseer una verdadera superioridad moral para dominar a esos Espíritus, reprimir sus arrebatos, y dirigirles por el camino recto. Esta superioridad no se adquiere más que por una vida exenta de pasiones materiales. En este caso, los fluidos depurados del evocador dominan fácilmente los fluidos de los Espíritus atrasados. Se necesita, además, un conocimiento práctico del mundo invisible, a fin de poder guiarse con seguridad en medio de las contradicciones y de los errores que hormiguean en las comunicaciones de los Espíritus ligeros. A causa de su naturaleza imperfecta, éstos no poseen más que conocimientos muy escasos. Ven y juzgan las cosas diferentemente. Muchos

conservan sus opiniones y sus preocupaciones de la Tierra. Para dirigirse por ese laberinto se necesitan pues, prudencia y perspicacia.

El estudio de los fenómenos espiritistas y las relaciones con el mundo invisible presentan muchas dificultades, y a veces, hasta peligros, para el hombre ignorante y frívolo que tenga poco en cuenta la parte moral de la cuestión. Aquel que, descuidando estudiar la ciencia y la filosofía de los Espíritus, penetra bruscamente en el dominio de lo invisible y se entrega sin reserva a las manifestaciones, se encuentra desde el principio en contacto con millares de seres cuyas acciones y palabras, no puede de ningún modo comprobar.

Su ignorancia se entrega desarmada a su influjo, pues su voluntad, vacilante e indecisa, no puede resistir a las sugerencias que le persiguen. Débil y apasionado, su imperfección atrae a los Espíritus que le son semejantes, quienes le asedian y no tendrán ningún escrúpulo en engañarle. No sabiendo nada de las leyes de lo oculto, aislado en el dintel de un mundo donde la alucinación y la realidad se confunden, se ve amenazado por el engaño, la ironía y la obsesión.

El papel de los Espíritus inferiores en las manifestaciones espiritistas ha sido considerable al principio, y había sus razones para ello. En un centro material como el nuestro, se necesitaban manifestaciones ruidosas y fenómenos de orden físico para poder impresionar a los hombres y arrancarles a su indiferencia por todo lo que no toca a sus intereses inmediatos. Esto es lo que justifica el papel de las mesas giratorias, de los golpes, de las pedradas, etc. Estos fenómenos vulgares, producidos por Espíritus sujetos aún a la influencia de la materia, eran apropiados a las exigencias de la causa

y al estado mental de aquellos cuya atención se quería llamar. No podrían atribuirse a los Espíritus superiores que sólo se han manifestado posteriormente y por medio de procedimientos menos groseros, sobre todo con auxilio de médiums escribientes, auditivos, sonámbulos, etc.

Después de los hechos materiales que se dirigían a los sentidos, los Espíritus han hablado a la inteligencia, al sentimiento y a la razón. Este perfeccionamiento gradual de los medios de comunicación nos demuestra la extensión de los recursos de que disponen las potestades invisibles y las combinaciones variadas y profundas que saben poner en juego para impeler al hombre por el camino del progreso y el conocimiento de su porvenir.

39

JUSTICIA SOLIDARIDAD RESPONSABILIDAD

Todo se encadena y se liga en el universo, lo mismo en lo moral que en lo físico, nos dicen los Espíritus. En el orden de los hechos, desde el más sencillo hasta el más complejo, todo está regido por una ley; cada efecto se relaciona con una causa y cada causa engendra un efecto idéntico a sí misma. De aquí procede en el dominio moral, el principio de justicia, la sanción del bien y del mal, y la ley distributiva que da a cada uno según sus obras. Así como las nubes formadas por la vaporización solar vuelven a caer fatalmente en forma de lluvia sobre el suelo, así las consecuencias de los actos cumplidos vuelven a caer sobre sus autores. Cada uno de esos actos, cada una de las voliciones de nuestro pensamiento, según la fuerza de impulsión que se le imprime, cumple su evolución para volver con sus efectos, buenos o malos, hacia el origen de donde ha salido.

De este modo las penas y las recompensas se reparten entre los individuos por el juego natural de las cosas. El mal como el bien, todo vuelve a su punto de partida en razón a la afinidad de sustancia. Hay faltas que producen sus efectos en el curso mismo de la existencia terrestre. Hay otras, más graves, cuyas consecuencias se hacen sentir tan sólo en la vida espiritual y aun a veces en las encarnaciones ulteriores.

La pena del talión no tiene nada de absoluto. Sin embargo, no es menos cierto que las pasiones y los crímenes de los hombres producen resultados siempre idénticos a los que les sería imposible sustraerse. El orgulloso se prepara un porvenir de humillación, el egoísta crea a su alrededor el vacío y la indiferencia, y duras privaciones esperan a los sensuales. Este es el castigo inevitable, el remedio eficaz que curará el mal en su causa. Se cumplirán por sí mismos sin que ningún ser se constituya en verdugo ni en atormentador de sus semejantes.

El arrepentimiento, o una ardiente evocación a la misericordia divina, al ponernos en comunicación con los poderes superiores, pueden proporcionarnos la fuerza necesaria para recorrer la vía dolorosa, el camino de pruebas que nuestro pasado nos impone; pero fuera de la expiación, nada podría borrar nuestras culpas. El padecimiento, ese gran maestro, es lo único que puede rehabilitarnos.

La ley de justicia, no es pues más que el funcionamiento del orden moral universal, y las penas y los castigos nos representan la reacción de la naturaleza ultrajada y violentada en sus principios eternos. Las fuerzas del Universo son solidarias, se repercuten y vibran al

unísono. Toda fuerza moral rechaza al que la violenta proporcionalmente a su modo de acción. Dios no hiere a nadie. Deja al tiempo el cuidado de hacer derivar los efectos de la causa.

El hombre es, por lo tanto, su propio justiciero, pues según el uso o el abuso que hace de su libertad, es feliz o es desgraciado. El resultado de sus actos se hace, a veces, esperar. Vemos en este mundo a algunos culpables poner una mordaza a su conciencia, reírse de las leyes, vivir y morir reverenciados. Y en cambio, ¡cuántas personas honradas perseguidas por la adversidad y la calumnia! De aquí procede la necesidad de las vidas futuras, en cuyo curso el principio de justicia encuentra su aplicación y el estado moral del ser su equilibrio. Sin este complemento necesario, la existencia actual no tendría sentido y casi todos nuestros actos carecerían de sanción.

En realidad, la ignorancia es el mal por excelencia de donde se originan todos los demás males. Si el hombre viese distintamente la consecuencia de sus acciones, su conducta sería diferente. Conociendo la ley moral y su aplicación inevitable, no intentaría siquiera violarla, como no intenta resistirse a la ley de gravedad ni a ninguna otra ley física.

Estos nuevos conocimientos vienen a consolidar más los lazos que nos unen a los miembros de la gran familia de las almas, encarnadas o desencarnadas. Todas las almas son hermanas. Hijas de la gran madre Naturaleza y de su padre común que es Dios, tienen destinos análogos. Todos los Espíritus se deben socorro mutuo. Siendo alternativamente protegidos y protectores, se auxilian unos a otros en su marcha, y de los servicios prestados, de las pruebas sufridas en

común nacen los sentimientos de amor y fraternidad, que son una de las condiciones de la vida superior, una de las formas de la vida feliz.

Los vínculos que nos ligan a nuestros hermanos del espacio nos unen aún más estrechamente a los habitantes de la Tierra. Todos los hombres, desde el más salvaje hasta el más civilizado, son Espíritus semejantes a nosotros por su origen y por sus fines. En su conjunto constituyen una sociedad de la cual todos los miembros son solidarios, y en la cual al trabajar cada uno por su propio progreso, debe tomar parte en el progreso y en el bien de los demás. No siendo la ley de justicia más que la resultante de los actos, el encadenamiento de los efectos y de las causas nos explica porqué afligen a la humanidad tantos males.

La historia de la Tierra casi no es más que un tejido de crímenes y de iniquidades. Todos esos siglos ensangrentados, todas esas existencias de desorden se reúnen en el presente como las corrientes en el álveo de un río. Los Espíritus que componen la sociedad actual no son más que los hombres de otros tiempos, que han venido a sufrir las consecuencias de sus vidas anteriores con sus naturales responsabilidades. Formada con tales elementos, ¿cómo es posible que la humanidad viva feliz? Las generaciones son solidarias a través de los tiempos; el humo de sus pasiones las envuelve y las sigue hasta su completa purificación. Este pensamiento nos hace sentir aún más vivamente la necesidad de mejorar el centro social instruyendo a nuestros semejantes sobre la causa de nuestros males comunes.

El hombre debe por fin aprender a medir el alcance de sus actos, la extensión de sus responsabilidades, a sacudir esa indiferencia que ahonda el abismo de las miserias sociales y envenena moralmente

esta Tierra, donde quizás tendrá aún que renacer muchas veces. Es necesario que un soplo nuevo pase por los pueblos y encienda en ellos esas convicciones de donde salen las voluntades firmes e inquebrantables. Es necesario que todos lo sepan por fin, el reino del mal no es eterno, la justicia no es una palabra vana, ella sola gobierna los mundos, y bajo su potente nivel todas las almas se igualan en la vida futura, todas las resistencias, todas las rebeliones se quebrantan.

Así pues, de la idea superior de justicia derivan la igualdad, la solidaridad y la responsabilidad de los seres. Estos principios se unen y se funden en un todo, en una ley única, la cual domina y rige el universo: el progreso en la libertad. Esta armonía, esta coordinación poderosa de las leyes y de las cosas ¿no da una idea mucho más grande y consoladora de la vida y de los destinos humanos que las concepciones neantistas? En esta inmensidad donde todo está regido por leyes sabias y profundas, donde la equidad se presenta hasta en los menores detalles, donde ni un acto útil queda sin provecho, ni una falta sin sanción, el ser se siente ligado a todo cuanto vive. Trabajando para él y para todos, desarrolla libremente sus fuerzas, ve aumentarse sus luces al mismo tiempo que sus felicidades.

Compárense ahora estos conocimientos con las frías teorías materialistas, con ese horrible universo donde los seres se agitan, sufren y pasan, sin vínculo alguno, sin objeto, sin esperanza, recorriendo sus vidas efímeras, como pálidas sombras salidas de la nada para volver a caer en las tinieblas y en el silencio eternos. Dígase cuál de estas concepciones es más capaz de sostener al hombre en sus dolores, de templar su carácter y de conducirle a las cimas elevadas.

LIBRE ALBEDRÍO Y PROVIDENCIA

La cuestión del libre albedrío es una de las que más han preocupado a los filósofos y a los teólogos. Conciliar la voluntad y la libertad del hombre con el juego de las leyes naturales y la voluntad divina, ha parecido tanto más difícil, cuanto la ciega fatalidad, en opinión de muchos, pesaba, al parecer, sobre el destino humano. La enseñanza de los Espíritus ha dilucidado el problema. La fatalidad aparente, que siembra de males el camino de la vida, no es más que la consecuencia de nuestro pasado, el efecto volviendo hacia su causa; es el cumplimiento del programa aceptado por nosotros antes de renacer, siguiendo los consejos de nuestros guías espirituales para nuestro mayor bien y elevación.

En las capas inferiores de la creación, el alma se ignora todavía. Tan sólo el instinto, especie de fatalidad, la conduce, y solamente en los tipos superiores de la animalidad, aparecen, como una pálida alborada, los primeros rudimentos de las facultades del hombre.

Cuando ya ha entrado en la humanidad, el alma empieza a comprender la libertad moral. Su juicio, su conciencia se desarrollan cada vez más a medida que recorre esta nueva e inmensa carrera. Colocada entre el bien y el mal, compara y escoge libremente. Instruida por sus decepciones y sus males, su experiencia se forma y su fuerza moral se templea en medio de las pruebas.

El alma humana, dotada de conciencia y de libertad, no puede volver a caer en la vida inferior y animal. Sus encarnaciones se suceden en la escala de los mundos hasta que haya adquirido los tres bienes imperecederos, objeto de sus prolongados trabajos; la sabiduría, la ciencia y el amor. Su posesión le libra para siempre de los renacimientos y de la muerte, abriéndole el acceso a la vida celestial.

Por el uso del libre albedrío, el alma fija sus destinos y prepara sus goces o sus penas. Pero jamás, durante su marcha, ni en la amarga prueba, ni en la ardiente lucha pasional, jamás se le niegan los auxilios del cielo. Por poco que no se abandone ella misma, por indigna que parezca, tan pronto como se despierta su voluntad de tomar el camino recto, la vía sagrada, la Providencia le proporciona auxilio y apoyo.

La Providencia es el Espíritu Superior, es el ángel que vela sobre el infortunio, es el consolador invisible cuyas aspiraciones reaniman el corazón helado por la desesperación, cuyos fluidos vivificantes sostienen al rendido viajero; es el faro encendido por la noche para la salvación de los que se han extraviado por el mar proceloso de la vida. La Providencia es también, y más que todo, el amor divino derramándose a torrentes sobre sus criaturas. ¡Y cuánta solicitud,

cuánta previsión en ese amor! ¿No es acaso para el alma y sólo para ella, para servir de marco a su vida y de teatro a sus progresos, que ha suspendido los mundos en el espacio, encendido los soles y formado los continentes y los mares? Sólo para el alma se cumple esa gran obra, se combinan las fuerzas naturales y se forman los universos en el seno de las nebulosas.

El alma ha sido creada para la felicidad, mas para apreciar esa felicidad en todo lo que vale, para conocer su precio, es menester que la conquiste ella misma y que para esto desarrolle libremente las facultades que están en ella. Su libertad de acción y su responsabilidad crecen con su elevación, pues cuanto más se instruye, más puede y debe conformar el ejercicio de sus fuerzas personales con las leyes que rigen el universo.

La libertad del ser se ejerce pues en un círculo limitado, por una parte, por las exigencias de la ley natural que no puede consentir ningún menoscabo ni alteración en el orden del mundo; y por otra, por su propio pasado cuyas consecuencias recaen sobre él a través de los tiempos hasta la completa reparación. En ningún caso, puede el ejercicio de la libertad humana poner obstáculos a la ejecución de los planes divinos; de no ser así, el orden de las cosas sería perturbado a cada instante. Por encima de nuestras aspiraciones limitadas y variables, el orden inmutable del Universo prosigue y se mantiene. Nosotros somos siempre malos jueces de lo que es para, nosotros el verdadero bien, y si el orden natural de las cosas debiese doblarse a nuestros deseos, ¿qué horribles desórdenes no resultarían?

El primer uso que el hombre haría de una libertad absoluta sería apartar de sí todas las causas de dolor, y asegurarse desde la Tierra

una vida de felicidades. Pero, si hay males que la inteligencia humana tiene el deber y los medios de conjurar y de destruir, por ejemplo, los que provienen del centro terrestre ; hay otros inherentes a nuestra naturaleza moral que tan sólo el dolor y la compresión pueden domar y vencer; eso sí son nuestros vicios. En tales casos, el dolor es una escuela o más bien un remedio indispensable, y las pruebas sufridas no son más que una repartición equitativa de la justicia infalible. Por lo tanto, nuestra ignorancia de los designios de Dios es lo que nos hace recriminar contra el orden del mundo y sus leyes. Si los criticamos es porque ignoramos sus resortes ocultos.

El destino es la resultante a través de nuestras vidas sucesivas, de nuestras obras y de nuestras libres resoluciones. En el estado de Espíritu comprendemos mejor nuestras imperfecciones, y preocupados por los medios de atenuarlas, aceptamos la vida material bajo la forma y en las condiciones que nos parecen más a propósito para realizar este fin.

Los fenómenos del hipnotismo y de la sugestión mental explican lo que pasa en semejante caso por la influencia de nuestros protectores espirituales. En el estado de sonambulismo, el alma dominada por la sugestión del magnetizador, se compromete a cumplir tal o cual acto en un tiempo dado. Vuelta ya al estado de vigilia, y sin haber conservado ningún recuerdo aparente de su promesa, ejecuta punto por punto el acto que le ha sido ordenado. Del mismo modo, parece que el hombre no ha conservado en la memoria las resoluciones tomadas antes de renacer; mas así que llega la hora, se adelanta hacia los sucesos previstos, y toma en ellos la parte necesaria para su adelantamiento o para la ejecución de la inevitable ley.

REENCARNACIÓN

No terminaremos este estudio de la vida en el espacio sin indicar someramente las reglas según las cuales se efectúa la reencarnación. Todas las almas que no han podido librarse de las influencias terrestres, deben renacer en este mundo para trabajar en su mejoramiento; tal es el caso de la inmensa mayoría. Como las demás fases de la vida de los seres, la reencarnación está sometida a leyes inmutables y reguladoras. El grado de pureza del periespíritu y la afinidad molecular que determinan la clasificación de los Espíritus en el espacio, fijan también las condiciones de la reencarnación. Los semejantes se atraen. En virtud de este hecho, de esta ley de atracción y de armonía, los Espíritus del mismo orden, de carácter y tendencias análogas, se reúnen y se siguen a través de sus múltiples existencias, encarnándose juntos y constituyendo familias homogéneas.

Cuando llega la hora de reencarnarse, el Espíritu se siente atraído por una fuerza irresistible, por una misteriosa afinidad hacia el centro que le conviene. Esa es una hora terrible, hora de angustia, más tremenda que la de la muerte. En realidad, la muerte no es más

que la desligadura de los lazos carnales, la entrada en una vida más libre, más intensa. La encarnación, por lo contrario, es la pérdida de esta vida de libertad, un aminoramiento de sí mismo, el pasaje de los claros espacios a la cárcel oscura, el descenso a un abismo de sangre, de lodo y de miseria, donde el ser estará sometido a innumerables y tiránicas necesidades. Por esto es más triste y más doloroso renacer que morir, y la repugnancia, el espanto, el profundo abatimiento del Espíritu en el umbral de este mundo tenebroso, son fáciles de concebir.

La reencarnación se efectúa por medio de una aproximación graduada, por una asimilación de las moléculas materiales al periespíritu, el cual se reduce, se condensa, se entorpece progresivamente, hasta que, por una agregación suficiente de materia, constituye una envoltura carnal, un cuerpo humano.

De manera que el periespíritu viene a ser como un molde fluídico, elástico, que presta su forma a la materia. De aquí dimanan las condiciones fisiológicas del renacimiento. Las cualidades o los defectos del molde reaparecen en el cuerpo físico, que, en la mayor parte de los casos, no es más que una fea y grosera copia del periespíritu.

Cuando empieza la asimilación molecular que debe dar nacimiento al cuerpo, la turbación se apodera del Espíritu; un sopor, una especie de anonadamiento le invaden poco a poco. Sus facultades se velan sucesivamente, su memoria se desvanece, su conciencia se duerme. El Espíritu está como sepultado bajo su espesa crisálida.

Al abrirse a la vida terrestre, el alma tendrá, durante un largo período, que preparar ese organismo nuevo y adaptarlo a las funciones necesarias. Hasta después de veinte o treinta años de tanteos y esfuerzos instintivos no volverá a recobrar el uso de sus facultades, disminuidas por la materia, y podrá proseguir con alguna seguridad la peligrosa travesía de la existencia. El hombre ignorante llora junto a las tumbas, puertas que nos abren la entrada al infinito. Si estuviese familiarizado con las leyes de arriba, gemiría junto a las cunas. El vagido del niño que acaba de nacer, ¿no representa la queja del Espíritu ante las tristes perspectivas de la vida?

Las leyes inflexibles de la naturaleza, o quizás los efectos que resultan del pasado del ser, deciden su reencarnación. El Espíritu inferior, ignorante de estas leyes e indiferente a su porvenir, sufre maquinalmente su suerte y vuelve a tomar puesto en la Tierra bajo el impulso de una fuerza que ni siquiera intenta conocer. El Espíritu adelantado se inspira en los ejemplos que le rodean en la vida fluidica; recoge los consejos de sus guías espirituales, pesa las condiciones buenas o malas de su reaparición en este mundo, prevé los obstáculos, las dificultades del camino, se traza un programa, y toma enérgicas resoluciones con objeto de realizarlo. No vuelve a encarnarse sino cuando está seguro del apoyo de los invisibles, que le ayudarán a cumplir su nueva tarea. En este caso, el Espíritu no sufre ya exclusivamente el peso de la fatalidad. Su elección puede ejercerse en ciertos límites a fin de acelerar su marcha.

Por esta razón el Espíritu instruido elige con preferencia una existencia laboriosa, una vida de lucha y de abnegación. Sabe que, gracias a ella, su adelanto será más rápido. La Tierra es el verdadero purgatorio. Hay que renacer y sufrir en ella para despojarse de los

últimos vestigios de la animalidad, para borrar las faltas y los crímenes del pasado. Esta es la causa de las crueles dolencias, de las dolorosas y largas enfermedades, del idiotismo y de la locura.

El abuso de las facultades elevadas, el orgullo y el egoísmo se expían por medio del renacimiento en organismos incompletos, en cuerpos deformes y achacosos. El Espíritu acepta esta inmolación pasajera porque es a sus ojos el precio de la rehabilitación, el único medio de adquirir la modestia y la humildad; consiente en privarse momentáneamente del talento y de los conocimientos que hicieron su gloria, en encerrarse en un cuerpo impotente, dotado de órganos defectuosos, y en convertirse en objeto de mofa o de compasión.

Respetemos a los idiotas, a los imposibilitados, a los locos. Sea el dolor sagrado para nosotros. En esos sepulcros de carne, un Espíritu vela y sufre, pues, en su personalidad íntima, tiene conocimiento de su miseria y su abyección. Temamos que nuestros excesos nos conduzcan a la misma suerte. Mas, esos dones de la inteligencia que el alma abandona para humillarse, volverá a encontrarlos a su muerte, pues son su riqueza, su propiedad, y nada de lo que ha adquirido por sus esfuerzos puede perderse ni disminuirse. Volverá a encontrarlos, y con ellos, las nuevas cualidades y virtudes adquiridas por el sacrificio, que formarán su corona de luz en el seno de los espacios.

Así pues, todo se paga, todo se redime. Los pensamientos, los deseos culpables tienen su reprensión en la vida fluídica, pero las faltas cometidas en la carne deben expiarse en la carne. Todas nuestras existencias están enlazadas, el bien y el mal se repercuten a través de los tiempos. Y si se ven malvados y traidores que, al

parecer, terminan sus vidas rodeados de paz y de abundancia, sepamos que la hora de la justicia llegará, y que los males que han causado recaerán sobre ellos.

Hombre: resígnate y sobrelleva con valor las pruebas inevitables, pero fecundas, que borran tus manchas y te preparan un porvenir más venturoso. Imita al labrador que continúa su trabajo, encorvado bajo el ardiente sol o el helado cierzo, y cuyos sudores riegan el suelo, el suelo revuelto y destrozado como tu corazón por el pico de hierro, pero del cual brotará la mies dorada que hará tu felicidad.

Evita los desfallecimientos que te harían caer de nuevo bajo el yugo de la materia haciéndote crear nuevas deudas que pesarían sobre tus vidas futuras. Sé bueno, sé virtuoso, a fin de que no vuelvas a dejarte coger por el tremendo engranaje que se llama la consecuencia de los actos. Huye de los goces degradantes, de las discordias y de las vanas agitaciones de la multitud. No es en las discusiones estériles, ni en las rivalidades, ni en la codicia de riquezas y honores donde hallarás la virtud, la sabiduría, ni la satisfacción de ti mismo; las hallarás en el trabajo y en la práctica de la caridad, en la meditación solitaria, en el estudio retirado, enfrente de la naturaleza, libro admirable que lleva la firma de Dios.

QUINTA PARTE

EL CAMINO RECTO

42

LA VIDA MORAL

Todo ser humano lleva grabados en sí, en su conciencia y en su razón, los rudimentos de la ley moral. Esta ley recibe ya desde este mundo un principio de sanción. Una buena acción proporciona a su autor un placer íntimo, una especie de contento, de serenidad del alma; por lo contrario, nuestras faltas traen con frecuencia a continuación amarguras y arrepentimiento. Mas, esta sanción, tan variable según los individuos, es demasiado vaga y demasiado insuficiente, considerándola bajo el punto de vista de la justicia absoluta. Esta es la causa de que las religiones hayan colocado en la vida futura, en las penas y en las recompensas que en ella se nos reservan, la sanción capital de nuestros actos. Pero como estos datos carecen de base positiva, son puestos en duda por el mayor número, y después de haber ejercido gran influencia en las

sociedades de la Edad Media, no bastan ya para apartar al hombre de la senda de la sensualidad.

Antes del drama del Gólgota, Jesús había anunciado a los hombres otro consolador, el Espíritu de Verdad que debe restablecer y completar su enseñanza. Ese Espíritu de Verdad ha venido a la Tierra y ha hablado; ha dejado oír su voz en todas partes.

Dieciocho siglos después de la muerte de Cristo, habiéndose esparcido por el mundo la libertad de palabra y de pensamiento, habiendo la ciencia sondeado los cielos, y desarrollándose la inteligencia humana, la hora ha sido juzgada favorable. Los Espíritus han venido en tropel a enseñar a sus hermanos de la Tierra la ley del progreso infinito y a realizar la promesa de Jesús, restableciendo su doctrina y comentando sus parábolas.

El Espiritismo nos da la clave del Evangelio. Explica su sentido oscuro o recóndito. Más aún, nos trae la moral superior, la moral definitiva, cuya elevación y grandeza revelan su origen sobrehumano.

A fin de que la verdad se derrame a la vez por todas las naciones, y a fin de que nadie pueda falsearla ni destruirla, no es ya un hombre, no es ya un grupo de apóstoles el encargado de hacerla conocer a la humanidad. Las voces de los Espíritus la proclaman por todos los puntos del mundo civilizado, y, gracias a este carácter universal y permanente, esta revelación puede arrostrar todas las hostilidades y todas las inquisiciones. Puede destruirse la enseñanza de un hombre, falsificar y destruir sus obras. Pero, ¿quién puede alcanzar y rechazar los habitantes del espacio? Saben hacer inútiles todas las malas voluntades y llevar la preciosa semilla hasta las regiones más

apartadas. De ahí proviene la fuerza, la rapidez de extensión del Espiritismo y su superioridad sobre todas las doctrinas que han precedido y que han preparado su advenimiento.

Resulta, pues, que la moral espiritista tiene por fundamento los testimonios de millones de almas que vienen a todas partes, a describirnos, con el auxilio de los médiums, la vida de ultratumba, y a pintar sus propias sensaciones, sus dolores y sus alegrías.

La moral independiente, la que los materialistas han intentado edificar, oscila a todos los vientos, por falta de base sólida. La moral de las religiones, como móvil, se inspira principalmente en el miedo, en el temor a los castigos infernales; sentimiento falso que sólo puede rebajarnos y empequeñecernos. La filosofía de los Espíritus viene a ofrecer una sanción moral mucho más elevada, un ideal mucho más noble y generoso. Ya no más suplicios eternos, sino la justa consecuencia de los actos recayendo sobre su autor.

El Espíritu vuelve a encontrarse en todas partes tal como él mismo se ha formado. Si infringe la ley moral, oscurece su conciencia y sus facultades, se materializa y se encadena con sus propias manos. Pero si practica la ley del bien dominando las pasiones brutales, se aligera y se aproxima cada vez más a los mundos felices.

Considerada bajo estos aspectos, la vida moral se impone como una obligación a todos cuantos se interesan algo por sus destinos. Esto hace necesaria una higiene del alma aplicándose a todos nuestros actos y manteniendo nuestras fuerzas espirituales en estado de equilibrio y de armonía. Si conviene someter el cuerpo, envoltura mortal, instrumento perecedero, a las prescripciones de la ley física que asegura su conservación y su funcionamiento, mucho más

importa aún velar por el perfeccionamiento del alma que es nuestro Yo imperecedero, y de cuyo estado depende nuestra suerte futura. El Espiritismo nos suministra los elementos de esta higiene del alma.

El conocimiento del objeto real de la vida tiene consecuencias incalculables para la elevación y el mejoramiento del hombre. Saber a dónde se va tiene por resultado inmediato dar firmeza a nuestros pasos e imprimir a nuestros actos un impulso vigoroso hacia el ideal concebido.

Las doctrinas de la nada hacen de esta vida un callejón sin salida, y conducen lógicamente al sensualismo y al desorden. Las religiones, al considerar la existencia como una obra de salvación personal muy problemática, la reducen a una condición muy mezquina y muy egoísta.

Con la filosofía de los Espíritus, el punto de vista cambia, el horizonte se dilata. Lo que debemos buscar no es ya la felicidad terrena -la felicidad en este mundo no es más que una quimera-, sino un mejoramiento continuo, y el medio de conseguirlo es observar la ley moral bajo todas sus formas.

Con semejante ideal, una sociedad es indestructible, no hay vicisitudes ni acontecimientos que puedan hacerle mella. Crece en medio de la desgracia y encuentra en la adversidad los medios de elevarse por encima de sí misma. Una sociedad que carece de ideal, y que da oídos a los sofismas de los sensualistas, no puede menos de corromperse y debilitarse; su fe en el progreso y en la justicia se extingue con su virilidad; pronto no es más que un cuerpo sin alma, viniendo a parar fatalmente en ser presa de sus enemigos.

DESPUÉS DE LA MUERTE

¡Dichoso el hombre que en esta vida llena de oscuridad y de acechanzas, se dirige constantemente hacia un fin elevado, hacia un fin que discierne, que conoce, y del cual está seguro! ¡Dichoso aquel a quien un soplo de arriba inspira en sus obras llevándole hacia delante! Los placeres le son indiferentes, las tentaciones de la carne, los espejismos de la fortuna no tienen ningún dominio sobre él. Viajero en marcha, el fin le llama y él se precipita para alcanzarlo.

43

EL DEBER

El deber es el conjunto de las prescripciones de la ley moral, la regla de conducta del hombre en sus relaciones con sus semejantes y con el universo entero. Noble y santa figura, se cierne por encima de la humanidad, inspira los grandes sacrificios, las puras abnegaciones, los sublimes entusiasmos. Sonriente para unos, formidable para otros, inflexible siempre, surge ante nosotros señalándonos la escala del progreso cuyos peldaños se pierden en las inconmensurables alturas.

El deber no es idéntico para todos. Varía según nuestra condición y nuestro saber. Cuanto más nos elevamos, tanta mayor grandeza, extensión y majestad adquiere a nuestros ojos. Pero su culto es siempre grato al hombre sabio y virtuoso, y la sumisión a sus leyes fértil en goces íntimos que nada puede igualar.

Por oscura que sea la condición del hombre, por humilde que sea su suerte, el deber domina y ennoblece su vida, ilumina su razón y fortalece su alma. Sólo él nos comunica esa tranquilidad interior, esa serenidad de espíritu más preciosa que todos los bienes de la Tierra,

y que podemos disfrutar aún en medio de las pruebas y de los reveses. No somos dueños de cambiar los sucesos, y nuestro destino debe seguir su línea rigurosa. Pero siempre podemos, hasta en medio de las tormentas, asegurarnos la paz de la conciencia y la satisfacción de nosotros mismos que proporciona el cumplimiento del deber.

El sentimiento del deber arroja profundas raíces en todo Espíritu elevado. Éste sigue su camino sin esfuerzo. Por tendencia natural, resultado de los progresos adquiridos, se aparta de las cosas viles, y orienta hacia el bien todas las aspiraciones de su ser. El deber llega a ser entonces una obligación de todos los instantes, la condición misma de la existencia, un poder al cual se siente indisolublemente ligado, tanto en vida como en muerte.

El deber tiene múltiples formas. Hay el deber hacia nosotros mismos, que consiste en respetarnos, en gobernarnos con prudencia, en no querer, en no llevar a cabo más que lo que es digno, útil y bello. Hay el deber profesional, que exige que llenemos concienzudamente las obligaciones de nuestro cargo. Hay el deber social, que nos incita a amar a los hombres, a trabajar para ellos, a servir fielmente a nuestro país y a la humanidad. Hay el deber hacia Dios. El deber no tiene límites. Siempre se puede hacer más, y en la inmolación de sí mismo es donde el ser encuentra el medio más seguro de engrandecerse y acrisolarse.

La honradez es la esencia misma del hombre moral. Cuando se aparta de ella, es desgraciado. El hombre honrado hace el bien por el bien, sin buscar ni aprobación ni recompensa. Ignorando el odio y la venganza, olvida las ofensas y perdona a sus enemigos. Es afable con todos, y caritativo para con los pequeños. En cada hombre ve un

hermano, sea cual fuere su país, sea cual fuere su fe. Tolerante con todos, respeta las creencias sinceras, excusa los defectos de los demás, hace resaltar sus cualidades y nunca habla mal de nadie. Usa con moderación de los bienes que la vida le concede, los consagra al mejoramiento social, y si está en la pobreza, no conoce los celos ni la envidia.

La honradez ante el mundo no es siempre la honradez según las leyes divinas. La opinión pública tiene su precio, hace más grata la práctica del bien, mas no puede considerarse como infalible. El sabio no la desdeña, sin duda; pero, cuando es injusta o insuficiente, pasa adelante y mide su deber por una regla más segura. El mérito y la virtud no son a veces estimados en la Tierra, y los juicios de la multitud sufren a menudo la influencia de sus pasiones y de sus intereses materiales. Ante todo, el hombre honrado busca su propia estimación y la aprobación de su conciencia.

El que ha sabido comprender todo el alcance moral de la enseñanza de los Espíritus, tiene del deber una concepción más elevada aún. Sabe que la responsabilidad es correlativa al saber, y que el conocimiento de los secretos de ultratumba le impone la obligación de trabajar con mayor energía para su mejoramiento y el de sus hermanos. Las voces de arriba han hecho vibrar en él ecos y despertado fuerzas que dormitan en la mayor parte de los hombres, y que le estimulan poderosamente en su marcha ascensional. Un noble ideal le anima y lo atormenta a la par, lo convierte en objeto de burla para los malos, pero él no lo cambiaría por todos los tesoros de un imperio. La práctica de la caridad se le ha hecho fácil. Le ha enseñado a desarrollar su sensibilidad y sus cualidades afectivas. Compasivo y bueno, todos los males de la humanidad le afectan; quiere comunicar

sus esperanzas a sus compañeros de infortunio, quisiera enjugar todas las lágrimas, curar todas las llagas, extinguir todos los dolores.

La práctica constante del deber nos lleva al perfeccionamiento. Para apresurarlo, conviene primero estudiarse a sí mismo con atención, y someter sus actos a un examen escrupuloso. Sería imposible remediar un mal sin conocerlo.

Hasta nos es posible estudiarnos en los demás hombres. Si algún vicio, algún molesto defecto nos choca en ellos, busquemos con cuidado si no existe en nosotros un germen idéntico, y si lo descubrimos, esforcémonos en arrancarlo.

Consideremos nuestra alma tal como es realmente, esto es, una obra admirable, pero muy imperfecta, siendo nuestro deber hermosearla y adornarla sin cesar. Este conocimiento de nuestra imperfección nos hará más modestos, y apartará de nosotros la presunción y la necia vanidad.

Sometámonos pues a una disciplina rigurosa. Lo mismo que se da al arbusto la forma y dirección convenientes, así podemos dirigir las tendencias de nuestro ser moral. La costumbre del bien hace su práctica fácil. Tan sólo son penosos los primeros esfuerzos. Aprendamos ante todo a dominarnos. Las impresiones son fugitivas y variables; la voluntad es el fondo sólido del alma. Sepamos gobernar esta voluntad, reprimir nuestras impresiones y no dejarnos jamás dominar por ellas.

El hombre no debe aislarse de sus semejantes. Importa sin embargo saber elegir sus relaciones y sus amigos, vivir en un centro

honrado y puro, donde no reinen más que buenas influencias, donde no irradian más que fluidos puros y benéficos.

Evitemos las conversaciones frívolas, las palabras ociosas que conducen a la maledicencia. Sea cual fuere el resultado, digamos siempre la verdad. Busquemos a menudo nuevas fuerzas en el estudio y en el recogimiento, donde el alma encuentra nuevas fuerzas y nuevas luces. Ojalá podamos decirnos al terminar cada día: He hecho algo útil, he ganado alguna victoria sobre mí mismo, he socorrido, consolado a algunos desgraciados, he instruido a mis hermanos y trabajado para mejorarles; **¡he cumplido con mi deber!**

FE, ESPERANZA, CONSUELOS

La fe es la confianza del hombre en sus destinos, es el sentimiento que le lleva hacia el poder infinito, es la certidumbre de estar en la senda que conduce a la verdad. La fe ciega es como un fanal cuyo resplandor no puede atravesar la niebla; la fe ilustrada es un foco eléctrico que ilumina con viva claridad el camino que se debe recorrer.

No se adquiere esta fe sin haber pasado por las pruebas de la duda y por todas las angustias de que está sembrado el camino de los investigadores. Los hay que no alcanzan más que una abrumadora incertidumbre y flotan largo tiempo entre corrientes contrarias. Feliz aquel que cree, sabe, ve y marcha con paso seguro. Su fe es profunda e inquebrantable. Le hace capaz de vencer los mayores obstáculos. En este sentido es que ha podido decirse que la fe levanta las montañas, lo cual debe ser evidentemente tomado en sentido figurado, pues aquí las montañas representan las dificultades acumuladas en el camino de los innovadores, las pasiones, la ignorancia, las preocupaciones y el interés material.

Comúnmente, no se ve en la fe más que la creencia en ciertos dogmas religiosos aceptados sin examen. Mas también puede llamarse fe la convicción que anima al hombre y le impele hacia otros fines. Hay la fe en sí mismo, en una obra material cualquiera, la fe política, la fe en la patria. Para el artista, para el poeta, para el pensador, la fe es el sentimiento de lo ideal, es la vista de esa hoguera sublime, encendida por la mano divina en las cimas eternas para guiar a la humanidad hacia lo bello y lo verdadero.

La fe religiosa que hace caso omiso de la razón y se atiene al juicio de los demás, que acepta un cuerpo de doctrina, verdadero o falso, y se somete sin examen, esa es la fe ciega, En su impaciencia y en sus excesos, recurre fácilmente a la perfidia y a la violencia, y conduce al fanatismo. Considerada bajo este aspecto, la fe es todavía un móvil poderoso. Ha enseñado a los hombres a humillarse y a sufrir. Pervertida por el espíritu de dominación, ha sido la causa de muchos crímenes, pero aun en sus consecuencias funestas, nos demuestra la extensión de los recursos que encierra.

Pues bien, si la fe ciega puede producir tales efectos, ¿qué no hará la fe apoyada en la razón, la fe que juzga, discierne y comprende?

Ciertos teólogos nos incitan a renegar de la razón, a despreciarla, a pisotearla. ¿Debemos pues renegar de ella, aun cuando nos revela lo que es bueno y bello? Se objetan todos los errores en que ha caído la razón, y no se tiene en cuenta que es ella misma la que ha hecho descubrir estos errores y nos ha ayudado a corregirlos.

La razón es una facultad superior, destinada a darnos luz sobre todas las cosas, y que, como todas las facultades, se desarrolla y se aumenta con el ejercicio. La razón humana es un reflejo de la razón

eterna. «Es Dios en nosotros», ha dicho san Pablo. Desconocer su valor y su utilidad, es desconocer la naturaleza humana y ultrajar la Divinidad. Querer reemplazar la razón por la fe es ignorar que ambas son solidarias, inseparables, y que se afirman y se vivifican la una a la otra. Su unión abre al pensamiento un campo más vasto; armoniza nuestras facultades y nos proporciona la paz interior.

La fe es madre de los nobles sentimientos y de las grandes acciones. El hombre profundamente convencido permanece inquebrantable ante el peligro como en medio de las pruebas. Por encima de las seducciones, de las lisonjas y de las amenazas, más alta que las voces de la pasión, oye una voz que resuena en las profundidades de su conciencia, y cuyos acentos le excitan a la lucha y le sostienen en las horas de peligro.

Para producir tales resultados, la fe debe descansar sobre la base sólida que le ofrece el libre examen, la libertad de pensar. En lugar de dogmas y de misterios, no debe reconocer más que principios procedentes de la observación directa y del estudio de las leyes naturales. Este es el carácter de la espiritista.

La filosofía de los Espíritus viene a ofrecernos una fe que, siendo racional, es más robusta. El conocimiento del mundo invisible, la confianza en una ley superior de justicia y de progreso, todo eso imprime a esta fe un doble carácter de sosiego y de seguridad.

¿Qué puede temerse, en efecto, cuando se sabe que ningún alma puede perecer, que después de las tempestades y dolores de la vida, más allá de la sombría noche donde todo parece abismarse, veremos despuntar el alba encantadora de los días que no han de tener fin?

Penetrados de la idea de que esta vida no es más que un instante en el conjunto de nuestra existencia inmortal, llevaremos con paciencia los males inevitables que engendra. La perspectiva de los tiempos que nos esperan nos dará fuerzas para dominar las miserias presentes y colocarnos por encima de las fluctuaciones de la fortuna. Nos sentiremos más libres y mejor armados para la lucha.

El espiritista conoce las causas de sus males y comprende su necesidad. Sabe que la aflicción es legítima y la acepta sin murmurar. Sabe que la muerte no corta nada, que nuestros sentimientos persisten en la vida de ultratumba, que todos aquellos que se han amado aquí abajo vuelven a encontrarse, libres de las miserias terrestres, lejos de esta triste residencia, y que no hay separación más que para los malos. De estas convicciones resultan para él consuelos desconocidos para los escépticos y los indiferentes. Si de un extremo al otro del globo, comulgasen todas las almas en esa fe poderosa, se asistiría a la mayor transformación moral que jamás haya registrado la historia.

Pero esta fe, son muy pocos todavía los que la poseen. El Espíritu de Verdad ha hablado a la Tierra pero la Tierra no ha prestado atento oído a sus acentos. No son los poderosos entre los hijos de los hombres los que le han escuchado, son los humildes, los pequeños, los desheredados, todos aquellos que tienen sed de esperanza. Los felices y los poderosos, lo han rechazado como hace diez y nueve siglos rechazaron a Cristo. Los miembros de los cleros y de los cuerpos sabios se han ligado contra ese aguafiestas que viene a comprometer sus intereses, su tranquilidad y a echar por tierra sus afirmaciones. Es que pocos hombres tienen valor para desdecirse y confesar que se han engañado. El orgullo es su dueño: prefieren

combatir durante toda una vida esta verdad amenazadora que va a trastornar sus obras efímeras. Otros reconocen, en secreto, la elevación y la belleza de esta doctrina, pero sus exigencias morales les asustan. Apegados a sus placeres y queriendo vivir a su gusto sin cuidarse del más allá, apartan de su pensamiento todo cuanto pudiera inducirles a renunciar a costumbres perniciosas y queridas. Tal modo de obrar será para ellos, en lo sucesivo, manantial de amargo arrepentimiento.

Nuestra sociedad, entregada a la fiebre de la especulación, se interesa muy poco por una enseñanza moral. Demasiadas opiniones contrarias se contraponen y se chocan. En medio de este estado confuso, arrebatado por el torbellino de la vida material, el hombre se detiene y reflexiona poco.

Mas todo Espíritu sincero que busque la fe y la verdad, las hallará en la nueva revelación. Una influencia de arriba se derramará sobre él y le guiará hacia ese sol naciente que, un día, iluminará a la humanidad entera.

EL ORGULLO

RIQUEZA Y POBREZA

De todos los vicios, el más temible es el orgullo, pues va sembrando en pos de sí los gérmenes de casi todos los demás vicios. Es la hidra monstruosa produciendo perpetuamente retoños que son otros tantos monstruos. Así que ha penetrado en un alma, se establece en ella como en plaza conquistada, se extiende a sus anchas y se fortifica hasta el punto de hacerse inexpugnable.

Desgraciado del hombre que se ha dejado atrapar. Más le valdría arrancarse el corazón del pecho que dejar penetrar en él el orgullo. No podrá librarse de este tirano sino a costa de terribles luchas y después de pruebas dolorosas, de existencias oscuras, de todo un porvenir de abatimiento y de humillación, pues este es el único remedio eficaz para los males que engendra el orgullo.

Este vicio es la mayor plaga de la humanidad. De él proceden todos los desgarramientos de la vida social, las rivalidades de clases y

de pueblos, las intrigas, el odio y la guerra, inspirador de locas ambiciones, ha cubierto la tierra de sangre y de ruinas. Aun más allá de la tumba nos persigue, causando allí nuestras penas, pues sus efectos se extienden hasta nuestros destinos lejanos.

No solamente nos aparta el orgullo del amor a nuestros semejantes, sino que nos hace todo mejoramiento imposible, engañándonos sobre nuestro mérito y ocultándonos nuestros defectos. Un examen riguroso de nuestros actos y de nuestros pensamientos es lo único que puede corregirnos. ¿Y cómo se someterá el orgulloso a ese examen? De todos los hombres, es el que menos puede conocerse. Infatuado con su persona, nada puede desengañarle, pues aparta cuidadosamente todo cuanto pudiera servir para hacerle ver claro; aborrece la contradicción, y sólo se complace en la compañía de los aduladores.

Como el gusano roedor en una hermosa fruta, el orgullo corrompe las obras más meritorias. Aun a veces, las hace perjudiciales para el que las ha realizado. El bien hecho con ostentación, con un secreto deseo de ser aplaudido y glorificado, se vuelve contra su autor. En la vida espiritual, las intenciones, los móviles ocultos que nos inspiraron, reaparecen como otros tantos testigos; abruma al orgulloso y reducen a la nada sus méritos ilusorios.

El orgullo nos oculta todas las verdades. Para estudiar con provecho el universo y sus leyes, se necesita ante todo la sencillez, la sinceridad, la rectitud del corazón y del espíritu, virtudes desconocidas del orgulloso. La idea de que tantos seres y cosas nos dominen le es insoportable y la rechaza. Sus juicios son para él el

término de lo posible; difícilmente se resuelve a convenir en que su saber y su comprensión sean limitados.

El hombre sencillo, humilde de corazón, rico en cualidades morales, llegará más pronto a la verdad, a pesar de la inferioridad posible de sus facultades, que el presuntuoso, envanecido con su ciencia terrestre y rebelándose contra la ley que le humilla y destruye su prestigio.

La enseñanza de los Espíritus nos muestra bajo un aspecto espantoso la situación de los orgullosos en la vida de ultratumba. Los humildes y los pequeños de este mundo se encuentran allí elevados, los vanidosos y los magnates se sienten débiles y humillados. Consiste en que los unos han traído con ellos lo que constituye la verdadera superioridad; las virtudes, las cualidades adquiridas por el sufrimiento, en tanto que los otros han tenido que abandonar, a la muerte, títulos, fortuna y vano saber. Todo cuanto formaba su gloria y su felicidad, se ha desvanecido como el humo. Llegan al espacio pobres y despojados, y esta miseria súbita, contrastando con su pasado esplendor, aviva sus dolores y sus acerbos pesares. Les causa profunda amargura ver por encima de ellos, en la luz, a aquellos a quienes han desdeñado y despreciado en la Tierra. Lo mismo sucede con las reencarnaciones futuras. El orgullo, la ávida ambición no pueden atenuarse ni extinguirse sino por medio de vidas penosas, vidas de trabajo y de renunciación, durante cuyo curso el alma orgullosa vuelve en sí, reconoce su debilidad y da poco a poco entrada a mejores sentimientos.

Un poco de prudencia y de reflexión nos preservaría de estos males. ¿Cómo podemos dejarnos invadir y dominar por el orgullo,

cuando basta considerarnos para ver cuán poca cosa somos? ¿Es nuestro cuerpo, nuestros atractivos físicos, lo que nos inspira vanidad? La hermosura es de corta duración; una sola enfermedad puede destruirla. El tiempo prosigue su obra cada día; adelantemos algunos pasos más en la vida, y todas esas gracias se ajarán y marchitarán; nuestro cuerpo no será más que un objeto repugnante. ¿Es nuestra superioridad sobre la naturaleza? Que transporten al más fuerte, al más capaz de nosotros a un desierto donde tenga que bastarse. Que arrostre los elementos desencadenados. Que se exponga, aislado, a las iras del Océano; en medio de los furores del viento, de las olas, o de los fuegos subterráneos. Qué pronto se revelará su debilidad.

Entonces, todas las distinciones sociales, los títulos y las riquezas se estiman en su justo valor. Todos somos iguales ante el peligro, el sufrimiento y la muerte. Todos los hombres, desde el más encumbrado al más miserable, están amasados con el mismo barro. Cubiertos de andrajos o de trajes suntuosos, sus cuerpos están animados por Espíritus del mismo origen y todos volverán a encontrarse mezclados en la vida futura. Su mérito moral será lo único que los distinguirá. El primero en este mundo puede llegar a ser uno de los últimos en el espacio, y el mendigo podrá verse revestido de fulgurante ropaje. No despreciemos pues a nadie. No nos envanezcamos con ventajas y favores pasajeros. Nadie sabe lo que le está reservado mañana.

Si Jesús prometió la entrada en los reinos celestiales a los humildes y a los pequeños, es porque la riqueza y el poder engendran con sobrada frecuencia el orgullo, mientras que una vida laboriosa y oscura es el elemento más seguro del progreso moral. En el

cumplimiento de su tarea diaria, las tentaciones, los deseos, los apetitos malsanos asaltan menos al trabajador. Puede entregarse a la meditación y desarrollar su conciencia, cuando el hombre de mundo está, al contrario, completamente entregado a las ocupaciones frívolas, a la especulación y a los placeres.

La riqueza nos ata a la Tierra con tantas y tan fuertes ligaduras, que raras veces consigue la muerte romperlas y librarnos de ellas. De ahí proceden las angustias del rico en la vida futura. Y sin embargo, fácil es comprender que, en realidad, nada es nuestro, en este globo. Esos bienes, a los que damos tanto valor, no nos pertenecen más que en apariencia. Otros cien, otros mil, antes que nosotros, han creído poseerlos; otros mil después de nosotros se harán las mismas ilusiones, y todos los dejarán tarde o temprano. Nuestro cuerpo mismo es un préstamo de la naturaleza, la que sabe muy bien volvérselo a tomar cuando le conviene. Nuestras únicas adquisiciones duraderas son de orden intelectual y moral.

Del apego a los bienes materiales nacen a menudo la envidia y los celos. El que lleva en sí estos vicios, bien puede despedirse de la paz y del reposo. La vida se convierte en un perpetuo tormento. Los éxitos, la opulencia del prójimo despiertan en el envidioso ardientes codicias, una fiebre de posesión que le devora. No piensa sino en eclipsar a los demás y en adquirir riquezas que ni siquiera sabe disfrutar. ¿Puede darse existencia más lastimosa? Perseguir sin cesar una felicidad quimérica, poner toda el alma en esas vanidades cuya pérdida nos desespera ¿no es crearse a sí mismo un suplicio de todos los instantes?

A pesar de esto, la riqueza no es un mal en sí misma. Es buena o mala, según como se la emplee. Lo importante es que no inspire orgullo ni dureza de corazón. Es menester ser dueño, no esclavo de su fortuna, mostrarse superior a ella, desinteresado y generoso. En estas condiciones es más fácil de soportar la prueba peligrosa de la riqueza. No debilita los caracteres ni despierta la sensualidad casi inseparable del bienestar.

La prosperidad es peligrosa por las tentaciones que ocasiona y por la fascinación que ejerce en los Espíritus. No obstante, puede ser origen de grandes bienes cuando se dispone de ella con prudencia y medida.

Por medio de las riquezas, puede contribuirse al progreso intelectual de los hombres, al mejoramiento de las sociedades, sosteniendo o creando instituciones de beneficencia o escuelas, y haciendo participar a los desheredados de los descubrimientos de la ciencia y de las revelaciones de lo bello bajo todas sus formas. Pero, con preferencia a todo, la riqueza debe derramarse sobre aquellos que luchan contra la necesidad, en forma de trabajo y de socorro.

Por lo contrario, consagrar sus recursos a la satisfacción exclusiva de la vanidad y de los sentidos, es echar a perder la existencia y crearse embarazosas trabas. El rico deberá dar cuenta del depósito puesto entre sus manos para el bien de todos. Cuando la ley inexorable, cuando el grito de su conciencia se eleven contra él en ese mundo nuevo donde el oro no tiene influencia, ¿qué responderá a la acusación de haber sustraído para su solo provecho lo que debía aliviar el hambre y los padecimientos de los demás? Su vergüenza y su confusión no tendrán límites.

Cuando el Espíritu no se siente suficientemente armado contra las seducciones de la riqueza, deberá apartarse de esta prueba peligrosa y buscar preferentemente una vida sencilla, lejos de los vértigos de la fortuna y de la grandeza. Si a pesar de todo la suerte lo destina a ocupar un puesto elevado en este mundo, que no se congratule por ello, pues su responsabilidad y sus deberes serán mucho mayores. Pero si le cabe en suerte un rango inferior en la sociedad, no se avergüence nunca por ello. El papel de los humildes es el más meritorio; ellos son los que llevan todo el peso de la civilización, de su trabajo vive y se alimenta la humanidad. El pobre debe ser sagrado para todos, pues Jesús ha querido nacer y vivir pobre. La pobreza la escogieron Epicteto, Francisco de Asís, Miguel Ángel, Vicente de Paul y tantos otros nobles Espíritus que han vivido en este mundo. Sabían que el trabajo, las privaciones y las penas desarrollan las fuerzas viriles del alma, mientras que la prosperidad las aminora. En el desprendimiento de las cosas humanas unos encontrarán la santificación y otros el poder que proporciona el genio.

La pobreza nos enseña a compadecernos de los males de los demás, haciéndonos conocerlos mejor; nos une a todos los que sufren, da valor a mil cosas hacia las cuales son indiferentes los dichosos. Los que no han conocido sus lecciones ignoran siempre uno de los aspectos más conmovedores de la vida.

No envidiemos a los ricos cuyo esplendor aparente oculta tantas miserias morales. No olvidemos que bajo el cilicio de la pobreza se ocultan las virtudes más sublimes, la abnegación y el espíritu de sacrificio. No olvidemos tampoco que gracias al trabajo y a la sangre, a la inmolación continua de los pequeños, es que las sociedades viven, se defienden y se renuevan.

EL EGOÍSMO

El egoísmo es hermano del orgullo y procede de las mismas causas. Es una de las más terribles enfermedades del alma, el mayor obstáculo para los mejoramientos sociales. Por sí solo, neutraliza y hace estériles casi todos los esfuerzos del hombre hacia el bien. Por esta razón, combatirlo debe ser la preocupación constante de todos los amigos del progreso, de todos los servidores de la justicia.

El egoísmo es la persistencia en nosotros del individualismo feroz que caracteriza al animal, como un vestigio del estado de inferioridad por el cual todos hemos pasado. Pero el hombre es, ante todo, un ser sociable. Está destinado a vivir con sus semejantes y nada puede sin ellos. Abandonado a sí mismo sería impotente para atender a sus necesidades y para cultivar su inteligencia.

Después de Dios, a la sociedad es a quien, debe los beneficios de la existencia y todas las ventajas de la civilización. Goza de ellos, pero precisamente este goce y esta participación en los frutos de la obra común, le imponen el deber de cooperar a ella. Una solidaridad

estrecha le liga a la sociedad; se debe a ella como ella se debe a él. Permanecer inactivo, improductivo, inútil en medio del trabajo de todos, sería un ultraje a la ley moral, casi un robo; sería aprovecharse de las labores ajenas, aceptar un préstamo y negarse a restituirlo.

Formando parte integrante de la sociedad, todo cuanto la concierne nos concierne. Por la comprensión de los lazos sociales y de la ley de solidaridad, se mide la dosis de egoísmo que existe en nosotros. El que sabe vivir en sus semejantes y para sus semejantes, no tiene que temer los ataques de esa plaga. Posee un criterio infalible para juzgar su conducta. No hace nada sin examinar si lo que proyecta es bueno o malo para los que le rodean, y sin preguntarse si sus actos son perjudiciales o provechosos a esta sociedad de la cual es miembro. Si considera que sólo a él le reportan ventajas causando daño a los demás, sabe que en realidad son malos para todos; y se abstiene escrupulosamente.

La avaricia es una de las más repugnantes formas del egoísmo. Demuestra la bajeza del alma que, al acopiar riquezas utilizables para el bien común, ni siquiera sabe aprovecharlas. El avaro, en su pasión por el oro, en su ansia por adquirirlo, empobrece a los demás sin dejar él de ser indigente, pues también es pobreza esta prosperidad aparente que acumula sin provecho para nadie, pobreza relativa, tan digna de lástima como la de los desgraciados, y justo objeto de la reprobación general.

Ningún sentimiento elevado, nada de lo que constituye la nobleza del ser, puede germinar en el alma de un avaro. La envidia, la avidez insaciable que le atormentan, le condenan a una existencia penosa y a un porvenir más miserable aún. Nada puede compararse a su

desesperación, cuando más allá de la tumba ve sus tesoros divididos o dispersos.

Vosotros los que buscáis la paz del corazón, huid de ese vicio bajo y despreciable. Mas no incurráis en el extremo contrario. No malbaratéis nada. Sabed usar de vuestros recursos con prudencia y moderación.

El egoísmo lleva en sí su propio castigo. El egoísta no ve en el mundo más que su persona, todo cuanto le es extraño le es indiferente. En consecuencia, las horas de su vida están llenas de aburrimiento. Por todas partes encuentra el vacío, en la existencia terrestre como después de la muerte, pues hombres y Espíritus, todos huyen de él.

Por lo contrario, el que coopera según sus fuerzas a la obra social, que vive en comunión con sus semejantes, haciéndoles participar de sus facultades y de sus bienes, como él participa de los de ellos, esparciendo a su alrededor lo que hay de bueno en él, ese se siente más feliz. Tiene conciencia de obedecer a la Ley y de ser un miembro útil de la Sociedad. Todo cuanto sucede en el mundo le interesa; todo cuanto es grande y bello le impresiona y le conmueve; su alma vibra al unísono de todas las almas instruidas y generosas, y el fastidio y el desengaño no pueden hacer presa en él.

Nuestro deber no es pues abstenernos, sino combatir sin descanso por la causa del bien y de la verdad. No es sentado ni echado como hay que contemplar el espectáculo de la vida humana en sus perpetuos cambios y producciones, sino en pie, como soldado y en la vanguardia, pronto a participar de todas las grandes tareas, a abrir

los nuevos caminos y a fecundar el patrimonio común de la humanidad.

Aunque el egoísmo se encuentra en todos los rangos de la sociedad, este vicio es más bien peculiar al rico que al pobre. Con harta frecuencia la prosperidad endurece el corazón, mientras que el infortunio, al hacernos conocer el peso del dolor, nos enseña a compadecernos del ajeno. ¿Sabe siquiera el rico a costa de qué penas, de qué rudos trabajos se crean las mil cosas de que se compone su lujo?

No nos sentemos nunca a una mesa bien servida sin acordarnos de los que padecen hambre. Este pensamiento nos hará sobrios y comedidos en nuestros apetitos y nuestros gustos. Pensemos en los millones de hombres que encorvados bajo los ardores del verano o las intemperies retiran del suelo los productos que alimentan nuestros festines y adornan nuestras moradas. Recordemos que para iluminar nuestras viviendas con resplandeciente luz o hacer brotar en nuestros hogares la llama benéfica, muchos hombres, semejantes a nosotros, capaces como nosotros de amar y de sentir, trabajan bajo la tierra, lejos del cielo azul y del sol alegre, y, pico en mano, perforan toda su vida las entrañas del globo. Sepamos que para adornar nuestros salones con espejos y brillantes cristales, para producir la multitud de objetos de que se forma nuestro bienestar, millares de hombres semejantes a condenados entre las llamas, pasan su vida en el calor devorante de los altos hornos y de las fundiciones, privados de aire, consumidos y acabados antes de tiempo, sin más perspectiva que una vejez llena de achaques y de miseria. Sí, sepámoslo, toda esa comodidad de que gozamos con indiferencia, está adquirida a costa del suplicio de los humildes y el aplastamiento de los pequeños.

Grábese en nosotros este pensamiento y persíganos sin tregua; como una espada de fuego, desterrará el egoísmo de nuestros corazones y nos obligará a consagrar al mejoramiento de la suerte de los débiles nuestros bienes y nuestras facultades.

Porque no habrá paz entre los hombres, ni seguridad, ni dicha social hasta que el egoísmo sea vencido, que desaparezcan los privilegios y las desigualdades chocantes, y que cada uno participe en la medida de su trabajo y de sus méritos, del bienestar de todos. Sin justicia no puede haber paz ni armonía. En tanto que el egoísmo de los unos se alimente con las penas y las lágrimas de los demás en tanto que las exigencias del Yo ahoguen la voz del deber, el odio se perpetuará sobre la Tierra, las luchas de interés dividirán los Espíritus y surgirán tormentas del seno de las sociedades.

Pero, gracias al conocimiento de nuestro porvenir, la idea de solidaridad acabará por prevalecer. La ley de la vuelta a la carne, la necesidad de renacer en condiciones modestas, serán otros tantos agujones que estimularán al egoísta. Ante estas perspectivas, el sentimiento exagerado de la personalidad se atenuará para dar lugar a una idea más exacta de nuestra situación y de nuestro papel en el Universo. Sabiendo que estamos unidos a todas las almas y que somos solidarios de su adelantamiento y de su felicidad, nos interesaremos más por su situación, por sus progresos y sus trabajos. Y a medida que este sentimiento se desparrame por el mundo, las instituciones y relaciones sociales mejorarán; y la fraternidad, esa palabra trivial, repetida por tantas bocas, se insinuará en los corazones y se convertirá en realidad. Nos sentiremos vivir en los demás, gozar con sus alegrías y padecer con sus males. No habrá entonces ni una sola queja sin eco, ni un solo dolor sin consuelo. La

LÉON DENIS

gran familia humana, fuerte, apacible y unida, avanzará con paso más rápido hacia sus magníficos destinos.

LA CARIDAD

Con oposición a las religiones exclusivas que han tomado por precepto «fuera de la Iglesia no hay salvación», como si su punto de vista puramente humano pudiese decidir de la suerte de los seres en la vida futura, Allan Kardec escribe estas palabras al frente de sus obras: *Fuera de la Caridad, no hay salvación*. Los Espíritus nos enseñan, en efecto, que la caridad es la virtud por excelencia, y que ella sola da la llave de los cielos elevados.

«Es menester amar a los hombres», repiten después de Cristo, que había resumido en estas palabras los mandamientos de la ley mosaica.

Pero los hombres no son amables, se suele objetar. Hay en ellos demasiada maldad, y es muy difícil practicar la caridad con ellos.

Si les juzgamos así, ¿será porque nos detenemos únicamente en considerar los lados malos de su carácter, sus defectos, sus pasiones y sus debilidades, olvidando muy a menudo que tampoco nosotros

estamos exentos de ellos, y que, si necesitan de nuestra caridad, no necesitamos nosotros menos de su indulgencia?

Sin embargo, el mal no es lo único que reina en el mundo. También hay algo bueno en el hombre; cualidades y virtudes. Hay sobre todo penas. Si queremos ser caritativos, y debemos serlo, tanto en nuestro propio interés como en el del orden social, no nos fijemos en nuestros juicios sobre nuestros semejantes, en lo que pueda llevarnos a la maledicencia y a la difamación, sino veamos especialmente en el hombre un compañero de pruebas, un hermano de armas en la lucha de la vida. Consideremos los males que sufre en todos los rangos de la sociedad. ¿Quién es aquel que no esconde una herida, un gusano roedor en el fondo de su alma? ¿Quién no soporta el peso de las aflicciones y de las amarguras? Si mirásemos al prójimo bajo este aspecto, pronto se cambiaría nuestra malevolencia en simpatía.

Por ejemplo, con frecuencia se oye echar en cara a las clases obreras su grosería y sus pasiones brutales, y a ciertos hombres del pueblo su codicia y sus reclamaciones. ¿Se reflexiona acaso bastante en la triste educación que han recibido, y en los malos ejemplos de que se han visto rodeados desde la infancia? La lucha de la vida, las imperiosas necesidades cotidianas les imponen una tarea ingrata y absorbente. Ninguna tregua, ningún descanso para cultivar su inteligencia. Las dulzuras del estudio, los goces del arte les son desconocidos. ¿Qué saben ellos de las leyes morales, de sus destinos, ni de los resortes del universo? Pocos rayos consoladores se deslizan en esas tinieblas. Para ellos, el combate feroz contra la necesidad es de todos los instantes. La falta de trabajo, la enfermedad, la negra miseria los amenazan y los hostigan sin cesar. ¿Qué carácter no se

agriarían en medio de tantos males? Para sobrellevarlos con resignación, se necesita una fuerza de alma tanto más admirable cuanto es más bien instintiva que razonada.

En lugar de arrojar piedras a esos infortunados, apliquémonos a aliviar sus males, a enjugar sus lágrimas, y a trabajar con todas nuestras fuerzas para conseguir en la Tierra una repartición más equitativa de los bienes materiales y de los tesoros del pensamiento. No se sabe bastante lo que pueden sobre esas almas exasperadas, una palabra afectuosa, una demostración de interés, un apretón de manos cordial. Los vicios del pobre nos repugnan, y sin embargo ¡cuánta disculpa hay en el fondo de su miseria! ¡Pero no queremos atender a sus virtudes, que son tanto más dignas de admiración cuanto que florecen en un lodazal!

¡Cuántas oscuras abnegaciones hay entre esos humildes! ¡Cuántas luchas heroicas y tenaces contra la adversidad! Pensemos en las innumerables familias que vegetan sin apoyo y sin socorro, en tantos niños privados de lo necesario, en todos esos seres que tiritan de hambre y de frío en el fondo de aposentos húmedos y sombríos, o en miserables buhardillas. ¿Qué papel es el de la mujer del pueblo en tales centros, cuando el invierno invade la tierra, cuando el hogar está sin fuego, la mesa sin alimentos, cuando sobre el lecho helado los andrajos reemplazan la manta vendida o empeñada para comprar pan? ¿No es su sacrificio de todos los instantes? ¡Y cómo se parte su pobre corazón a la vista de los dolores de los suyos! ¿No debería el ocioso opulento avergonzarse de ostentar su riqueza entre tantas penas? ¡Qué terrible responsabilidad para él si en medio de la abundancia olvida a aquellos a quienes agobia la necesidad!

Sin duda que mucha corrupción, muchas cosas repugnantes se mezclan en estas escenas de la vida de los débiles. Quejas y blasfemias, prostitución y embriaguez, hijos sin corazón y padres sin entrañas, todas las fealdades se confunden. Pero incluso bajo estas exterioridades repelentes, siempre es el alma humana que padece, el alma, nuestra hermana digna siempre de interés y de afecto. Sacarla del fango de la cloaca, reanimarla, instruirla, hacerla subir de grado en grado por la escala de la rehabilitación, ¡qué gran tarea!. El fuego de la caridad lo purifica todo. Este fuego es el que abrasaba a los Cristos, a los Vicentes de Paul, a los Fenelones. En su inmenso amor por los débiles y los caídos, es donde encontraban el principio de su abnegación sublime.

Lo mismo sucede con todos aquellos que tienen la facultad de amar y sufrir intensamente. El dolor es para ellos como una iniciación en el arte de consolar y aliviar a los demás. Saben prescindir de sus propios males para no ver más que los de sus semejantes y buscar el remedio. De ahí nacen los grandes ejemplos dados por esas almas escogidas que en medio de su desgarramiento y de su dolorosa agonía, hallan aún el secreto de curar las heridas de los vencidos en la vida.

También la caridad tiene otras formas además de la solicitud por los desgraciados. La caridad material o beneficencia, puede aplicarse a cierto número de nuestros semejantes bajo la forma de socorro, apoyo y estímulos. La caridad moral debe extenderse a todos los que en este mundo tienen parte en nuestra vida. No consiste ya en limosnas, sino en una benevolencia que debe alcanzar a todos los hombres, desde el más virtuoso hasta el más criminal, y determinar

nuestras relaciones con ellos. Ésta, todos podemos practicarla por modesta que sea nuestra condición.

La verdadera caridad es indulgente y paciente. No humilla ni desdeña a nadie; es tolerante y si procura disuadir, es con dulzura, sin chocar ni zaherir las ideas adquiridas.

Pero esta virtud es rara. Cierta fondo de egoísmo nos induce más bien a observar y a criticar los defectos del prójimo, mientras que somos ciegos para los nuestros. Habiendo en nosotros tanta podredumbre, nos complacemos en ejercitar nuestra perspicacia haciendo resaltar las faltas de nuestros semejantes. Recordemos, que sin caridad y sin modestia, no hay verdadera superioridad moral. No tenemos el derecho de condenar en los demás los yerros que estamos expuestos cometer, y aun cuando nuestra elevación moral nos hubiera ya librado de ello, no debemos olvidar que un tiempo fue en que luchábamos contra la pasión y el vicio.

Existen pocos hombres que no tengan malas costumbres que corregir, ni inclinaciones perjudiciales que reformar. No olvidemos que seremos medidos con la misma vara que midiéremos a los demás. Las opiniones que nos formamos sobre ellos, son casi siempre un reflejo de nuestra propia naturaleza. Seamos más propensos a disculpar que vituperar. Muchas veces tenemos que arrepentimos de un juicio demasiado precipitado. Evitemos sobre todo considerar las cosas con prevención desfavorable.

Nada es más funesto para el porvenir del alma, que las murmuraciones y la maledicencia incesante de que se componen la mayor parte de las conversaciones. El eco de nuestras palabras resuena en la vida futura, el humo de nuestros pensamientos

malévolos forma como una espesa nube que envuelve y oscurece al Espíritu. Guardémonos de esas críticas, de esas apreciaciones malignas, de esas palabras burlonas que envenenan el porvenir. Huyamos de la maledicencia como de la peste. Detengamos en nuestros labios la frase amarga pronta a escapársenos. De esto depende nuestra felicidad.

El hombre caritativo se oculta para hacer bien, disimula sus buenas acciones, en tanto que el vanidoso proclama lo poco que hace, «La mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha», ha dicho Jesús. «El que hace bien con ostentación, ha recibido ya su recompensa.»

Dar a escondidas, ser indiferente a las alabanzas de los hombres, es demostrar una verdadera elevación de carácter, es hacerse superior a los juicios de un mundo pasajero y buscar la justificación de sus actos en la vida que no tiene fin.

En tales condiciones, la ingratitud y la injusticia no pueden alcanzar al hombre caritativo. Hace bien porque es un deber y sin esperar ninguna ventaja. No busca galardón, deja a la ley eterna el cuidado de la consecuencia de sus actos, o por mejor decir, ni siquiera piensa en ello. Es generoso sin cálculo. Para favorecer a los demás, sabe imponerse privaciones, penetrado de la idea de que ningún mérito hay en dar lo superfluo.

Por esto el óbolo del pobre, el dinero de la viuda, el pedazo de pan que el proletario parte con su compañero de infortunio, tienen mayor mérito que las liberalidades del rico. Aun en su miseria, puede el pobre socorrer a otro más pobre que él. No todas las lágrimas se enjugan con oro, ni se curan con él todas las heridas. Hay aflicciones

para cuyo alivio una amistad sincera, una ardiente simpatía, una efusión del alma, serán más eficaces que todas las riquezas.

Seamos generosos para con aquellos que han sucumbido en la lucha contra sus pasiones y han sido arrastrados al mal, generosos para los pecadores, los criminales, los empedernidos. ¿Sabemos acaso por qué situaciones crueles han atravesado esas almas, los dolores que han sufrido antes de delinquir? ¿Tenían el conocimiento de las leyes superiores que sostiene en la hora del peligro? Ignorantes, perplejas, agitadas por todos los soplos exteriores ¿podían resistir y vencer? Acordémonos de que la responsabilidad está proporcionada al saber, y que a aquel que posea la verdad, le será exigido mucho. Apiadémonos de los pequeños, de los débiles, de los afligidos, de todos aquellos cuyas heridas de alma o cuerpo manan sangre. Busquemos los medios donde abundan los padecimientos, donde los corazones se quebrantan y la desesperación y el abandono consumen las existencias. Bajemos a esos abismos de miseria, a fin de llevar allí los consuelos que animan, las palabras que confortan y las exhortaciones que vivifican, a fin de hacer brillar la esperanza, ese sol de los desgraciados. Esforcémonos en arrancar de ellos alguna víctima, en purificarla, en salvarla del mal y en abrirle, un camino honorable. Únicamente por medio de la abnegación y del cariño lograremos estrechar las distancias y evitar los cataclismos sociales, extinguiendo el odio que se cobija en el corazón de los desheredados.

Todo cuanto el hombre hace por su hermano, queda grabado en el gran libro fluídico cuyas páginas, se desarrollan a través del espacio, páginas luminosas donde se inscriben nuestros actos, nuestros sentimientos y nuestras ideas. Y estas deudas nos serán pagadas ampliamente en las existencias futuras.

Nada se pierde ni se olvida. Los lazos que unen a las almas en el curso de los tiempos, están tejidos con los beneficios pasados. La sabiduría eterna lo ha ordenado todo para el bien de los seres. Las buenas obras cumplidas; en este mundo, se convierten para su autor en manantial de infinitas felicidades para el porvenir.

La perfección del hombre se encierra en dos palabras: caridad, verdad. La caridad es la virtud por excelencia; es de esencia divina. Irradia sobre los mundos y reanima las almas como una mirada, como una sonrisa del Eterno. Sus resultados sobrepujan a los de la sabiduría y del genio. Estos van siempre acompañados de un poco de orgullo. Siempre son discutidos y muchas veces poco apreciados. Mas la caridad siempre dulce y benévola, enternece los corazones más duros y desarma los Espíritus más perversos, inundándolos de amor.

PACIENCIA Y BONDAD

Si el orgullo es el padre de una multitud de vicios, de la caridad nacen muchas virtudes. La paciencia, la dulzura, la reserva en el hablar, dimanar de ella. Al hombre caritativo le es fácil ser paciente y dulce, y perdonar las ofensas que se le infieren. La misericordia es compañera de la bondad. Un alma elevada no puede conocer el odio ni practicar la venganza. Se eleva por encima de los bajos rencores, ve las cosas desde arriba. Comprendiendo que las sinrazones de los hombres no son más que el resultado de su ignorancia, no le infunden amargura ni resentimiento. Sabe que perdonar y olvidar los agravios del prójimo, es destruir todo género de enemistad y borrar toda causa de discordia en el porvenir, así en la Tierra como en la vida del espacio.

La caridad, la mansedumbre y el perdón de las injurias nos hacen invulnerables e insensibles a las bajezas y a las perfidias. Ellas provocan nuestro desprendimiento progresivo de las vanidades terrestres, y nos acostumbran a fijar nuestras miradas en las cosas en que no cabe decepción.

Perdonar es el deber del alma que aspira a los cielos elevados. ¿Cuántas veces no hemos nosotros también necesitado perdón? ¿Cuántas no lo hemos pedido? Perdonemos, para ser perdonados. No podríamos obtener para nosotros lo que negásemos a los demás. Si queremos vengarnos, que sea con buenas acciones. El bien hecho a quien nos ofende, desarma a nuestro enemigo. Su odio se cambia en sorpresa, y su sorpresa en admiración. Al despertar su conciencia dormida, esta lección puede producir en él una impresión profunda. Quizá por este medio hayamos conmovido, iluminado y arrancado un alma a la perversidad.

El único mal que se debe señalar y combatir es el que recae sobre la sociedad. Cuando se presenta bajo la forma de la hipocresía, de la doblez y de la mentira, debemos desenmascararlo, pues podría perjudicar a otras personas. Pero es noble guardar silencio sobre lo que sólo puede dañarnos en nuestros intereses o en nuestro amor propio.

La venganza bajo todas sus formas, el duelo, la guerra, son vestigios del salvajismo primitivo, la herencia de un mundo bárbaro y atrasado. El que ha columbrado el encadenamiento grandioso de las leyes superiores y del principio de justicia cuyos efectos repercuten a través de los tiempos ¿puede acaso pensar en vengarse?

Vengarse es cometer dos faltas, dos crímenes en uno; es hacerse tan culpable como el mismo ofensor. Cuando el ultraje o la injusticia nos hieran, impongamos silencio a nuestra dignidad ofendida, pensemos en aquellos a quienes en el pasado oscuro hemos nosotros ofendido, ultrajado y expoliado, y suframos la injuria como una reparación. No perdamos de vista el objeto de la existencia, que esos

accidentes nos harían olvidar. No nos apartemos de la senda recta y segura; no nos dejemos arrastrar por la pasión a las pendientes peligrosas que volverían a conducirnos a la bestialidad; subámoslas, al contrario, con redoblado valor. La venganza es una locura que nos haría perder el fruto de muchos progresos y retroceder en el camino recorrido. Tal vez llegue un día, cuando hayamos dejado la Tierra, en que bendigamos a los que hayan sido duros y desapiadados con nosotros, que nos hayan despojado y colmado de amarguras; les bendeciremos porque de sus iniquidades habrá salido nuestra felicidad espiritual. Creían hacernos, daño y han facilitado nuestro adelantamiento y nuestra elevación, poniéndonos en el caso de sufrir sin quejarnos, de perdonar y de olvidar.

La paciencia es esa cualidad que nos enseña a sobrellevar con calma todos los disgustos. No consiste en apagar en nosotros toda sensación y en hacernos indiferentes e inertes, sino en buscar más allá de los horizontes del presente los consuelos que nos hacen considerar como fútiles y secundarias las tribulaciones de la vida material.

La paciencia conduce a la benevolencia. Cual otros tantos espejos, las almas nos devuelven el reflejo de los sentimientos que nos inspiran. La simpatía produce simpatía y la indiferencia engendra a menudo la irritación.

Aprendamos a reprender con dulzura, a discutir sin arrebatos, a juzgar de todas las cosas con benevolencia y consideración. Busquemos las conversaciones útiles, las cuestiones serias y elevadas; evitemos las disputas frívolas y todo cuanto apasiona y sobrexcita.

Guardémonos de la ira, que es el despertamiento de todos los instintos salvajes amortiguados en nosotros por el progreso y civilización, una reminiscencia de nuestras vidas oscuras. En cada hombre, subsiste aún la bestia por varios lados, la bestia, que debemos domar a fuerza de energía si no queremos ser dominados y sojuzgados por ella. La ira despierta sus instintos adormecidos y hace del hombre un animal salvaje. Entonces se desvanecen toda dignidad, toda razón, todo respeto de sí mismo. La cólera nos ciega, nos hace perder la conciencia de nuestros actos, y, en sus furores, puede llevarnos hasta el crimen.

El saberse dominar es cualidad inherente al hombre sabio y bueno, y la cólera es indicio de un carácter poco sociable y muy atrasado. El que tenga esa propensión, debe vigilar cuidadosamente sus impresiones, sofocar en él el pensamiento de la personalidad, y evitar hacer ni resolver nada mientras se sienta poseído de tan temible pasión.

Esforcémonos en adquirir la bondad, virtud inefable, aureola de la vejez, la bondad, suave llama cuyo calor reanima a todas las criaturas y que le vale a su poseedor ese culto del corazón que los humildes y los pequeños tributan a sus apoyos y a sus protectores.

La indulgencia, la simpatía, la bondad, calman a los hombres, los atraen hacia nosotros y los disponen a oír con confianza nuestros consejos, mientras que la severidad los desanima y los aleja. La bondad nos crea una especie de autoridad moral sobre las almas, nos da más probabilidades de conmoverlas y de llevarlas al buen camino. Hagamos pues de esta virtud una antorcha con cuyo auxilio llevaremos la luz a las inteligencias más oscuras, tarea delicada, pero

DESPUÉS DE LA MUERTE

que hará más fácil un poco de amor hacia nuestros hermanos unido a un sentimiento profundo de la solidaridad.

49

EL AMOR

El amor es la celestial atracción de las almas y de los mundos, el poder divino que une los universos, los gobierna y los fecunda; el amor ¡es la mirada de Dios!

No adornéis con este nombre a la ardiente pasión encendida por los deseos carnales. Esta no es más que una sombra, una grosera imitación del amor. No, el amor es el sentimiento superior en que se funden y armonizan todas las cualidades del corazón, es el coronamiento de las virtudes humanas, de la dulzura, de la caridad, de la bondad, es la florecencia en el alma de una fuerza que nos arrebatada por encima de la materia hacia alturas divinas, nos une a todos los seres y despierta en nosotros felicidades íntimas que dejan muy atrás a todos los deleites humanos.

Amar es sentirse vivir en todos y por todos, es consagrarse hasta el sacrificio, hasta la muerte, a una causa o a un ser. Si queréis saber lo que es amor, contemplad las grandes figuras de la Humanidad, y, por encima de todas, Cristo, el amor encarnado, Cristo, para quien el

amor era toda la moral y toda la religión. ¿No ha dicho: *Amad a vuestros enemigos, y haced el bien a aquellos que os persiguen...*?

Al hablarnos así, Cristo no exige de nosotros un afecto que no puede estar en nuestros corazones, pero sí la falta completa de odio y de espíritu de venganza, una disposición sincera a ayudar, si la ocasión se presenta, a los que nos afligen y a tenderles una mano bienhechora.

Una especie de misantropía y de cansancio moral apartan a veces a algunos buenos Espíritus del resto de la Humanidad. Es menester resistirse a esta tendencia al aislamiento, considerando todo lo grande y bello que existe en el ser humano, y recordando todas las muestras de afecto, todos los actos de benevolencia de que hemos sido objeto. ¿Qué es el hombre separado de sus semejantes, privado de la patria y de la familia? Un ser inútil y desgraciado. Sus facultades se debilitan, sus fuerzas disminuyen, la tristeza se apodera de él. Solo, no se progresa. Por lo tanto, hay que vivir con los hombres y ver en ellos compañeros necesarios. El buen humor es la salud del alma. Dejemos que nuestro corazón se abra a las impresiones sanas y fuertes. ¡Amemos para ser amados!

Si nuestra simpatía debe extenderse a todo cuanto nos rodea, seres y cosas, a todo cuanto nos ayuda a vivir, y aun a los miembros desconocidos de la gran familia humana, qué amor profundo e inalterable no deberemos a nuestros padres; al padre cuya solicitud sostuvo nuestra infancia, que se afanó largo tiempo para allanarnos el áspero sendero de la vida; a la madre que nos ha llevado y mecido en su seno, que ha velado con angustia sobre nuestros primeros pasos y nuestros primeros dolores. De qué tierno rendimiento no

debemos rodear su vejez y recompensar su cariño y sus cuidados asiduos.

Debemos igualmente a la patria nuestro corazón y nuestra sangre. Ella sola recoge y transmite la herencia de las numerosas generaciones que trabajan y sufren para edificar una civilización cuyos beneficios recibimos al nacer. Guardianas de los tesoros intelectuales acumulados por las edades, vela por su conservación y su desenvolvimiento, y, madre generosa, los dispensa a todos sus hijos. De este patrimonio sagrado, ciencias y artes, leyes, instituciones, orden y libertad, de todo el inmenso material salido del pensamiento y de las manos de los hombres, y de todo lo que constituye la riqueza, la magnitud y el genio de una nación, nos corresponde nuestra parte. Sepamos elevar nuestros deberes hacia la patria a la altura de las ventajas que nos proporciona. Sin ella, sin esta civilización que nos lega, no seríamos más que salvajes.

Veneremos la memoria de aquellos que han contribuido, con sus vigiliyas y sus esfuerzos, a reunir y a aumentar esta herencia, la memoria de los héroes que han defendido la patria en las horas terribles, de todos aquellos que, hasta en el umbral de la muerte, han proclamado la verdad y servido a la justicia, transmitiéndonos, enrojecidos con su sangre, los progresos y las libertades de que gozamos.

El amor, profundo como el mar, infinito como el cielo, inflama a todos los seres. Dios es el foco. Así como el sol ilumina indiferentemente todas las cosas y da calor a la naturaleza entera, el amor divino vivifica todas las almas; sus rayos, atravesando por las tinieblas de nuestro egoísmo, encienden trémulos resplandores en el

fondo de cada corazón humano. Todos los seres han sido creados para amar. Las partículas de vida moral, los gérmenes del bien que se encierran en ellos, fecundados por él foco supremo, brotarán un día y florecerán hasta que se reúnan en una misma comunión de amor, en una fraternidad universal.

Quien quiera que seáis, vosotros, los que leéis estas páginas, sabed que llegará un día en que nos encontraremos, sea en este mundo, en existencias ulteriores, sea en una esfera más adelantada o en la inmensidad de los espacios. Que estamos destinados a influirnos mutuamente en el sentido del bien y a ayudarnos en nuestra común ascensión. Hijos de Dios, miembros de la gran familia de los Espíritus, marcados en la frente con el signo de la inmortalidad, estamos destinados a conocernos y a unirnos en la santa armonía de las leyes y de las cosas, lejos de las pasiones y de las falsas grandezas de la Tierra. Mientras llegue ese día, vaya mi pensamiento hacia ti, oh hermano o hermana mía, como un testimonio de dulce simpatía; ojalá logre sostenerte en tus dudas, consolarte en tus aflicciones, reanimarte en tus desfallecimientos, y unirse al tuyo para pedir a nuestro padre común que nos ayude a conquistar un porvenir mejor.

RESIGNACIÓN EN LA ADVERSIDAD

El padecer es una ley de nuestro mundo. En todas las condiciones, en todas las edades, en todos los países, el hombre ha sufrido, el hombre ha llorado. A pesar de los progresos sociales, millones de seres se doblegan aún bajo el peso del dolor. Las clases elevadas no están exentas de males. En los Espíritus cultivados, la sensibilidad más despierta, más exquisita, produce impresiones más dolorosas. El rico, lo mismo que el pobre, sufre en su carne y en su corazón. Desde todos los puntos del globo, la queja humana se eleva hacia el espacio.

Aun en el seno de la abundancia, una sensación de abatimiento, una vaga tristeza se apodera a veces de las almas delicadas. Sienten que la felicidad es irrealizable en este mundo y que sólo brilla por ráfagas fugitivas. El Espíritu aspira a vidas y á mundos mejores; una especie de intuición le dice que la Tierra no es todo. Para el hombre alimentado con la filosofía de los Espíritus, esta intuición vaga se

cambia en certidumbre. Sabe a dónde va, conoce el porqué de sus males, la razón de ser de las penas. Más allá de las sombras y de las angustias de la Tierra, vislumbra la aurora de una nueva vida.

Para pesar los bienes y los males de la existencia, para saber lo que es la dicha, y en qué consiste la verdadera desgracia, es menester elevarse por encima del estrecho círculo de la vida terrestre. El conocimiento de la vida futura y de la suerte que en ella nos espera, nos permite medir las consecuencias de nuestros actos y su influencia en nuestro porvenir.

Considerada bajo este punto de vista, la desgracia, para el ser humano, no será ya la miseria, ni las privaciones, ni la pérdida de los suyos, ni las enfermedades; no, la desgracia será todo lo que mancha, todo lo que empequeñece, todo lo que sirve de obstáculo a su progreso. La desgracia, para aquel que no ve más que el presente, puede ser la pobreza, las penas, los achaques. Para el Espíritu que ve las cosas desde las alturas, será el afán del placer, el orgullo, la vida inútil y culpable.

No se puede juzgar una cosa si no se sabe todo lo que de ella resulta, y por esta razón, nadie podrá comprender la vida si no conoce su fin, ni sus leyes morales. Las pruebas, al purificar el alma, preparan su elevación y su dicha, mientras que los goces de este mundo, las riquezas y las pasiones la debilitan ocasionándole en el otro mundo amargos desengaños. Por esto aquel a quien oprime la adversidad, y que padece de alma y de cuerpo, puede esperar y levantar confiadamente la mirada al cielo: está pagando su deuda al destino y conquistando su libertad; mas aquel que se complace en la

sensualidad, forja sus propias cadenas y acumula nuevas responsabilidades que serán de grave peso sobre su vida futura.

El dolor, bajo sus múltiples formas, es el remedio supremo para las imperfecciones y para los achaques del alma, sin él, no hay curación posible. Así como las enfermedades orgánicas son a menudo el resultado de nuestros excesos, así las pruebas morales que nos alcanzan lo son de nuestras faltas pasadas. Tarde o temprano, estas faltas recaen sobre nosotros con sus consecuencias lógicas. Esta es la ley de justicia y de equilibrio moral. Sepamos aceptar sus efectos como aceptamos los remedios amargos y las operaciones dolorosas que deben devolver la salud y la agilidad a nuestro cuerpo. Aun cuando los pesares, las humillaciones y la ruina nos abrumen, suframos con paciencia. El labrador desgarró el seno de la tierra para hacer brotar la dorada mies. Del mismo modo, de nuestra alma destrozada brotará una abundante cosecha moral.

La acción del dolor desprende de nuestro ser todo cuanto es impuro y malo, los apetitos groseros, los vicios, los deseos, todo cuanto viene de la tierra y debe volver a la tierra. La adversidad es la gran escuela, el campo fértil de las transformaciones. Con sus enseñanzas, las pasiones malas se cambian poco a poco en pasiones generosas, en amor al bien. Nada se pierde. Pero esta transformación es lenta y difícil. El sufrimiento, la lucha constante contra el mal, el sacrificio de sí mismo, pueden únicamente realizarlo. Gracias a ellos, el alma adquiere la paciencia y la sabiduría. De fruto verde y ácido que era se cambia, bajo las aguas regeneradoras de la prueba y los rayos del sol divino, en fruto dulce y perfumado, maduro para los mundos superiores.

Tan sólo la ignorancia de las leyes universales, nos hace odiar nuestras penas. Si comprendiésemos cuan necesarias son para nuestro adelantamiento, si supiésemos apreciar su amargura, ya no nos parecerían una carga.

Pero todos aborrecemos el dolor, no sentimos su utilidad sino cuando hemos abandonado el mundo donde ejerce su imperio. No obstante, su obra es fecunda. Desarrolla en nosotros tesoros de compasión, de ternura, de afecto. Los que no lo han conocido nunca, valen poco. Apenas está desmontada la superficie de su alma. Nada hay profundo en ellos, ni el sentimiento ni la razón. No habiendo conocido las aflicciones, permanecen indiferentes e insensibles a las de los demás.

En nuestra ceguera, maldecimos nuestras existencias oscuras, monótonas, dolorosas. Pero cuando elevamos nuestras miradas por encima de los limitados horizontes de la Tierra, cuando hemos comprendido el verdadero motivo de la vida, entonces conocemos que esas vidas son preciosas, indispensables para domar los Espíritus orgullosos, y para someternos a la disciplina moral sin la que no puede haber progreso.

Libres en nuestras acciones y exentos de males y de preocupaciones nos dejaríamos llevar por el ardor de nuestras pasiones y por los impulsos de nuestro carácter. Lejos de trabajar por nuestro mejoramiento, no hacemos más que añadir nuevas faltas a las anteriores, mientras que, comprimidos por el sufrimiento en las existencias humildes, nos acostumbramos a la reflexión y a la paciencia, adquiriendo esa tranquilidad del pensamiento indispensable para poder oír la voz de arriba, la voz de la razón.

En el crisol del dolor es donde se forman las grandes almas. A veces, ángeles de bondad vienen a vaciar el cáliz de amargura ante nuestros ojos, a fin de dar el ejemplo a los que arrebatan el huracán de las pasiones. La prueba es la reparación necesaria y aceptada con conocimiento de causa por muchos de nosotros. Sea esta idea nuestro apoyo en las horas de desfallecimiento, y que el espectáculo de los males soportados con resignación conmovedora, nos dé fuerzas para permanecer fieles a las obligaciones voluntariamente contraídas, y a las firmes resoluciones tomadas antes de volver a la carne.

La nueva fe ha resuelto el gran problema de la purificación por el dolor. La voz de los Espíritus nos alienta en los momentos difíciles. Los mismos que pasaron por todas las agonías de la existencia terrestre, nos dicen hoy:

He sufrido y no he sido feliz sino por mis padecimientos. Han rescatado muchos años de lujo y de molición. Las penas me han enseñado a pensar y a orar. En medio de las embriagueces del placer, jamás la reflexión saludable había penetrado en mi alma, jamás de mis labios había brotado la oración. Benditas sean mis pruebas, pues ellas me han abierto al fin el camino que conduce a la sabiduría y a la verdad.¹

¡Esta es la obra del sufrimiento! ¿No es la más grande de cuantas se cumplen en la Humanidad? Se prosigue en silencio y en secreto, pero sus resultados son incalculables. Desprende al alma de todo lo material, bajo y transitorio; la eleva y la hace contemplar el porvenir

¹ Comunicación mediúmnica recibida por el autor.

y los mundos que son su herencia. Se habla de Dios y de las leyes eternas. Ciertamente, es bello tener un fin glorioso, morir joven, como un héroe. La historia consignará vuestro nombre y las generaciones honrarán vuestra memoria, pero una larga vida de dolores y de males sobrellevados con paciencia, es mucho más fecunda para el adelantamiento del Espíritu. La historia nada dirá de ello sin duda. Todas esas vidas oscuras y mudas, vidas de recogimiento y de lucha silenciosa, caen en el olvido; mas los que las han llevado a cabo, hallan en la luz espiritual su recompensa. Tan sólo el dolor suaviza el corazón y aviva el fuego del alma. Es el cincel que le da proporciones armoniosas, afina sus contornos y la hace resplandecer con la más perfecta belleza. Una obra de sacrificio, lenta y continua, produce mayores efectos que un acto sublime, pero aislado.

Consolaos pues, vosotros todos, ignorados, que sufrís en la sombra males crueles, y que sois despreciados por vuestra ignorancia y escasas facultades. Sabed que entre vosotros se encuentran grandes Espíritus que han querido renacer ignorantes para humillarse, abandonando por algún tiempo su talento, sus aptitudes y sus brillantes facultades. Muchas inteligencias están veladas por la expiación, pero a la hora de la muerte caen los velos, y aquellos a quienes se desdeñaba por su poco saber, eclipsarán a los orgullosos que los rechazaban. A nadie se debe despreciar. Bajo humildes y mezquinas apariencias, y hasta entre los idiotas y los locos, existen grandes Espíritus que, ocultos en la carne, expían un terrible pasado.

¡Oh vidas humildes y dolorosas, impregnadas de lágrimas y santificadas por el deber; vidas de lucha y de renuncia, existencias de sacrificios por la familia, por los débiles, por los pequeños, abnegaciones desconocidas e ignoradas, más meritorias que los

sacrificios célebres, sois otros tantos peldaños que conducen el alma a la felicidad! A vosotras, y a los obstáculos y humillaciones de que estáis sembradas, debe su pureza, su fuerza y su elevación. Únicamente vosotras, en las angustias de cada día, en las inmolaciones que le imponéis, le enseñáis la paciencia, la resolución, la constancia, la sublimidad de la virtud, y ella os deberá esa corona, esa aureola espléndida prometida en el espacio a la frente de los que han sufrido, luchado y vencido.

La más cruel de todas las pruebas, es la pérdida de los seres queridos, cuando uno tras otro se les ve desaparecer arrebatados por la muerte, y que poco a poco nos vamos quedando solos, rodeados de silencio y de oscuridad. Terrible es también ver acercarse la vejez, helada y muda, poniendo su estigma en nuestra frente, apagando nuestros ojos, entorpeciendo nuestros miembros, encorvándonos bajo su peso, y con ella, la tristeza, el disgusto de todo, y la gran sensación de cansancio, la necesidad de reposo, como una sed de la nada. ¡Oh!, cuando llega esa hora de turbación, ese crepúsculo de la vida, cuánto regocija y fortalece la lucecilla que brilla en el alma del creyente, la fe en el porvenir infinito y en las nuevas vidas renacientes, la fe en la justicia y en la suprema bondad.

Las partidas sucesivas de todos aquellos que nos fueron queridos, son otros tantos avisos solemnes; nos arrancan a nuestro egoísmo, nos demuestran la puerilidad de nuestras preocupaciones materiales y de nuestras ambiciones terrestres, y nos invitan a prepararnos para el gran viaje.

La pérdida de una madre es irreparable. Qué vacío en nuestro interior y alrededor de nosotros cuando esta amiga, la mejor, la más

antigua, la más segura de todas, baja a la tumba; cuando los ojos que nos contemplaron con amor se cierran para siempre; ¡cuando los labios que tan a menudo se posaron en nuestra frente, se enfrían! ¿No es el amor de una madre lo más puro y más desinteresado que hay en el mundo? ¿No es como un reflejo de la bondad de Dios?

La muerte de nuestros hijos es también un manantial de amargas penas. Un padre, una madre, no pueden ver desaparecer el objeto de su cariño sin que se desgarré su corazón. En esas horas de desconsuelo es cuando la filosofía de los Espíritus nos presta poderoso auxilio. A nuestro pesar, nuestro dolor por ver tan pronto tronchadas esas existencias llenas de promesas, responde que una muerte prematura es frecuentemente un bien para el Espíritu que se va y que se encuentra libre de los peligros y de las seducciones de la Tierra. Esa vida tan corta, inexplicable misterio para nosotros, tenía su razón de ser. El alma confiada a nuestros cuidados y a nuestra ternura, venía a completar lo que para ella había habido de insuficiente en una encarnación anterior. Nosotros no vemos estas cosas sino bajo el punto de vista humano, y de ahí proceden nuestros errores. La estancia de esos hijos en la Tierra nos habrá sido útil. Habrá hecho nacer en nuestro corazón las santas emociones de la paternidad, los sentimientos delicados, hasta entonces desconocidos para nosotros, que nos enternecen y hacen mejores. Habrá formado entre ellos y nosotros lazos bastante poderosos para hacernos comunicar con ese mundo invisible donde todos debemos reunirnos. En esto consiste la belleza de la doctrina de los Espíritus. Ella nos enseña que esos seres no están perdidos para nosotros; nos dejan por un instante, pero estamos destinados a volverlos a encontrar.

¿Qué digo?, nuestra separación no es más que aparente. Esas almas, esa madre, esos hijos queridos están junto a nosotros. Sus fluidos, sus pensamientos nos envuelven; su amor nos protege. Hasta podemos a veces comunicar con ellos y recibir sus consuelos y sus consejos. Su afecto por nosotros no se ha desvanecido; con la muerte ha adquirido mayor fuerza y pureza. Nos exhortan a desechar la vana tristeza y el estéril dolor cuyo espectáculo los hace padecer. Nos suplican que trabajemos con valor y perseverancia para nuestro mejoramiento a fin de volverles a encontrar y reunimos a ellos en la vida espiritual.

Luchar contra la adversidad, es un deber. Abandonarse, dejarse dominar por la pereza, sufrir sin defenderse los males de la vida, sería una cobardía. Las dificultades que tenemos que vencer, ejercitan y desarrollan nuestra inteligencia. Mas cuando los esfuerzos son superfluos, cuando surge lo inevitable, entonces ha llegado la hora de apelar a la resignación. No hay poder capaz de apartar de nosotros las consecuencias de lo pasado. Rebelarse contra la ley moral sería tan insensato como querer resistir a las leyes de la distancia y de la gravedad. Un loco puede intentar luchar contra la naturaleza inmutable de las cosas, pero el Espíritu sensato encuentra en la prueba un medio de adquirir nuevo vigor y de fortalecer sus cualidades viriles. El alma intrépida acepta los males del destino, pero, por el pensamiento, se eleva por encima de ellos y les hace servir de escabel para alcanzar la virtud.

Las aflicciones más profundas y crueles, cuando son aceptadas con esa sumisión que es el consentimiento del corazón y del juicio, indican generalmente el término de nuestros males, el pago de la última fracción de nuestra deuda. Es el instante decisivo en que

importa mantenerse firme y apelar a toda nuestra resolución y a toda nuestra energía moral, a fin de salir victoriosos de la prueba y de recoger sus frutos.

Con frecuencia, en las horas difíciles, el pensamiento de la muerte viene a visitarnos. No es reprehensible pedir la muerte, pero ésta no es verdaderamente deseable sino cuando se ha triunfado de todas las pasiones. ¿Para qué apetecerla, si, no estando curados de nuestros vicios, tenemos que volver otra vez a purificarnos por medio de penosas encarnaciones? Nuestras faltas son como una túnica de Neso, adherida a nuestro ser, y de la cual sólo podrán despojarnos el arrepentimiento y la expiación.

El dolor reina siempre como soberano en el mundo, y sin embargo, un examen atento nos probaría con qué previsión y con qué sabiduría la voluntad divina ha graduado sus efectos. De etapas en etapas, la naturaleza se encamina hacia un orden de cosas menos duro, menos violento. En las primeras edades de nuestro planeta, el dolor era la única escuela, el único aguijón. Pero, poco a poco, los males van atenuándose; azotes espantosos, la peste, la lepra, el hambre, desaparecen. Ya los tiempos en que vivimos son menos rudos que el pasado. El hombre ha domado los elementos, acercado las distancias, conquistado la Tierra. La esclavitud no existe ya. Todo evoluciona, todo progresa. Con lentitud, pero con seguridad, el mundo y hasta la naturaleza misma, mejoran. Tengamos confianza en el poder director del Universo. Nuestro limitado entendimiento no puede juzgar del conjunto de sus medios. Solamente Dios tiene la noción exacta de esa cadencia ritmada, de esa alternación necesaria de la vida y de la muerte, de la noche y del día, de la alegría y del dolor, de donde se desprenden finalmente la felicidad y la elevación

de los seres. Dejémosle pues el cuidado de fijar la hora de nuestra partida, y esperémosla, sin deseársela ni temerla.

Por fin, ya se ha recorrido la vía dolorosa; el justo siente que el término se aproxima. Las cosas de la Tierra palidecen de día en día a sus ojos. El sol le parece empañado, las flores incoloras, el camino más escabroso. Lleno de confianza, ve acercarse la muerte. ¿Acaso no será la calma después de la tormenta, el puerto después de una travesía borrascosa?

¡Cuán sublime es el espectáculo que ofrece el alma resignada, disponiéndose a dejar la Tierra después de una vida de amarguras! Arroja una última mirada sobre su pasado, y vuelve a ver en una especie de penumbra los desprecios sufridos, las lágrimas reprimidas, los gemidos sofocados, las aflicciones soportadas con valor. Siente desatarse suavemente las ligaduras que la encadenaban a este mundo. Va a abandonar su cuerpo de tierra y a dejar muy atrás todas las servidumbres materiales. ¿Qué podría temer? ¿No ha dado pruebas de abnegación, no ha sacrificado sus intereses a la verdad y al deber? ¿No ha bebido hasta la hez el cáliz purificador?

Ve también lo que le espera. Las imágenes fluídicas de sus actos de sacrificio y renunciación y sus pensamientos generosos se han adelantado a ella sembrando de brillantes jalones la vía de su ascensión. Esos son los tesoros de su nueva vida.

Distingue todo eso, y su mirada se eleva a mayor altura aún, allí donde no se llega sino con la luz en la frente y el amor y la fe en el corazón.

Ante ese espectáculo se siente penetrada de celestial alegría; casi siente no, haber padecido bastante. De las profundidades de su ser, brota, como un grito de júbilo, una última plegaria, y sube hacia su Padre, hacia su Maestro amado. Los ecos del espacio repiten este grito de libertad al cual se unen los acentos de los Espíritus felices que acuden presurosos y en tropel a recibirla.

LA ORACIÓN

La oración debe ser un desahogo íntimo del alma a Dios, una plática solitaria, una meditación útil siempre, y a menudo fecunda. Es el refugio por excelencia de los afligidos, de los corazones lacerados. En las horas de cruel abatimiento y de desesperación, ¿quién no ha encontrado en ella el alivio y el consuelo de sus males? Un diálogo misterioso se entabla entre el alma dolorida y el poder evocado. La una manifiesta sus angustias, sus desfallecimientos; implora socorro, apoyo, indulgencia. Y entonces, en el santuario de la conciencia, una voz secreta responde, la voz de Aquel de donde provienen todas las fuerzas para las luchas de este mundo, todos los bálsamos para nuestras heridas, todas las luces para nuestras incertidumbres. Y esa voz consuela, alienta, persuade; nos infunde valor, sumisión, resignación estoica. Y nos levantamos menos tristes, menos abatidos; un rayo del sol divino ha brillado en nuestra alma haciendo nacer en ella la esperanza.

Hay hombres que hablan mal de la oración y la encuentran trivial y ridícula. Estos tales jamás han orado o jamás han sabido orar. ¡Ah! Sin duda, si no se trata más que de padre nuestros rezados sin

convicción, de recitaciones tan vanas como interminables, de todas esas oraciones clasificadas y numeradas que los labios murmuran sin que el corazón tome parte, pueden comprenderse sus críticas; pero eso no es la oración. Ésta es una elevación por encima de las cosas terrestres, un ardiente llamamiento a los poderes superiores, es un arranque, un vuelo hacia las regiones donde no tienen eco los ruidos y las agitaciones de un mundo material, y donde el ser encuentra las inspiraciones que le son necesarias. Y cuanto más poderoso es su arranque y más sincero su llamamiento, tanto más distintas y más claras se le revelan las armonías, las voces, las bellezas de los mundos superiores. Es como una ventana desde donde puede contemplar lo invisible, lo infinito, y desde donde percibe mil impresiones sublimes y consoladoras, de las cuales se impregna templándose en ellas como en un baño fluídico y regenerador.

En estas conversaciones del alma con el Poder Supremo, el lenguaje no debe estar de ninguna manera preparado y anotado anticipadamente; no debe ser una fórmula cuya extensión se mide por el provecho que trae, lo cual es una profanación y casi un sacrilegio. Las oraciones deben variar según las necesidades y el estado de Espíritu del ser humano. Es un grito, un lamento, una efusión o un canto de amor, un acto de adoración o un examen de nuestras acciones, un inventario moral hecho ante la mirada de Dios, o también un simple pensamiento, un recuerdo, una aspiración hacia el cielo.

No hay horas designadas para la oración. Bueno es, sin duda, elevar el corazón a Dios al principio y al fin del día. Pero, si os sentís mal dispuestos, no oréis. Vale más abstenerse que orar distraídamente. En cambio, cuando sintáis vuestra alma enternecida

y penetrada por un sentimiento profundo, por el espectáculo del infinito, ya sea en la orilla de los océanos, a la claridad del día o bajo la cúpula centelleante de las noches, en medio de los campos y de los bosques umbríos, o en el silencio de las selvas, poco importa; grande y bueno es todo aquello que arrasa de lágrimas nuestros ojos, que nos hace doblar la rodilla y arranca de nuestro corazón un himno de amor, un himno de adoración hacia el poder eterno que guía nuestros pasos en el borde de los abismos.

Sería un error creer que podemos obtenerlo todo por medio de la oración, ni que su eficacia sea tal que pueda apartar de nosotros las pruebas inherentes a la vida. La ley de inmutable justicia no puede doblegarse a nuestros caprichos. Los males que quisiéramos alejar de nosotros, son a veces la condición necesaria de nuestros progresos. Suprimirlos sería esterilizar nuestra vida. Además, ¿cómo sería posible que Dios accediese a todos los deseos que los hombres expresan en sus oraciones? La mayor parte de ellos son incapaces de discernir lo que les conviene, lo que les puede ser más provechoso. Algunos piden riquezas, ignorando que serían una desgracia para ellos, pues les facilitarían poder dar rienda suelta a sus pasiones.

En la oración que cada día dirige al Eterno, el hombre sensato no pide que su destino sea feliz; no pide que se aparten de él los engaños, los reveses, el dolor. ¡No!, lo que desea, es conocer la ley para mejor cumplirla; lo que implora es el auxilio de arriba y el socorro de los Espíritus benévolos, a fin de soportar dignamente los días malos. Y los buenos Espíritus responden a su llamamiento. No procuran desviar el curso de la justicia ni poner obstáculos a la ejecución de los decretos divinos. Condoliéndose de las penas humanas que han conocido y sufrido, comunican a sus hermanos de

la Tierra la inspiración que sostiene contra las influencias materiales, y favorecen los nobles y saludables pensamientos, los arranques del corazón que los llevan hacia las altas regiones libránolos de las tentaciones y de las asechanzas de la carne. La oración del sabio, hecha con profundo recogimiento, libre de toda preocupación egoísta, despierta en él esa intuición del deber, ese sentimiento superior de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo que lo guía a través de las dificultades de la existencia y le mantiene en comunión íntima con la gran armonía universal.

Mas, el poder soberano no representa solamente la justicia, es también la bondad inmensa, infinita, bienhechora. Siendo así, ¿por qué no hemos de obtener en nuestras oraciones todo lo que la bondad puede conciliar con la justicia? Siempre podemos pedir apoyo y socorro en las horas de tribulación. Sólo Dios sabe lo que más nos conviene, y a falta del objeto de nuestras súplicas, nos enviará siempre sostén flúidico y resignación.

Cuando se arroja una piedra al agua, se ve vibrar la superficie en ondulaciones concéntricas. Del mismo modo nuestras oraciones y nuestros pensamientos hacen vibrar el fluido universal, con la diferencia de que las vibraciones del agua son limitadas, en tanto que las del fluido universal se suceden hasta lo infinito. Todos los seres, todos los mundos están sumergidos en este elemento como nosotros lo estamos en la atmósfera terrestre. Resulta pues que nuestro pensamiento, cuando está movido por una fuerza de impulsión y por una voluntad suficiente, va a impresionar a las almas a distancias incalculables. Se establece entre las unas y las otras una corriente flúidica que permite a los Espíritus elevados hacernos sentir su

influencia y contestar a nuestros llamamientos desde las profundidades del espacio.

Lo mismo sucede con las almas que padecen. La oración hace en ellas el efecto de una magnetización a distancia. Penetra los fluidos densos y oscuros que envuelven a los Espíritus desgraciados, y alivia sus penas y sus tristezas. Es la flecha luminosa, la flecha de oro que atraviesa sus tinieblas. ¡Qué consuelo para esos Espíritus sentir que no están abandonados, que hay seres que se interesan por ellos! Esta idea les devuelve el valor y la esperanza. Si pudiésemos medir el efecto producido por una súplica ardiente, por una voluntad generosa y enérgica sobre esos desgraciados, elevaríamos a menudo nuestras oraciones por los desheredados y los abandonados del espacio, por aquellos en quienes nadie piensa y que están sumidos en un tétrico desaliento.

Rogar por los Espíritus desgraciados, rogar con compasión, con amor, es una de las formas más eficaces de la caridad. Todos pueden ejercerla, todos pueden facilitar el desprendimiento de las almas y abreviar la turbación que sienten después de la muerte, por medio de un arranque caluroso del pensamiento y un recuerdo benévolo y afectuoso. Las oraciones facilitan la desagregación corporal y ayudan al Espíritu a despojarse de los fluidos groseros que le encadenan a la materia. Bajo la influencia de las ondas magnéticas proyectadas por una voluntad potente, el entorpecimiento cesa y el Espíritu recobra la posesión de sí mismo.

La oración por otro, por los demás, por nuestros semejantes, por los infortunados y los enfermos, cuando nace de un corazón recto y de una fe ardiente, puede también producir saludables efectos. Aun

cuando las leyes del destino le opongan obstáculos, cuando la prueba deba cumplirse hasta el fin, la oración no es inútil. Los fluidos benéficos que lleva en sí, se derraman cuando llega la muerte sobre el periespíritu del ser amado.

«Reuníos para orar» ha dicho Jesús. La oración hecha en común es un haz de voluntades y de pensamientos, rayos y perfumes que se dirige con mayor potencia hacia su objeto. Puede adquirir una fuerza irresistible, una fuerza capaz de levantar y conmover las masas fluídicas. ¡Qué palanca para el alma ardiente que pone en ese arranque todo cuanto grande, puro y elevado se encierra en ella! En ese estado sus pensamientos brotan cual corriente impetuosa, en abundantes y poderosos efluvios. Se ha visto algunas veces al alma en oración desprenderse del cuerpo, y, arrebatada en su éxtasis, seguir ella misma, el pensamiento ferviente que proyectaba como precursor en el infinito. El hombre lleva en sí un motor incomparable, del que no sabe sacar más que un mediano provecho. Y sin embargo, para ponerlo en acción, dos cosas bastan: la voluntad y la fe.

Considerada bajo estos aspectos, la oración pierde todo carácter místico. Ya no tiene por objeto la concesión de una gracia, de un favor, sino la elevación del alma y su entrada en relaciones con las potencias superiores, fluídicas y morales. La oración es el pensamiento dirigido hacia el bien, es el hilo luminoso que une los mundos oscuros a los mundos divinos, los Espíritus encarnados con las almas libres y radiantes. Desdeñarla, es desdeñar la única fuerza que nos arranca al conflicto de las pasiones y de los intereses, que nos transporta por encima de las cosas mudables uniéndonos a lo que es fijo, permanente, inmutable en el universo.

En lugar de rechazar la oración por causa de los abusos ridículos u odiosos de que ha sido objeto, ¿no vale más utilizarla con prudencia y medida? Con alma recogida y sincera, con el corazón es como se debe orar. Evitemos las fórmulas triviales que se usan en algunos lugares.

En esta clase de ejercicios espirituales tan sólo nuestros labios se han movido, el alma ha permanecido muda. Al terminar cada día, antes de entregarnos al reposo, recojámonos y examinemos con cuidado nuestras acciones. Sepamos reprobar los males a fin de evitar su repetición, y alegrémonos de lo bueno y útil que hayamos hecho. Supliquemos a la suprema Sabiduría que nos ayude a realizar en nosotros y alrededor nuestro la belleza moral y perfecta. Elevemos nuestros pensamientos lejos de la Tierra, a fin de que nuestra alma se lance, libre y amante, hacia el Eterno. Volverá a descender de las alturas con tesoros de paciencia y de valor que le harán fácil el cumplimiento de sus deberes y de su tarea de perfeccionamiento.

Y si por nuestra impotencia de expresar nuestros sentimientos, necesitamos absolutamente un texto o una fórmula, digamos:

Dios mío, tú que eres grande, tú que eres el todo, deja caer, sobre mí, pequeño, sobre mí que no existo sino porque tú lo has querido, un rayo de tu luz. Haz que, penetrado de tu amor, encuentre el bien fácil, el mal odioso; que animado por el deseo de agradarte, mi Espíritu venza los obstáculos que se oponen al triunfo de la verdad sobre el error, de la fraternidad sobre el egoísmo; haz que en cada compañero de pruebas vea un hermano, como tú ves un hijo en cada uno de los seres que emanan de ti y deben volver a ti. Concédeme el amor al trabajo, que es el deber de todos en la Tierra, y con el auxilio de la

*antorcha que has puesto a mi alcance, hazme ver las imperfecciones que retardan mi adelantamiento en esta vida y en la otra.*¹

Unamos nuestras voces a las voces de lo infinito. Todo ora, todo celebra la alegría de vivir, desde el átomo que se agita en la luz hasta el astro inmenso que navega en el éter. La adoración de los seres forma un prodigioso concierto que llena el espacio y se eleva a Dios. Es el saludo de los hijos a su Padre, el homenaje tributado por las criaturas al Creador. Interrogad a la naturaleza en los días de espléndido sol y en la calma de las noches estrelladas. Escuchad la gran voz de los océanos, los murmullos que se elevan del seno de los desiertos y de la profundidad de los bosques, los acentos misteriosos que susurran entre el follaje, resuenan en las gargantas solitarias, suben de los llanos y de los valles, atraviesan las alturas y llenan el Universo. Siempre y en todas partes, al recogeros, podréis oír el admirable cántico que la Tierra dirige a la gran Alma. Más solemne es aún la plegaria de los mundos, el canto grave y profundo que hace vibrar la inmensidad y cuyo sublime sentido comprenden solamente los Espíritus.

¹ Oración inédita, dictada por medio de la mesa, por el espíritu de Jerónimo de Praga, a un grupo de obreros.

52

TRABAJO
SOBRIEDAD
CONTINENCIA

El trabajo es una ley tanto para las humanidades planetarias como para las sociedades del espacio. Desde el ser más rudimentario a los Espíritus angélicos que velan sobre los destinos de los mundos, cada cual hace su obra y desempeña su parte en el gran concierto universal.

Penoso y grosero para los seres inferiores, el trabajo se suaviza a medida que la vida se afina. Se convierte en un manantial de goces para el Espíritu adelantado que insensible a las atracciones materiales se ocupa exclusivamente en estudios serios.

Por medio del trabajo doma el hombre las fuerzas ciegas de la naturaleza y se libra de la miseria; por él se fundan las civilizaciones y se propagan la ciencia y el bienestar.

El trabajo es el honor y la dignidad del ser humano. El ocioso que, sin producir nada, se aprovecha del trabajo de los otros, no es más que un parásito. Mientras que el hombre está ocupado en su tarea, sus pasiones callan. Por lo contrario, la ociosidad las desencadena y les abre un vasto campo de acción.

El trabajo es también un gran consolador, un derivativo para nuestros disgustos, para nuestras tristezas. Calma las angustias de nuestro Espíritu y fecunda nuestra inteligencia. No hay dolores morales, ni desengaños ni reveses que no hallen en él un lenitivo; no hay vicisitudes que resistan a su acción prolongada. En él encuentra siempre el trabajador un refugio seguro, un verdadero amigo en sus dolores. Jamás, podrá tener aversión a la vida. Mas, ¡cuán digna de lástima es la situación de aquel a quien los achaques condenan a la inmovilidad y a la inacción! Y cuando ese hombre ha comprendido la grandeza, la santidad del trabajo, y que, más allá del interés propio, ve el interés general, esa es una de las pruebas más crueles que estén reservadas a un ser viviente.

Tal es, en el espacio, la situación del Espíritu que ha faltado a sus deberes y desperdiciado su existencia. Comprendiendo demasiado tarde la nobleza del trabajo y la villanía de la ociosidad, sufre por no poder ya realizar lo que su alma concibe y desea.

El trabajo es la comunión de los seres. Por él nos acercamos los unos a los otros, aprendemos a ayudarnos, a unirnos; de esto a la fraternidad no hay más que un paso. La antigüedad romana había deshonrado el trabajo reservándolo exclusivamente para el esclavo. De ahí vino su esterilidad moral, su corrupción, sus secas y frías doctrinas.

Los tiempos actuales conciben la vida de muy distinta manera. Buscan su plenitud en un trabajo fecundo y regenerador. La filosofía de los Espíritus ensancha aún más esta idea indicándonos en la ley del trabajo el principio de todos los progresos y de todas las elevaciones, al mostrarnos la acción de esta ley extenderse a la universalidad de los seres y de los mundos. Y por esto estamos autorizados a decir: ¡Despertaos, oh vosotros todos que dejáis dormitar vuestras facultades y vuestras fuerzas latentes! ¡Arriba, y manos a la obra! Trabajad, fecundad la tierra, haced resonar en las fábricas el ruido cadencioso de los martillos y los silbidos del vapor. Agitaos en la inmensa colmena. Vuestra tarea es grande y santa. Vuestro trabajo, es la vida, es la gloria, es la paz de la Humanidad. Obreros del pensamiento, escudriñad los grandes problemas, estudiad la naturaleza, propagad la ciencia, arrojad en medio de las multitudes las palabras que reaniman, que levantan, que fortalecen. De un extremo del mundo al otro, unidos en la obra gigantesca, esfuércese cada uno de nosotros a fin de contribuir a enriquecer el dominio material, intelectual y moral de la Humanidad.

La primera condición para conservar el alma libre, la inteligencia sana, la razón lúcida, es ser sobrio y casto. Los excesos de la mesa perturban nuestro organismo y nuestras facultades; la embriaguez nos hace perder toda dignidad y todo comedimiento. Su repetición frecuente produce una serie de enfermedades y de achaques que nos hacen pasar una vejez miserable.

Dar al cuerpo lo que le es necesario, a fin de hacer de él un servidor útil y no un tirano, tal es la regla del sabio. Reducir el número de las necesidades materiales, reprimir los sentidos, dominar los apetitos viles, es libertarse del yugo de las fuerzas inferiores, es

preparar la emancipación del Espíritu. Tener pocas necesidades es también una de las formas de la riqueza.

La sobriedad y la continencia andan parejas. Los placeres de la carne nos debilitan, nos enervan, nos apartan del buen camino. El deleite es un abismo donde el hombre ve naufragar todas sus cualidades morales. Lejos de satisfacernos, no hace más que atizar nuestros deseos. Tan pronto lo dejamos penetrar en nosotros, nos invade, nos absorbe y, como una ola, apaga cuanto luz y cuanto generoso ardor hay en nosotros. Introduciéndose modestamente al principio, acaba por dominarnos y poseernos por completo.

Evitad los placeres corruptores donde la juventud se extenúa, donde la vida se consume y se altera. Elegid temprano una compañera y sedle fiel. Formad una familia. La familia es el marco natural de una existencia honrada y regular. El amor de la esposa, el cariño de los hijos, la sana atmósfera del hogar, son preservativos soberanos contra las pasiones. En medio de esos seres que nos son queridos, y que ven en nosotros su único apoyo, el sentimiento de nuestra responsabilidad crece; nuestra dignidad, nuestra gravedad aumentan; comprendemos mejor nuestros deberes, y, en los goces que esta vida nos proporciona, encontramos fuerzas que nos hacen fácil su cumplimiento. ¿Cómo nos atreveríamos a cometer acciones que nos sonrojasen, en presencia de nuestra mujer y nuestros hijos? Aprender a dirigir a los demás, es aprender a dirigirse uno mismo, y ser bueno y prudente, y a rehuir todo aquello que pueda manchar nuestra existencia.

Vivir solo es un error. Pero dar vida a los demás, verse revivir en hijos de los cuales se ha sabido hacer hombres útiles, servidores

celosos de la causa del bien y de la verdad, morir después de haberles inculcado un sentimiento profundo del deber, un conocimiento extenso de sus destinos, esa es una noble tarea.

Si hay una excepción a esta regla, será en favor de los que ponen a la Humanidad por encima de la familia, y para servirla mejor, para llenar en su provecho alguna misión más elevada aún, han querido arrostrar solos los peligros de la vida, ascender solitarios la escabrosa cuesta, y consagrar todos sus instantes, todas sus facultades, toda su alma a una causa que muchos ignoran, pero que ellos jamás pierden de vista.

La sobriedad, la continencia, la lucha contra las seducciones de los sentidos, no son, como lo aseguran los libertinos, una contravención a las leyes naturales, ni un aminoramiento de la vida. Al contrario, revelan en el que las observa con constancia, un conocimiento profundo de las leyes superiores, una clara intuición del porvenir. El voluptuoso, separado por la muerte de todo cuanto apetecía, se consume en vanos deseos. Frecuenta las casas públicas y busca los medios terrestres que le recuerdan su antigua vida. De esta manera, refuerza cada vez más sus cadenas materiales; se aparta de los goces puros, y se entrega a la bestialidad y a las tinieblas.

Cifrar sus planes en los deleites carnales es privarse por largo tiempo de la paz que disfrutaban los Espíritus elevados. Esta paz, sólo podemos conseguirla por medio de la pureza. ¿No lo vemos ya desde esta vida? Nuestras pasiones, nuestros deseos crean imágenes y fantasmas que nos persiguen hasta en el sueño y turban nuestras reflexiones. Pero lejos de los placeres engañosos, el Espíritu se recoge, se temple y se abre a las sensaciones delicadas. Sus

pensamientos se elevan hasta lo infinito. Desprendido con anticipación de las concupiscencias ínfimas, abandona sin pesar sus órganos gastados.

Meditemos con frecuencia y pongamos en práctica el proverbio oriental:

Sé puro para ser feliz, para ser fuerte.

EL ESTUDIO

El estudio es fuente de dulces y puros goces; nos libra de las preocupaciones vulgares y nos hace olvidar las amarguras de la vida. El libro es un amigo sincero que nos acoge cariñosamente lo mismo en los tiempos favorables que en los adversos. Hablamos del libro serio y útil que instruye, consuela y alienta, y no del libro frívolo que divierte, y con sobrada frecuencia desmoraliza. Pocos se penetran bastante del verdadero carácter de un buen libro. No es solamente un conjunto de hojas impresas; no, es una voz que nos habla a través de los tiempos, y nos cuenta los trabajos, las luchas, los descubrimientos de aquellos que nos precedieron en el camino de la vida, y que, en provecho nuestro, allanaron sus asperezas.

¿No es una de las raras felicidades de este mundo, que nuestro pensamiento pueda comunicarse con los grandes Espíritus de todos los siglos y de todos los países? El libro encierra lo más escogido de su inteligencia y de su corazón. Nos llevan de la mano por entre los dédalos de la historia; nos guían hacia las altas regiones de la ciencia, del arte, de la literatura. Al contacto de esas obras que constituyen los

bienes más preciosos de la Humanidad, al compulsar esos archivos sagrados, nos sentimos crecer y nos enorgullecemos de pertenecer a las razas que han producido tales genios. La irradiación de su pensamiento se extiende sobre nuestras almas, las reanima y las exalta.

Sepamos escoger buenos libros y acostumbremos a vivir en medio de ellos, en relación constante con los Espíritus superiores. Rechacemos con horror los libros inmundos escritos para halagar bajas pasiones. Guardémonos de esa literatura relajada, fruto del sensualismo, que va derramando corrupción e inmoralidad.

La mayor parte de los hombres pretenden tener afición al estudio y objetar que les falta tiempo para dedicarse a él. Pero ¿cuántos consagran veladas enteras al juego y a las conversaciones ociosas? También responden que los libros son muy caros, cuando gastan en placeres fútiles, y de mal gusto, más dinero del que se necesitaría para adquirir una rica colección de obras. Y además, el estudio de la naturaleza, el más eficaz, el más reconfortante de todos, no cuesta nada.

La ciencia humana es falible y variable. No así la naturaleza. No se desmiente nunca. En las horas de incertidumbre y desaliento, volvamos los ojos a ella. Cual una madre, nos acogerá, nos sonreirá, nos arrullará en su seno. Nos hablará un sencillo y dulce lenguaje en el cual aparecerá la verdad sin afeite ni compostura; pero son muy pocos los que saben escuchar y comprender ese apacible lenguaje. El hombre lleva consigo, hasta en el fondo de las soledades, esas pasiones, esos tumultos interiores, cuyo ruido apaga la enseñanza íntima de la naturaleza. Para discernir la revelación inmanente en el

seno de las cosas, es preciso imponer silencio a las quimeras del mundo, las opiniones turbulentas que agitan nuestras sociedades, recogerse, y alcanzar el sosiego en nuestro interior y en torno nuestro. Entonces, al acallarse todos los ecos de la vida política y social, el alma entra en sí misma, recobra el sentimiento de la naturaleza y de las leyes eternas, y comunica con la razón suprema.

El estudio de la naturaleza eleva y fortalece el pensamiento; mas, ¿qué diremos de la visión de los cielos?

Cuando la noche serena despliega su dosel estrellado, cuando empieza el desfile de los astros, cuando la difusa y trémula claridad de las aglomeraciones estelares y de las nebulosas perdidas en el fondo de los espacios, desciende sobre nosotros, una misteriosa influencia nos envuelve, un sentimiento profundamente religioso nos embarga. Cómo enmudecen en tales momentos las vanas preocupaciones! ¡Cómo nos penetra, nos abrumba y nos hace doblar las rodillas la sensación de lo inconmensurable! ¡Qué silenciosa adoración se desprende de nuestra alma!

La Tierra, débil esquiife, navega por los campos de la inmensidad. Huye, arrastrada por el poderoso Sol. A su alrededor reina el vacío, por todas partes profundidades que nadie puede sondar sin vértigo. En todas partes también, a distancias enormes, mundos y más mundos, islas flotantes medidas entre las olas del éter. La mirada se niega a contarlas, mas el Espíritu las considera con respeto y con amor. Sus sutiles irradiaciones lo atraen.

Enorme Júpiter, y tú, Saturno, rodeado de una banda luminosa y coronado por ocho lunas de oro; soles gigantes, de fuegos multicolores, esferas innumerables, os saludamos desde el fondo del

abismo. Mundos fulgurantes, ¿qué maravillas ocultáis? Quisiéramos conocerlos, saber qué pueblos, qué ciudades extrañas, qué humanidades, qué civilizaciones florecen en vuestras vastas superficies. Un instinto secreto nos dice que en vosotros reside la felicidad que en vano buscamos aquí abajo.

¿Pero, por qué dudar y temer? Esos mundos son nuestra herencia. Estamos destinados a recorrerlos y a habitarlos. Visitaremos esos archipiélagos estelares, penetraremos sus misterios. Ninguna valla detendrá jamás nuestra carrera, nuestros arranques, nuestros progresos, si sabemos conformar nuestra voluntad a las leyes divinas y conquistar por nuestras acciones la plenitud de la vida con los celestiales goces que le son inherentes.

LA EDUCACIÓN

Las generaciones se transforman y mejoran por medio de la educación. Para tener una sociedad nueva, se necesitan hombres nuevos. Por lo tanto, la educación de la infancia, es importante en sumo grado.

No basta enseñar al niño los elementos de la ciencia. Lo que es tan esencial como saber leer, escribir y contar, es aprender a gobernarse, a conducirse como un ser razonable y consciente; es entrar en la vida armado, no tan sólo para la lucha material, sino sobre todo para la lucha moral. Pues bien, esto es en lo que menos se piensa. Se procura desarrollar las facultades brillantes del niño, pero no sus virtudes. En la escuela como en la familia, se descuida demasiado instruirle sobre sus deberes y sobre su destino. Resulta de esto, que desprovisto de principios elevados e ignorando el objeto de la existencia, el día que entra en la vida pública, se halla entregado a todas las asechanzas y a todos los impulsos de la pasión en un medio sensual y corrompido.

Aun en la segunda enseñanza, sólo se cuida de sobrecargar el cerebro del niño con un montón indigesto de nociones y de hechos;

de fechas y de nombres, todo con detrimento de la enseñanza moral. La moral de la escuela, careciendo de sanción efectiva, sin objeto de orden universal, no es más que una moral estéril, incapaz de reformar la sociedad.

La educación dada en los colegios religiosos es más pueril aún; el niño es presa del fanatismo y de la superstición y no adquiere más que ideas falsas sobre la vida presente y el más allá. Una buena educación moral es raras veces la obra de un maestro. Para despertar en el niño las primeras aspiraciones al bien, para enderezar un carácter dificultoso, se necesita a la vez perseverancia, firmeza y una ternura, de que sólo son capaces el corazón de un padre y de una madre. Si los padres no consiguen corregir a sus hijos, ¿cómo podrá conseguirlo aquel que tiene que dirigir a muchos?

Esta tarea no es, sin embargo, tan difícil como podría creerse. No exige una ciencia profunda. Grandes y pequeños pueden llenarla si se penetran del objeto elevado y de las consecuencias de la educación. Es preciso acordarse siempre de una cosa, y es, que esos Espíritus han venido a nosotros para que les ayudemos a vencer sus defectos y les preparemos para los deberes de la vida. Aceptamos, al casarnos, la misión de dirigirlos; cumplámosla con amor, pero con amor exento de debilidad, pues el cariño exagerado está lleno de peligros. Estudiemos, desde la cuna, las inclinaciones que el niño trae de sus existencias anteriores; apliquémonos a desarrollar las buenas y a extinguir las malas. No les concedamos demasiados goces, a fin de que acostumbrados desde edad temprana al desencanto, esas tiernas almas comprendan que la vida terrestre es ardua, que cada cual no debe contar más que consigo mismo, con su trabajo, única cosa que proporciona la independencia y la dignidad. No intentemos apartar

de ellos la acción de las leyes eternas. Hay piedras en el camino de cada uno de nosotros; tan sólo la sabiduría nos enseña a evitarlas.

No confiéis vuestros hijos a los demás, a menos que os veáis absolutamente obligados a ello. La educación no debe ser mercenaria. ¿Qué le importa a una nodriza que un niño hable o ande antes que tal otro? No tiene ni el orgullo ni el amor de una madre. Pero ¡qué alegría para ésta cuando su angelito da los primeros pasos! Ninguna fatiga, ninguna pena la detiene. ¡La madre ama! Haced lo mismo por el alma de vuestros hijos. Tened aún más solicitud por ella que por el cuerpo. Éste se gastará pronto y volverá a la tierra, mientras que el alma inmortal, radiante por los cuidados con que la habréis rodeado, por los méritos adquiridos y los progresos realizados, vivirá eternamente para bendeciros y amaros.

La educación, basada en una concepción exacta de la vida, cambiaría la faz del mundo. Supongamos a cada familia iniciada en las creencias espirituales sancionadas por los hechos, conculcándolas a los niños, al propio tiempo que la escuela laica les enseñase los principios de la ciencia y las maravillas del Universo; bajo la acción de esa doble corriente se produciría una rápida transformación social.

Todas las llagas sociales tienen su origen en la mala educación. Reformarla, plantearla sobre nuevas bases, tendría para la humanidad consecuencias incalculables. Instruyamos a la juventud, demos luz a su inteligencia, pero hablemos en primer lugar a su corazón, enseñémosle a despojarse de sus imperfecciones. Acordémonos de que la ciencia por excelencia consiste en hacernos mejores.

CUESTIONES SOCIALES

Las cuestiones sociales preocupan vivamente a nuestra época. Se observa, no sin espanto, que los progresos de la civilización, el aumento enorme del poder productor y de la riqueza, y el desarrollo de la instrucción no han podido acabar con el pauperismo ni curar los males del mayor número. Sin embargo, los sentimientos generosos y humanitarios no están extinguidos. Se comprende generalmente que una repartición más equitativa de los bienes de la vida es necesaria. De ahí nacen mil teorías, mil sistemas diversos que tienden a mejorar la situación de las clases pobres y a asegurar, cuando menos, a cada uno lo estrictamente necesario.

Pero la aplicación de estos sistemas exige de parte de los unos mucha paciencia y habilidad, y de parte de los otros un Espíritu de abnegación que falta por completo. En lugar de la mutua benevolencia que, poniendo a los hombres en contacto, les permitiría estudiar en común y resolver los más graves problemas, el proletario reclama con violencia y amenazas su asiento en el banquete social; el rico se confina con aspereza en su egoísmo y se niega a conceder a los hambrientos las menores sobras de su fortuna. Así se va

ahondando el foso, y los errores, las codicias, los odios, se acumulan de día en día.

El estado de guerra o de paz armada que pesa sobre el mundo, mantiene esos sentimientos hostiles. Ciertos gobiernos y estados dan tristes ejemplos, y asumen graves responsabilidades al desarrollar los instintos belicosos con detrimento de las obras pacíficas y fecundas. ¿Cómo sería posible reconciliar las clases, apaciguar las malas pasiones, resolver los difíciles problemas de la vida común cuando todo nos incita a la lucha y cuando se encamina a las fuerzas vivas de las naciones hacia la destrucción?¹

Entre los sistemas preconizados por los socialistas para obtener una organización práctica del trabajo y una sabia repartición de los bienes materiales, los más conocidos son la cooperación, la asociación obrera; los hay que llegan hasta el comunismo. Pero hasta ahora, la aplicación parcial de esos sistemas no ha producido entre nosotros más que insignificantes resultados. Verdad es que para vivir asociados, para participar en una obra en la cual se unen y se confunden numerosos intereses, se necesitarían cualidades que son muy escasas.

¹ Deplorando los males causados por la guerra, no caigamos por eso en un pacifismo debilitador. Para asegurar la integridad moral y material de Francia, reconozcamos la necesidad de un ejército que los progresos de la civilización permitirán tal vez un día emplear en obras de utilidad general.

Los trágicos acontecimientos de estos tres últimos años no han hecho más que justificar suficientemente esta nota de nuestras ediciones precedentes—1917

La causa del mal y el remedio no están donde se les suele buscar. En vano se hacen esfuerzos para crear combinaciones ingeniosas. Los sistemas suceden a los sistemas, y las instituciones a las instituciones, pero el hombre continúa siendo desgraciado porque continúa siendo malo. La causa del mal está en nosotros, en nuestras pasiones y nuestros errores. Esto es lo que se debe cambiar. Para mejorar la sociedad, hay que mejorar al individuo. Para esto son necesarios el conocimiento de las leyes superiores de progreso y de solidaridad, y la revelación de nuestra naturaleza y nuestros destinos, pero estos conocimientos sólo la filosofía de los Espíritus puede dárnoslos.

Probablemente se clamará contra esta idea. Creer que el Espiritismo tan despreciado pueda influir en la vida de los pueblos y facilitar la solución de los problemas sociales, es tan opuesto al modo de pensar actual. Pero, por poco que se reflexione, fuerza será reconocer que las opiniones y las creencias tienen un influjo considerable en la forma de las sociedades.

La sociedad de la Edad Media era la fiel imagen de las concepciones católicas. La sociedad moderna, inspirada por el materialismo, apenas ve en el universo otra cosa que la concurrencia vital, la lucha de los seres, lucha ardiente, en la cual todos los apetitos y todos los instintos están desencadenados. Tiende a hacer del mundo actual la formidable y ciega máquina que tritura las existencias, y de la cual el individuo no es más que una rueda ínfima y pasajera, salido de la nada para volver a entrar pronto en ella. Con esta noción de la vida, pronto desaparece todo sentimiento de verdadera solidaridad.

Pero, ¡cómo cambia el punto de vista tan pronto como el nuevo ideal viene a iluminar nuestro Espíritu y a dirigir nuestra conducta! Convencidos de que esta vida no es más que un eslabón aislado de la cadena de nuestras existencias, un medio de acrisolamiento y de progreso, ricos o pobres, daremos menos importancia a los intereses del presente. Quede sentado que cada ser humano tiene que renacer muchas veces en este mundo y pasar por todas las condiciones sociales —siendo en mucho mayor número las existencias oscuras y dolorosas, y acarreando las riquezas mal empleadas abrumadoras responsabilidades— todos los hombres comprenderán que al trabajar para el mejoramiento de la suerte de los humildes, de los pequeños y de los desheredados, trabajan para sí mismos, puesto que tendrán que volver a la Tierra y que sobre diez probabilidades tienen nueve de renacer pobres.

Gracias a esta revelación, la fraternidad y la solidaridad se imponen; los privilegios, los favores, los títulos pierden toda su razón de ser. La nobleza de las acciones y de las ideas reemplaza a la de los pergaminos.

Considerándola así, la cuestión social cambiaría de aspecto; las concesiones entre las clases se harían fáciles, y se vería cesar todo antagonismo entre el capital y el trabajo. Siendo conocida la verdad, se comprendería que los intereses de los unos son los intereses de todos y que nadie debe ser la víctima de los demás. De aquí vendría la justicia en el reparto, y con la justicia ya no habría más odio ni rivalidad salvaje, sino una mutua confianza, afecto y estimación recíprocos, en una palabra, la realización de la ley de fraternidad que sería la única regla entre los hombres.

Tal es el remedio que la enseñanza de los Espíritus trae a los males de la sociedad. Si algunas partículas de la verdad, ocultas bajo dogmas oscuros e incomprensibles, han podido suscitar en los tiempos pasados, tantas generosas acciones, ¿qué no se puede esperar de una concepción del mundo y de la vida, apoyada sobre hechos, por la cual el hombre se siente unido a todos los seres y destinado como ellos a elevarse por el progreso hacia la perfección, regido por leyes sabias y profundas?

Este ideal sabrá reanimar a las almas, llevarlas por la fe hasta el entusiasmo y hacer brotar por todas partes obras de abnegación, de solidaridad y de amor que, al contribuir a la edificación de una sociedad nueva, harán palidecer los actos más sublimes de la antigüedad.

La cuestión social no abraza solamente las relaciones de las clases entre ellas, concierne también a la mujer de todas las clases, a la mujer, esta gran sacrificada, a la cual sería equitativo devolver sus derechos naturales y una situación digna de ella, si se quiere ver a la familia más fuerte, más moral y más unida. La mujer es el alma del hogar, ella es la que representa los elementos de dulzura y de paz en la Humanidad. Una vez libre del yugo de la superstición, si pudiera hacer oír su voz en los consejos de los pueblos, si su parte de influencia pudiera hacerse sentir, pronto se vería desaparecer el azote de la guerra.

La filosofía de los Espíritus, al enseñar que el cuerpo es una forma prestada, que el principio de la vida está en el alma, y que el alma no tiene sexo, establece la igualdad absoluta del hombre y de la mujer respecto a los méritos y a los derechos. Los espiritistas aceptan de

muy buen grado a la mujer en sus reuniones y en sus trabajos. Hasta ocupa en ellos una situación preponderante, pues en ella se encuentran los mejores médiums por hacerla más apta la delicadeza de su sistema nervioso para desempeñar este papel.

Los Espíritus afirman que al encarnarse de preferencia en el sexo femenino, el Espíritu se eleva más rápidamente de vidas en vidas hacia la perfección. Se debe a que la mujer adquiere más fácilmente estas virtudes soberanas: la paciencia, la dulzura, la bondad. Si la razón parece dominar en el hombre, en ella el corazón es más vasto y más profundo.

La situación de la mujer en la sociedad es generalmente más oscura; con frecuencia es esclava. Pero esto mismo le da mayor superioridad en la vida espiritual, porque cuanto más humillado y sacrificado ha sido un ser en la Tierra, tanto más mérito tiene ante la eterna justicia. Sin embargo, sería absurdo tomar como pretexto los goces futuros para perpetuar las iniquidades sociales. Nuestro deber es el de trabajar, en la medida de nuestras fuerzas, por la realización en la Tierra de los designios providenciales.

Ahora bien, la educación y el enaltecimiento de la mujer, la extinción del pauperismo, de la ignorancia y de la guerra, la fusión de las clases en la solidaridad, la buena distribución de los bienes en el mundo, son todas reformas que hacen parte del plan divino, el cual no es otro que la ley misma del progreso.

Sin embargo, no perdamos de vista una cosa: la ineludible ley no puede asegurar al ser humano más que la felicidad personalmente merecida. En los mundos como el nuestro, la pobreza no puede desaparecer por completo, pues es la condición necesaria para el

Espíritu que debe purificarse por el trabajo y el sufrimiento. La pobreza es la escuela de la paciencia y la resignación, como la riqueza es la prueba de la caridad y de la abnegación.

Nuestras instituciones podrán cambiar de forma, pero no nos librarán de los males inherentes a nuestra naturaleza atrasada. La felicidad de los hombres no depende de los cambios políticos, de las revoluciones ni de ninguna modificación exterior de la sociedad. Mientras ésta esté corrompida, las instituciones lo estarán igualmente, sean cuales fueren los cambios a que den lugar los acontecimientos. El único remedio consiste en esa transformación moral, cuyos medios nos revelan las enseñanzas superiores. Consagre la Humanidad a esta tarea un poco del apasionado ardor que dedica a la política. Que arranque de su corazón el principio mismo de su mal, y los grandes problemas sociales quedarán muy pronto resueltos.

LA LEY MORAL

En las páginas precedentes, hemos expuesto todo cuanto la enseñanza de los Espíritus nos dice de la ley moral. En esta revelación es donde reside la verdadera grandeza del Espiritismo. Los fenómenos no son más que el prólogo, y con relación a ella, poco más o menos lo que la cascara es al fruto, inseparables en su gestación, ¡pero de valor tan diferente!

El estudio científico debe conducir al estudio filosófico y éste tiene por coronamiento la comprensión de esa moral en la que se completan, se iluminan y se funden todas las morales del pasado, para constituirse en la moral única superior y universal, fuente de toda sabiduría y de toda virtud, pero cuya experiencia y práctica no se adquieren sino después de numerosas existencias.

El conocimiento y la posesión de la ley moral es lo que hay más necesario y más preciso para el alma. Ella nos permite medir nuestros recursos interiores, regular su ejercicio y usar de ellos para nuestro mayor bien. Nuestras pasiones son fuerzas, peligrosas cuando somos sus esclavos, útiles y bienhechoras cuando sabemos

dirigirlas; dominarlas, es ser grande; dejarse dominar por ellas, es ser pequeño y miserable.

Lector, si quieres librarte de los males terrestres, y escapar de las reencarnaciones dolorosas, graba en ti esta ley moral y ponla en práctica. Haz que la gran voz del deber domine el murmullo de tus inclinaciones. No des más que lo indispensable al hombre material, ser efímero que se desvanecerá a la muerte. Cultiva con cuidado el ser espiritual que vivirá eternamente. Despréndete de las cosas percederas; honores, riquezas, placeres mundanos, todo eso no es más que humo; sólo lo bello, lo bueno, lo verdadero, son eternos.

Conserva sin tacha tu alma y tu conciencia.

Todo pensamiento, todo acto malo atrae hacia ti las impurezas de lo exterior; todo arranque, todo esfuerzo hacia el bien centuplica tus fuerzas y te hace comunicar con las potencias superiores.

Desarrolla en ti la vida interior que nos hace entrar en relación, con el mundo invisible y la naturaleza entera. En ella está la fuente de nuestro verdadero poder, y al mismo tiempo la de placeres y sensaciones exquisitas que irán acrecentándose a medida que las sensaciones de la vida exterior vayan debilitándose con la edad y el desprendimiento de las cosas terrestres. En las horas de recogimiento, escucha la armonía que se eleva de las profundidades de tu ser como un eco de los mundos soñados, entrevistos, y que te habla de grandes luchas morales y de nobles acciones. En esas impresiones íntimas, en esas inspiraciones desconocidas de los sensuales y de los malos, reconoce el preludio de la vida libre de los espacios, como un goce anticipado de las felicidades reservadas al Espíritu justo y bueno.

RESUMEN

Para dar mayor claridad a este estudio, resumiremos aquí los principios esenciales de la filosofía de los Espíritus.

I. Una inteligencia divina rige los mundos. Con ella se identifica la Ley, ley inmanente, eterna, reguladora, a la cual seres y cosas están sometidos.

II. Así como el hombre, bajo su envoltura material, sin cesar renovada, conserva la identidad espiritual, el yo indestructible, la conciencia en la cual se reconoce y se posee, del mismo modo el Universo, bajo sus apariencias mudables, se posee y se refleja en una Unidad central que es su Yo. El yo del Universo es Dios, ley viva, unidad suprema donde vienen a confundirse y a armonizarse todas las relaciones, foco inmenso de luz de donde irradian y se esparcen sobre todas las humanidades la justicia, la sabiduría y el amor.

III. Todo evoluciona en el Universo y tiende hacia un estado superior. Todo se transforma y se perfecciona. Desde el seno de los abismos la vida se eleva confusa e indecisa, animando formas innumerables cada vez más perfectas; luego florece en el ser humano, en el cual adquiere conciencia, razón y voluntad, y constituye el alma o Espíritu.

IV. El alma es inmortal. Coronamiento y síntesis de las potencias inferiores de la naturaleza, contiene en germen todas

las facultades superiores, está destinada a desarrollarlas por medio de sus trabajos y de sus esfuerzos, encamándose en los mundos materiales, y a ascender a través de las vidas sucesivas, de grado en grado, hacia la perfección.

El alma tiene dos envolturas: la una temporal, el cuerpo terrestre, instrumento de lucha y de prueba que se desagrega a la muerte; la otra, permanente, el cuerpo fluido, que progresa y se depura con ella.

V. La vida terrestre es una escuela, un medio de educación y de perfeccionamiento por medio del trabajo, del estudio y del sufrimiento. No hay ni felicidad ni desgracia eterna. La recompensa o el castigo consisten en el aumento o en la disminución de nuestras facultades, de nuestro campo de percepciones, consecuencia del uso bueno o malo que hemos hecho de nuestro libre albedrío, y de las tendencias o de las aspiraciones que hemos desarrollado en nosotros. Libre y responsable, el alma lleva en sí la ley de sus destinos; ella prepara en el presente las alegrías o los dolores del porvenir. La vida actual es el resultado, la herencia de nuestras vidas precedentes y la condición de las que seguirán.

El Espíritu se ilumina y crece en poderes intelectuales y morales, en razón del trayecto efectuado y de la impulsión dada a sus actos hacia el bien y la verdad.

VI. Una estrecha solidaridad une a los Espíritus, idénticos en su origen y en sus fines, diferentes tan sólo por su situación transitoria, los unos en el estado libre en el espacio, los otros

revestidos de una envoltura perecedera, pero pasando alternativamente de un estado al otro, no siendo la muerte más que un tiempo de reposo entre dos existencias terrestres. Hijos de Dios, su padre común, todos los Espíritus son hermanos y no forman más que una inmensa familia. Una comunión perpetua y constantes relaciones unen a los muertos con los vivos.

VII. *Los Espíritus se clasifican en el espacio en razón de la densidad de su cuerpo fluídico, correlativo a su grado de adelanto y de pureza. Su situación está determinada por leyes precisas; estas leyes representan en el dominio moral un papel análogo al que llenan en el orden físico las leyes de atracción y de gravedad. La justicia reina en este dominio como el equilibrio en el orden material. Los Espíritus culpables y malos están envueltos en una espesa atmósfera fluídica que les arrastra hacia los mundos inferiores donde deben encarnarse de nuevo a fin de despojarse de sus imperfecciones. El alma virtuosa, revestida de un cuerpo sutil y etéreo, participa de las sensaciones de la vida espiritual y se eleva hacia los mundos felices, donde la materia tiene menos imperio, donde reinan la armonía y la dicha. El alma, en su vida superior y perfecta, colabora con Dios, coopera a la formación de los mundos, dirige sus evoluciones, y vela por el progreso de las humanidades y por el cumplimiento de las leyes eternas.*

VIII. *El bien es la ley suprema del Universo y el objeto de la evolución de los seres. El mal no tiene existencia propia, no es más que un efecto de contraste. El mal, es el estado de*

inferioridad, la situación transitoria por la que atraviesan todos los seres en su ascensión hacia un estado mejor.

IX. *Siendo la educación del alma el objeto todo de la vida, importa resumir estos preceptos en pocas palabras:*

Reprimir las necesidades groseras y los apetitos materiales; crearse necesidades intelectuales y elevadas. Luchar, combatir, padecer si es necesario, por el adelantamiento de los hombres y de los mundos. Iniciar a sus semejantes en los esplendores de lo verdadero y de lo bello. Amar la verdad y la justicia, practicar con todos la caridad y la benevolencia, ¡tal es el secreto de la felicidad en el porvenir!, ¡tal es el Deber!

CONCLUSIÓN

En todas las épocas han brillado sobre la Tierra algunos rayos de la verdad; a cada religión le ha correspondido su parte, pero las pasiones y los intereses materiales han velado y desfigurado muy pronto esas enseñanzas; el dogmatismo, la opresión religiosa, los abusos de todas clases han arrojado al hombre a la indiferencia y al escepticismo. El materialismo se ha difundido por todas partes, debilitando los caracteres y alterando las conciencias.

Pero la voz de los Espíritus, la voz de los muertos se ha dejado oír, la verdad ha salido de nuevo de la sombra, más bella, más resplandeciente que nunca. La voz ha dicho: «Muere para renacer, renace para progresar, para elevarte por medio de la lucha y del sufrimiento.» Y la muerte no es ya un objeto de espanto, pues detrás de ella vemos la resurrección. Así ha nacido el Espiritismo. Siendo una moral y una filosofía a la par que una ciencia experimental, nos da una idea del mundo y de la vida, fundada en la razón, en el estudio de los hechos y de las causas, concepción más vasta, más clara y más completa que todas las que la han precedido.

El Espiritismo ilumina el pasado, nos explica las antiguas doctrinas espiritualistas y une sistemas contradictorios en apariencia. Abre nuevos caminos a la Humanidad. Iniciándola en los misterios de la vida futura y del mundo invisible, le muestra su verdadera situación en el Universo; le hace conocer su doble naturaleza —corporal y espiritual— y despliega ante ella horizontes infinitos.

De todos los sistemas, es el único que suministra la prueba objetiva de la supervivencia del ser e indica los medios de corresponder con aquellos a quienes llamábamos indebidamente los *muertos*. Gracias al Espiritismo podemos conversar aún con los que hemos amado en la Tierra y a quienes creíamos perdidos para siempre; podemos recibir sus enseñanzas y sus consejos. Nos enseña, además, a desarrollar estos medios de comunicación por medio del ejercicio.

El Espiritismo nos revela la ley moral, traza nuestra línea de conducta y tiende a unir a los hombres por la fraternidad, la solidaridad y la identidad de miras. Indica a todos un fin más digno y más elevado que el fin perseguido hasta entonces. Nos trae un sentimiento nuevo de la oración, la necesidad de amar, de trabajar, de padecer por los demás, y de ennoblecer nuestra inteligencia y nuestro corazón.

La Doctrina de los Espíritus, nacida a mediados de este siglo, se ha propagado ya por toda la superficie del globo. Muchas preocupaciones, muchos intereses, muchos errores entorpecen aún su marcha, pero puede esperar: el porvenir es suyo. Es fuerte, paciente, tolerante, y respeta la voluntad del hombre. Es progresiva y vive de ciencia y libertad. Es desinteresada, pues no tiene más ambición que la de hacer a los hombres más felices haciéndoles mejores. Trae a todos la calma, la confianza, la firmeza durante la prueba.

Muchas religiones, muchas filosofías se han sucedido a través de las edades, pero jamás la humanidad había oído tan fervientes solicitudes hacia el bien, jamás había conocido una doctrina más

racional, más consoladora, ni más pura. Gracias a ella, ha pasado ya el tiempo de las aspiraciones inciertas y de las vagas esperanzas. No se trata ya de los sueños de un misticismo enfermizo, ni de los mitos nacidos de supersticiosas creencias; es la realidad misma la que se revela, es la viril afirmación de las almas que han dejado la Tierra y comunican aún con nosotros. Vencedoras de la muerte, se ciernen en la luz, por encima de este mundo, al que siguen y guían en medio de sus perpetuas transformaciones.

Instruidos por ellas, conscientes de nuestro deber y de nuestros destinos, adelantamos resueltamente por la senda trazada. La existencia ha cambiado de aspecto. Ya no es el círculo estrecho, sombrío, aislado que la mayor parte de los hombres han creído ver; para nosotros ese círculo se ensancha hasta el punto de abrazar el pasado y el porvenir, a los que une con el presente para formar una unidad permanente e indisoluble. Nada muere. La vida cambia simplemente de formas. ¡La tumba nos vuelve a llevar a la cuna, y de la una y de la otra se elevan voces que nos hablan de inmortalidad!

Perpetuidad de la vida, solidaridad eterna de las generaciones, justicia, igualdad, ascensión y progreso para todos, tales son los principios de la nueva ley, y estos principios se apoyan sobre la roca del método experimental.

¿Pueden los adversarios de esta doctrina ofrecer algo mejor a la Humanidad? ¿Pueden calmar con más seguridad sus angustias, curar sus heridas, proporcionarle más dulces esperanzas y mayores certidumbres? Si pueden hacer todo esto, que hablen y que den la prueba de sus asertos. Pero si persisten en oponerle afirmaciones que los hechos contradicen, si no pueden ofrecer en su lugar más que el

infierno o la nada, tenemos el derecho de rechazar con energía sus anatemas y sus sofismas.

Venid a apagar vuestra sed en este manantial celeste, vosotros todos que padecéis, vosotros todos que ansiáis la verdad. Vuestras almas se bañarán en una corriente cristalina y regeneradora. Vivificados por ella, sostendréis más alegremente los combates de la existencia; sabréis vivir y morir dignamente.

Observad con asiduidad los fenómenos sobre qué se fundan estas enseñanzas, pero no hagáis de ellos un pasatiempo. Pensad que conversar con los muertos y recibir de ellos la solución de los grandes problemas, es cosa seria. Considerad que estos hechos van a suscitar la mayor revolución moral que haya consignado la historia, abriendo a todos la perspectiva ignorada de las vidas futuras. Lo que para millares de generaciones, para la inmensa mayoría de los hombres que os han precedido, no ha sido más que una hipótesis, se convierte para vosotros en certidumbre. Semejante revelación bien merece vuestra atención y vuestro respeto. No uséis de ella sino con prudencia para vuestro bien y el de vuestros semejantes.

Con estas condiciones, los Espíritus elevados os prestarán asistencia; mas si hicieseis del Espiritismo un uso frívolo, sabed que seríais inevitablemente la presa de los Espíritus mentirosos, y víctimas de sus asechanzas y de sus pesadas burlas.

Y tú, mi amigo, hermano mío, que has recibido estas verdades en tu corazón y que conoces todo su valor, permíteme un último llamamiento, una exhortación postrera.

DESPUÉS DE LA MUERTE

Acuérdate de que la vida es corta. Durante su curso, esfuérgate en adquirir lo que has venido a buscar en este mundo: el perfeccionamiento verdadero. ¡Ojalá que tu ser espiritual salga de él más grande y puro de lo que entró! Guárdate de los lazos de la carne, piensa que la Tierra es un campo de batalla donde la materia y los sentidos dan al alma un perpetuo asalto. Lucha con valor contra las pasiones viles, lucha con el espíritu y el corazón, corrige tus defectos, suaviza tu carácter, fortifica tu voluntad. Eleva tu pensamiento por encima de las vulgaridades terrestres, haz que llegue a ti algún rayo del cielo luminoso.

Acuérdate de que todo lo que es material es efímero. Las generaciones pasan como las olas del mar, los imperios se derrumban, y hasta los mundos perecen; los soles se apagan, todo huye, todo se desvanece. Pero hay tres cosas que vienen de Dios y son inmutables como Él. Tres cosas que resplandecen por encima del espejismo de las glorias humanas. ¡Son la Sabiduría, la Virtud y el Amor! ¡Conquistalas con tus esfuerzos, y al alcanzarlas te elevarás por encima de lo que es pasajero y transitorio para gozar de lo que es eterno!

